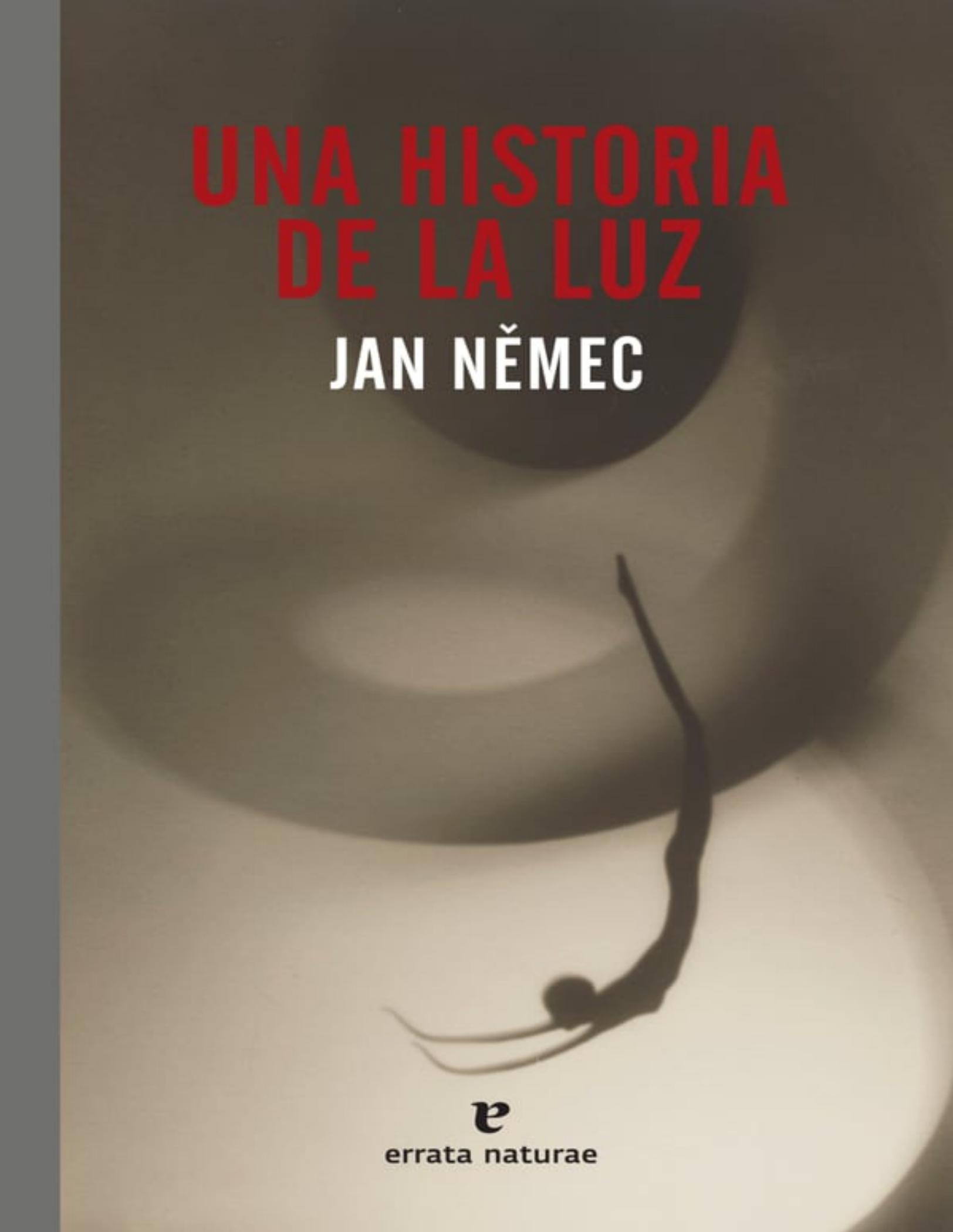


UNA HISTORIA DE LA LUZ

JAN NĚMEC



e
errata naturae

UNA HISTORIA DE LA LUZ

Esta novela extraordinaria, considerada un clásico contemporáneo en su país, narra la fascinante historia de un fotógrafo de la primera mitad del siglo XX llamado František Drtikol. A medio camino entre la ficción y la realidad -pues Drtikol existió: fue uno de los grandes nombres de la fotografía de su época-, estas páginas nos cuentan, y en ocasiones de manera trepidante, los detalles clave de una figura tan contradictoria como seductora: niño incomprendido en un pueblo minero, soldado que nunca llegó al frente en la Primera Guerra Mundial, fotógrafo mundialmente conocido, gran maestro del desnudo que nunca tuvo suerte con las mujeres, precursor del budismo en Europa...

Junto a la historia de su vida como artista, se nos muestra también aquí el desgarró íntimo de su búsqueda de lo absoluto. La relación de Drtikol con la luz fue la que lo acercaría, sin duda, a la mística: dentro de él convivieron siempre el deseo de belleza y la insatisfacción con la realidad.

Pocas veces, una novela de este tiempo -en un brillante recorrido por guerras, vanguardias artísticas y experimentos políticos- nos ha ofrecido una visión a la vez tan singular y tan atractiva del siglo XX. Pocas veces, una novela contemporánea ha sabido narrar con el mismo pulso la vida bohemia y la vida en el mundo rural, la pobreza y la riqueza, el amor y la muerte.

Título Original: *Dejiny sveétya*

Traductor: Buixaderas, Elena

©2014, Nemeč, Jan

©2019, errata naturae

ISBN: 9788417800000

Generado con: QualityEbook v0.84

Generado por: oleole, 07/03/2019

Una historia de la luz

Jan Němec

Traducción de Elena Buixaderas
errata naturae

Nota previa del maquetador*

* YA sé que no es ortodoxo incluir una determinada - y seleccionada- crítica dentro de la maquetación de los libros. Los muy inteligentes no soportan que alguien les sugiera el qué mirar o por dónde y que suelen ser los mismos que cuando se enfrentan a un cuadro vanguardista, “*moderno*” lo llaman ellos, afirman con una rotunda y estúpida afirmación, eso sí personalísima ignorancia, eso de “*esto es una mierda, no hay quien lo entienda; no se sabe lo que quiere decir.*”

Pues bien, yo pertenezco a la rama de los estúpidos y me gusta escuchar la voz de los maestros. Otra cosa es que después les haga caso, y creo que muchos otros tontos como yo lo agradecerán.

Además a todos ellos les aviso que esta maquetación es mía y personal. Escaneé el libro, lo limpié de casi todos los errores de OCR, coloqué uno a uno todos los signos, cientos, que enriquecen los nombres checos; eso me da la autoridad de hacer lo que quiera siempre que no manipule el *corpus* del libro, ni las intenciones del autor, que he visto libros donde el editor o el traductor se permiten reprender al autor por algunas afirmaciones.

Y al que no le guste que se compre el libro que vale 24,50€ e inicie el proceso, su proceso, de conversión.

Babelia

El libro de la semana

José María Guelbenzu

(Babelia, 12/02/2019)

En esta novela original y valiente, el checo Jan Němec explora en el extremismo de un espíritu creativo a partir de la biografía del fotógrafo František Drtikol

Esta poderosa novela presenta dos características singulares. La primera afecta a la figura del narrador, que utiliza la segunda y la tercera personas entremezcladas, un efecto expresivo muy infrecuente, sobre todo teniendo en cuenta que la segunda persona es la más difícil de trabajar. La segunda característica es que estamos ante una novela partida en dos (juventud y madurez), separada por un *intermezzo* (la guerra de 1914-1918). La intención de la novela es clara: contar la vida de un hombre entregado a una vocación que determina su dedicación en esta vida y contar la vida de un hombre que, en su deseo de ser, busca el absoluto.

František Drtikol, el héroe de esta narración, existió en la realidad; fue un fotógrafo de fama mundial en su época, la primera mitad del siglo XX. Jan Nemeč no lo ha elegido por narrar su biografía, sino porque su personalidad encajaba perfectamente en la intención del autor, que no ha pretendido contar la vida de Drtikol, sino que la ha utilizado a su favor sin complejos ni cortapisas. No se trata, pues, de una biografía novelada, sino de la novela de un personaje que existió, sometido aquí al dictado creativo de la imaginación novelesca del autor, porque no es la realidad o verdad de Drtikol lo que interesa a Nemeč, sino lo que podemos llamar el espíritu creador del artista, una representación de la vocación de un espíritu libre y extremo.

La primera parte de la novela abarca la infancia y juventud del joven Drtikol, un muchacho nacido en el seno de una modesta familia en un pueblo minero; dotado de una sensibilidad muy particular, le encanta dibujar. Al chico lo suele enviar su abuela a un sótano a por patatas y en el sótano hay un respiradero por el que entra la claridad; al incidir sobre las patatas, los brotes de éstas se alzan hacia la luz, hasta alcanzar el interior del respiradero; ninguno termina su viaje hacia la claridad, pero “había algo aterrador en ello, en ese esfuerzo ciego por alcanzar la luz, que le hacía incapaz de apartarse de él”.

La fascinación por la luz llevará a este chico a estudiar fotografía, primero con un fotógrafo local, después en una academia en Múnich, donde hace vida de estudiante de escasos recursos con sus compañeros. La novela, a su vez, va adquiriendo un aire decididamente visual, y el despliegue de

conocimientos fotográficos, que se carga de un vocabulario específico de difícil acceso para un profano, adquiere esa misteriosa fascinación que logran, por ejemplo, los buenos relatos del mar en las secciones en las que el autor describe morosa e implacablemente aparejos y elementos cuyos nombres propios son ajenos a los conocimientos del lector, pero lo seducen sin una queja.

Finalmente, Drtikol inaugura su propio estudio en Praga con un socio. Su primer éxito es un álbum de fotografías de la ciudad. Por entonces aparece en su vida Eliska, de la que se enamora; pero se enamora como lo hace un soñador que aspira a alcanzar la luz, esa luz que trata de dominar y dirigir con sus aparatos fotográficos, y eso provoca una confusión de pasiones: poseer el secreto de la luz y poseer el amor. Aquí es donde se parte la novela en dos por medio de un *intermezzo* en el que se cuenta el transcurso de la guerra por medio de una serie de cartas de exigencia de amor no correspondido. Un acierto muy sugerente.

En la segunda parte, nuestro héroe es ya un fotógrafo consagrado. La fotografía pasa a segundo plano, no porque la abandone, sino porque en ese camino al absoluto que toda ambición suprema conlleva debe dejar paso al hombre que busca la luz. Ahora la luz no es un símbolo, sino su realidad: el hombre que se busca a sí mismo. La ambición ahora la dirige hacia la luz interior, la búsqueda de su sentido en la vida, y, como es natural, entra en una fase de espiritualidad. Pero es un hijo del siglo, y así como su trabajo artístico entronca con las vanguardias, su alma conecta con los movimientos de la época: las religiones, el espiritismo, el ocultismo, la teosofía y, finalmente, el misticismo; todo lo cual son pasos sucesivos de la búsqueda, pero resultan insuficientes; será sólo en el budismo donde empiece a encontrar un espacio adecuado a sus necesidades espirituales y de realización personal. En la vida real, Drtikol fue un introductor del budismo en Occidente.

Antes de este final habremos conocido el matrimonio del personaje con una primera bailarina checa. Ocupa una parte importante de la segunda mitad de la novela y conviene notar que se encuentra en este lugar porque, aparte de la adecuada temporalidad, lo que plantea muy bien es un clásico: el amor entre dos seres entregados a dos vocaciones artísticas distintas y la imposibilidad de conjugarlas, e incide en la soledad esencial del artista. Esta segunda parte, al tratar ideas, adquiere a veces un tinte ensayístico que quizá

sea lo único reprochable.

Jan Němec es un escritor checo de 38 años. Pertenece a ese conjunto de novelistas que proceden del este de Europa, que plantean conflictos de gran calado y siguen dictando lecciones de valentía y originalidad en esta época de realismo repetitivo, narcisismo y muy escaso riesgo narrativo.



A mis profesores

«Amo una sola cosa, y no sé lo que es,
y la he elegido porque no sé lo que es».

Angelus Silesius

«Al diablo con la primera persona».

Samuel Beckett

Prólogo

UN día antes de que suceda estás sentado a la mesa en una cabaña minera de las afueras de Příbram. Al otro lado de la habitación hay una alacena blanca con la vajilla desportillada y un armario viejo repintado. En la pared cuelga una imagen religiosa, una bendición y una cruz de madera hecha con dos palos atados con un alambre oxidado. Unas prendas de ropa que parecen trapos están tendidas en una cuerda sobre la estufa. El suelo necesitaría un buen arreglo: bajo las tablas se oye el ruido de los ratones y las demás criaturas que tienen sus guaridas y escondrijos entre las grietas. Del respaldo de la silla cuelga un mono sudado de minero, y sobre él, un delantal de cuero con manchas. Hynek y tú miráis al ser durmiente que ha dejado las cosas ahí, y con gran concentración le enviáis un mensaje mental para que despierte. Está tumbado a lo ancho en un jergón del que sobresalen unas briznas oscuras de paja y respira con dificultad. Hynek silba con delicadeza; su padre ni se mueve.

Un *štufnverk*, la maqueta de una mina a modo de belén, sin terminar, descansa sobre una balda. Está al alcance de la mano; sin embargo, no podéis tocarlo estando solos. En un momento dado, Hynek no puede resistir la tentación y alarga la mano hacia dos figuritas de arcilla, dos fugitivos que están un poco apartados y que se deshacen al tocarlos. Te acerca uno, coges el muñequito con cuidado entre el pulgar y el índice y te inclinas sobre él.

¿Has estado alguna vez en la ciudad de plata?, susurras como si hablara él. ¿En la puerta de plata?

Allí llega solamente una galería, y la vigila San Procopio con un diablo

encadenado; pero yo me sé el santo y seña, murmura Hynek con la otra figurilla desnuda en la mano.

Pues dilo.

¿Qué cuchicheáis por ahí, chicos?, se escucha en un rincón de la habitación.

Hynek se alegra:

Padre, ¿ya no duerme?

Dios santo, ¿qué está pasando?, exclama el hombre sentándose en la cama. ¿Ya está el hijo de Hokynar aquí con nosotros otra vez?, pregunta mientras se rasca con las manos sarmentosas su velludo pecho. Bueno, cualquier ayuda nos viene bien, pero luego te vas a comer a tu casa...

Hynek corre a por una jarra con agua y el padre se lava la cara tan vigorosamente que salpica incluso la basta pared que está detrás. Se frota luego las axilas y con dificultad va hasta la mesa, coge el mono de minero de la silla y lo tira sobre la cama. Después se sienta y echa un vistazo a su alrededor, como si todo lo viera por primera vez, o como si tuviera que asegurarse primero de que todo está en su sitio. Lo está; echa una ojeada de intendente adormilado al cuarto en penumbra: el cuadro de la madre de Dios, un bordado, un cazo, un calendario; junto a una pata de la mesa se acurruca un gato dormido; junto a otra, un montón de tierra. El padre de Hynek lo coloca sobre la tabla de la mesa, que está rayada, y lo humedece.

Todas las personas son de tierra, Adán fue creado con arcilla, recita, se santigua, enciende el quinqué y después agrega: Necesitamos aún unos diez o doce.

Luego sale a orinar al patio.

En la estancia reina la penumbra, a pesar de que sólo es mediodía; las ventanas son pequeñas, es más importante retener el calor que la luz. La arcilla se ablanda suavemente en las manos, su humedad a veces atrae el reflejo de las llamas, y tú intentas introducirlo en su interior con los dedos. Dar forma a las figuras se te da algo mejor que a Hynek. Tomas un trozo de arcilla y haces un cilindro con el que luego sigues trabajando. El padre de Hynek a veces te asesora, y por ello sabes que piensa que eres el más hábil de los dos, mientras que, aunque siempre tiene que arreglar lo que hace Hynek, casi nunca le dice nada. Trabajas con un cuchillito pequeño con el mango desgastado, con el filo separas los brazos del tronco y una pierna de la otra;

alguno de los mineros, los picadores, tienen que estar con las piernas muy abiertas para apoyarse bien en la roca, el vigilante también está de pie pero con las manos en los bolsillos, y otro minero, un corredor de recias piernas, espera a que le llenen la vagoneta.

¿Qué tal la escuela?, pregunta el padre de Hynek.

Fran ha estado castigado.

No he preguntado por él, sino por ti.

Ha sido una injusticia, insiste Hynek.

Hynek lo sabía, dices tú, e intentas apartar la vista del pulgar deformado del padre de Hynek, con una uña arrugada de la que se está quitando la suciedad.

Finalmente el *štufnverk* peregrina desde la balda hasta la mesa. Te arrodillas en la silla para verlo bien. Al inclinarte, la mesa se te clava en el costado.

El *štufnverk* tiene varios pisos y en total mide más de un metro. Parece una montaña agujereada, o un nido de avispas roto; hace falta tener cierta imaginación para entender que en realidad lo que está ahí, delante de uno, es una maqueta de una mina, pero como si estuviera del revés. En los mercados y en las ferias de montaña se suelen encontrar piezas mucho más trabajadas, con figuras de madera talladas con filigranas y diversos chismes mecánicos que muestran ingeniosamente cómo funciona la mina; los maestros de por aquí ganan una buena pasta con ello. Pero hasta en el *štufnverk* del padre de Hynek los mineros que pululan por los diferentes niveles tienen unos bonitos uniformes, y en el nivel principal se ven unas vías brillantes, hechas con dos cables. Sobre la tierra hay piedritas, pegadas desde fuera, trozos de cuarzo, mica brillante y, por supuesto, mena de plata, la sal de la tierra de este lugar. De arriba sale la galería principal, y dentro hay unas cuantas maderitas, dispuestas con torpeza, que indican el engranaje de la escalera mecánica y las galerías; la escalera mecánica parece más bien una escalera fija. Pero lo que llama la atención enseguida son los rostros de los mineros, pintados de amarillo, algo que da a los hombres de las profundidades una expresión casi supraterrrenal, como la que tienen los santos en los cuadros de aficionados. No es una casualidad, los fabricantes de *štufnverks* lo aprendieron todo de los fabricantes de belenes, y a veces una figurilla de un minero o de un peregrino se muda adonde hace falta, a un belén o a un pozo.

Un día antes de que suceda, el padre de Hynek añade un par de homúnculos donde hay sitio libre, gruñe y termina de dar forma a algo. Después, saca del horno un pan asado de dos kilos y en su lugar coloca a esa cuadrilla que habéis amasado vosotros.

Mientras estaba durmiendo murmurabais algo sobre la ciudad de plata, les suelta. Bueno, traedme una cerveza...

A este lado de Příbram se apelotonan cabañas mineras miserables, a veces son más bien chozas. Están separadas por caminos embarrados con una hilera de hierba en medio, y apesta a animales y a basura. Los mineros, que, como el padre de Hynek, han estado en el turno de la mañana, salen a las puertas, fuman, arreglan algo; las mujeres, a su lado, dan de mamar a los bebés o cortan patatas y las echan a una cazuela, llevan el pelo pegado en la frente; alrededor husmean unos perros. Es finales de mayo, por el camino vais dando patadas a los dientes de león florecidos, y sus semillas blancas salen volando en todas direcciones. El ruido hace retumbar la posada, los mineros se limpian el polvo de piedra de los labios echándoselo al gaznate, para que no llegue a los pulmones, y por las noches lo orinan melancólica y dolorosamente bajo el todopoderoso cielo, pero tú sólo te percatas del dulce y rojizo interior de sus bocas. Por el camino bebéis un poco de cerveza y luego el padre de Hynek os sirve otro poco. Después cuenta historias sobre mineros que deberían haber muerto hacía tiempo, cuando una tromba de agua se precipitó desde las rocas por debajo de la tierra cientos de metros y transformó los túneles en salvajes torrenteras. En realidad, se salvaron de milagro porque eran piadosos y rezaron con fervor, y desde entonces sus descendientes viven en la ciudad de plata, debajo de la tierra. Cuando llegue el momento saldrán a la superficie y, armados con escudos de plata, gobernarán la tierra.

Allí todo reluce tanto que basta con poner un quinqué para iluminar toda la plaza, dice el padre de Hynek. Allí todos los caballos tienen cascos de plata, forjados en un fuego blanco, y tintinean al trote. En uno de esos caballos, que no es como nuestros caballos de las minas, que están ciegos por la oscuridad; bueno, pues en uno de esos hermosos caballos llega el príncipe de plata. Y ese príncipe tiene que ponerse una armadura oxidada y con ella ganarse la corona de oro...

Te sabes esa historia de memoria, pero te gusta escucharla una y otra vez.

En tu casa estas leyendas mineras no se toman en serio, ni nadie cuenta chistes groseros sobre enanos mineros.

Pero ¿de dónde va a sacar una corona de oro?, pregunta siempre Hynek. Tiene que ir por una galería secreta hasta la ciudad de oro, que está aún más abajo, para que se la den sus habitantes.

Benešov, Praga, Viena, la ciudad de plata, la ciudad de oro, París, San Petersburgo...

Un día antes de que suceda sacáis las figuras del horno. Te quedas decepcionado. Están rajadas, negras por el humo, y algunas tienen una cabeza muy fea, parece una cuadrilla que regresara de algún accidente en los túneles, unos desesperados sacados de las profundidades. Los enfriáis en agua, pero es en vano, elegís los tres mejores y el padre de Hynek quiere echar el resto al fuego. Te dan un poco de pena, logras rescatar a uno, tiznado, con una pierna rajada, pero los otros seis acaban entre las llamas, están aún húmedos y silban.

Envuelves cuidadosamente a tu Adán enhollinado en un periódico viejo y te vas a casa. Por la calle ya hace la ronda el farolero, vas detrás de él, de un lado de la calle al otro, y las lámparas se encienden delante de ti como en una batalla de luz.

Durante la quinta hora de clase el director abre la puerta del aula. Asiente, tose, el maestro se acerca a él, lo escucha con expresión seria, y después os ordena ir a casa, no tenéis ni que terminar el examen escrito. En la plaza saltan las niñas del colegio femenino, los feriantes recogen sus barracas y se marchan con sus carretas. Estás contento porque te vas a casa antes de lo habitual, puedes comprarte alguna cosa, sólo que con esas tres monedas que tienes en el bolsillo no se puede hacer mucho, y además estás intentando ahorrar. Resistes todas las tentaciones y llegas a casa por la calle Pražská. Pero, en lugar de subir directamente arriba, te paras en la tienda de ultramarinos de tu padre. Tiene un escaparate grande que él cuida con cariño, delante de la puerta hay unas cestas de mimbre, otros artículos están colgados en unos ganchos. Tu padre lee la revista *Horymír*; bueno, podría parecer que lee, en realidad lleva ya varias horas haciendo cuentas y preguntándose cómo es posible que la tienda tenga cada vez menos ganancias a pesar de que se venda más, y en los bordes del semanal informativo y de entretenimiento de Příbram apunta, con letra pequeña, notas y cuentas. Te mira con sus ojos

chispeantes, coge algo de debajo del mostrador y dice: Elige una mano.

Señalas una, él palpa disimuladamente, para no hacerte esperar, y delante de ti aparece un lapicero nuevo Koh-i-noor. El lápiz es largo, blanco y tiene una goma en un extremo. Nunca has visto hasta entonces un lápiz con goma, a pesar de que conoces bastante bien los últimos modelos. En la pintura blanca, con bonitas letras negras, está escrita esa palabra extraña: KOH-I-NOOR. Corres a la trastienda, tiras allí la bolsa del colegio y de un estuche de tela sacas un sacapuntas de metal. Enseguida aparece la puntilla de madera, siempre deseas poder sacar punta al lápiz de una vez, como cuando tu madre pela una patata, pero eso pasa muy de cuando en cuando; esa peladura con borde blanco se cae y va a dar al suelo a la mitad del proceso.

Mueves la mesa hasta una pequeña ventana polvorienta para poder dibujar con mejor luz. Das vueltas al lapicero entre los dedos con gusto y miras la punta, es lo único que no gira, te tocas con la lengua el diente que se te mueve y piensas en cómo es posible que la punta no se mueva, dudas sobre si no deberías decírselo a tu padre, que siempre tiene respuestas para esa clase de preguntas y, además, le gusta contestarlas. Pero, antes de decidirte, llegas a otro problema mucho más serio: ¿en la mina de ese lápiz está ya todo lo que dibujará en el futuro? ¿Basta con colocarlo sobre el papel en el momento preciso?

Estás inmerso en tus propios pensamientos, así que el sentido de la frase que llega hasta tus oídos desde la tienda te alcanza con retraso:

El pozo Mariánský está ardiendo.

¿Ardiendo? ¿Qué quiere decir eso?

Necesitamos con urgencia algodón, vendas, yodo, vinagre y, si tiene, también unas esponjas.

Espere, dice padre, espere, por favor. ¿Desde cuándo una roca arde?

La madera, estimado señor. Todo es de madera ahí dentro. El entibado del pozo, los peldaños, la escalera mecánica, el material almacenado. ¿Por qué cree que en las minas trabajan carpinteros? Si le digo la verdad, está ardiendo como el caldero de..., ya sabe.

Mierda, susurras para ti, sólo para sentir esa satisfacción infantil de haber dicho una palabra vulgar. Te gustan las groserías, pero están prohibidas, a veces sueltas una tras otra en secreto y esperas a ver qué pasa; pero ahora no queda tiempo para eso. Das unos pasos hacia la puerta para saber quién ha

irrumpido en la tienda. Por la rendija ves a un hombre con el uniforme de los bomberos voluntarios que se limpia el sudor de la frente. Padre camina por la tienda, coloca los objetos en el mostrador y, mientras, sigue preguntando:

¿Es muy serio?

Está toda la cuadrilla de la tarde, dice el bombero casi sin aire mientras se desabrocha un botón de la camisa. Hay más de ochocientos mineros.

¡Ochocientos!

El bombero, impaciente, se retuerce con una mano el vello que le brilla en el escote, y con la otra se apoya en el mostrador:

Algunos están a un kilómetro de profundidad, y por encima tienen una buena fogata...

No quedan vendas, dice padre disculpándose. ¿No tienen por dónde salir?

Hay un lío tremendo, el incendio ha alcanzado varios niveles. Además, en ese pozo se ha quemado la cuerda y la polea de la escalera mecánica.

El padre coloca en el mostrador un paquete de grandes esponjas y exclama:

¡Dios mío!

Falta el vinagre, sin una esponja mojada en vinagre sobre la boca no se puede entrar al pozo.

Espías la conversación tras la puerta entornada y te invade la excitación. Ves la torre de la mina de la que sale humo. Eso es fácil de dibujar, responde más o menos a los movimientos de la mano que se mueve rabiosa sobre el papel, y tú tienes el deseo incontrolable de llenar el cuaderno con nubes enormes de humo, garabatearlo entero y finalmente aplastar la mina blanda entre los dedos. ¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego!

Le ayudaré a llevarlo, dice padre después de ponerlo todo en una gran cesta.

No se moleste, mejor deje abierta la tienda, hoy no nos vamos a ir a la cama en breve. El bombero después se vuelve desde la puerta: Si pudiera darnos dos botellas de aguardiente de patata para el equipo de rescate... Mándenolas después.

Ya estás de pie junto a tu padre. De verdad que arde como un caldero...

El bombero asiente, y se alivia con gusto al llegar a la calle.

¿Puedo llevárselas, padre?

¿El qué?

Pues las botellas de aguardiente.

Mejor mandamos a Máňa, ¿no te parece?

Pero resulta que no hay nadie en casa, y a los cinco minutos corres por la calle Pražská de vuelta. Te vas tropezando con los adoquines de Hlavní náměstí, donde las chicas juegan al tejo, y te inclinas hacia un lado, como un barco demasiado cargado, porque esas seis botellas de ron, envueltas en la revista Horymír para que no se rompan, son demasiado pesadas para ti. Con las prisas, a tu padre no se le ha ocurrido darte dos bolsas para repartir el peso.

Atraviesas Karlovo náměstí, la calle Prokopská y después, por una carretera entre los campos, te diriges derecho a Březové Hory. Parece que la noticia del incendio se ha extendido tan deprisa como el mismísimo fuego. Por el camino avanza una multitud. Los mineros del turno de la mañana regresan para comprobar qué pasa con sus compañeros, los acompañan mujeres despeinadas, pringadas con el hollín de las cocinas negras, van arrastrando a niños que no les siguen el paso. Cuando te detienes a mitad del camino, para dar un descanso a tu hombro dolorido y cambiarte la bolsa de lado, se abalanza sobre ti un montón de gente, como si el agua se detuviera ante una piedra en el cauce de un río. Miran al horizonte más que al suelo, porque allá, en el cielo, se enciende una señal: junto al humo que todos los días asciende despacio desde la chimenea de la fundición, ahora desde el tejado agujereado de la torre de la mina asciende otro cono, mucho más ancho y denso. Escupe borbotones de humo negro que se extiende por el cielo como una pátina gris.

Así justamente lo dibujarías, pero ahora ya no tienes tiempo de pensar en ello. Te unes a dos compañeros de la escuela, tienen las manos libres, y cada uno recibe una botella. Uno es hijo de un minero, no deja de farfullar que en las minas sólo importa el agua, que puede saltar de las rocas, inundar los túneles, su padre tenía un tío al que se lo llevó el agua como si fuera estiércol de gallina. Y el agua apaga el fuego, repite varias veces, basta con llenar un par de vagonetas, ¿no?; pero luego se le enciende una luz en el cerebro y dice: pero ¿sabéis nadar? Hay que dejar la nariz sobre la superficie del agua, si no le entra a uno dentro...

Mientras se acercan al acotado de las minas, el pasillo del camino ya no

basta para albergar a la multitud, la gente se dispersa por los campos pisoteando el cereal que germina. La ola los arrastra hasta el polvoriento patio del pozo Anenský. Todos corren de acá para allá, enfadados y asustados porque no saben exactamente qué pasa allí abajo; las nubes negras y el aire que huele a quemado no auguran nada bueno. Los mensajeros de las minas, los bomberos, los médicos y los socorristas dan órdenes confusas. Varios pozos vomitan mineros que habían bajado por otros accesos, como si el sistema digestivo de las minas de plata más grandes de toda la monarquía se hubiera vuelto loco. Los intestinos de la tierra se encogen entre calambres y desde las profundidades se oyen llamadas de auxilio. Empieza a quedar claro que la mina se ha convertido en un horno gigante y que el pozo principal es una enorme chimenea.

Bajo la superficie hay más de cuatrocientos kilómetros de pasillos, galerías y túneles entrelazados, es como una ciudad subterránea, un laberinto infernal en el que ni el diablo se orienta, una torre de Babel gigante construida hacia las profundidades de la tierra.

Por la explanada cabalgan unos gendarmes, pero el espeso humo y el gentío asustado espantan a los caballos. Un borracho se pasea entre la gente y toca el acordeón como si todo eso fuera sólo una función de cabaret, hasta que alguien se lo arranca del pecho.

En el pozo Anenský el humo no se ha extendido. El ascensor y las escaleras mecánicas funcionan sin cesar y escupen a los mineros medio envenenados, como si fueran huesos de cereza bien ensalivados. Ante los ojos del gentío se encogen, vomitan, se ahogan... Tienen hollín en la boca, las mucosas inflamadas, y en los pulmones les borbotea el aire con un ruido muy feo. Aunque se han salvado del fuego, han sacado a la superficie sus cuerpos envenenados y la cabeza les va a estallar, están mareados porque tienen la sangre llena de monóxido de carbono, e intentan hacer entrar el oxígeno en ella como pueden. Algunos se quejan en voz alta, otros andan mudos en estado de shock con los ojos desorbitados, otros más hace rato que están inconscientes. Las mujeres juntan las manos, rezan, las palabras les silban y crepitan entre los labios, como si ellas mismas se arrastraran por las piedras ardientes. Los médicos han mandado traer camas de las casas cercanas en las que tumban y arropan a los quemados e intoxicados bajo el cielo raso, les ponen rápidamente unas vendas mojadas en la cabeza y en el

pecho y les riegan el gaznate con coñac para darles fuerza. A aquellos que han perdido el conocimiento en las entrañas de la tierra les hacen la respiración artificial y les dan a oler éter. Las mucosas rojas y la respiración ahogada prueban sin lugar a dudas que en todos los casos se trata de intoxicación aguda por monóxido de carbono.

Eso es, aplaude el hijo del minero cuando se extiende la noticia de que los bomberos están apagando el fuego. Dejen entrar al gato, que saca al ratón enseguida, dice, y se inclina hacia ti y te pide otro trago de ron. Tres vagonetas de agua y se acabaría el fuego, ya te digo.

Sólo que el humo y las fumarolas no dejan de aumentar. La combustión tiene lugar de manera imperfecta; en vez de dejar que la madera arda rápido y deje la roca desnuda el fuego se mezcla con el agua en las oscuras grutas y crea nubes de vapores venenosos, después alguien hace los cálculos: de un litro de agua salen mil litros de vapor. El espeso humo dificulta las labores de rescate, hacen pruebas con teas encendidas, pero la llama aguanta sólo hasta el octavo nivel, después los vapores tóxicos y la falta de oxígeno ahogan su luz.

Y donde el humo ahoga la luz de una llama, ahoga también a un hombre.

Desde las profundidades llegan sin cesar campanadas de aviso, la gente en la superficie las cuenta en voz alta para saber de qué nivel se trata. Cuentas con ellos, a veces hasta treinta. Pero ocurre a menudo que alguien se confunde, o bien alguno, desesperado y medio intoxicado, hace sonar la campana con sus últimas fuerzas allá abajo para pedir ayuda mientras los números le bailan ante los ojos, que ven sólo neblina, o bien la tocan los encargados de las escaleras mecánicas, ya exhaustos, en los que recae toda la responsabilidad en medio del caos.

Bebes un trago de aguardiente y después le das la botella al primer socorrista con el que te topas y le sueltas: mi señor padre, František Drtikol, el dueño de la tienda de ultramarinos de Václavské náměstí, en Příbram, envía este aguardiente al equipo de rescate.

Grazie, ragazzo, el alcohol tiene efectos milagrosos, farfulla el socorrista echando un trago de la botella. Y, para demostrarlo, se lanza inmediatamente, como si lo hubieran rociado con agua bendita, a por el siguiente minero que ha abandonado el pozo. Ha llegado encogido sobre un carrito de minero, porque las piernas se le doblaban igual que dos juncos. Su cabeza está sumida

en un caos tremendo, la explanada le da vueltas y tiene vértigo. Lleva la cara quemada, un ojo rojo y el otro pegado, los labios y las orejas se le han puesto azules. Se agarra el cuerpo con los brazos como si le hubiera dado un calambre y el socorrista tiene problemas para deslizar los dedos entre las manos y el cuerpo para palparle las muñecas.

Su pulso es muy débil e irregular, anuncia, tenemos que darle algo inmediatamente.

Te lo tomas como una orden y te acercas. El minero no sólo tiene agarrotadas las manos contra el pecho, también tiene agarrotadas las mandíbulas. Lleva el uniforme rasgado y por el agujero se le ve una herida de la que mana la sangre carmesí. Alguien le ha atado misteriosamente el delantal de piel alrededor del cuello y se lo ha colocado sobre el pecho desnudo como si fuera un babero. El socorrista saca con cuidado el delantal por el escote, por la parte de abajo está pegado al vello del pecho con sangre, eso debe de doler, pero el hombre no se da cuenta. No queda más remedio que abrirle las mandíbulas, decide el socorrista. Le voy a meter entre los dientes un palo y tú le echas al colete una buena dosis de aguardiente, ¿entiendes? Apunta bien abajo. Cuando le abre a palanca la boca, en la que faltan la mayoría de los dientes, sale un hedor a podrido; el desgraciado también tiene la lengua negra, como si se le estuviera pudriendo.

Al principio el aguardiente resbala por su barbilla y por su cuello; pero después apuntas bien al agujero oscuro en medio de ese rostro que casi no parece humano. El hombre sufre un fuerte calambre y vomita a tus pies. Lo llevan a una cama y desde lejos observas cómo continúan atendiéndole. Le toman el pulso de nuevo, le limpian la boca con una esponja, el médico se inclina sobre la herida e intenta detener la hemorragia. El hombre de pronto se levanta con brusquedad, después se agacha y de nuevo se pone de pie, el médico lo retiene contra el camastro y después le da unas palmadas, como si estuviera apaciguando a un caballo. A su lado hay otro hombre tumbado al que ya han atendido, tiene vendada la cabeza entera, parece una momia. No puedes evitar mirarlo fijamente. Lo haces sin darte cuenta, y cuando vuestras miradas se cruzan el hombre te hace un gesto con la cabeza. Te acercas, dice algo, después te agarra la mano y te atrae sin miramientos hacia él. Tienes que encontrar a su mujer. La reconocerás... dice respirando con dificultad, está preñada... tiene la barriga... como un bombo, esboza una sonrisa

torcida. Se llama Zázvůrková, suspira.

No tienes ni idea de cómo podrías encontrar a nadie en medio de ese caos, y ni siquiera lo intentas. Estás de pie en medio de todo ese ajeteo, como paralizado, nunca antes habías visto nada igual. Lo peor que has visto hasta ahora ha sido el parto de una cabra, o cómo alguien mataba a una gallina, o cómo un gato cazaba a un pájaro y lo destrozaba, o el dedo pulgar deformado del padre de Hynek. Miras a tu alrededor como si estuvieras hechizado. Después tendrás que pensar en todo detenidamente; de todas formas, recordarás más por la noche en la cama, cuando el pensamiento se agite sobre una cuerda fina, como una cometa al viento; y, al igual que a la cometa, podrás enviarle cartas con preguntas para las que no tiene respuesta ni tu padre.

Entonces la divisas. Es algo más vieja de lo que esperarías para ser la mujer de ese hombre, pero tal vez el gesto duro y el encorvamiento del cuerpo le añadan años. En cualquier caso, carga con una gran barriga, como si estuviera a punto de parir en cualquier momento; lleva al niño dentro como si fuera un contrapeso atraído por la tierra. No tiene pechos y parece estar reseca, como si toda su agua la hubiera pasado al feto y ella sólo fuera un envoltorio reseco, una membrana, un recubrimiento. Tiene la cara arrugada como una pasa y los ojos hundidos.

Tardas un rato en llamar su atención. Está buscando a su marido, mira a todas partes. Estimada... ¿señora Zázvůrková? Le tirarías de la camisa negra, pero no te apetece tocarla. ¿Zázvůrková has dicho?, por fin te ha visto. ¿Me está buscando alguien, chico?

Su señor marido.

Ah, mi marido... apoya las manos en la barriga y cierra los ojos por un instante.

Señalas en dirección al hospital de campaña...

Es verdad, voy para allá ahora mismo. Se encorva aún más, hasta parece que está hecha de dos arcos, por delante su enorme barriga, por detrás su gran joroba. Desde lejos ves cómo se acerca al camastro del hombre, que entretanto se ha quedado dormido, y le toma una mano entre las suyas. Le besa la frente, coloca su otra mano sobre su tripa y le susurra algo.

Zázvůrek, le susurra, ya estoy aquí, soy tu mujer...

Hacia el final de la tarde sacan a otros muertos de la tierra, como en una

rifa. La gente se arremolina en torno a ellos igual que si fueran limaduras de hierro en torno a una barra magnetizada. No hay nada que atraiga tanto como la muerte, realmente ese misterio tremendo y fascinante, ni siquiera tú te pierdes el espectáculo. Te abres paso entre los adultos, también quieres ver por fin un muerto, porque ni tu exuberante mente infantil es suficiente para imaginarlo.

Ahora tienes la oportunidad: el primer muerto es Václav Sladký, de un pueblo cercano. Lo han sacado del nivel 8, del octavo círculo del infierno en el pozo Vojtěch; tenía veintinueve años, lo identifica su mujer, que se habría arrojado a las profundidades poco después si los bomberos, que estaban alertas, no se lo hubieran impedido.

El segundo muerto es el cantero Václav Krotký, de veintisiete años, como si la conjunción de sus nombres, Sladký, que quiere decir dulce, y Krotký, manso, quisiera dar a entender que los primeros en caer son los inocentes. El tercer muerto que sacan es Antonín Pešek, que un día antes había celebrado su quincuagésimo aniversario, y a pesar de todo se había negado a cambiar el turno de la mañana por el de la tarde; la muerte lo encontró en el nivel 27 del pozo Anna, a unos ochocientos treinta metros bajo tierra y a unos trescientos metros bajo el nivel del mar. Antonín Pešek falleció mientras trataba de salvar al cuarto y al quinto muertos: los canteros Jan Renner y Jakub Kalík. Augustin Míka, de treinta y ocho años y padre de tres hijos, es el sexto muerto, vivía ahí, en Březové Hory; así que alrededor de su cuerpo inerte se arremolina el doble de plañideros, que al principio se niegan a llevar su cuerpo a la morgue, habilitada rápidamente en la antesala del pozo Vojtěch. El séptimo muerto es el corredor Jan Vítek, la única víctima del pueblo Malá Pečice. Y finalmente el último muerto de ese primer día es el joven acarreador František Havelka, su identidad es confirmada por su lacrimoso padre con grandes dificultades.

Por la mañana te despiertas inusualmente tarde. Te asustas por haberte quedado dormido y no haber ido a la escuela. Aunque en ese caso la culpa sería de tu hermana Ema, porque es ella la que tiene en su lista de tareas el zarandearte bien zarandeado hasta que no te sientes en la cama y digas:

Jesucito de mi vida, tú eres niño como yo. Sueles farfullarlo con los ojos aún pegados, para poder tener un par de minutos más para despertarte, y apareces en la cocina sólo cuando te llega el tintineo de las cucharas. Pero hoy no ha habido ningún zarandeo. Con la vista compruebas que Ema duerme con tranquilidad en la cama de enfrente, con los rizos sobre la mano; y Máña la hermana mayor, está junto a ella. Se han cancelado las clases en todas las escuelas por decreto general del burgomaestre.

Abres la puerta de la sala, tus padres están sentados a la mesa y desayunan. No es posible que... En cuanto te ve, tu padre deja el resto de la frase en el aire.

Vete a despertar a Máña hoy sustituirá a tu padre en la tienda, dice tu madre. Tiene los ojos azules enrojecidos.

Nosotros vamos a Březové Hory, a ver si no te lo has imaginado todo, le guiña un ojo su padre. Ayer, te dio un coscorrón por no haber vuelto a casa enseguida, es cierto; pero fue más bien como por obligación. Tú puedes seguir dibujando, continúa el padre, ya que no tienes clase. Toma, ayer te dejaste algo en la tienda.

Extiendes la mano hacia el lapicero, pero a mitad de camino la retiras: Papá, este lapicero no es el que me diste.

¿No? ¿Cómo es posible?

Al mío le saqué punta, dices señalando la punta roma. Y a la vez te acuerdas de la pregunta que se te había pasado por la cabeza antes de que el bombero llamara tu atención. Papá, ¿en la mina del lapicero está ya todo lo que se va a dibujar con él?

František Drtikol padre mira divertido a su mujer Marie; ya están acostumbrados a este tipo de preguntas. Era una de las razones por las que tras dos hijas deseaba fervientemente tener un hijo. Las hijas para él significaban más que nada preocupaciones, la educación se la dejaba sobre todo a su mujer, debían aprender de ella qué hacer en la cocina, cómo llevar la administración de la casa, lavar, coser y demás, resumiendo, instruirse para lo que tenían que hacer en la vida; pero, aunque eso saliera bien, también significaban una carga, dos hijas también eran dos dotes. Menos mal que, al menos, vinieron antes al mundo y te pudieron hacer de niñeras, sí, a ti, en el que había puesto mucha más esperanza. Daba por sentado que, al terminar la escuela primaria, irías a un liceo. Él mismo no tenía estudios superiores y se

había hecho pasante, pero los libros le habían enseñado otros mundos y también la belleza del pensamiento. Por eso lo inquietaban tus fallos esporádicos de concentración y las quejas de los maestros, que alegaban que eras un experto en papar moscas.

El lapicero está romo, explica, porque ayer estuve escribiendo con él todo lo que tenía que encargar hoy. Y todo lo que la dirección de la mina tendría que abonarme. Después, levantando el índice, agrega: Y respecto a tu pregunta, no hay una respuesta sencilla.

Asientes, tampoco esperabas otra cosa, y alargas la mano hacia una rebanada de pan.

Échate un poco de mermelada, murmulla tu madre poniendo el tarro delante de tus narices.

Tú sabes que todo el mundo tiene el alma que le ha dado Dios, dice tu padre. Y algunas personas afirman que en el alma del hombre está guardado todo lo importante que se va a encontrar después en la vida. Está ahí incluso antes de que suceda, ¿entiendes? Y me parece que tu pregunta implica algo similar. Me preguntas si en la mina del lapicero está antes lo que se dibujará con ella. Es parecido, ¿no?

Te encoges de hombros.

Sí, lo es. A tu padre le entristece que no estés de acuerdo con él. Y por eso la respuesta a tu pregunta es tan difícil, porque en realidad es una pregunta teológica, se frota las manos, satisfecho de su análisis. Teológico quiere decir que tiene que ver con la religión, precisa. Bueno, ¿y cómo la responderías tú?

Te quedas pensando con la rebanada a medio camino hacia tu boca. Primero he pensado que sí. Me parecía que bastaba acercar la punta al papel, y verter todo en él. Pero no sabía, reconoces, que con ese lápiz escribías los encargos.

¡Pues eso es justamente!, exclama con gozo. Y ahora te pregunto: ¿Qué crees? ¿Sabía alguien ayer por la mañana que en un par de horas iba a declararse un incendio en el pozo Mariánský? ¿Tuvo alguien, al menos, un presentimiento borroso?

Liba Krotká me contó que durante todo el día le habían estado hormigueando los huesos, a pesar de que hacía un sol espléndido, se inmiscuye tu madre.

Sí, claro, Liba Krotká, dice el padre con una mueca. Justo porque entendemos tan poco el mundo, nos inventamos tantos agüeros y supersticiones. Pero si quieres saber mi opinión, y no supercherías de viejas, no conocemos nada de antemano. Nada de nada, repite. Las líneas del libro del mundo están vacías, no hay nada en las páginas que aún no hemos leído.

Tu madre entiende que se ha acabado la sesión matinal de ejercicios mentales y comienza a recoger la mesa. Muchas veces se ha preguntado por qué será que a su marido le entran las preocupaciones filosóficas sobre todo a la hora del desayuno, solía achacárselo a la cercanía de los sueños, que aún no se habían desvanecido... Después se da cuenta de que nadie ha despertado todavía a Máña y da una palmada: ¡Con tanta palabrería a una casi se le olvida hasta respirar!

Pides que te lleven con ellos. Cuando llegáis a Březové Hory parece que parte de la gente ha pasado la noche en la explanada. Aún hay unos cuantos pañuelos tirados por el suelo, esos que las mujeres habían extendido para tumbarse sobre ellos, pero después se habían marchado, no se sabía adónde, dejándolos allí. En uno de ellos hay marcada una pisada; en otro, sangre seca. Un hombre duerme en una camilla para heridos, otros están sentados en los bordes sin aparente interés por lo que ocurre a su alrededor; tal vez tras la larga noche se haya apoderado de ellos el cansancio, o tal vez ya se hayan enterado de a quién han perdido. Descubrís también a unas cuantas mujeres que deambulan entre los escombros como sonámbulas, como si pudieran encontrar a sus hombres entre la maleza o entre la ganga amontonada.

No se consiguió apagar el fuego antes de que anocheciera, pero durante la noche el humo se ha disipado, así que por la mañana los cuerpos de rescate se han dirigido a las galerías. En la carretera os habéis cruzado con unas mujeres que han llorado ya todo lo que podían llorar y en vez de ojos tienen una especie de oscuros orificios repletos de espanto. Y de pronto os habéis enterado de por qué: mientras que ayer el número de rescatados superaba con mucho al de los ocho o nueve muertos, durante la noche esa relación se ha invertido fatídicamente. El subsuelo se ha convertido en una casa de los horrores, de la que, desde la mañana, han estado sacando cuerpos polvorientos y enhollinados en posiciones insólitas.

Tu madre te cubre los ojos como puede en la explanada, pero no por mucho tiempo.

Que lo vea, sugiere el padre con desolación, aquí hay más verdad que...

Los cadáveres están deformados hasta el espanto. En los cráneos abiertos se ha secado la sangre, las caras se han transformado en coágulos informes, los cuerpos son sólo jirones.

Y ahí estás, de pie, entre tus padres, un niño de nueve años, y los tres juntos observáis ese panóptico que se abre ante vuestros ojos. Uno arrodillado de forma antinatural, con la ropa quemada pegada al cuerpo. Otro con la boca llena de tierra y arena y la cara tan arañada que lo identifican por el reloj de bolsillo, en el que se ha detenido el tiempo trece minutos después de la medianoche. Un cuerpo achicharrado es identificado por una mujer que reconoce el anillo de boda, ya que lleva uno igual, antes de desmayarse. Otros dos cuerpos desnudos, quemados en un abrazo, también ven la luz del día, por el tamaño se cree que son los hermanos František y Václav Melichar; pero a éstos los encuentra el equipo de rescate después en otra parte; entonces eran dos hombres que no se conocían los que, en el momento de la muerte, se abrazaron y se asaron así. A otro lo sacaron con las manos piadosamente juntas, como si en el momento de la muerte se hubiera acordado de la frase de la Biblia *Beati mortui, qui in Domino moriuntur*. La cara de otro es la máscara aterradora de la muerte, el cabello y las cejas quemados, los ojos desorbitados y los labios mordidos por el horror.

Se extienden rumores de los espantos encontrados en el subsuelo, allá los muertos más afortunados se juntan en una esquina de la roca, o descansan junto a una pared, como si se hubieran quedado dormidos, y los menos afortunados cuelgan del entibado de las galerías como ahorcados o se han hecho trizas contra el suelo por la larga caída. Mientras tus padres siguen paseando por el acotado de las minas, tú dibujas. Estás contento porque por fin puedes probar tu lápiz Koh-i-noor de color blanco con goma. Te subes a un montículo desde el que tienes un panorama general del escenario y apoyas la dura hoja de papel en tus rodillas.

Te gusta mirarlo todo desde arriba. Despierta en ti una especie de tranquilidad lejana, como contrapeso a ese borboteo caótico de lamentos de ahí abajo. Con el paso del tiempo acude más y más gente a la explanada; así que a las nueve está tan llena como el día anterior por la tarde. Desde ahí parece un hormiguero, pero no de individuos desplazándose, sino de un movimiento puro, un hervidero integral. Si deseas observar a alguien

concreto tienes que concentrar tu atención en él, en esa chica que se entremezcla en el gentío sin propósito, a veces se para junto a alguien durante un instante, gesticula en silencio y continúa; parece como si, con sus pasos cortos y la falda recogida, bordara la explanada del pozo Anenský con un dibujo invisible, una especie de flor roja gigantesca. O la estación del equipo de salvamento: se dan palmaditas en el hombro, cogen fuerzas a base de tocino, café solo y aguardiente. Se humedecen la ropa y las esponjas en un cubo con vinagre y desaparecen en las entrañas de la torre de extracción.

Decides dibujar, precisamente, esa torre de ladrillo rojo; sin embargo, justo cuando estás esbozando la silueta de la construcción, en el túmulo, a tu lado, se tumba un hombre. Durante unos segundos sólo mira al cielo, después se sienta, mira el dibujo por encima de tu hombro, después la torre de verdad, de nuevo por encima de tu hombro, y se presenta como Augustin Žlutický, carpintero de las minas e instructor de bomberos voluntarios en Březové Hory, y también miembro de la asociación de teatro amateur.

El techo se te está hundiendo aquí, dice dándote una palmadita en el hombro. Pero, por lo demás, ¡veo talento! ¿Con quién tengo el honor de hablar?

Al momento no entiendes que te está preguntando tu nombre, pero después dices: František Drtikol.

Augustin inclina de nuevo la cabeza y mira hacia delante de modo ausente. ¿Te gusta dibujar?

Asientes.

No hablas mucho, dice sonriendo. Pero me voy a atrever a preguntarte otra cosa: ¿Me darás después ese dibujo?

Miras dubitativo esas pocas líneas sobre el papel blanco, pero es como si te leyera el pensamiento: No te preocupes, no tiene que estar perfecto. Mira, continúa en voz baja, ayer intenté salvar a mi mejor amigo, pero no pudo ser... Me gustaría tener un recuerdo de estos días.

Parece que es una petición seria que no deberías rechazar. Augustin te parece simpático, asientes dudoso y él escribe en el papel la dirección a la que le tienes que llevar el dibujo.

Después os quedáis sentados un rato el uno junto al otro en el túmulo, como dos amigos de excursión. Te parece agradable y al final te atreves: ¿Le

puedo preguntar yo también algo?

¿Y eso es ya la pregunta?

¿Qué?

Perdona, no quería confundirte, dice, pregunta.

¿Está en el lápiz ya todo lo que se va a dibujar con él?

Mmm... curiosa pregunta, dice Augustin, y se frota el mentón. ¿En la mina del lapicero? ¿En el alma de tu lapicero?

Se lo enseñas.

Te voy a decir algo: como mejor aprende uno sobre las cosas es cuando mira con sus propios ojos. Te coge el lapicero, se lo acerca al ojo como si fuera un caleidoscopio y empieza a darle vueltas despacio. Mientras, hace distintos ruidos roncós, suspira, exclama con asombro y sorpresa: vaya, ooh, qué bueno, dios mío, mi madre, cielos. Está claro que no puede esconder al actor aficionado que lleva dentro. Cuando, después de un minuto, te devuelve el lapicero blanco, se frota los ojos y te informa: Acabo de volver de un viaje a otro mundo.

No sabes si creerle. ¿Y qué ha visto?

¡Eso no te lo puedo decir! Muchas cosas.

¿El qué?

He visto a tu mujer, dice Augustin. Y te admiro, será flexible como un junco... Y celebraréis una boda célebre, a la que asistirá mucha gente importante...

Eso no te interesa en absoluto. ¿Ha visto algún dibujo?, preguntas impaciente.

¿Dibujos? ¡Cuadros, amigo!, exagera Augustin. Con todos los colores. Y el que más me ha gustado era como un arcoíris hecho un ovillo. Pero ya no te digo más, mira, me cierro la boca con un candado, y después ya se queda con los labios pegados hasta que desaparece.

Permanece aún un momento calentándose al sol del mediodía y después se esfuma, no sabes ni cómo.

Te acercas el lápiz al ojo, casi te lo pinchas con él, y empiezas a girarlo, primero despacio y después más deprisa, pero no ves nada.

Antes del mediodía observas ahí abajo un nuevo ajeteo, la gente echa a

andar hacia un mismo sitio y ha rodeado como un enjambre lo que sea que esté en su centro. Recoges tus cosas y echas a correr hacia abajo.

Tras varias horas sacando muertos, por fin aparecen unos supervivientes. El picador de piedra Jan Soukup solloza de rodillas sobre el suelo, pero parece que está en sus cabales. La gente lo abraza y lo acribilla a preguntas, pero el bigotudo Soukup no consigue articular una frase y sólo es capaz de hacer gestos para que lo dejen en paz. Los socorristas lo llevan a una camilla bajo la sombra de un árbol donde le prodigan los cuidados de rutina, entre los cuales el trago de aguardiente es el más agradable. La gente se da cuenta de que Soukup habla con sus cuidadores y de nuevo se arremolina en torno a él. El pobre minero comprende que no puede huir, se apoya en el cabecero de su camastro, mira a su alrededor y relata:

No sé si queda alguien con vida, no lo sé. Yo creía que había fuego sólo en mi nivel. No me imaginaba... Con la mano débil hace un gesto amplio y se echa a llorar otra vez.

Alguien le invita a que explique lo que ha vivido allí abajo.

Soukup clava los ojos en su regazo. Ayer al mediodía bajé al nivel 22. Fui con Jan Dupač por la galería, después por la chimenea y las escaleras hasta nuestra cueva. Hacía mucho calor, y poca luz, ardía, el aire corría sólo por la galería principal, mientras que en nuestra chimenea ni se movía. La roca era fácil, así que cortamos, porque así se aguanta más que taladrando. Y de pronto nos pareció raro que no se oyera a través de la piedra ningún ruido de martillos ni taladradoras. Había un silencio terrible. Nos vestimos, Dupač bajó por tres escalerillas y yo detrás. En el andamio más inferior vimos humo, como a medio metro del suelo, pensamos que era de quemar la piedra y subimos otra vez, a esperar. Al rato Dupač fue a mirar otra vez a ver si había desaparecido, volvió al poco, pero la lámpara ya no ardía y dijo que por la galería se había tropezado con algo blando. Fuimos juntos a investigar; pero él ya estaba muy confundido, se sentó abajo, en el primer andamio, y de pronto se derrumbó. Bajé hasta donde se encontraba él y lo senté bien para que no se cayera por el agujero, pero ya no pude subirlo de nuevo.

Por un momento parece que se va a echar a llorar de nuevo; pero al final sólo se sorbe los mocos unas cuantas veces. A mí también me dolía la cabeza como si fuera a estallar, continúa. Eran las ocho y media y ya me daba que iba a pasar la noche en esa chimenea. En el yacimiento extendí el mineral,

coliqué dos maderos y un tercero atravesado, e intenté rezar incluso con el dolor de cabeza que me atormentaba. A ratos perdía el conocimiento y a ratos rezaba. Cuando miré otra vez la hora, era la una de la madrugada, y después la miraba cada cuarto de hora. Por la mañana, sobre las cinco, aún tenía la esperanza de que los mineros del turno de la mañana ya estuvieran abajo con las vagonetas. Me quedaba sólo el final de la mecha, el humo se había acercado tanto a mi cueva por la noche que casi podía tocarlo. Tuve que andar un trecho, primero por las escaleras, después por un pasillo y por la galería hasta la chimenea, me puse el pañuelo que tenía en torno al cuello sobre la cara, para no tragar tantos gases. Y el resto de la vela en la gorra. Me arrastré por las vías, en la galería me tropecé con dos muertos, creo, estaba oscuro yapestaba.

En la explanada de las vagonetas no había nadie, así que empecé a sacudir la cuerda de la campana, entonces ya notaba que me estaba mareando e intenté contar. Después me senté en el mineral, me puse a rezar y esperé lo peor. Pero al final se me aparecieron los ángeles, se me aparecieron, y no sé ni cómo, y salí hasta el nivel 8. Allí estaba el supervisor de la galería, que me contó lo que había pasado. Buscó una jaula y me metió allí junto a otros dos, para que no nos cayéramos. Y así subí a ver la luz del día.

Gracias a Dios, dice un minero.

Gracias a Dios, corean otros.

Gracias a Dios, musitas tú también, entre los demás.

Durante unos cuantos días la ciudad olía a vela quemada, pero después los olores de la cal clorada y el ácido carbólico fueron alternándose con el del humo. El hedor de la muerte se mezclaba con el del miedo a las epidemias. La esperanza de que el laberinto minero aún guardara a alguien con vida fue desapareciendo despacio y los trabajos de rescate se convirtieron en una desagradable tarea de limpieza. El 2 de junio a la una de la tarde se dejaron oír desde el pozo František las últimas campanadas, veintiocho tañidos, tal vez veintiocho tañidos, porque algunos fueron tan débiles que se extinguieron dentro del corazón de la tierra. La gente se arrodilló y se puso a rezar. Cuando cuatro hombres elegidos bajaron después a novecientos metros de

profundidad, en la explanada de las vagonetas ya no había nadie, y en la galería adyacente encontraron sólo el cadáver del engastador Eduard Květina.

La campana que anunciaba las muertes no dejaba de sonar y en la mayoría de las casas ondeaba una bandera negra.

Por la noche el número de muertos ascendió a ciento once.

Los carpinteros de los alrededores sólo fabricaban ataúdes.

Se ha organizado un funeral común, el primero de muchos. En el cementerio de Příbram no cabe nadie, la junta directiva, las asociaciones, mineros y funcionarios con sus uniformes de gala, cientos de personas han venido a dar el último adiós a los mineros, que son devueltos a las entrañas de la tierra un poco después de que los sacaran de ellas. Los veteranos y los tiradores de salvas intentan mantener el orden, pero los ataúdes se balancean con el gentío en su procesión.

Estás de pie entre Ema y Máňa pero así sólo alcanzas a ver los faldones de alguien que está delante. Le pides a tu padre que te suba a sus hombros, como cuando eras pequeño, y desde la atalaya de detrás de su cuello tienes unas magníficas vistas. Debajo se extiende un campo ondeante de gente, cabeza sobre cabeza, una cosecha entera de vestidos, sombreros y gorras quitados de repente. Todos tienen su atención puesta delante, donde los ataúdes se amontonan junto a un gran hoyo rodeado de coronas. De pronto recuerdas que no sabes qué ha pasado con el hijo del minero, y comienzas a peinar con la vista las filas de los lados, reservadas a los parientes cercanos. Realmente está allí, como si ese desgraciado pensamiento lo hubiera llamado por encanto, está al lado de su hermana y la mano de su madre le masajea el hombro.

Un poco más allá descubres a Hynek Klukan. Casi le rompes el cuello a tu padre al moverte. Desde que suspendieron las clases no lo habías visto y ahora ves a Hynek con su madre en las filas de los afectados. Sólo puede significar que el padre de Hynek también ha muerto. Te imaginas ahora ese *štufnverk* sin acabar, que se queda en la balda como un pequeño túmulo, y le acaricias a tu padre la cabeza deseando que no se muera. Con un sobresalto te percatas de que en la coronilla le clarea el pelo y le abrazas la cabeza, enlazas las manos sobre su frente y tapas su cabeza con tu pecho.

Los lamentos aumentan en intensidad cuando depositan el primer ataúd en la tierra, y tras él, durante tres cuartos de hora, le siguen más y más, cada

uno con una simple cruz y el nombre. La banda de los mineros toca una triste marcha, las trompetas se quejan y el sonido de los tambores espanta a los pájaros del cementerio, no acostumbrados a semejante concierto. El ministro de Agricultura, el conde Falkenhayn, que, al igual que el diputado del imperio Tomás Masaryk, ha venido de Viena para evaluar con sus propios ojos el alcance de los daños, rocía el ataúd con agua bendita y echa unos cuantos puñados de tierra. Después, junto al hoyo, se forma una fila tan larga que, cuando la última persona coge un puñado para espolvorear simbólicamente la tapa del ataúd, el hoyo ya está lleno hasta la mitad.

Ahora no sabes de qué modo comportarte con Hynek. Piensas sin cesar en su padre y tampoco puedes quitarte de la cabeza cómo echasteis al fuego aquellas figurillas de mineros que os salieron mal.

Antes de dormir has pensado en ello y ahora lo ves todo claro. Os comportasteis a la ligera. No te imaginas a Dios actuando de ese modo así al comienzo del mundo: el sexto día modeló al hombre del barro, y como algún pequeño detalle no le acabó de convencer, lo destruyó. Bueno, qué más da, arcilla hay mucha. Tienes claro que vosotros obrasteis de ese modo, con ese ánimo. El padre de Hynek echó los muñecos al fuego como un creador malvado, y por eso él mismo tenía que morir. Lo alcanzó la misma cruel muerte que había alcanzado a su creación: la muerte entre las llamas, la que está reservada a los peores pecadores. Tú puedes apuntarte un tanto positivo, al menos salvaste una figurilla, Adán, y ahora lo llevas siempre contigo y lo cuidas bien. Pero ¿podrías haber salvado a todos?

¡Estoy esperando una respuesta, Drtikol!

Podría, señor.

¿Perdón?

El maestro se inclina sobre ti más preocupado que enfadado, la vara está en su sitio. Te lo preguntaré de nuevo, Drtikol, ¿cuántas son nueve por nueve menos tres por tres?

Sudas y calculas, pero no das con la respuesta correcta.

Ven a escribirlo en la pizarra, ordena.

Nueve por nueve es igual a ochenta y uno, menos tres por tres, que es igual a nueve, ochenta y uno menos nueve son setenta y dos.

Estupendo, masculla el maestro, ve a sentarte. Está claro que no te has enterado de que Weber ha resuelto la misma operación hace un momento. Y ahora te pregunto a ti, Horký, ¿cuántas son nueve por nueve menos tres por tres?

Josef Horký mira confundido al maestro, ¿setenta y dos?

Pero no estás del todo seguro, ¿verdad? Mejor ven a calcularlo. Pero borra la pizarra antes, que está llena de cosas.

Horký lo calcula despacio, escribe en la pizarra y llega al mismo resultado.

Y ahora tú, ¡Müller!

La clase se tensa.

Pensarán que me he vuelto loco, dice el maestro después de que nueve o diez alumnos hayan pasado por la pizarra. Todavía no, todavía no. Quiero demostrarles por escrito que algunas cosas están dadas de antemano, son seguras. Siempre y cuando se utilice el método correcto, cada uno acabará llegando al mismo resultado. Éste no depende para nada de quién realice los cálculos. Aquí se halla la belleza de la aritmética, muchachos.

Y así, sólo por gusto, llama a la pizarra también a Kovář.

Después continúa: Y no se trata sólo de la aritmética. Las matemáticas son en verdad el escaparate del orden divino en la naturaleza. No se avergüencen de entrar hasta el fondo de su alma. Aunque es posible que en ella reine la aflicción, como ocurre estos días en muchos de nosotros, tal vez les consuele saber que también en el alma humana encontrarán algunas cosas seguras. No duden de que a un hombre honorable y piadoso Dios le parece igual de seguro que tres por tres son nueve. Eso también está dado de antemano, tan sólo depende del método y del conocimiento de las leyes. Por eso, cumplan los Diez Mandamientos y ¡obedezcan a sus padres!

El primer día de escuela tras la catástrofe todos los maestros son amables. Entre los alumnos hay muchos hijos de familias mineras y nadie sabe muy bien quién ha perdido a alguien. Hasta en la clase andáis de puntillas, no os atrevéis a preguntar a los demás. Pero cuando acaba la clase tienes la sensación de que ya no puedes evitar más a Hynek. Salís juntos de la escuela primaria masculina que se encuentra en la parte norte de Hlavní náměstí, pero

no la atravesáis, como siempre, sino que os dirigís hacia Arnoštovy sady, hacia la Academia Imperial de Minería.

Hace buen tiempo, casi de verano, el sol quema en la piel. Hynek calla y tú no sabes qué decir. Os demoráis en el parque, a dos metros de vosotros dos ardillas rojas suben por el tronco de un castaño y se pierden entre el verde claro de las hojas. El aire es limpio, desde el Monte Santo se debe de ver a varios kilómetros, Hynek se acerca a un árbol y apoya la espalda en el tronco. Estás frente a él y sonríes algo turbado. Quieres a Hynek, en realidad es el único buen amigo que tienes. No se ríe de tus ensoñaciones y no le molesta que seas tan reservado.

Esperáis que pase algo, pero no pasa nada, así que al rato seguís andando. Hynek coge piedras del suelo y a veces acierta a los troncos de los árboles.

¿Qué te gustaría hacer hoy?, preguntas.

¿Qué vamos a hacer ahora?

¿Quiénes?

Se encoge de hombros y se arrastra hasta la hierba. Nos quedamos aquí, dice.

Tira al suelo la bolsa de la escuela, llena de libros y cuadernos, y se la pone debajo de la cabeza. Tú haces lo mismo, y así, uno junto al otro, os quedáis tumbados de espaldas, contemplando ese abismo azul que se abre sobre vuestras cabezas.

¿Tenéis parientes?

En Benešov. Mi madre dice que tendremos que alquilar una o dos camas.

¿Van a vivir extraños con vosotros?

Es de lo más normal, dice Hynek. Algún aprendiz de minero que no pueda pagarse una habitación entera nos alquilará una cama. O puede que nos mudemos a casa de alguna otra familia minera que también... Bueno, ya sabes.

¿Y tu padrino?, se te ocurre de pronto. ¿Quién es tu padrino?

De nuevo se encoge de hombros. Creo que alguien rico, pero se mudó a otro lugar. Mi madre va a escribirle.

Muy alto, por encima de vosotros, vuelan unas golondrinas; son unos pequeños puntos móviles en el cielo, como las cotas agrupadas de algún mapa.

Cuando, al cabo de unos minutos, te vuelves hacia Hynek, te percatas de que duerme. Tiene los labios entreabiertos y las pestañas negras y largas se le mueven imperceptiblemente. Una gran marca de nacimiento adorna su mejilla derecha; dentro de unos años le molestará al afeitarse, pero todavía tiene la cara de niño, pálida y suave. Es un chico un poco enfermizo, enseguida se pone malo; tal vez sea eso lo que os une, ninguno de los dos estáis anclados con demasiada firmeza a este mundo.

Te aprovechas de que duerme y lo observas con atención. Sólo que la cara de un durmiente revela bien poco.

Una vez oíste que, durante el sueño, todos somos iguales: el emperador duerme igual que el más pobre de sus súbditos. Se te ocurre que, si ahora te quedaras dormido, no habría forma de saber a cuál de los dos se le ha muerto el padre.

Te tumbas otra vez de espaldas y cierras los ojos. Pero antes de que puedas sumergirte en tus enigmas, se acerca a vosotros un grupo de compañeros.

Venga, vamos a bañarnos. ¿Qué?

Te acercas el índice a los labios y con los ojos señalas a Hynek.

Pues lo despertamos. ¡A despertarlo!

¿Se la bajas a tu padre a la tienda? Pregunta tu madre mientras te da un tazón de sopa. Y llévale también pan, la sopa sola lo dejaría con hambre.

Tu padre está leyendo un número especial de *Horymír* dedicado a la catástrofe. La redacción del semanario informativo y de entretenimiento deja ver un apetito realmente estadístico: Se utilizaron 12.226 kilos de ácido carbónico por valor de 727 florines y 53 kreuzer. 1.126 kilos de cal clorada, 225 florines y 20 kreuzer. 144 litros de vinagre, 15 florines y 70 kreuzer. 1.116 botellas de aguardiente de patata, 290 florines y 84 kreuzer. El padre mira su cuaderno para asegurarse de cuánto salió de sus existencias. Con un cálculo rápido se da cuenta de que en otros sitios deben de vender las botellas de aguardiente a más de los 17 kreuzer que cobra él; si no, los números de *Horymir* no cuadran. Tal vez esos precios demasiado populares sean la causa de su mediocre éxito económico.

Otra parte de la estadística se refiere a las víctimas. Las más de trescientas vidas humanas constituyen la mayor catástrofe minera de la historia, ninguna otra desgracia en ninguno de los pozos de ninguna otra parte del mundo se ha cobrado precio tan cruel como aquí, recalca *Horymír*, como si algo así pudiera ser objeto de orgullo nacional. ¡Y no se refiere sólo a los muertos! Además, están los familiares: 289 viudas, unos 1.000 huérfanos y, al menos, 25 hijos póstumos. ¡Unas cifras terribles!

Estás allí plantado, con la cacerola en la mano, hasta que te atreves a intervenir: Mamá me ha dicho que le diga que se coma la sopa mientras esté aún caliente.

¿Una sopa de ortiga? ¿Eso es comestible?

Te encoges de hombros, con eso no estropeas nada.

¿Qué tal te va en la escuela?, te pregunta entre cucharadas.

Hemos repetido un montón de veces el mismo ejercicio de cálculo, le dices.

¿Por qué?

Para que nos demos cuenta de que siempre se obtiene el mismo resultado.

Hmmm... cierto... No le encuentra mucho sentido, pero siente respeto por la escuela y no quiere dudar de los caprichos pedagógicos de los maestros.

Papá..., dices al rato, ¿qué es un hijo póstumo?

Es un hijo al que se le muere su padre antes de nacer, deja la cuchara a medio camino hacia la boca y te mira. Por el carácter de estas cosas tiene que ser el padre, la madre puede morir en el parto, pero si muriera antes, moriría también el niño, así que ya no podría ser póstumo.

Durante un rato intentas entenderlo, después dices: Así que ¿yo no puedo ser un hijo póstumo?

No, no tienes nada que temer.

Y... ¿huérfano?

Huérfano puede ser cualquiera. Casi todo el mundo lo será algún día.

Eso te asusta. ¿Cómo es eso?

Porque casi todo el mundo sobrevive a sus padres. Pero por otro lado para entonces suelen tener ya a sus propios hijos, así que las cosas se viven de otro modo... ¿Te preocupa?

No estás seguro, sólo te interesa, ya que escriben sobre ello en Horymír. Aún piensas un poco más en ello, mientras tu padre se acaba la sopa, y después dices: ¿Puedo ir a Březové Hory?

¿Ya has terminado los deberes?

Quiero ir por lo del dibujo.

Claro, deberías llevarlo, es verdad. Pero te he preguntado si ya tienes terminados los deberes.

De deberes nos han mandado recoger hojas, así que de todas formas tengo que salir.

Tu padre asiente. Pero antes, ya que la has traído, devuélvele la cacerola a tu madre. Y aprovechando que vas, puedes decirle que las ortigas son para las infusiones, no para las sopas.

Te quieres ir ya; pero aún te hace un guiño: No temas, yo no me voy a morir enseguida, y mamá tampoco. Nos queremos todos demasiado para morirnos... Te mira para darte ánimos, pero te quedas ensimismado, mirándolo durante tanto rato que al final todo se vuelve un poco raro y tu padre baja los ojos hacia su cuaderno de cuentas.

Sin moverte del sitio, dices: Entonces, las familias de los mineros... ¿no se querían?

De nuevo levanta la vista, deja el lápiz en la mesa, desconcertado.

¿El padre de Hynek no quería a Hynek?, ¿por eso se murió?

Seguro que sí, claro que le quería, responde su padre sintiéndose un poco culpable. Hala, vete, vuelve a casa antes de que se haga de noche, dice balanceando la cabeza.

Te encaminas a Březové Hory por la carretera, por el mismo camino por el que fuiste el día de la catástrofe. Te gustaría tener algún amigo de más edad, como Augustin. Sólo su nombre te provoca sensaciones agradables que durante el camino se transforman en una especie de avalancha de luz. Žlutický, Augustin Žlutický, Žlutický, te repites sin cesar para ahondar más esa sensación tan agradable y ahuyentar a esos mil huérfanos y veinticinco hijos póstumos, ese ejército sufriente que hace un momento ha traspasado las defensas de tu cabeza. En unos minutos te sientes mejor, das saltos, te inclinas sobre los botones amarillos de las manzanillas, arrancas una y la aplastas entre los dedos: huele fuerte y huele a amarillo, como si todo alrededor fuera amarillo, aunque en realidad esa sensación no tiene nada que

ver con los colores.

Hořejší náměstí, número 7, pone en la parte de atrás del dibujo. Encuentras el 1, el 3, y después el 13. Mejor le preguntas a alguien en qué número vive Augustin Žlutický.

¿Augustin? Aquí al lado, un viejo le señala un portal. Tienes preparada una frase para el caso de que abra alguien que no sea él: Buenos días, soy František Drtikol y traigo un dibujo para Augustin Žlutický, me lo pidió cuando nos conocimos cerca del patio del pozo Anenský. Pero no estás seguro de si serás capaz de soltarla de una vez.

Una anciana escucha tu discurso y después dice: Augustin ha muerto.

Tienes el valor de protestar: ¿Cómo que ha muerto? Si hablé con él después de...

¿Después del incendio? Sí, chico, pero mi hijo era bombero. Murió mientras salvaba las vidas de otros.

Deseaba tener un recuerdo de ese acontecimiento..., dices dubitativo.

A ver, ¡enséñamelo!, ordena la mujer. Un pañuelo negro le rodea el rostro, ovalado.

Le tiendes el dibujo enrollado temblando como una hoja. Hubieras deseado no estar delante mientras lo observa. Durante unos días ni siquiera te has acordado del diente que se te mueve, pero ahora te hurgas en él con la lengua para sacarlo como se saca un tronco de la tierra. En un lado ya puedes introducir la punta de la lengua entre el filo del diente y la encía blanda, dentro de poco podrás usar la lengua como palanca, es un músculo fuerte que cuando aprieta...

La torre de la mina, la chimenea del horno... y esto son las camas, ¿verdad?, murmura la mujer.

Sí. Y aquí, con el uniforme, he dibujado a Augustin. Pensaba que le haría ilusión.

La mujer se acerca el dibujo a los ojos, le brillan como una piedra mojada. Tienes razón, es él. Después vuelve a dirigir la mirada hacia ti y pregunta: ¿Y qué te prometió Augustin a cambio del dibujo?

Nada. ¿Le gustaría quedárselo?

Con mucho gusto, chico, suspira la mujer. Pero no te voy a dejar marchar sin que te tomes una taza de achicoria.

Se pierde en un pasillo oscuro de la casa, de la que salen los intensos olores de la tierra, aromas a raíces comestibles y barro. No sabes si tienes que ir tras ella; pero, en cuanto se percata de que te has quedado delante de la puerta, te hace un gesto.

Te la haré con leche, ¿vale?, dice desde la cocina mientras vierte la leche de una jarra a la cazuela. Tendrás que tomarla sin azúcar, no tengo.

Miras alrededor, sobre la puerta hay una bendición: BENDITA SEA LA CASA EN QUE HABITA LA PAZ DIVINA, BENDITO SEA EL HOGAR DE LOS TEMEROSOS DE DIOS, DICHOSA SEA LA FAMILIA QUE PASA SU ÚLTIMA HORA CON EL SEÑOR.

En una estantería descubres una foto de Augustin con ropa de teatro. Cuando la anciana te tiende la taza con la achicoria caliente, la superficie del líquido de color ocre tiembla. Ella suspira de nuevo y se sienta a la mesa. Dime, ¿cómo os conocisteis?

Apareció a mi lado en el montículo, cuando estaba dibujando.

¿Tienes algún otro dibujo?, y mira una vez más el que has traído.

No, sólo éste.

¿Éste? ¿Te gusta dibujar?

Asientes. Reparas en que en la estantería está también la esquila.

Me costó mucho escoger esos versos, dice la mujer. Pero de todas formas no me entra en la cabeza cuándo pudiste conocer a Augustin. Murió un par de horas después de que empezara el incendio.

Nos conocimos el segundo día, dices. Te acuerdas muy bien, el primer día llevaste las botellas de aguardiente a Březové Hory, el segundo regresaste con tus padres y el lapicero nuevo.

Es imposible, dice la mujer. Mira, y te enseña de nuevo la esquila. Aquí pone que murió el 31 de mayo de 1892. Eso fue el martes de la semana pasada. Has tenido que confundirte, chico, lo marqué con una cruz en el calendario... Bajó a la mina para ayudar a sus amigos, pero en vez de salvarlos murió él mismo. Lo sé muy bien, me pasé casi toda la noche llorando junto a su cuerpo.

El domingo, en el Monte Santo, se celebra un funeral multitudinario; la capilla y las naves están a rebosar, sólo una parte del gentío encuentra sitio dentro de la basílica. La mismísima Virgen María, consciente de que últimamente muchos le han dedicado devotos pensamientos, pero también reproches silenciosos, se ha adornado con algunos de sus mejores vestidos, uno amarillo con brocados de oro que le regaló hace ya mucho la emperatriz María Teresa. Alrededor de su cuello y del cuello del niño Jesús han puesto unas cadenas de oro y, sobre sus cabezas, han colocado sendas coronas incrustadas con piedras preciosas. No debe quedar duda de quién reina de nuevo sobre la ciudad.

Cada año miles de peregrinos acuden a ver a la Virgen María. Toda el ala occidental del templo del Monte Santo está cubierta de pinturas en las que la Virgen salva a sus creyentes del fuego y los incendios. El 16 de agosto de 1651 la doncella Mariana se abrasó los pies con leche caliente, pero la Virgen la salvó milagrosamente de las quemaduras. En el castillo Zruč se declaró en 1669 un devastador incendio, pero el fuego se lo pensó de nuevo después de que le lanzaran un rosario, y no quemó ni un hilo. La gente se preguntaba en secreto: ¿cómo es que la Virgen María no ha intervenido esta vez, que no ha intervenido contra el incendio más terrible de todos, contra el incendio que se había declarado justo debajo de su templo en el Monte Santo y que además había comenzado en la galería a la que, para colmo, le habían puesto su nombre? Pero mientras algunos rezongaban así, los otros les recordaban que los hombres son pecadores. Y si un hombre es pecador, un minero lo es el doble, de eso no hay duda. Y tampoco hay duda de que para esos pecadores están las llamas del infierno, como ha quedado demostrado esta vez.

Aprietas con la lengua y el último diente de leche se suelta por fin. De la encía blanda salen unas cuantas gotas de sangre dulce. Mojas la punta de la lengua en ese pocillo y tragas despacio el néctar. Pero no sabes qué hacer con el diente, te pasarás el funeral chupándolo como si fuera un caramelo.

El cura, mientras tanto, se ha vuelto hacia la Virgen, ha hecho una genuflexión y ahora, en comunión con todos los que llenan el templo, susurra: Dios te salve, reina y madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra; Dios te salve. A ti llamamos los desterrados hijos de Eva; a ti suspiramos, gimiendo y llorando, en este valle de lágrimas...

I

ESTAMOS a mediados de octubre de 1897, es domingo por la tarde. František Drtikol padre observa el paisaje desde lo alto de un caballo. El sol, inclinado, afila las lindes, acentúa el negro de los trozos de tierra arada en los campos y capta diferentes detalles con sus rayos: un nido de pájaro caído en la hierba, la resina ambarina fluyendo inmóvil en los troncos de los pinos o las agujas de pino adheridas al sombrero de un hongo. ¡Ahora ya no estás en la tienda, Drtikol!, le grita el sol, ahora eres como un rey. Ha tenido que pedir prestado el caballo, claro; a diferencia de Punta, el perro lobo que da vueltas a su alrededor, satisfecho, con el hocico pegado a la tierra. Tu padre encarga para la tienda cajas de bombones rellenos de licor que después lleva al antiguo asentamiento noble Na Hrádku, donde, a cambio, le dejan prestado un caballo tordo añoso toda la tarde. Durante su juventud, en Dobříš, donde su padre trabajaba de veterinario, montaba a menudo, y ahora, en sus paseos ocasionales alrededor de Příbram, galopa también con despreocupación hasta su pasado.

Le preocupa que Ema esté ya en edad de casarse pero que no tenga ningún pretendiente serio, y que su único hijo le traiga suspensos del colegio. Así difícilmente podrá ir al liceo, y hasta es bastante probable que lo echen de la escuela.

Se encuentra en una encrucijada, el viejo tordo se detiene y vacila, sabe que éste es el lugar favorito de su jinete. En la linde del bosque crece un roble de tronco plateado tan grueso que no lo rodearían ni tres hombres, arriba le han colocado una hornacina con una estampa de la Virgen María, y abajo,

junto al tronco, alguien ha puesto dos maderos y un travesarlo a modo de banco. Baja del caballo, se apoya en el tronco del roble, estira las piernas e inclina la cabeza. Esto es lo que buscaba. Punta, obediente, se tumba a su lado y jadea con la lengua fuera. Drtikol se queda mirando a la nada durante un rato, la realidad simple del mundo va llegando a su conciencia y de nuevo la abandona, como cuando, antes de dormir, ciertas ideas alucinógenas coquetean con su pensamiento.

El caballo agita la cola para espantar unas moscas, se oye el martilleo de un pájaro carpintero, un corzo atraviesa el campo a saltos, boing, se para, mira, y de nuevo boing. Punta se levanta, gruñe asustado, pero se queda en su sitio. Drtikol vuelve su atención a las hojas que la brisa suave hace caer y se da cuenta de que cada una cae de manera diferente: algunas directas hacia abajo, sin girar; otras hacen diez piruetas, como si tuvieran que taladrar el camino a través del aire, y otras caen despacio, sin apresurarse, se hunden como barcos que se fueran llenando de agua poco a poco. Sí, caen las hojas, y cada una lo hace de manera diferente, otra vez es otoño, Punta bosteza...

Nunca tiene ganas de levantarse. Hoy también sigue sentado, aunque el frío se le pega a las articulaciones. Piensa en su padre, el primer František Drtikol de la familia, el veterinario de Dobřš. Él le legó estos momentos de soledad en la naturaleza, y también fue él quien lo sentó por primera vez sobre un caballo. Cada día recorría la hacienda con una gran bolsa de cuero llena de instrumentos médicos, vendas y pomadas; pasaba tanto tiempo con los animales que al final de la semana apestaba como ellos y tenía la ropa llena de pelos.

En el patio a veces aparecía un cabritillo cuya madre había muerto en el parto, o un perro enfermo, y una vez, incluso un loro. Su padre se dedicaba a los animales domésticos, ellos le hacían ganar su sustento, sobre todo los del palacete, pero tampoco se negaba a curar a los del bosque cuando alguien se los llevaba. Una vez apareció en casa un cervatillo herido, la criatura más inocente que uno pudiera imaginarse, había caído en una trampa de cazadores furtivos y se había roto una de las patas delanteras, fina como una brizna de hierba; alguien lo había encontrado cuando había ido a por leña, estaba asustado y agotado, pero en perfecto estado. Su padre se quedó con el cervatillo, y él, muy pequeño, se hizo su amigo, observó cómo se reponía, no día tras día, sino hora tras hora. Al principio era desconfiado, como todos los

animales del bosque, se iba renqueando hasta el rincón más alejado y allí sufría en silencio, como hacen los cervatillos, pero con el tiempo se recuperó, se dejó domesticar, y hasta apoyaba la cabeza en su mano y deambulaba a su alrededor observándolo con sus saltones ojos marrones. František Drtikol llegaba a tenerle tan cerca que en los globos redondos veía su reflejo, su rostro ensanchado, y con el índice acariciaba el pelaje corto y duro de la cabeza del animal e intentaba comunicarse con él. Pero siempre que se encariñaba con algún animal éste tenía que irse, o bien de vuelta con su dueño o adonde pertenecía, como le recalcaba su padre; en el caso de los pájaros, al cielo; en el del cervatillo, al bosque. Aunque no pudisteis devolver al agua a aquel pez que una vez de niño trajiste de un lago fangoso, pues creías que tu padre era capaz de sanarlos a todos. Cuando soltaron al cervatillo, František Drtikol se prometió a sí mismo que algún día también sería veterinario. Pero al final las cosas salieron de otra manera.

El palacio de Dobpal tenía entonces un gran establo, lleno de caballos de raza. Y no los cuidaban de cualquier manera, los mozos mandaban a buscar a su padre enseguida, en cuanto un caballo no podía apoyar la pata, o tenía algo mal en la barriga o un potro a punto de nacer se quedaba atascado en la yegua y no salía. Su padre solía llegar cuando la yegua estaba terminando de parir. Se untaba entonces el brazo con manteca y lo metía hasta el hombro dentro del animal, como si lo introdujera en una funda de colchón, con la cara pegada al culo del animal arreglaba algo dentro, colocaba bien las patas del potrillo y con la otra mano animaba a la yegua para que empujara. Después le pagaban una buena suma y además, a cambio, le dejaban uno de esos hermosos caballos prestado durante todo un día. Y él colocaba a su hijo en la silla y se marchaban juntos a la hacienda, donde le esperaba más trabajo, o daban un paseo sin más alrededor de Dobříš. Desde el lomo del caballo el paisaje que se abría ante ellos era completamente nuevo, y el chico, perplejo, acariciaba absorto la crin del caballo mientras el padre le contaba historias sobre animales, sobre todo de animales enfermos, describiendo fielmente las heridas supurantes, los intestinos enredados como ovillos y la muerte de un feto en la matriz.

Hasta que un día se cayó del caballo y desde entonces nada fue igual. Pero František Drtikol no quiere pensar en ello ahora. Ya hace frío.

Al final se levanta, el caballo agita la cabeza y juntos se dirigen por el

camino del bosque de vuelta a Příbram. Punta va detrás, guardando una prudente distancia.

Cuando ya han avanzado un kilómetro les alcanza otro jinete de fin de semana, el fotógrafo del lugar Antonín Mattas. Se balancea en los estribos como si tuviera un sarpullido en el culo. Debe de creerse todo un jockey, piensa Drtikol. Pero al llegar a su altura le dice: Tengo que felicitarle por ese alazán...

Mattas asiente y palmea al caballo bajo la nuca. Es cierto, he tenido mucha suerte con Flecha.

Parece que lo cuida bien.

Lo intento.

¿Usted solo? A Drtikol le sorprende que un fotógrafo local, autónomo como él, pueda mantener a su propio animal.

Mattas afirma satisfecho: Sí, yo solo. ¿Y el suyo? Tampoco está mal... Da la impresión de haber trabajado ya lo suyo, pero eso hace que los caballos estén más tranquilos. Flecha es un poco alocado, a veces me toca usar las bridas con él.

Han llegado a Dolejší Obora, la superficie del embalse está tranquila y refleja los árboles de alrededor como si fuera un espejo; en los rincones sombríos, bajo la presa, se acumula la oscuridad.

¿Sabía que los caballos enfocan igual de bien todo su campo visual?, Drtikol repite lo que un día le explicó su padre. No son tan selectivos como nosotros. Nosotros vemos sólo lo que queremos, y queremos sólo lo que nos da beneficio.

Quizá por eso los ojos de los caballos son tan diferentes, sugiere Mattas. Después añade: Usted tiene dos hijas, ¿no? Mándemelas un día, para hacerles una foto y que les quede un bonito recuerdo. ¿No tiene en casa un álbum familiar? Yo casi no me puedo creer que mi padre aún escribiera crónicas...

¡Voy a dibujar!, gritas para que se te oiga por encima de Ema, que está tocando el piano.

¿Y lo del colegio ya te lo sabes?, pregunta el padre levantando los ojos

del libro.

¿Qué?

Eso que tienes que aprenderte para mañana, dice moviendo las manos; Ema golpea con malicia las teclas y Punta aúlla con tristeza.

En verano ibas a dibujar mineros, te levantabas con el turno de la mañana para poder esbozar al menos los rasgos básicos de los hombres que iban a apuntarse a la oficina antes de bajar a los pozos. Tenían un aspecto terrible: la piel a manchas, como remendada con parches blancos, rojos y marrones, el cráneo quemado, la cara sin cejas. El envenenamiento por monóxido de carbono fue muy original en cuanto a sus resultados: a uno le dejó la memoria como un colador, a otro el dolor de muelas le deformó la boca, otro no podía bajar las escaleras sin tener la sensación de que se ahogaba. Al principio usabas más la goma que la mina, pero con el tiempo el lápiz entre tus dedos se hizo más hábil y la mina más sensible, como si en ella hubiera terminaciones nerviosas.

Las figuras jorobadas de los mineros te llegaron a la mano, y de la mano al cuerpo; después de unas tres semanas ya eras capaz de atrapar esos rostros atormentados hasta los huesos con unos trazos básicos rápidos.

Los que se ahogan se agarrarían incluso a un lapicero, observó el director del colegio.

Pero ahora te vas al bosque, tu padre te ha conseguido un caballete plegable de pintor y una caja de acuarelas nueva.

Tienes claro tu futuro: acabarás ese estúpido colegio de cualquier manera y después irás a la Academia de Arte de Praga. Despliegas el caballete y colocas el papel con unos enganches. Preparas los colores y llenas un tarro de agua del manantial que has venido a pintar: unas cuantas piedras cubiertas de musgo verde esponjoso, en la superficie unos barquitos de hojas, a la izquierda dos troncos en los que se sientan los que paran a beber. Nada especial, un rincón del bosque, valdrá como ejercicio. Lo esbozas rápidamente con el lapicero, falta poco para que anochezca, y después coges los pinceles y las acuarelas. Tú mismo sabes mejor que nadie que tienes mucho que aprender aquí, no consigues comprender las secretas leyes de los colores, a pesar de que ya has leído mucho sobre ellas.

Pintas durante un rato, hasta que te interrumpen unas voces, unos chillidos ahogados y unas risas. Al prestar atención distingues varias voces de

chicos y una de chica, seguramente han salido a recoger leña o piñas, los pobres a veces se llevan también unos troncos.

Mojas el pincel de nuevo, pero entonces recuerdas algo que una vez escuchaste cuchichear a dos de sexto bajo una ventana abierta: una cosa que se hace en el bosque, una especie de competición. Las voces se acercan y a ti te puede la curiosidad. Recoges el caballete, lo ocultas entre unas hojas a pocos metros del manantial y te apoyas en el tronco ancho de un árbol. Tras un rato distingues cuatro figuras. Andan fuera del camino con dificultad y se dirigen hacia arriba por un terraplén. Entre ellas está la chica a la que has oído gritar antes, pero ahora todos permanecen callados.

Regresas al manantial y te percatas de que habías dejado allí el tarro con el agua sucia, menudo espía estás hecho... Ya está oscureciendo, tendrás que terminar tu pintura mañana.

Recoges tus cosas y te encaminas de vuelta a Příbram, te queda una media hora de camino, tal vez podrías mirar qué sucede al otro lado de esa colina tras la que se han perdido esos cuatro. Dejas de nuevo tus cosas entre las hojas y te vas detrás de ellos cautelosamente.

Subes la ladera caminando de un árbol a otro, sigues su rastro entre las hojas y te escondes tras los troncos, así todo resulta más aventurero. Cuando te aproximas a la cima de la colina se te acelera el corazón, te agachas hasta el suelo y luego incluso te arrastras, porque esperas descubrir algo terrible; pero allí sólo continúa el bosque haciendo otra ola. Es fácil averiguar el camino que han seguido, uno debía de andar sin levantar los pies, pues entre las hojas han dejado un surco, como si lo hubieran hecho unos jabalíes. Consideras qué hacer, no deberías dejar que se te hiciera de noche en el bosque, pero tampoco te apetece volverte ahora. Continúas con precaución, los pájaros dejan de cantar, el frío asciende desde la tierra. Avanzas unos cuantos cientos de metros, hasta que de nuevo los escuchas, han debido de pararse; parece que ahí, en el bosque, hay un hoyo enorme de una antigua mina abierta. Otra vez te agachas, te deslizas sobre las rodillas y te arrastras hasta el borde del barranco.

Abajo hay tres chicos y una chica. Hablan, no entiendes las palabras, pero todo el asunto es muy raro. La chica, con dos trenzas, está apoyada en el tronco de un árbol, y desde el lugar donde te encuentras crees distinguir una sonrisa en su cara. Los chicos son algo mayores que tú, quizá haya entre ellos

alguno de séptimo o de octavo de vuestro colegio, las viseras de sus gorras no te dejan distinguir sus caras. Están negociando algo, y de vez en cuando, uno de ellos echa un vistazo vigilante por el borde del barranco, como si intuyera que no están solos. Te echas un poco hacia atrás, para poder ver a través de la hierba sin que ellos puedan verte a ti. La tierra está fría, las hojas comienzan a descomponerse, ese olor intenso te resulta un poco desagradable, por la nariz te corretea un escarabajo brillante, pero eres incapaz de apartar la vista de lo que sucede allí abajo. ¿Es una competición?

Uno de los chicos se acerca a la chica y le susurra algo, se aleja, y después los otros dos hacen lo mismo. Después ella, sin decir una palabra, se desabrocha la blusa y se quita la camisola, en la penumbra del bosque relucen sus pechos blancos, una o dos veces has visto los de tu hermana Maña pero éstos son otros, completamente distintos. Te alzas apoyándote en los codos, sobre tu cabeza escuchas el grito alarmado de una urraca, de nuevo miras y te quedas contemplando a la chica desnuda entre las briznas de hierba. Sientes cómo tu propio cuerpo se quiere adentrar en la húmeda tierra que tienes debajo, hundirse en las hojas y en la turba, como cuando se arroja un ancla por la borda para que se agarre al fondo. Los chicos se han colocado frente a la chica y la miran, durante un instante parece un cuadro vivo, un trozo de tiempo en el que ya no se mueve nada, pero después ella da una palmada silenciosa, ni siquiera se oye, sólo acerca las dos manos. Tras esa orden, los muchachos se sacan apresuradamente sus miembros. No los ves, porque están de espaldas a ti, como si fueran a orinar; pero te das cuenta de que los tres trabajan con afán, moviéndose hacia delante y hacia atrás. La chica, tensa, une las manos detrás del tronco en el que está apoyada, y no pasan ni siquiera diez segundos cuando el primer chico cae de rodillas; los otros dos se derrumban como árboles talados justo después, como si rezaran, acurrucados en torno a su dolor.

La chica se pone la camisola, se abrocha la blusa, se acerca al primero en caer y lo besa en la frente. Es el vencedor, los otros dos se frotan las manos y le dan la enhorabuena como caballeros.

Y eso es lo último que ves. Te arrastras hacia atrás, de rodillas, después te levantas y corres todo lo que puedes, pero el manantial con el musgo verde ya no es el mismo, y nunca encontrarás otro igual para poder terminar de pintarlo...

El Evangelio de Juan, ordena el catequista. *In principio erat Verbum et Verbum erat apud Deum et Deus erat Verbum...* Venga aquí y continúe, dice haciéndote un gesto con su barbilla puntiaguda.

Al principio era el verbo, vas deshilvanando, y luego Dios... y el verbo era Dios...

El catequista golpea la mesa con la vara: ¡No he dicho que traduzca, sino que continúe!

In principio erat Verbum et Verbum erat apud Deum et Deus erat Verbum.

Enrojece de furia y se levanta blandiendo la vara. Drtikol, no he dicho que traduzca, ni que repita, sino que ¡continúe!

Miras por la ventana hacia el castaño en el que se despereza el sol de mediodía, y de algún cajón perdido de tu memoria sacas unas palabras polvorientas: *Hoc erat in principio apud Deum. Omnia per ipsum jacta sunt et sine ipso factum est nihil quod factum est. In ipso vita erat et vita erat lux hominum. Et lux in tenebris lucet et tenebrae eam non comprehenderunt...* Pero no sabes continuar después de lo de la luz en la oscuridad.

Con un manotazo te echa como si fueras una mosca pesada. Que salga a la pizarra Klukan. Y usted vaya a ponerse de pie al fondo.

Suelen castigarte a menudo, y te gusta. Una pared blanca, en la que se distinguen los brochazos secos y las desigualdades, pequeños granitos con puntitos negros, una fina telaraña que ondea un poco más arriba. Aquí no tienes nada que calcular, ni que escribir, nadie te saca a la palestra. Puedes estar ausente sin que te regañen y estudiar cómo la luz se desliza imperceptiblemente por la pared. El rombo alarga su forma con pereza, las sombras de las hojas susurran, la mancha vivípara de la luz reflejada desde los bancos barnizados tiembla aquí y allá. O fantaseas con que la pared es un espejo mágico en el que se refleja todo lo que imaginas. Proyectas en ella tus fantasías e ideas, estar un rato a solas contigo mismo es un castigo hermoso.

Por supuesto, no puedes quitarte de la cabeza lo que viste el otro día. Hasta ahora no le habías dado importancia alguna al hecho de que las chicas tuvieran un cuerpo diferente. No imaginabas lo que estaba pasando en el

bosque. Te preguntas si tu padre tuvo que ganarse a tu madre también así, dispararle como a una rosa en la feria. Estas dos imágenes se te han mezclado, quién sabe por qué, y ahora no consigues separarlas: en cuanto te acuerdas del barranco oscuro ves también un carromato de colores, y cuando te acuerdas de la chica con los pechos blancos se te viene a la cabeza una rosa roja.

Un día después tienes un sueño: unos hombres apoyan a una mujer contra un árbol, se colocan frente a ella como un pelotón de fusilamiento y le disparan.

Se felicitan unos a otros y ella mientras tanto revive a sus espaldas, con sus largos dedos se saca las balas de su cuerpo brillante y sin pronunciar una sola palabra les convence para que se traguen las balas, cada uno la suya, y se beban luego su sangre.

Todo eso te excita tanto que no puedes guardártelo para ti solo. Un día, después del colegio, le cuentas a Hynek lo que pasó en el bosque. Él escucha en tensión y al final te convence para que le enseñes el lugar. El manantial está congelado, una capa fresca de nieve cubre el bosque. Temes que las huellas os delaten, pero Hynek insiste en que avancéis. El bosque está silencioso, callado, tiembles, te invade una fuerte sensación de que compartís algo nefasto. Pero así, en invierno y de día, el lugar se te antoja diferente, el barranco te parece menos profundo y misterioso. Le señalas a Hynek el sitio desde el que lo viste todo, y él, como un detective, insiste en que se lo vuelvas a contar sin escatimar detalles.

Bueno, onanismo, explica, ¿y los pechos?

¿Qué?

¿Cómo tenía los pechos? Por si los podemos reconocer, dice un poco a lo tonto.

No sé, eran... unos pechos.

Mirando hacia arriba, suspira: ¿Grandes?

Empieza a resultarte desagradable, te arrepientes de habérselo contado y, sobre todo, de haberlo traído.

¿Cómo de grandes?

Con esto lo sorprendes un poco: Grandes como... más grandes que los de una madre.

¿Tu madre?

¿La de quién, si no?

¿Crees que yo le he visto los pechos a tu madre?

No, pero la conoces, ¿no? Pues una cosa así.

¿Ni más grandes ni más pequeños?

¿Por qué te interesa tanto?

¿Los reconocerías?

Te encoges de hombros.

Podríamos encontrarlos.

Bajáis hasta el fondo, por orden de Hynek encuentras enseguida el árbol en el que se apoyaba la chica, pero nada de eso tiene sentido. Hynek camina un rato alrededor, como si intentara encontrar pruebas, tal vez creyera que iba a encontrar las huellas de alguien, pero, aparte de unas pisadas de pájaro, la nieve está virgen.

Meditas sobre qué podría querer decir Hynek con eso de que podríais «reconocerlos». En el colegio imaginas la escena ante tus ojos. Hynek agarra a una chica con trenzas y tú compruebas si es ella, y puedes saberlo por los pechos. Así que los examinas, primero uno y luego el otro, según Hynek los saca. Ahora ya sabes lo que son pechos grandes y pequeños, y tratas de reconocerlos, o lo que sea. Aunque no sabes mucho de pezones, y en tus figuraciones los olvidas, o los confundes con los de chico. De nuevo estás castigado, y te imaginas a las chicas sobre la pared blanca de enfrente, qué delicia.

Es la edad de lo prohibido, del descubrimiento de lo prohibido. Entre los alumnos de cuarto aparece en febrero una fotografía pornográfica que te aclara muchas cosas, pero también se extiende la literatura prohibida. Un par de años más tarde echan del liceo de Přebram a Jaroslav Durych por leer *Los apóstoles* de Ernest Renán, y es muy posible que fuera el mismo ejemplar que habías leído tú en secreto después de *La vida de Jesús*, del mismo autor. La descripción civil de Jesús que hace Renán te influye más que cualquier otra cosa que hayas escuchado hasta entonces, pero, en un colegio católico, Renán es considerado como un librepensador progresista, y de los peores. De todos los autores escandalosos del siglo XIX sólo lo supera John William Draper, el anticristo que escribió la minuciosa *Historia de los conflictos entre la religión y la ciencia*. En tu oposición al ahogamiento espiritual del colegio te haces también con esta obra y obtienes tu recompensa. Draper sostiene que

todo lo que se basa en la ficción y en el engaño será vencido. La libertad de pensamiento tendría que ser total y la Iglesia debería dejar de opinar sobre asuntos que no entiende y nunca ha entendido de una vez por todas.

Puedes confiarle a tu padre algo de todo esto, pero todo no. Una vez le preguntas puerilmente: ¿Tuviste que ganarte a mamá disparándole en la feria?

Tu madre, que está limpiando la estufa, se echa a reír.

Te miran a ti, y luego se miran entre ellos, del mismo modo que cuando de niño preguntabas algo ingenioso.

¿Quieres decir como si fuera una rosa de papel?, pregunta el padre. ¿Te parece que tu madre es una rosa?

De nuevo ves delante de ti los blancos pechos de la chica y a los tres chicos de rodillas. Para colmo, has oído hace poco que las mujeres esconden una rosa entre las piernas.

Yo nunca he tenido mucha puntería, dice tu padre.

Y, con eso, la imagen que tienes de él se empequeñece un poco.

Mientras tu padre querría tener su propio caballo, tú preferirías una bicicleta. Por tanto, cuando en Přebram se celebra una exhibición y una carrera, no puedes faltar. La carrera, de diez kilómetros, la gana con poca competencia Josef Kohout, a pesar de que ha dejado atrás hace mucho sus mejores años en el circuito europeo. Otras dos disciplinas dan testimonio de que la bicicleta es una especie de caballo: el ciclismo artístico y las carreras de obstáculos.

El circuito atraviesa el parque, en el que se han colocado varios conos entre los que el corredor tiene que zigzaguear, y también obstáculos de verdad, un par de maderos y también un montón de arena.

El parque se ha llenado de gente, han ido incluso Ema y la abuela Opplová, tu abuela materna.

Para ver a los ciclistas, te dice Ema.

Para ver cómo van vestidos, la corrige la abuela.

La abuela tiene la oportunidad de observarlos mientras se inscriben en la lista de participantes.

Los pantalones estrechos les llegan hasta debajo de la rodilla y tienen

botones; debajo llevan medias de colores, casi todos azules. Las chaquetas cubren un jersey blanco con unas franjas azules que se ensanchan levemente cuando los hombres respiran. El uniforme lo completa una indispensable gorra gris con un escudo redondo.

A Hynek y a ti, más que los trajes de los ciclistas, os interesan las propias bicicletas. Están apoyadas en los árboles, con las ruedas de delante inclinadas hacia un lado con cierta picardía. Cada una pesa al menos treinta kilos, es un buen trozo de hierro. Entre todas ellas destaca una, la única de color claro, pintada en color marfil. En el cuadro reluce el letrero OHÁŇKA, y de la parte de abajo del sillín salen algunas crines.

¡Que la Virgen María nos asista!, grita la abuela santiguándose.

Ha descubierto a una participante entre los hombres que hacen cola para apuntarse. Lleva unos pantalones de hombre y una blusa blanca con un lazo desatado.

Esto es como Sodoma y Gomorra, dice la abuela.

Seguro que le excita, añade Hynek.

¿Tú crees?, preguntas, aunque dudas de qué es lo que quiere decir realmente. ¿Qué iba a excitarle?

Que va montada en el sillín, dice como si fuera un experto en el tema.

Pero a ti te recuerda algo diferente: Hace poco descubriste un mito que te ha dejado confundido. Cuenta la historia de Poseidón, que se enamora de la ninfa Cenis y le ofrece un regalo a cambio de su amor. Cenis le pide entonces: Poseidón, transfórmame en un guerrero, porque estoy harta de ser mujer. El dios del mar enfureció, pero como no le quedó otra que cumplir su promesa, agitó su tridente y transformó a Cenis en Ceneo, que demostró un valor tal en las guerras que los lapitas lo proclamaron su rey. Pero a Ceneo se le subió la fama a la cabeza, y se dejó adorar no sólo como rey, sino como dios. El asunto no le gustó nada a Zeus, que envió a los centauros para que acabaran con él. Ceneo mató a cinco o seis, pero los demás consiguieron aplastarlo con unos troncos de abeto. En ese momento, salió volando de él un pájaro con las alas del color de la arena, el alma de Ceneo. Y cuando lo fueron a enterrar encontraron de nuevo el cuerpo inerte de una mujer.

Has leído ese mito varias veces, pero no le encuentras ningún sentido. Una mujer que se transforma en hombre, un hombre que se deja adorar como un Dios y cuya alma tiene forma de pájaro... ¿Qué quiere decir todo eso?

La participante, en la bicicleta clara, da una vuelta de reconocimiento por el circuito y de inmediato se vuelve el centro de interés. Parece ser una experta en ciclismo artístico, pero también se toma muy en serio la carrera de obstáculos. En la primera vuelta, Cenis-Ceneo llega en la posición número dieciocho de veinte; en la segunda, en la que unos cuantos participantes van a lo loco porque a los hombres les da lo mismo llegar los octavos que no llegar, ella mejora su carrera en cuatro puestos. En el tramo final, las crines bajo el sillín ondean y ella saluda con la gorra, bajo la que escondía un pelo endiabladamente corto. En un momento libre consigues hacerte con un triciclo de la exposición, una máquina que después se revelaría como un callejón sin salida de la evolución ciclística. Saludas a Hynek, que se monta también, y os apoyáis en los pedales como en un patín de agua. Os lanzáis desde un pequeño cerro, los pedales empiezan a girar cada vez más deprisa, más de lo que dais abasto en pedalear. Inclinar la cabeza hacia las coronas verdes de los castaños y sentir en el cabello los dedos del viento es algo alocado y maravilloso.

El ciclismo artístico provoca salvadas de carcajadas. Los hombres levantan las piernas de los pedales como perros meando y las extienden todo lo que dan de sí los pantalones. Conducen con una mano y después también sin manos, uno o dos colocan los pies en el manillar y lo mueven con los talones por el camino sinuoso. El más hábil consigue levantarse sobre las manos en el sillín y girar una vez sobre sí mismo justo antes de que la bicicleta choque contra un arbusto. Más que ciclismo artístico esto parece un número de circo, hasta que en escena aparece la bicicleta blanca.

Cenis-Ceneo se quita la chaqueta gris, no se te escapa que debajo de la blusa blanca se adivinan las formas de una ninfa de la Antigüedad. La ciclista conduce su máquina apoyada sólo en un pedal, como si fuera un patinete, y después de darse impulso unas cuantas veces, se eleva con una pierna sobre el sillín, encoge la otra y saluda a los espectadores. Ha elegido las figuras más difíciles para el principio del ejercicio. La bicicleta blanca coge velocidad, la participante mantiene el equilibrio agachada, después se yergue con cuidado a la vez que suelta el manillar. Aguanta en el sillín con los brazos abiertos durante al menos dos segundos, la gente aplaude maravillada desde ambos lados de la pista. Ella se da la vuelta y dedica el resto del ejercicio a piruetas más fáciles, que hasta los hombres son capaces de llevar a

cabo, aunque la expresión artística no se puede ni comparar. Mueve las piernas y los brazos alrededor del sillín como una gimnasta. Sin lugar a dudas, es la ganadora, pero quiere culminar su exhibición con una figura final que le facilita el freno axial Bowden, una novedad instalada en la rueda delantera. Se prepara para hacer una voltereta nunca antes vista sobre el manillar: tiene que decelerar, apretar de pronto el freno y a la vez impulsarse desde los pedales, levantarse sobre las manos, dar una voltereta, caer ante la rueda delantera, detenerla y terminar con una pirueta final. Así le sale en el entrenamiento, cuando frena delante de la colchoneta, y una competición de segunda como la de Přebíram le da la oportunidad de probar a introducir elementos nuevos en directo. Salta desde los pedales, aprieta el freno, la gente contiene la respiración; pero algo no sale bien en el salto mortal. En vez de aterrizar delante del manillar, se golpea en el cóccix y la bici se le cae encima. La gente suspira, saben que tenía la victoria en el bolsillo. Y tú te quedas mirando cómo se abalanzan sobre ella los centauros con sus bicicletas para tratar de averiguar cuál es la situación. La ciclista herida golpea a algunos con un tronco de abeto que ha quedado allí tras la competición de obstáculos; pero los centauros restantes ganan. Uno se esfuerza para que todos se enteren de que lo que ha quedado tendido en el suelo es un débil cuerpo de mujer enfundado en unos pantalones desgarrados. Aplaudes y esperas a ver desde dónde se eleva ese pájaro con alas de arena, pero sólo volará después, por la noche, desde una gruta de tu subconsciente, y de una rama a otra, te llevará por el bosque hasta donde está apoyada la bicicleta blanca, junto a la cual se encuentra la ciclista, que te invita a dar un paseo.

Entonces, en mitad de la noche, sientes una pértiga entre las piernas.

Te hierve la sangre, no te habías imaginado así tu futuro. Pero en cuanto sacaste dos insuficientes, en Alemán y en Latín, a tu padre no le quedó otra que hacerse a la idea de que no continuarías en el liceo superior. ¿Qué va a ser de ti? Tu padre te llevaría con él a la tienda, pero va cada vez peor. Durante un momento sopesó enviarte a Praga para trabajar en alguna tienda de comestibles o en una pastelería, para que aprendieras a tratar con una mercancía más lujosa y a desenvolverte entre personas sin problemas de

dinero. Pero después se le ocurrió algo mucho mejor: ¡Le pondría a Mattas un huevo de cuco en su nido!

Todo por culpa de Flecha, el caballo. Y también por el hecho de que Drtikol padre, que, como la mayoría de sus contemporáneos observaba el progreso con la respiración contenida, sabía muy bien que había pocos inventos tan populares como la fotografía.

El estudio de Antonín Mattas se encuentra en la esquina de las calles Plzenská y Svatojanská, entre la oficina de correos y telégrafos y el conservatorio. Doblas la esquina de la calle hacia un pasadizo y atraviesas un jardín de rosas hasta una casita baja en medio del patio. Agarras sin ganas la manilla de la frágil puerta de madera y de pronto te encuentras en un pasillo bastante estrecho en el que se abren dos puertas: la de la izquierda da a una pequeña tienda con un mostrador en medio; la de la derecha, a una sala de espera. En la tiendita se venden aparatos para fotógrafos aficionados: placas de vidrio de diferente calidad y tamaño, las primeras películas de celulosa, papel de copias, tablas de exposición, accesorios para cámaras oscuras, etc. Un tintero con una pluma y algunos sellos ocupan el mostrador, pero lo que más llama tu atención es una gran caja registradora mecánica último modelo.

Entras en la sala de espera, adornada por unos retratos y fotos de grupo, al gusto de la época. Lo único que destaca es la platinotipia enmarcada de una familia en un cenador de jardín en la que un niño abre las piernas al hacer el pino; es difícil decir si se trata de una manifestación espontánea del chico o si el fotógrafo estaba de un humor especialmente jocoso en ese momento.

Desde la sala de espera se entra al estudio. Llamas, Mattas te mira de arriba abajo y asiente. La pared norte y parte del techo están acristalados, a través de unas placas transparentes y opacas fluye la luz del día, que se derrama por el suelo de tablillas de madera desgastadas. Distingues un biombo plegable y unas cortinas blancas plisadas corredizas y, en la pared, alcanzas a ver los diferentes fondos que colocan al cliente en un lujoso salón de estilo biedermeier, o en una especie de jardín mitológico con fuentes borboteantes en la parte anterior y un puente y viejos árboles al fondo. También hay un sillón recién tapizado, que al parecer se ha adelantado varias veces a sus hermanos más pobres de la sala de espera y, en un rincón, unos heterogéneos adornos del almacén de la historia: un molde de escayola del capitel de una columna dórica, un gran jarrón de barro con el asa estropeada y

un tramo de una escalinata barroca de caracol. Una cámara sobre un soporte cónico macizo ocupa el centro de la sala.

Ésa es mi Goldmann, anuncia Mattas cuando te enseña el estudio. Coloca la mano posesivamente en el marco de madera del aparato de un metro y tamborilea con los dedos: Uno de los mejores productos vieneses de la época de las placas húmedas. Después añade rápidas observaciones que en su mayoría no consigues hilvanar en ningún pensamiento concreto. Placa base sólida con armazón rígido para objetivo. Tablón móvil de arriba abajo y de derecha a izquierda. Armazón trasero de deslizamiento suave gracias a un piñón. Excepcionalmente nítido y de enfoque preciso en la pantalla mate. Multiplicador de películas. Y fíjate en el trípode: sólido y a la vez flexible, permite girar e inclinar la cámara hacia todos los lados y en todos los ángulos.

Después se da aún más importancia: Y atención al objetivo. ¿Ves lo que tiene aquí grabado? ¡Voigtlander! Es especial para retratos, con gran luminosidad y un delicado diseño. Esta empresa fabricó hace tiempo el primer objetivo que mereció la pena. ¿Te dice algo el nombre de Josef Petzval?

Niegas con la cabeza.

Pero ¿qué es lo que aprendéis en la escuela? Ni siquiera os cuentan que uno de los nuestros ha triunfado a nivel mundial... Y luego dicen que son patriotas...

Mattas entiende de su especialidad, y no es un mal fotógrafo. En todas las ciudades se puede encontrar a uno como él. Son unos obreros del oficio, se formaron en dos oleadas: en los años sesenta del siglo XIX comenzó la moda de regalarse tarjetas de visita, y eso hizo de la fotografía una profesión rentable, y luego, unos veinte años después, su práctica se simplificó gracias al descubrimiento de la tecnología de las placas secas de gelatina. Y a esta segunda oleada se había sumado Antonín Mattas. No podía esperarse de él ninguna fotografía artística; pero tampoco las quería nadie. Desde que se había inventado el álbum familiar, hacerse nuevas fotos para llenar sus páginas se había convertido en una afición más entre las buenas familias.

Y ahora te voy a enseñar cómo funciona todo, le dice Mattas. Vete allí y quédate quieto, ordena señalando con la mano hacia un fondo pintado.

Te pones delante de una pintura del paraíso con unas montañas y esperas

a ver qué pasa.

Mattas se coloca detrás de la gran cámara y comienza a moverla. Enfoco y rebajo, le informa girando una palanca. Me alejo, murmura, y con un movimiento de pies bien aprendido desbloquea las ruedas del trípode. Y todavía ajusta algo, no habla demasiado, y cuando se coloca sobre la cabeza ya no entiende nada más.

Estás allí plantado, tieso, y miras atrás, al paraíso, das un tímido paso. Hace poco te echaron de él, dos querubines cruzaron sus espadas en llamas sobre tus planes de ir a la Academia. De nuevo se apodera de ti esa ira hacia tu padre por mandarte aquí de aprendiz. ¿Por qué precisamente a este lugar? La fotografía, comparada con la pintura, resulta de lo más burda, una recreación tonta de la realidad, una postal para bobos que carecen del menor talento creativo. ¡Si al menos te dejaran pintar uno de esos fondos decorativos! Pero tu padre dijo que del arte no llueven las pensiones, tu madre te acarició la cabeza, Ema gritó que por fin iba a tener un retrato, y para ella con eso ya estaba todo dicho. Cuando ya no aguantas de pie tanto rato dices: ¿Puedo probar yo?

¡Vaya! ¿Lo oís?, pregunta Mattas saliendo de debajo de la tela negra. No lleva aquí ni un día y ya querría manejar la cámara. Goldmann, ¿lo oyes? Da unos cuantos pasos decididos hacia ti agitando el dedo índice. Bueno, vamos a dejarlo todo claro. Primero: ¡la cámara, ni tocarla! Y segundo: aquí eres un simple aprendiz, dirígete a mí con propiedad.

Tú le miras sin entender.

Me tienes que llamar «maestro».

No he entendido nada, dices.

Mattas suelta un juramento y llama a su asistente. De la habitación de atrás sale un hombre fornido, te percatas de que cuando camina no dobla una pierna.

Bohouš, dice Mattas rápidamente, tenemos un aprendiz, se llama Francek Drtikol. Después le enseñas todo y le explicas lo que tiene que atender ahí dentro, pero ahora, por favor, siéntate ahí.

Bohouš se sienta en la banqueta y apoya los brazos en los muslos. Te acercas a Mattas, y éste te muestra impaciente cómo se hace una fotografía. Cuando te mete debajo del paño, ambos os quedáis un poco desconcertados, en la oscuridad vuestras cabezas están de pronto demasiado cerca. Pero un

visor luminoso acapara toda tu atención. Con la cabeza bajo la tela, pero con las manos fuera, Mattas desliza el armazón y en la placa, de la niebla primitiva, emerge la figura cabeza abajo de un hombre, y ves cómo se va haciendo más nítida, cobrando contornos definidos, como si te hubieras desmayado y fueras recobrando el conocimiento.

¿Eso es todo?, preguntas.

¿Eso es todo, maestro?, te dice con una mueca. Cuando esté enfocado, fijas el panel de atrás con un tornillo, para que no se mueva. En lugar de la placa deslizas esta plancha y cuentas el tiempo de exposición. Mi Goldmann tiene justo detrás del objetivo un obturador neumático, y justo en el centro del objetivo un diafragma de revólver. Sabes lo que son el obturador y el diafragma, ¿no?

Niegas con la cabeza.

Pero ¿por qué te ha mandado aquí tu padre?, se pregunta Mattas, a punto de montar en cólera.

Te encoges de hombros. A ti también te gustaría saberlo.

Bueno, por hoy lo dejamos, dice. Ya has visto cómo se hace, y ahora Bohouš te enseñará cuál va a ser tu tarea.

De camino a la copiadora, Bohumil dice: El obturador es como cuando abres un ojo, la luz que llega a la placa depende de cuánto tiempo permanece abierto. El diafragma es como la pupila, que va puesta en el objetivo, se abre y se cierra. Tienes que jugar con ambas cosas para que la luz que entra sea la justa.

Cuando eras pequeño jugabas con cosas imaginarias, como hace un minino. A los tres años tu madre te encontró en el suelo estirando las manos con los puños cerrados, arrancando algo imaginario, y cuando te cogió en brazos te enfadaste porque te apartaba de aquello; en otra ocasión, corriste persiguiendo a unos fantasmas en el dormitorio gritando tanto que tu padre expresó en voz alta el temor de tener en casa a un pequeño loco. Con el tiempo se te pasó. Te dieron con tanta insistencia objetos que realmente existían que acabaste por acostumbrarte a ellos.

Además de Eva, la que tenía más comprensión con tu mente voladora era

la abuela Opplová. Mientras que a tu padre le encantaba que acudieras a él a por un consejo o una lección, a la abuela le encantaba tu capacidad de asombro.

Solía llevarte a los mercados y al Monte Santo los días de romería. Todas las celebraciones iban acompañadas de un festín de luz y colores, de sonidos que no se escuchaban normalmente, y la abuela se asombraba contigo. El hombre que hacía malabares con antorchas ardiendo, el domador de serpientes o el dibujante de retratos que era capaz de captar en cinco minutos los rasgos de una persona despertaban en ella un entusiasmo sincero que se te contagiaba enseguida.

Por las noches, la abuela os contaba historias. Su memoria llegaba hasta unas profundidades insondables, se nutría de la memoria de su madre y de la de la madre de su madre, y de la de la madre de la madre de su madre... Sabía que la Virgen María del Monte Santo la había tallado en su día Arnošt de Pardubice, o que en una guerra los mineros la habían escondido en la galería más profunda donde le habían excavado un altar de plata precioso en una roca con una rica mena, en una fragua secreta. Pero lo que más le gustaba contar era la historia de un mendigo ciego llamado Jan Procházka que, un día, había tenido un sueño en el que se le ordenaba ir a pedirle a la Virgen que le devolviera la vista. No quería viajar hasta allí, pero el sueño se repetía, lo atrapaba y no lo soltaba, hasta que un día Procházka se levantó y obedeció. Se puso en marcha, pasaba el dedo por la cal de las fachadas, en su camino desde Praga se orientaba por el ruido del río Moldava, tanteaba los troncos de los árboles, atravesaba los matorrales con los brazos estirados hacia delante, preguntaba a los campesinos y dormía en los vados del camino. Cuando por fin llegó a Přebíram, se pasó varios días rezando sin cesar en la cochambrosa ermita que había entonces en el Monte Santo.

Como fue dicho, contaba la abuela siempre ceremoniosamente: Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá. Y un día Procházka se frotó los ojos y vio. Vio el bosque, la ladera, el cielo, ¿y qué vio en el cielo?, preguntaba la abuela. Nubes y pájaros, contestabais, y así continuaba durante unos cinco o diez minutos más, nombrabais los objetos, uno tras otro, de esa larga lista de cosas que habría visto Jan Procházka en este mundo de Dios.

¿Cómo es el mundo para alguien que no lo ve?, preguntaste.

Como si no estuviera, como si no existiera.

¿Y si nadie viera en el mundo?

Uno no debería hacer preguntas inútiles, le reprendía la abuela. Dios jamás permitiría algo así.

¿Y si ocurriera?

De esa historia se te quedó una cosa: uno debe escuchar las llamadas del sueño, seguir su camino... O como el príncipe del cuento de la ciudad de plata que os contaba el padre de Hynek: tienes que ponerte tu vieja armadura oxidada y conseguir la corona de oro. Todo esto ya entraba en tus planes de alguna manera, no te habías preocupado demasiado por ello, Augustin Žlutický había dado vueltas a tu lápiz como si fuera un caleidoscopio y había descubierto allí una gran pantalla...

Pero ahora todo es diferente. Un día tras otro, regresas del estudio de Mattas por la noche, tu madre o tu hermana Máňa te colocan delante de la nariz la cena caliente, normalmente es la primera comida del día. Trabajas de la mañana a la noche, seis o siete días a la semana, según los encargos que tenga el fotógrafo. O bien estás encerrado en la cámara oscura, o bien haces copias de los positivos. Cuando te encargas de los negativos no ves la luz del día excepto durante breves momentos, en noviembre te levantas de noche y de noche regresas del estudio. Al poco tiempo te salen en las manos unas manchas marrones, parecen de viejo, pero son manchas debidas al revelador de pirogalol que usa Mattas. Con las primeras heladas, durante el lavado del material en el agua gélida se te congelan los dedos, te duelen las arterias, y con el tiempo llegas a tener sabañones.

Tras la ventana silba el viento, corretea por las calles de Praga arriba y abajo tratando de robar pajas de los tejados. La abuela, junto a Máňa y a Ema, ahueca plumas en los almohadones. Una plumita se ha posado sobre el hocico de Punta, la abuela les habla del aullido del viento, de cómo se pasea por las aldeas silenciosas cubiertas de nieve intentando averiguar qué puertas no están cerradas con candado.

La miras a través de una especie de diafragma, el cansancio te ha debilitado la atención.

Sí, el diafragma, ya sabes lo que es: tener los ojos medio cerrados.

Y el obturador: que pronto se te van a cerrar.

Ahora que cuente algo alguien más, propone la abuela, pero nadie sabe contar historias como ella. Tu madre canta algunas canciones y después Ema

propone que leas algo.

Los demás están de acuerdo, así que te sobrepones al cansancio y traes una de las ediciones baratas de Matice Lidu. Te has pasado más de un descanso al mediodía leyendo el periódico donde Peterson o en el club de tertulia municipal ojeando los volúmenes encuadernados de esta misma editorial. Como te pasas los días encerrado en una oscura mazmorra, por las noches necesitas sacarte ese desagradable olor a productos químicos y respirar aires de otros mundos.

Estamos leyendo ahora un libro muy emocionante, dice Ema.

La madre: ¿Una novela?

Ema: Una historia de aventuras que ha premiado la Academia Francesa.

La abuela: ¿Y eso qué es?

Ema: Alguna institución de caridad.

El padre: La Academia Francesa es la institución donde están los más importantes eruditos de ese país.

La madre: ¿Y cómo dices que se titula?

Tú (señalando la portada): *Veinte mil leguas de viaje submarino*.

La abuela (santiguándose): ¿Así de profundo?

Tú: Pero ya vamos por el capítulo 11.

Ema: La historia tiene lugar en un submarino.

Máña: ¿Qué es eso?

Tú: Un barco que va por debajo del agua.

La abuela: ¿Es que se ha hundido?

Ema: No, está fabricado de modo que puede navegar por debajo del agua y salir a la superficie cuando el capitán lo ordena.

El padre: Venga, empieza ya.

«El capitán Nemo se levantó y yo lo seguí. Por una doble puerta situada al fondo de la pieza entré en una sala de dimensiones semejantes a las del comedor»[\[1\]](#).

Máña: Estas plumas se quitan mal, ¿verdad? Las ocas también podían haberlas metido en agua antes...

«Era la biblioteca. Altos muebles de palisandro negro, con incrustaciones de cobre, soportaban en sus anchos estantes un gran número de libros encuadernados con uniformidad. Las estanterías se adaptaban al contorno de

la sala, y terminaban en su parte inferior en unos amplios divanes tapizados con cuero marrón y extraordinariamente cómodos...

—Capitán Nemo —dije a mi huésped, que acababa de sentarse en un diván—, he aquí una biblioteca que honraría a más de un palacio de los continentes. Y es una maravilla que esta biblioteca pueda seguirle hasta lo más profundo de los mares».

La abuela: A mí me daría miedo que la madera se retorciera a causa de la humedad.

Ema: El submarino es hermético. No le entra agua.

La abuela: Eso está bien, pero de todas formas lo mismo allí abajo no tienen misal.

«—¿Dónde podría hallarse mayor soledad, mayor silencio, señor profesor? ¿Puede usted hallar tanta calma en su gabinete de trabajo del museo?

—No, señor, y debo confesar que al lado del suyo es muy pobre. Hay aquí por lo menos seis o siete mil volúmenes, ¿no?...».

El padre: El autor tiende a exagerar.

«—Doce mil, señor Aronnax».

El padre: ¡Justo!

«Son los únicos lazos que me ligan a la tierra. Pero el mundo se acabó para mí el día en que mi Nautilus se sumergió por vez primera bajo las aguas. Aquel día compré mis últimos libros y mis últimos periódicos, y desde entonces quiero creer que la humanidad ha cesado de pensar y de escribir. Señor profesor, esos libros están a su disposición...».

El padre: Pues yo no echaría de menos los periódicos.

Máña: A mí, allí bajo el agua, me faltaría el piar de los pájaros, para qué tanto libro...

Ema: ¿Tenéis que interrumpir todo el rato?

Terminas el capítulo 11, se te cierran los ojos, pero a tu padre le ha interesado el libro, y también la abuela pide que leas más. En el cuarto todos los quinqués permanecen encendidos y de la chimenea llega un calor agradable; además, Punta se ha acurrucado bajo la mesa y tiene su hocico peludo encima de tus pies. La luz y el calor te convencen. Ya nos lo leeremos luego otra vez, le susurras a Ema.

«El capitán Nemo introdujo su cabeza en la esfera metálica, y Conseil y yo hicimos lo propio, no sin antes haber oído al canadiense desearnos irónicamente una “buena caza”. Nuestros trajes terminaban en un collar de cobre agujereado al que se ajustaba el casco de metal. Tres aberturas protegidas por gruesos cristales permitían ver en todas las direcciones sin más que ladear la cabeza en el interior de la esfera. Una vez que ésta se halló ajustada, los aparatos Rouquayrol, colocados a la espalda, comenzaron a funcionar. Pude comprobar que se respiraba perfectamente».

No puedes dejarlo y, mientras la abuela habla de las consecuencias del accidente en las minas, continúas leyendo para ti. Estarías más que satisfecho si tuvieras un submarino semejante, como Nemo, su luz brillante sobre el fondo, a una profundidad de treinta pies, te llenaría de admiración por su fuerza, sí, te sumergirías hasta el fondo del mar y echarías en falta a la gente tan poco como Nemo, los rayos del sol se filtrarían a través del agua, caminarías por el fondo y verías claramente objetos a cien metros, el fondo reflejaría suaves sombras de color azul celeste, que se oscurecerían a lo lejos y al final desaparecerían, qué maravilla. Poder distinguir sobre ti la superficie silenciosa del mar, sólo la superficie silenciosa del mar se ondularía contigo, mientras que tú navegarías por las ciudades submarinas y alrededor de tus piernas se arremolinaría la arena ralentizada con sus granos dorados, investigarías los restos de la Atlántida y establecerías una muda amistad con los peces irisados, que zigzaguearían entrando por las puertas entreabiertas de los templos hundidos llenos de pulpos y crustáceos, con columnas cubiertas de largas algas y con un gran patio donde dormiría una vieja ballena azul. ¿Cómo será la superficie vista desde abajo? Los rostros de los retratos fotográficos la observan cuando cada día levantas las palanganas de cerámica, y mañana otra vez, Fran, ¿vas a leer más? Al menos hasta que hayamos hecho otro almohadón de plumas...

Las ventanas del Instituto de la Música en la calle Svatojanská dan a un patio. Cuando hace calor se quedan abiertas y llega al estudio de Mattas el sonido de unas escalas o la práctica de sonatas para violín o piano. Pero lo que más te gusta es la viola, tú mismo abres la ventana de la copiadora, siempre que es

posible, para que las notas lleguen hasta ti. En los descansos sales a fumar un cigarrillo bajo las ventanas del instituto. A veces en ellas aparece una chica que se retira de la frente un mechón de pelo desobediente con el arco. Ese gesto, no muy natural pero personal, enmarcado en la ventana se te queda grabado en la mente, como si tú tuvieras detrás de los ojos una placa sensible. Desde ese momento el cigarrillo te sabe diferente, miras con los ojos entrecerrados la ventana abierta, y Bohouš te sonríe desde la copiadora: la música de esa pequeña se te ha metido hasta las entrañas, ¿eh?

Es primavera del año 1899, se acerca el fin de siglo.

Bohouš es uno de los que sobrevivió al fuego devastador de las minas. Lo sacaron en el último momento, con sus dos metros de alto y uno de ancho, y sigue sin crecerle el pelo en la parte de atrás de la cabeza. Dos años después, en otro pozo se le cayó una roca encima y le hizo trizas la rodilla.

Mattas, que es pariente lejano suyo, le ofreció un puesto de ayudante cuando su anterior asistente puso su propio estudio en Sedlčany. Desde entonces arrastra su pierna de madera por el suelo del estudio, y cuando a Mattas no le gusta un pañuelo torcido en el bolsillo de un cliente, Bohumil lo arregla para que no tenga que abandonar su puesto detrás de la cámara. En comparación con la extracción de rocas esto es un trabajo muy fácil.

Antes de que se acabe el año escolar, los alumnos del Instituto de la Música vienen a fotografiarse. Al cuarto oscuro llega un envío de seis placas.

Enciendes la mecha del quinqué y colocas la pantalla de cristal color rubí. La luz rojiza ilumina tu reino: paredes húmedas, largas repisas en las que hay botellas con tapones pulidos y etiquetas cuidadosamente escritas, embudos, pipetas, vasos de precipitados, varillas mezcladoras, altas jarras de medida que tienen la habilidad de caerse como si fueran bolos. La larga mesa de madera está cubierta de cubetas de cristal y de porcelana de diferentes tamaños, y debajo, palanganas metálicas con las que te tropiezas a cada momento, algo que no soporta Mattas. También hay cajas metálicas para lavar las placas y unos soportes de madera para secarlas, es un laboratorio de alquimista perfecto.

Aclaras las cubetas con productos químicos ya usados y te pones a preparar el revelador. En las tiendas ya cuentan con disoluciones preparadas que facilitan la labor de los aficionados, pero Mattas insiste en usar sus propias recetas. Uno tiene que conocer su propio revelador, dice, como si

hablara de su grupo sanguíneo.

Coges un vaso de medida, echas con él poco a poco tres litros de agua y la pones en la estufa, encima de un fuego de gas. Dejas hervir el agua cerca de un minuto, después apagas la llama y esperas a que se enfríe, a unos veinte grados. Impaciente, mides la temperatura con un largo termómetro de mercurio y, mientras tanto, pesas los productos químicos en una pequeña jarra. En cuanto la temperatura del agua baja, mides un litro y le añades bisulfito de potasio y pirogalol en forma de cristales microscópicos de color rosa, ligeros como copos de nieve, que se deshacen igual de rápido. Para la segunda disolución basta con deshacer doscientos cincuenta gramos de carbonato sódico en otro litro de agua y para la tercera unos cristales de sulfito de sodio. Finalmente mezclas las tres soluciones, las mezclas con sumo cuidado con una varilla de vidrio y viertes parte del revelador, ya listo, en una cubeta de porcelana.

En la mesa de enfrente, que está seca, hay unas placas de formato 13×18 cm, depositadas una junto a otra, todas iguales y aparentemente vírgenes, como cuando se abre un paquete nuevo. Y, sin embargo, los rayos de luz ya han escondido en ellas unos contornos. Coges con cuidado la primera, de una esquina, y la colocas, con la capa sensible hacia arriba, en la cubeta con el revelador de pirogalol. Pones especial cuidado en que la lámina se sumerja entera a la vez; si no, aparecerían en ella unas manchas. En la superficie de la placa aparecen unas cuantas burbujas, que quitas a toda prisa con un pincel, para ahorrarte trabajo de retoque después. Si no las retiraras aparecerían debajo pequeñas zonas sin revelar que después se imprimirían en el positivo, eso ya te lo conoces bien. Sujetas la cubeta por una esquina y la mueves un poco para que la placa de dentro no se queme.

El proceso dura unos quince segundos, y en la placa sumergida en el revelador dinámico de Mattas se empiezan a entrever unas primeras formas imprecisas. El cuello grande de un vestido, el blanco de los ojos, a los cinco segundos ya se reconocen los rasgos del rostro de una chica. Su cabeza está enmarcada por el cabello recogido en dos trenzas. ¿Es ella? Después aparecen los claroscuros y por último detalles en esas sombras, los pliegues, el paño arrugado de la falda. Tras aproximadamente un minuto sacas con cuidado la placa del revelador. Controlas el contraste y la densidad mirando hacia la luz de color rubí. Todo parece estar bien, sumerges la placa en agua, y entonces

la puedes contemplar detenidamente. La chica del negativo tiene el cabello oscuro, en algunos sitios, casi negro, y la piel cenicienta. Unos destellos de luz asoman en el rabillo de sus ojos, en la sombra bajo la nariz, en el cartílago de las orejas y en el interior profundo de una viola que descansa contra su muslo. Tiene la blusa negra atada hasta el cuello, de las mangas plisadas salen dos manos de mulata, y en el dedo anular izquierdo le reluce, como el ojo de un gato, un anillo con un camafeo.

Debías de tener unos seis años cuando tu madre empezó a mandarte al sótano a por patatas. Lo hacías a disgusto, pues implicaba coger una vela y bajar en penumbra diez escalones inclinados. En la pared húmeda había telarañas, se te pegaban a las manos cuando te apoyabas. Flotaba en el sótano un olor extraño, a humedad y a podrido, del que no se escapaban ni las patatas, así que a veces se te quedaba en las manos un pringue desagradable. Pero, a pesar de todo, en aquel lugar ocurría algo curioso que algunas veces te obligaba a quedarte más tiempo del necesario. Las patatas estaban en un montón junto a la pared en la que había un respiradero que llegaba hasta el patio.

En los días claros, se colaba por el respiradero una pequeña cantidad de luz, casi una mancha difusa. Pero los brotes de las patatas viejas eran conscientes de ella y nacían infaliblemente: en las que yacían junto al respiradero, crecían como gusanos blancos que reptaban por el suelo junto a la pared y se acercaban a la luz. Algunos morían en el camino, cuando el tubérculo ya no bastaba para alimentarlos, pero otros llegaban hasta el interior del respiradero, que con el tiempo se cubrió con ellos. Tenían casi dos metros de largo, y ninguno era capaz de terminar su viaje hacia la luz, pero eso no te preocupaba. Te ponías en cuclillas ante el montón de patatas y mirabas dentro del túnel al que se dirigían los brotes. Había algo aterrador en ello, en ese esfuerzo ciego por alcanzar la luz, pero tú no eras capaz de apartarte. Hasta que la voz preocupada de tu madre te llamaba para que subieras.

Hace poco te acordaste de ello; aquí, en la cámara oscura, te parece que eres como una de esas patatas germinadas del sótano. Te están creciendo

brotos por todas partes y buscas cada oportunidad para salir al patio, o al menos a la copiadora.

Cuando entras en la copiadora, Bohumil sostiene precisamente la placa con el retrato de la niña contra la luz. ¿La lavaste bien ayer?, se asombra, y eleva los brazos lo bastante para que no puedas quitarle la placa. Te abalanzas sobre él, pero es un tío enorme, y con la prótesis salta como un chimpancé.

¿Qué está pasando aquí?, pregunta Mattas, que acaba de aparecer por la puerta.

Bohumil, obediente, le da la placa. ¿La encuadraste bien?, pregunta Mattas.

Lo miras sin entender.

Estoy preguntando si encuadraste bien a esa joven, y le guiña un ojo a Bohumil. Después añade con sequedad: Muy bien, Drtikol, muy bien; pero ojalá tuvieras el mismo interés por todos nuestros clientes. Hasta has tenido tiempo de barnizar el negativo. No puedo creerlo.

Después se vuelve hacia Bohumil: Hoy va a venir Madam von Nováková con sus hijas, te necesito en la tienda. Bárišni quiere una foto para sus admiradores de verano.

Maestro, ¿puedo preguntarle algo?, te dejas oír. ¿Y si mañana fuera a entregar esas fotografías personalmente?

Personalmente... ¿Qué te parece, Bohumil?

Yo diría que, de momento, no se puede hablar de fotografías. Pero si František me diera tres cigarrillos, uno para cada pausa, quizás le prestara el marco de copiar para que pueda hacer algunas.

¿Qué te parece, Drtikol?

Te doy dos, regateas. Se acabó la broma, un paquete te tiene que durar toda la semana.

En ese caso no te mereces a la hija del barbero, se venga Mattas. Y, al salir, añade: Tengo que reconocer que es un encanto. Cuando le tomé la foto, mi Voigtländer se empañó por completo, y eso sólo pasa en invierno...

Mientras que la cámara oscura es tu campo de acción, en la copiadora suele mandar Bohumil, y a veces le ayuda Otakar Mrkvička. Tienen un trabajo más agradable, Bohumil coloca papel de copias bajo las placas reveladas, lo fija en los marcos de madera, lo sujeta con unos pasadores y

pone los marcos en un soporte enfrente de la ventana grande que da al jardín. Allí toman el sol durante unas cuantas horas, la luz diurna hace su trabajo con paciencia y, mientras, se puede trabajar en otras cosas a las que no afecta la luz. Las fotografías toman color en los baños de oro hasta alcanzar el tono sepia, se fijan y se lavan con agua. Después, normalmente, llegan a tus manos; ya que se ha demostrado que tienes más sensibilidad para los colores y el diseño. Así que las pegas en unas cartulinas decoradas y les pones el sello del estudio de Mattas. Eso te gusta, mezclas el pegamento de almidón, humedeces las cartulinas para que no se deformen, y presionas las fotografías con ayuda de una plancha de metal con una manivela.

A las diez es la primera pausa, te sientas con Bohumil en el banco y fumáis de tus provisiones. Has empezado a fumar medio año después de entrar a trabajar para Mattas. Bohumil te ofreció el primer cigarrillo; pero desde ese día te saca uno tras otro. Cuando no quieres darle, se levanta la pernera del pantalón, te enseña la pierna de madera y finge ser un pordiosero tullido.

¿Y ya sabes dónde vive?, pregunta bajándose la pernera.

Una tarde la seguiste, primero se detuvo para visitar a su padre en los baños municipales a las afueras de Přebram y después te llevó a través de toda la ciudad hasta Milínska.

¿Ya has hablado con ella?, pregunta Bohumil, curioso.

Hoy hay mucha luz, y miras a tu alrededor, las fotos tardarán poco.

Vale, le dice palmeándole el hombro, de momento me basta con dos cigarrillos, y mañana le llevas las fotos; pero después me lo cuentas todo, ¿entendido?

Los marcos de hacer copias tienen por la parte de atrás una tapa que permite controlar como avanza el revelado: ¿lo veis?, los contornos están aún difusos, dice Mattas. Pero después de comer ya está Bohumil ayudando a Mattas, así que puedes sacar con total tranquilidad la fotografía de la violista, revelada, del marco. El positivo está saturado, la imagen aparece densa y con contraste. La violista no mira directamente al objetivo, tiene la cabeza un poco inclinada hacia su instrumento. Mattas ha conseguido dar la impresión de que está participando en un concierto con su oído interior, en sus ojos se percibe el éxtasis.

Las propiedades químicas de la luz, sin embargo, no se pueden aplazar.

Sumerges rápidamente la fotografía en agua, que se enturbia gracias al cloruro de plata que desprende. Después preparas el baño de oro, en el que lavas esa graciosa carita para que la foto cobre este tono violeta y amarronado tan bonito. De nuevo la lavas, la colocas en el fijador con sulfato sódico y por último bautizas la copia con agua pura.

Tras el trabajo de dos días de la luz y los agentes químicos, el retrato de la violista cuelga al fin de la cuerda; el agua que gotea de ella cae sobre el suelo de madera.

Tiene unas hijas realmente encantadoras, escuchas comentar a Mattas en el estudio.

En el jardín se deja oír un mirlo, es la hora de otro cigarrillo. Ahora todo se une y encaja. Las fotografías húmedas de la violista cuelgan de la cuerda, las plantas del jardín huelen con todos sus colores, en la ventana del cobertizo se despereza un gato rayado al que ha despertado tu llegada. Una sombra inclinada divide en dos la fachada del Instituto de la Música, por la ventana abierta escuchas un piano y la voz aguda de una chica que regresa una y otra vez al comienzo de la misma estrofa. Es mediados de junio y tienes dieciséis años. Fumas y, con los ojos entrecerrados, imaginas los pechos blancos de la violista brillando en la noche. Desde ese momento la chica del barranco será ella.

El Monte Santo es el centro espiritual de la región y es también el opuesto simbólico del laberinto de los pozos: igual que existe un entramado de galerías y caminos en lo profundo de la tierra, en el que en cada nivel aumenta el calor del núcleo terrestre; en la superficie de la tierra existen niveles de aire en los que la materia se diluye gradualmente hasta convertirse en espíritu. Ese kilómetro de profundidad al que llegan las galerías de extracción y la altura del Monte Santo que se eleva sobre la ciudad dan dimensiones a la vida: quién no subirá de las profundidades al final del turno y quién será redimido en vida y enviado a las alturas.

Te sientas en la hierba, no lejos del templo, y abres un libro. Ya has terminado de leer con Ema *Veinte mil leguas de viaje submarino*, pero *Matices lidu* trajo en su nuevo número los *Paseos por el jardín de las ciencias naturales* de un tal F. S. Kodym. El primer capítulo lleva por título «Luz y vida». El naturalista Kodym hace hincapié en que toda la vida en el planeta Tierra es de una manera u otra dependiente de la luz del sol. Es precisamente

la energía solar, afirma, la que, a través de diversos procesos vegetales, animales y geológicos, impulsa la vida. Compara un vegetal con una fábrica, cada una de sus células con talleres, y la luz del sol con la energía del vapor que impulsa la producción. Menciona los músculos de los animales que consumen alimentos vegetales, así que también a ellos los impulsa la energía solar, y al final este razonamiento lo lleva hasta el ser humano: Sí, si la actividad mental es resultado del trabajo del cerebro, podemos decir que nuestros pensamientos son la luz solar y nuestros sentimientos se calientan con el brillo del sol.

El sol de agosto calienta, el cielo está despejado. ¿Y no es el sol justamente dios?

Los pensamientos te dan vueltas cuando de pronto te percatas de que por el camino, a unos metros de ti, camina la violista acompañada por una dama de más edad. Te acercas a saltos antes de que te dé tiempo a pensar. Sólo después te das cuenta de que vas a tener que decir algo.

Por suerte, como se demuestra a continuación, la acompañante está acostumbrada a conversar en sociedad. ¿Es que desea asaltarnos, joven saltimbanqui?

La violista interviene rápidamente: Tía, yo no lo conozco.

Entonces debería presentarse ante estas damas, dice la tía dándose aire con el abanico.

Al final te recuperas lo suficiente para decir: Perdonen, me llamo František Drtikol.

Pero, joven, ¿no tiene que disculparse por su nombre!

Te sonrojas y añades: No quería asaltarlas.

Eso se lo creemos de todo corazón, si es de día... pero tal vez podría informarnos ahora de por qué nos ha hecho detenernos.

Suelo escuchar a su hija tocar la viola...

¿Mi hija? Joven, entonces debe de tener unos oídos que llegan hasta el otro mundo. Pero usted se refiere desde luego a mi sobrina Eva, ¿verdad?

La violista se inclina ligeramente.

Y yo soy Františka, estamos encantadas de conocerle. De todas formas, usted tiene razón, de alguna manera... Yo perdí a mi hija y Eva a su madre,

así que el sabio destino nos reunió. Pero, díganos, ¿en qué ocasión ha escuchado a Eva?

Así que ¿usted ha colaborado en ese encantador retrato? Eso es maravilloso, ¿verdad?, dice la tía volviéndose respectivamente hacia ti y hacia la violista, que baja los ojos con recato.

Trabajaste en la fotografía, sí, pero al final no la has traído.

Merodeaste por los alrededores de su casa unas cuantas veces, pero no te atreviste a llamar. Tal vez mientras tanto haya muerto, como cuando fui a llevar mi dibujo a Augustin Žlutický, te decías un poco acobardado. Cuando la violista, unos días después, fue al estudio a por su copia, no tenía ni idea de que era la segunda. La primera había acabado en una caja con candado donde está tu Adán de barro, que ahora tiene a su Eva.

¿No quiere acompañarnos un trecho?, le ofrece Františka.

Os vais de paseo; por suerte puedes hablar de algo que entiendes, y así te tranquilizas un poco. Les explicas qué se hace con la placa fotográfica una vez que se saca de la cámara; como la mayoría de la gente, no tienen ni idea del proceso.

¿Está contenta con su foto?

Eva se sonroja.

No es culpa suya, dice Františka. Casi ninguna mujer se gusta en una fotografía.

Parece que estoy en trance, se queja Eva.

Es el éxtasis de la música que resuena en usted, te atreves a expresar tu impresión.

Františka te mira con atención. Lo ha expresado usted muy bien. Eva ama la música, la lleva dentro. Cada persona lleva algo dentro a lo que debería escuchar, pero los que pueden escuchar directamente la música son los más afortunados de la tierra. ¿Y usted?

¿Perdón?

¿No escucha nada?

En los arboles gorjean los pájaros, de la capilla de la iglesia llega una canción mariana. Inclinas la cabeza hacia esa dirección.

No se deje engañar, dice Františka. Tiene que escuchar lo que suene dentro de usted.

Llegan al lago Kaňka, les quedan los últimos pasos por compartir. ¿Qué tal si convidásemos a este joven a tomar el té, ya que es domingo por la tarde?

Ambos miráis a Eva, que se limita a contestar: Como quiera.

¿Tiene un poco de tiempo?

Tienes todo el otoño libre. Acompañas varias veces a la violista hasta su casa. Nunca quiere llevar la funda, la viola es ligera, dice, si tocara el violonchelo... Durante la quinta de esas ocasiones te pregunta algo alterada: ¿Y en qué consiste esa enfermedad que tiene?

La miras sin entender.

Me refiero a sus manos llenas de manchas...

Te chocas literalmente con tu padre en la cocina, cuando vuelve a casa a las siete de la mañana. El gran salón del hotel más lujoso de Příbram, el Emperador Austriaco, se puso de gala la noche anterior. En la lámpara central de cristal ardían velas de colores, de las paredes colgaban copiosas guirnaldas. Los camareros, con sus camisas blancas bien planchadas con pajarita, se deslizaban entre las mesas y tomaban las curvas con elegancia llevando las bandejas inclinadas. Cócteles americanos, licores varios, champán auténtico, hasta Pernod, del que llegaba el aroma del hinojo y el anís. La sociedad allí reunida puso empeño en su atuendo, aunque con el paso del tiempo algunos detalles se descompusieron: a algunas damas se les escaparon unos mechones de cabello de los repeinados moños y se les adhirieron feamente a las nuca, los hombres se soltaron los botones del cuello y de los puños y, acalorados por el alcohol, se arremangaron las camisas hasta los codos.

A las seis de la mañana el peludo alcalde de Příbram Blažej Mixa pidió las dos últimas botellas de champán, se levantó y dijo: Por última vez, ¡por el nuevo siglo!

Calientas agua en la estufa, tu madre da de comer a las gallinas, la abuela está ya en la iglesia para la misa de Año Nuevo.

Hijo, tu padre extiende la mano derecha hacia ti.

Tu madre entra en la cocina y quiere llevarlo hasta la cama.

Venga ya, no me voy a ir a dormir ahora, es de día, se resiste.

¡El desayuno!

Delante de él aterriza un plato con bollos rellenos de mermelada que ha horneado la abuela.

Hijo... dice de nuevo el padre. ¿Sabes que ha comenzado un nuevo siglo?

Será dentro de un año, padre.

¿Qué? Ya está aquí, hijo. Estamos en 1900. Mujer, enséñale el calendario. ¿Y sabes qué? Para que veas que soy una persona adelantada, en este nuevo siglo me puedes tutear. ¿Qué te parece?

Eso si por la noche todavía se acuerda...

¿Qué? ¿Qué quieres decir...?, se apoya en los codos, pero enseguida se sienta de nuevo, ... ¿con eso?

Estoy acostumbrado al usted, papá.

¿Aco-costumbrado?, tartamudea. Mi propio hijo no me quiere tutear, ¿lo oís? Bueno, pues tú, Punta, su padre se vuelve hacia el perro lobo, que abre un ojo educadamente. Fiel amigo, ¿sabes que ha llegado el siglo XX? Y para que veas que soy un amo adelantado... bueno... no sé, estos bollos, mamá, están de rechupete.

Te metes de prisa dos bollos en la boca, te pones encima la ropa de más abrigo que tienes y sales de la casa paterna. Al amanecer ha nevado un poco y en Václavské náměstí, hay un montón de huellas, pertenecen a los trasnochadores que como tu padre volvieron a casa por la mañana atravesando la silenciosa ciudad de Přebíram.

Pasas por Hornické náměstí, y después por la calle Ondrákova hasta los jardines Kličkovy. En las ventanas reina la oscuridad; de un lado al otro de la calle, silencio. En los jardines Kličkovy ya no hay ninguna huella, las últimas han terminado en el umbral de una casa de la calle Ondrákova. El viento nocturno y la nieve han delineado los troncos de los árboles con un lápiz blanco. Te emociona ser el primero que pise esa superficie blanca virgen y dejar a tu paso un reguero de huellas.

La temperatura debe de estar cerca de los cinco grados bajo cero, las manos se te quedan heladas incluso con los guantes que te tejió la abuela para protegerte los dedos de las heladas. Piensas que, después de comer, tendrás

que mojarlo con el agua helada cuando saques las placas, y sientes una aversión nueva hacia el estudio de Mattas. Tu padre ha establecido correspondencia con el conocido fotógrafo de Praga Jan Langhans, porque él tampoco está contento por haber pagado tu educación y que de momento Mattas te emplee sólo como ayudante. Lo que más te gustaría sería no volver allí, le reprochas que por culpa de ello no tienes tiempo de dibujar y no te van a aceptar en la Academia de Praga. Pero hasta el final del aprendizaje falta aún un año y medio, estás atrapado. De nuevo comienza a nevar. Dos o tres copos de nieve se posan en tus pestañas, y cuando se deshacen te empañan el campo de visión por un instante. Te encaminas a las afueras de Přebíram a través de una explanada plantada con trigo.

Como sopla el viento, detrás de cada pequeña brizna se alza una crestita de nieve, el aire y la helada han transformado el campo en un enorme rallador. Caminas por la pendiente unos cientos de metros hacia arriba, y, cuando te vuelves, Přebíram se pierde ya de vista: sólo ves los contornos difuminados de las casas que la nieve caída va borrando paulatinamente. Amanece por el este, el sol borroso se eleva silencioso sobre el gris violáceo de las nubes, desgarradas allá a lo lejos. El sol ilumina las oscuras barrigas de los cúmulos, mientras que en la explanada todo lo blanco y grisáceo aún se confunde, unas cosas mezcladas con otras. Inclinas la cabeza y de nuevo sientes esa felicidad lejana, como cuando atravesaste esa superficie blanca en los jardines Kličkovy.

Estás aquí, se escucha.

Con los ojos entrecerrados miras hacia el borde no muy lejano del bosque, la empalizada de pinos negros y sus ramas cargadas de nieve te confirman esa inesperada presencia. Estás aquí y eres tú, eres tú y estás aquí, resuena en ti un rato, como unas campanadas lejanas en una tarde de verano, o como si fueras el badajo de la campana y los cielos grises, el recubrimiento metálico contra el que rebotas cantarínamente, al menos con la mirada, desde el este al oeste, del oeste al este, estás aquí y eres tú. Algo más tarde se te ocurre que el mundo es una moneda dando vueltas en la tabla de una mesa, y sólo cuando de milagro se detiene un instante, puede verse su valor y el relieve de la cara de atrás.

Durante las fiestas el estudio permaneció cerrado, Mattas se fue a ver a unos parientes a Pilsen. Nadie ha calentado la caseta vacía del jardín, el frío

se mete hasta debajo de las uñas. Bohumil se ofrece a ir al cobertizo a partir leña.

Deberías mezclar revelador nuevo y un baño fijador, los viejos se han estropeado durante las fiestas, se han enturbiado y amarilleado, si es que no se han congelado. Pero Mattas llega mañana, Otakar Mrkvička está Dios sabe dónde y Bohouš parte leña, así que no hay por qué apresurarse; mientras no haga un poco más de calor allí dentro no merece la pena hacer nada. Enciendes un cigarrillo, te arrebujas con el abrigo en el sillón de la sala de espera y agarras unas revistas alemanas, *Kamera-Kunst* y *Das Atelier des Photographen*, a las que Mattas está suscrito sobre todo para causar buena impresión a los clientes. Las fotografías de las revistas son más suaves y personales que las que cuelgan en la cuerda de la copiadora, sientes en ellas la llamada de la lejanía, el olor de otros mundos. Las mujeres tienen la piel más blanca y de la parte inferior de los sombreros les caen unos tirabuzones desobedientes; los hombres posan más dignos, cada rostro revela un carácter específico. En cambio, las fotografías colgadas aquí, en la cuerda, recuerdan a peces muertos, están llenas de muecas congeladas de clientes que estuvieron pasivamente de acuerdo con Mattas en que hacerse un retrato radica en poner una expresión dura y esforzada.

Ante la cámara se alternan personas, una tras otra, un día tras otro. Hoy aún tienes que pegar las fotografías de la cuerda en las cartulinas, mañana vendrán los clientes a por ellas y su lugar en el cordel será ocupado por otras. Ese tióvivo se pondrá en marcha de nuevo, sobre todo después de que Mattas haya tenido la brillante idea de que todo aquel que muestre su entrada para el baile de Año Nuevo de Střelovna obtendrá una rebaja del veinticinco por ciento en un retrato con su atuendo de gala. Vendrán mujeres con sus capas de seda, con vestidos con encajes, tafetán, muselina, con cuellos de piel y suaves guantes. Mierda, piensas, entras en la copiadora y te quedas mirando a las ventanas cerradas del Instituto de la Música. ¿Tendrá también Eva en casa un cuadernito de baile, de esos en los que las chicas apuntan a sus parejas?, ¿tendrá un abanico en cuyas varillas los caballeros escriben sus largos deseos y sabidurías?

Cierras la revista, encendéis la estufa. Da lo mismo, esto es mucho mejor que arrastrarse por un camino mojado, te lo aseguro, dice Bohumil mientras se calienta las manos. Tú eres joven, con el tiempo harás las cosas a tu

manera.

¿Tú lo hiciste, Bohumil?

Joven, cada uno vive la vida que le toca.

Pero ahora acabas de decir que uno puede hacer las cosas a su manera.

Sí, pero después vive la vida que le toca, eso es así, dice con un gesto. A mí al final me tocó la que quiso San Procopio, cuando me lanzó una roca encima de la pierna.

Es verdad.

No es tan terrible... Bohumil se rasca la cabeza. Oye, ¿te gustaría probar una cosa, ahora que no está Toník?

¿El qué?

Pues...

¿Te refieres a la cámara?

En la parte de atrás hay dos placas completamente olvidadas, dice.

¡Podría hacerte un retrato!

Claro que sí. De eso hablo. Y después te hago uno yo a ti, Francku. Porque Toník nunca me deja. Lo único que me permite es limpiar el objetivo con una gamuza.

Ésta es una de las dos oportunidades que tendrás en tres años de apretar la perilla del obturador neumático. La segunda llega cuando vas a dejar el estudio y Mattas te permite realizar un encargo de principio a fin. Será tu examen final, pero no sabrás utilizar la cámara. Incluso ahora Bohumil ha de enseñarte cómo colocar, en el marco de atrás, la reducción para placas de formato más pequeño que el que tiene la cámara ya preparada por defecto.

Que salga Bohouš, todo peludo, dice Bohumil cuando preparas el decorado.

Lo colocas delante de un fondo pintado y le pones bajo el brazo el capitel de una columna antigua. En la fotografía desenfocada parecerá un Atlas culpable al que se le ha caído sobre la cabeza eso que tenía que sujetar, y se ha presentado en el Olimpo para confesarlo, pero allí los dioses retozones están dándose un festín y no lo ven, ni a él ni la cúpula rota de los cielos ni los incendios desbocados.

Después te sientas tú en un taburete delante de un fondo blanco, cruzas las piernas y de nuevo enciendes un cigarrillo. Frente a frente con la inmensa

cámara, piensas en que no es tan fácil no sentirse tenso delante del objetivo, delante del Voigtlander. ¿Qué tengo que hacer ahora?, piensas con candidez.

Bohumil lo sabe, de oírsele decir a Mattas: de momento ponte cómodo y piensa en algo agradable...

Observas a Bohumil, que mira a la pantalla, mueve el trípode y balancea la cámara de arriba abajo. También tú podrías haber jugado un poco con el piñón y la llave del trípode, aprovechando que por primera vez has podido utilizar la cámara. Bohumil enfoca y el acordeón de piel del fuelle se expande, como si de él fuera a salir el sonido más largo del mundo, por un instante te imaginas que si con la cámara se pudiera tocar música, bastaría con...

¡No te muevas!, ordena Bohumil, y coloca la cajita con la placa.

Estoy aquí, te dices a ti mismo en silencio.

¡Cuidado! ¡Vamos a exponer!

Y soy yo.

Diablos, la tapa estaba en el objetivo, espera...

Por fin te ves tal y como te muestras al exterior, y no como te ves desde dentro: el pelo ondulado y rubio peinado hacia arriba y hacia atrás, haciéndote la frente más alta, la piel tersa y una nariz bastante rotunda. A pesar de los suaves rasgos el rostro es varonil. En los ojos se atisba un destello de inseguridad, seguramente Bohumil tardó demasiado.

En Přebram no instalarán la canalización del agua hasta el año siguiente; delante de vuestra casa, en Václavské náměstí, sigue habiendo una fuente de piedra. Las chicas y las amas de casa se dan cita junto a ella, todas con baldes que llevan a la espalda para abastecer de agua sus hogares. En verano no tienen prisa, la fuente es el lugar de los encuentros casuales, como el lago en el bosque en el que se reúnen las corzas. De vez en cuando se mezcla entre ellas algún estudiante de la Academia Minera o del Instituto de Pedagogía y les ofrece ayuda. Así conoció Máňa a su admirador, Franci, hace unos años. Cuando Franci se ofreció a acompañarla no podía imaginarse que Máňa se perdería tras la primera verja y que él se quedaría delante como un pasmarote convertido en el hazmerreír de las chicas. Pero después tuvo compasión de él

y en el verano de hace dos años se casaron, ella aún no era mayor de edad y tu padre tuvo que dar su consentimiento por escrito...

Ahora, en invierno, la fuente está tapada, recubierta con abono y rodeada de maderas para que el agua no se congele. Las chicas ya no se entretienen allí, regresan al calor correteando rápido con sus zapatos llenos de la ceniza con la que espolvorean las calles.

En invierno se ahorra más agua en las casas, los baños se restringen sólo a una vez a la semana. El sábado por la noche tu madre coloca sobre la estufa una gigantesca perola llena de agua, en la que suele lavar la ropa, y prepara la abollada bañera de hojalata. Así se hacía cuando eras pequeño, y hasta ahora nada ha cambiado, sólo que las paredes de hojalata tienen más bollos, nada más. Como eres el más pequeño, te espera el agua caliente y limpia, mientras que los demás se conforman con una tibia infusión. Este orden sempiterno se ve alterado por tu relación con Eva. Te quejas tanto del frío en la habitación del estudio que te concierta visitas regulares a la barbería de su padre. Cada miércoles por la tarde te diriges anhelante a los baños municipales, la idea del vapor y de una bañera grande con el agua caliente de la cervecera te guía por la helada Přebíram como si fuera el aroma de un plato delicioso. Tras pasar el día en las mazmorras tienes la sensación de que si alguien te golpeara con un martillo en el pecho todo tu esqueleto se desharía con un gélido tintineo.

Con el jabón alemán Schicht lo ensuciaría todo, dice el barbero, y te da una cosa blanca. Aquí tienes el jabón Korunní, es checo.

Los baños son muy sencillos, sólo hay unas bañeras y una habitación calentada con vapor que recuerda vagamente a una sauna. Tienes tu sitio reservado, te sumerges en la bañera hasta la cabeza, te frota las manos, te descongelas, y un adormecimiento agradable se instala en tu cuerpo.

¿No tendrás malas intenciones con Eva, verdad?, pregunta el barbero.

¿Te lo has figurado o te ha mirado la entropierna? El sexo te flota en el agua como el dedo de un ahogado entre las algas. Por las insinuaciones de Bohumil, te haces a la idea de lo que es, parece que uno más uno son dos, pero nunca se sabe.

El barbero es un hombre jorobado que camina por el suelo empapado con unas ajadas zapatillas, sin levantar los pies. Deja unas toallas y se sienta a tu lado, en el borde de la bañera. Lo tiene difícil conmigo, perdió a su madre, dice. Menos mal que nos queda Františka, tiene el corazón igual de grande

que su hermana. Su madre inició a Eva en la música. Fue una pena perderla, y se calla.

¿Hace cuánto pasó?

En junio hará nueve años. Soy viudo desde hace nueve años. Quieres más agua caliente, ¿no?

Trae un cubo con agua que aún humea y te la echa despacio junto a los pies. De nuevo te invade la sensación de que te está observando. O quizá es sólo que bizquea muy raro, tiene algún problema en los ojos. Como no quieres enseñarle el trasero te colocas de lado.

¿Cómo está?, pregunta.

Por fin siento los dedos.

Qué bien, así debe ser, masculla. Distribuye las toallas y después se sienta de nuevo a tu lado. La gente tiene cuerpos diferentes...

Te encoges de hombros, están mojados y unas gotas te resbalan por la parte de atrás del cuello.

Al estudio van los clientes emperifollados, pero yo aquí os veo a todos tal y como dios os creó. Y cómo los años os van deformando, añade mientras prueba la temperatura del agua con un dedo una vez más. Pero tú todavía eres un muchacho hermoso... Bueno, ¿tu padre ya te ha iniciado?

Le miras como pidiendo explicaciones.

¿No te ha llevado adonde ninguna?, y con la mano hace un gesto obsceno.

Niegas con la cabeza, te quieres levantar de la bañera, pero el barbero te empuja adentro hasta que salpica. Mira, chico, yo no me inmiscuiría en esto si no fuera por Eva. Ella es nuestra única esperanza, ¿entiendes?

Sólo nos vemos de vez en cuando, contestas con rebeldía.

Esta vez te mira directamente la entrepierna, como si dijera: Y esto ¿qué es?

Le puedo prometer que...

¡Eso quería escuchar! ¿Me prometes que no le pondrás la mano encima? Porque a su difunta madre le preocupaba mucho y yo tenía que transmitírtelo, ¿queda claro?

Asientes dubitativo.

Mientras el aire húmedo y caliente te abre los pulmones, Eva le trae la cena a su padre. Te espera para que la acompañes a casa. De nuevo ha

empezado a nevar, en la calle Pražská grandes copos descienden despacio bajo las lámparas de la ciudad y, como una venda desenrollada, van cubriendo las capas de ceniza de la calle. Eva se resbala varias veces, y después se cuelga de tu brazo.

No quiero caerme, musita.

Te quedas callado como un bobo. Vuelves a sentir frío, te gustaría irte a casa.

A finales de marzo va a verte Hynek para que te apuntes a la carrera tradicional por las escaleras del Monte Santo. Una vez participaste, en tercero, y fue porque habías sacado un suficiente en Ética a final del curso. Entre los clubes de deporte de Přebíram y el colegio católico se fomenta la rivalidad, y la carrera por ese largo pasadizo lleno de escaleras del Monte Santo es uno de los retos deportivos favoritos.

No arriesgas nada ahora, dice Hynek.

Vaya, justo tú tenías que hacerte reclutador. Si tú serías el primero al que ganasen los del club deportivo...

Todos los clubes necesitan un cerebro, además de coraje y piernas, dice. Y este año deberíamos ser muchos, para que todos sepan que estamos en guardia... Si los rusos no nos salvan de los austríacos, tendremos que apañarnos nosotros solos.

¿Ha cambiado, o sólo te lo parece? El profesor de Alemán, ese que tenía la nariz torcida, en cierta ocasión soltó que Hynek apestaba a miseria. Fue la primera vez que viste a un ser humano humillado, a Hynek le salió una aureola carmesí alrededor de la mancha de nacimiento que tiene en la cara. Ahora no le asoma la vergüenza en el rostro, sino una rabia juvenil.

¿Te apuntas?, pregunta con impaciencia. La última vez no te fue nada mal.

Casi no tengo tiempo, ¿cuándo es?

Es un secreto, para que no cierren el pasadizo, como la última vez.

No te prometo nada.

Te mirarán de arriba abajo. ¿Seguro que no se lo contarás a nadie? La salida será el domingo después de comer.

Habrás un montón de gente, ¿no?

Precisamente, y chasquea los dedos. Lo que queremos es que se sepa de

nosotros. Imagínate a todas esas abuelitas y madres acompañadas de sus hijitas, tan emperifolladas... y a su lado pasa corriendo una tropa del ejército nacional en camiseta, fantasea. El domingo por la tarde estarás libre, ¿no?

Si tú supieras...

Oye, será algo importante, deberías estar allí. ¿Es que ya no te acuerdas de cómo esos encorbatados te chupaban la sangre en el colegio?

¿Y la meta?

En la basílica.

¿Dentro?

La situación se va radicalizando, sentencia Hynek. Lo estuvimos discutiendo, y el que quiera puede acabar en el pórtico, delante de la entrada. Digamos que la meta oficial es allí, pero extraoficialmente se aconseja llegar hasta dentro de la basílica. Aunque nadie os pedirá que gritéis consignas patrióticas.

Tendré bastante si aún me queda aliento al llegar, dices con una mueca.

Hynek te palmea el hombro. Bueno, pues nos vemos el domingo. Por cierto, ¿cómo te va?

Hace un tiempo casi primaveral, la luz del sol barre el cielo sobre Přebíram. Pierdes un poco el entusiasmo, no tienes unas zapatillas adecuadas y, sólo de pensar en esos trescientos cincuenta y pico escalones que desde el siglo XVII unen el centro de Přebíram con el templo de la Virgen María, se te agarrotan las piernas. Cuando el poeta Julius Zeyer trajo aquí a la pintora Zdenka Braunerová le contó emocionado que había que subir de rodillas, mientras que el gran poeta Jaroslav Vrchlický suspiró y dijo que esto era un verdadero Tíbet.

En Valašinka, en la calle Dlouhá, en Palacký y en Zahradnický, los hombres se hacen señas confabuladoras. Han recibido la orden de permanecer desperdigados hasta que el reloj de la iglesia del decanato dé las tres. En cuando los golpes metálicos espantan a los pájaros de las campanas, los deportistas se agrupan junto a la entrada de la escalinata del Monte Santo. Saludas a unos cuantos antiguos compañeros de la escuela, pero no hay tantos participantes como esperaba Hynek, sois unos veinticinco. Os quitáis las chaquetas y os quedáis con blusas rojas y camisetas blancas.

A la entrada de las escaleras aparece Hynek. Os desea buena suerte a todos y, mientras los deportistas se calientan las piernas, recita un tanto

apresuradamente:

*Hacia arriba, con un gran batir de alas,
hacia el manto del cielo, ascendió el halcón;
desde el azul y púrpura de las nubes altas
contempla el lejano paisaje de alrededor.
En el manto del cielo en círculos vuela,
aletea su poderosa cola en el aire,
y en la bandada enemiga vertiginoso se adentra,
sabiendo que el honor le espera.*

Los chicos se colocan en filas de cinco y Hynek grita: ¡Adelante!

Sobre todo, no hay que agotarse al principio. Respirar con regularidad, no dejarse derribar y ahorrar fuerzas. Allí abajo pasáis junto a un grupo de peregrinos sorprendidos, alguien se tropieza y luego otro tropieza con él y se cae. Durante los primeros cien metros os mantenéis juntos, pero en el siguiente tramo empiezan a abrirse brechas, según la capacidad de los pulmones de cada uno. Trotas por el pasadizo ascendente, desde las ventanas que están colocadas a intervalos a los lados entran trazos de luz amarillenta. El brillo difuminado, que entra por las puertas abiertas hacia el paisaje de fuera, crea unos marcos luminosos que se suceden en el pasadizo. Los arbustos y las malezas se adhieren a las ventanas y arrojan reflejos verdosos. La vista de ese corredor interminable te aturde, como si corrieras hacia las puertas del cielo. Parece que has cogido un buen ritmo, te sientes ligero y subes los escalones de dos en dos, así que te pones en cabeza, saltas los charcos de luz y vas pasando un marco tras otro, como si volaras.

Al poco el cansancio te vence y notas los latidos de la sangre en las sienas y en los muslos. Levantas la vista, ante ti hay otro montón de escalones. Tienes que frenar un poco. Intentas acompasar tu respiración al ritmo de los escalones, pero éstos no tienen ningún ritmo, fueron construidos por gente piadosa según asciende la ladera. Te han adelantado dos corredores, te vuelves para ver dónde hay más. El corazón se te sale por la boca, ya no percibes a los peregrinos molestos, las monjas encorvadas que parecen palomas. Diez escalones, veinte, otros diez, cuéntalos, eso te ayudará. Ya

divisas la curva tras la que está el tramo final, unas escaleras en espiral que llegan hasta el patio y que te marean. El corredor que iba delante se ha rendido, se apoya jadeante contra la pared, otros se han sentado, como estatuas de piedra encorvadas y sudorosas. A ratos te parece que eres increíblemente pesado y a ratos te parece que no pesas nada.

La luz del día brilla como si fuera una plancha doblada de metal. Allí, allí está. ¿Cómo es que se aleja? No, se acerca. A veces se aleja y a veces se acerca, tienes que aprovechar el momento adecuado. Venga, no te rindas. Ya sólo te queda atravesar el patio y esas últimas escaleras del pórtico. Pero chocas con alguien y pierdes el equilibrio, la orientación, te zumban los oídos. Te quedas tumbado, todo te da vueltas, y el suelo está agradablemente frío. Te faltan unos pocos escalones. Unos escalones y... ¡la meta!

Algo va a ocurrir, al final podrás morir tranquilo, ya verás.

Atraviesas la puerta de la basílica y te derrumbas frente a un cuadro. En él Cristo se tropieza con la cruz. Pero tú estás al límite de tus fuerzas y te falta la respiración. Bajo el torrente de sangre, en tu cabeza desaparece la frontera de la realidad y por un momento te metes en el cuadro en su lugar. Pero ¿dónde está la violista? Debería llorar y gemir y tocar hasta perder el sentido. ¿Dónde está?

En el cementerio de Březové Hory se encuentran las tumbas más pobres. Muy pocos se pueden permitir losas de piedra y un cincelado, hay sobre todo placas redondas de hierro que el óxido devora tan rápidamente como los gusanos los cuerpos que hay debajo. Pero la sepultura a la que te diriges sobresale por encima de ese mísero bosquecillo de metal que componen las tumbas de los mineros. La erigieron un año después de la catástrofe y ahora, en verano, tiene delante un jarrón con unas margaritas marchitas. En la placa de mármol se puede leer: AL BENEMÉRITO DIRECTOR DEL TEATRO DE AFICIONADOS DE BŘEZOVÉ HORY. Por la parte de atrás dice: a UN ARDIENTE E INCANSABLE INSTRUCTOR, VÍCTIMA DE SU OFICIO EN EL CUERPO DE BOMBEROS VOLUNTARIOS DE BŘEZOVÉ HORY. Y en la parte frontal: A LA SOMBRA DE ESTA LÁPIDA DESCANSA AUGUSTIN ŽLUTICKÝ.

Te sientas en las escaleras de la sepultura y descansas con él. Piensas en los cuadros de colores que hay dentro del lapicero Koh-i-noor y en ese encaje blanco que se devanaba cuando sacabas punta al lápiz. Siempre te gustó tenerlo bien afilado, contemplar ese único punto que no da vueltas, pero últimamente te sientes torpe y ofuscado.

En tu último año de aprendiz has sufrido bastante y nadie sabe qué va a ser de ti tras esos tres años de adiestramiento. Deberías ganarte la vida con un empleo en tu gremio, pero ¿cómo vas a pedir trabajo si ni siquiera sabes hacer fotografías? La correspondencia de tu padre con Jan Langhans se quedó hace tiempo en un punto muerto y no te queda ningún plan alternativo. A veces te parece que tu padre ha perdido la esperanza contigo. Tiene que cuidar de la tienda; ya que, al igual que toda la economía de Příbram, también su negocio va cuesta abajo, y se preocupa por ti mucho menos que antes. Has retomado tu sueño de entrar en la Academia, pero tu padre, como un juez de la instancia suprema, sólo se ha reafirmado en su veredicto anterior: del arte no sale dinero. Por un tiempo juegas con la idea de ignorarlo, imaginas cómo te abres camino en Praga como un pintor pobre, comes en los comedores de estudiantes por un par de monedas y no hay semana en la que no cambies de lugar para dormir. Pero después esa idea te cansa...

Miras a Augustin Žlutický, en la imagen redonda su pelo está dividido por una raya perfecta y un bigote recién recortado. Bueno, ¿qué?

Escondes un triunfo algo inseguro en la manga. Hace una semana estabas esperando a que Mattas te dijera qué placas tenían prioridad mientras hojeabas el número nuevo de la revista *Das Atelier des Photographen*. Te llamó la atención una colección de fotos de Nicola Perscheid; el nombre ya lo conocías de antes. En ese momento Mattas entró enfurruñado y te preguntó si acaso eras un cliente, para estar así, sentado, en la sala de espera. Después te dijo que entre las placas expuestas había retratos de miembros del ayuntamiento. Te encerraste en el cobertizo, mezclaste los productos químicos, revelaste y lavaste los rostros de los funcionarios; los estabas fijando, cuando Mattas vino a verte y, sin avisar, te soltó: ¿Es que crees que tu padre tendría medios para mandarte a estudiar a Alemania? Pero ¡si monta una yegua de alquiler! '

Resultó que la revista se había quedado abierta en esa página en la que te había interrumpido Mattas por la mañana. No te habías dado cuenta, pero

junto a la última fotografía de Perscheid había un anuncio que escuetamente anunciaba que en Múnich, en la Lehr- und Versuchsanstalt für Photographie, se abriría al año siguiente en otoño una carrera de fotografía de dos años.

Bueno, ¿qué?, preguntas de nuevo a Žlutický. Sacas la revista de una bolsa y ojeas la doble página donde está la chica del vestido blanco y el anuncio. Lo relees y después miras a la chica. Está rodeada de margaritas en flor, lleva un sombrero en la cabeza y se protege del sol con la mano. Mira directamente al objetivo, su mirada tiene algo inquietante.

Sacas el cuaderno y comienzas un boceto: el monumento de Augustin Žlutický, detrás un batallón de cruces, algunos abetos. Para terminar, en la esquina inferior izquierda dibujas la revista, a los pies del monumento. Gracias a ello te das cuenta de que dos margaritas se reflejan, encogidas, en la fotografía de la revista, y de que ambos, Augustin y esa chica, te observan con una mirada que se te clava como un cuchillo.

Se deja oír un mirlo, te vuelves hacia la hierba y miras debajo de los abetos.

La escuela de Múnich es nueva, pero ya habías oído hablar de ella. Además de la de Viena, es la única que tiene estudios de fotografía y la posibilidad de conseguir un diploma, si alguien quiere ir a Francia o a Inglaterra después. Pero la fotografía no te agrada demasiado. En realidad, no has tenido ni la oportunidad de cogerle gusto, sólo a la parte técnica; bueno, ni siquiera eso, más bien a la parte química. Pero lo atractivo de la idea es que te irías de Příbram y saldrías a experimentar al gran mundo.

Múnich tiene buena fama en Chequia, muchos pintores estudiaron allí, y algunos, con Alfons Mucha al frente, fundaron el grupo Škréta, que después se transformó en la Asociación de Arte Mánes. En la escuela y en la Academia de Fotografía estudian Historia del Arte, el programa de enseñanza comprende incluso clases de dibujo y pintura, pues la escuela hace hincapié en forjar fotógrafos artistas, y no empresarios. Al menos eso era lo que ponía en el artículo que apareció con la ocasión de la apertura de la escuela y que ahora has buscado y encontrado. Por supuesto que darías preferencia a una escuela de pintura auténtica, pero tal vez esto también sea una oportunidad.

Y es lo que has ido a preguntarle a Augustin. Seguramente esperabas de un modo algo infantil que te guiñara un ojo con complicidad desde ese retrato, o que apareciera a tu lado, como aquella vez en el túmulo.

Después recuerdas lo que te dijo Františka, y le guiñas un ojo tú a él.

Te vuelves a Přebram, se acerca el verano, desde los patios llega el olor de las letrinas. Ves a dos perros apareándose, gimen porque no pueden separarse y andan a trompicones junto a una pared como si fueran un monstruo de dos cabezas; la perra, asustada, tira del futuro padre de sus perritos, que parece pegado a ella. En la superficie del lago se ondula la luz, se refleja y deja en las hojas de los abedules unos brillos transparentes, como si lanzara cuchillos. Cierras los ojos y tratas de caminar derecho, a ciegas, te balanceas, y cuando abres los ojos de nuevo, delante de ti, en el camino, descubres varias mariposas blancas que te hacen chiribitas en los ojos.

Al llegar a casa sacas de la bolsa la revista enrollada y le enseñas el anuncio a tu padre.

Al día siguiente escuchas cómo tus padres discuten el asunto tras una puerta cerrada.

De las frases sueltas entiendes que les preocupa lo mismo que a Mattas: ¿Tendrán suficiente dinero para mandarlo a estudiar a Múnich? Sin embargo, cuando se abre la puerta, tu padre, pensativo, sonrío bajo el marco. Pero la sonrisa se le borra rápidamente de la cara y es sustituida por una mirada iracunda: Prométeme que si al final me decido, te lo tomarás mucho más en serio que en el liceo. ¡Mucho más!

Hasta te pide que lo jures, es la primera vez que le juras algo a alguien.

Al día siguiente escribe una carta corta y tosca al Instituto de Investigación de Fotografía.

A los tres días llega la respuesta, escrita con una excelente caligrafía y formulada en perfecto alemán.

Lo más lejos que has ido es a Praga, cuando tu padre te llevó a una exposición conmemorativa. Pero a Múnich se tarda en llegar un día y medio desde Praga, los tres vagones de madera chirrían entre los campos, gradualmente van añadiendo otros nuevos, en Linz el tren es ya muy largo. Atraviesa colinas verdes, las vacas manchadas levantan con pereza sus cabezas y rumian pensativas, los agricultores encorvados con sus ropas y sombreros de trabajo recolectan la cosecha desde hace varias horas en

pequeños campos o siegan la hierba de las praderas.

Estás sentado en un vagón descubierto, el aire de la mañana es aún frío. Lo aspiras con gozo, es un aire sin humo y sin los productos de la mina, a los que tuviste que acostumbrarte. Llevas una maleta pequeña, sólo vas de visita, pero bajo el brazo acarreas una carpeta voluminosa con unos dibujos. En la carta de invitación habían animado a los aspirantes a mostrar sus propias creaciones artísticas. Elegiste cuidadosamente entre todos tus dibujos de los mineros, y además añadiste algunas acuarelas.

Las hojeas y tratas de averiguar si serán lo suficientemente buenas para enseñarlas en Múnich. El hombre que está sentado enfrente las ve boca abajo, y al poco rato intenta entablar una conversación contigo, tal vez para recordarte que tu alemán no es nada del otro mundo y que en el examen estarás en inferioridad de condiciones.

Miras al infinito, a ese mundo que pasa de largo, los árboles y los postes.

En la carta también ponía que la finalidad del examen es averiguar los conocimientos básicos de los aspirantes en cultura y arte y sus motivaciones personales para estudiar fotografía. No quieres inventarte nada. Te has preparado un par de frases para contarles que tu intención había sido ir a la Academia de Arte, pero por motivos familiares tuviste que entrar de aprendiz en el estudio de un fotógrafo. Por el artículo dedicado a la apertura de esa escuela comprendiste que no estaría mal airear tu insatisfacción.

El director de la escuela declaró que tras cincuenta años había llegado el momento de que la fotografía dejara de ser una rutina de negocio o un pasatiempo amateur y se convirtiera en arte. Arte, ya la mera palabra tiene una pátina de terciopelo, que acaricias mientras el tren chirría en las curvas. Los edificios color terracota de la estación principal de Múnich se encuentran a un par de minutos de la escuela, situada en la calle Rennbahnstrasse. Has llegado con antelación, te das un paseo por el centro, te guardas en la memoria algunos puntos claves, para no perderte. Vas pasando de un edificio majestuoso a otro, con la cabeza levantada, pero enseguida te cansas y te sientas en una plaza encantadora. Meditas sobre cómo sería vivir aquí, en esta ciudad tan animada y a la vez tan calmada y mucho más relajada que

Příbram. Algo dentro de ti asiente apasionadamente. Pero enseguida te pones a pensar en el examen, te estremeces, y compruebas la hora en el reloj que tu padre te ha prestado para el viaje y, por si acaso, también en el reloj de la torre de la iglesia. El tuyo dice que te queda una hora, pero el de la iglesia que sólo diez minutos. Tardas un momento en entrar en pánico, pero después lo haces con todas sus consecuencias: te diriges en sentido contrario, se te caen todos los dibujos y, al final, te toca llamar a un cochero para llegar a tiempo.

Drtikol, Franz, dice un hombre con una lista, inclinándose. Hay unos treinta jovencitos, pero os van nombrando por orden alfabético, así que eres de los primeros. Los tres hombres del jurado se presentan, aunque los nombres se te olvidan casi al instante. Charlan un rato contigo, pero pronto comprenden que esa conversación educada en alemán no te hace ningún favor; de modo que se vuelcan en tus dibujos. Las preguntas son eternas, y no dejan ver emoción alguna. ¿A qué edad comenzó a dibujar? ¿Sabe lo que es la regla de oro? ¿Conoce a algún pintor italiano del siglo XV? ¿Cómo llegó a la fotografía? ¿Ha traído alguna de las que haya hecho? ¿No? ¿Ni una? ¿Conoce al menos el trabajo de algún fotógrafo alemán? ¿Y qué es lo que le gusta de las fotos de Perscheid?

Después uno de ellos golpea la mesa con un lápiz y dice: Está bien. Veremos ahora cómo se defiende con la parte práctica del examen. Pero aún le preguntaré algo: si por casualidad le aceptáramos, dedicaría el verano a mejorar su alemán, ¿verdad?

Ja, sicher.

Tenéis que dibujar una figura, una estatua descascarillada que os traen en un carrito, y después un paisaje de memoria. Estás acostumbrado a dibujar deprisa, con los mineros aprendiste que todo depende de unos trazos básicos y definitivos. Mientras tanto los otros estudiantes sombrean despacio, borran y arreglan. Algunos han debido de asistir a clases particulares de dibujo, miden la estatua profesionalmente con el lápiz levantado y transfieren las proporciones al papel. A pesar de todo, te parece que en sus dibujos falta expresividad, no aprietan la punta, no aceleran el trazo. Un miembro del jurado se pasea con curiosidad entre vosotros y de vez en cuando hace un comentario. Terminas antes que los demás, y el hombre se lleva tu dibujo sin darte la oportunidad de arreglar nada.

En cuanto todo acaba, pides una cerveza en la taberna más cercana, que tiene un patio, y después otra, y después ya es de noche y te das cuenta de que no tienes suficiente dinero para pagar una cama porque has pagado al cochero y ahora estás aquí, bebiendo alegremente con unos muniqueses. Cuentas las monedas, pero de todas formas no sabes cuánto costará dormir en el sitio más barato. Pasas al lado del río Isar de noche y después te tumbas debajo de un árbol robusto.

Te ha bastado con salir de casa, y el chico que eras se ha convertido en un hombre que por la noche duerme en la oscuridad de una ciudad extraña, en una cama de hojas, arropado por las estrellas. Por la mañana te despierta el frío, pero te sientes como un hombre nuevo. Orinas sobre lo que te ha servido de almohada, te sacudes unos restos de hierba y vas a lavarte la cara al río.

Por la tarde ya estás sentado en el mismo tren en el que viniste, los cereales se van ensombreciendo y el paisaje se hunde en la oscuridad. Tú también te hundes, te vas quedando dormido a trompicones, pero no consigues perder del todo la consciencia, tienes en ella todo el tiempo una luz parpadeante que te recuerda que ha ocurrido algo importante, sólo que en ese estado de duermevela no recuerdas qué fue.



HACE millones de años las propiedades químicas de la luz permitieron el nacimiento de la vida en este planeta. Y la vida lo transformó hasta darle esta apariencia que conocemos. Los organismos vivos aprendieron a trabajar con la luz de maneras diferentes, aunque existe una que destaca de entre todas: la fotosíntesis. El pigmento verde de la clorofila es capaz de transformar la luz en energía que alimenta la vida de las plantas y, por medio de ellas, también la de los animales y las personas. El material de desecho de la fotosíntesis es el oxígeno, la única llave conocida hacia la vida multicelular. Éste se libera en tales cantidades que inunda el planeta. Sin oxígeno no podríamos respirar ni asimilar los alimentos. La respiración es, sin embargo, el proceso opuesto a la fotosíntesis desde el punto de vista químico, así que la respiración de las plantas y de los animales crea un círculo cerrado, un *perpetuum mobile*, podría decirse; si no fuera por la luz, que es el verdadero motor de todo el proceso. Señores, el aspecto espiritual del asunto se lo dejo a sus reflexiones personales; pero al menos sabemos que, desde el punto de vista natural, todos somos fatalmente dependientes de la luz. Todos somos los descendientes del sol prehistórico y todos, justo en este instante, respiramos luz.

El hombre, de cara redonda y el pelo corto, se ajusta las gafas sobre la base de la nariz y echa un vistazo al grupo de nueve chicos. Después dice: Me llamo Georg Heinrich Emmerich y les doy la bienvenida al Instituto de Investigación de Fotografía. En un viejo libro encontré un grabado en el que un sabio recibía la iluminación a través de unos rayos de luz. Y en verdad la historia está repleta de iluminaciones semejantes, el conocimiento es

inimaginable sin la luz, y la propia luz se ha convertido en su símbolo. Especialmente durante los últimos siglos, hemos aprendido a dominarla y a unirla con el yugo de las grandes gestas científicas. El telescopio y el microscopio han expandido las fronteras de la luz en ambos sentidos y han descubierto dimensiones de la realidad que nadie se atrevía ni siquiera a soñar antes. Nuestro compatriota Wilhelm Rontgen descubrió hace poco unos rayos que atraviesan la materia. Y también, en los campos del arte y el ocio, existen un montón de herramientas y utensilios que utilizan la conjunción de la luz y el ojo humano. Menciono al azar: la linterna mágica, la cámara oscura y la cámara lúcida, los dioramas, el quinescopio, el praxinoscopio o tambor mágico. Señores, podría dar muchos más ejemplos; pero creo que sería inútil, porque no dudo de que se dan cuenta de por qué están aquí: la fotografía no es otra cosa que una manifestación fascinante más de lo que la luz consigue en manos del hombre. Esta vez no hemos extendido el espacio, como con el telescopio o el microscopio, pero hemos detenido el tiempo. Por fin hemos conseguido eternizar la fugacidad de la vida, algo que ya intentaron generaciones enteras de poetas antes que nosotros.

Emmerich mira por la ventana y se suelta el botón de la chaqueta. Sólo tiene treinta y un años, pero ya se le ven las entradas. Cuando se vuelve hacia la clase, una sonrisa imperceptible se dibuja en sus labios. Algunos de ustedes llevan en Múnich pocos días, dice, y tal vez no sepan que aquí existe un barrio bohemio llamado Schwabing; seguro que pronto conocerán las tabernas de la zona. Hace poco fui allí para visitar a un pintor y la casualidad quiso que tuviera de invitado a un conocido suyo, un poeta. Y cuando ese joven se enteró de que soy fotógrafo, me confesó que, al menos una vez en su vida, le gustaría sostener en la mano un rayo de luz y escribir con él, {solamente una vez! No puedo revelarles quién era ese joven; pero le entiendo muy bien. La fotografía tiene su *pathos*, y parte de él se refleja en su nombre, la palabra fotografía se compone de dos términos griegos para definir la luz y la escritura. Se podría decir que, como fotógrafos, escribimos el mundo con luz. Y nuestro fin durante los próximos dos años no será nada menos que enseñarles caligrafía, o si lo prefieren, caligrafía luminosa.

Pero nada más empezar debemos aclarar una cosa... Aclarar, fíjense en que la luz no nos abandona. Al igual que la música y la literatura, tampoco la

fotografía surgió como un arte, sino como una forma de diversión, y sin embargo, a diferencia de la música y la literatura, en general no se la considera un arte hoy en día. Ustedes, empero, se encuentran en una escuela que tiene como fin enseñarles el arte fotográfico. ¿Y cómo podemos enseñarles algo que en principio no existe?

Examinemos el problema de cerca: parece que la primera razón por la que se mira a la fotografía con desprecio es por su carácter técnico y químico. Se cree que las fotografías individuales son copias mecánicas de la realidad, que el proceso fotográfico no deja espacio a una intervención creativa. El poeta francés Charles Baudelaire afirmó que sólo los pintores vagos y sin talento se dedican a la fotografía, porque la fotografía no es capaz de expresar de una forma imaginativa pensamientos elevados y sensaciones y, como mucho, puede ser un modesto ayudante del verdadero arte y de la ciencia, como la imprenta o la estenografía.

Permítanme que les muestre algo. Les enseñaré dos obras que suelen estar colgadas en las paredes de mi despacho. Emmerich agarra una imagen colocada hasta entonces con el cristal contra la mesa y continúa: Ésta es la primera, una reproducción de un conocido retrato de Baudelaire del pintor Émile Deroy. Después levanta la segunda. Y aquí ven también un retrato del poeta, pero efectuado por Étienne Carjat en el famoso estudio fotográfico de Nadar. Les daré tiempo para que contemplen estos dos retratos con atención.

Dejemos aparte ahora, continúa al rato, el hecho de que, en el cuadro de Deroy, los dedos de la mano derecha den la impresión de estar algo agarrotados. Creo que estarán de acuerdo conmigo en que la presencia del poeta en estos dos retratos es más que evidente... El cuadro recoge mejor la visión del pintor, pero, en cuanto a su valor artístico, más bien empeora las cosas: la personalidad del retratado queda relegada a un segundo plano, bajo la capa de color y las pinceladas, como si una subjetividad batallara contra la otra. Baudelaire definió la fotografía como el modesto ayudante del arte y la ciencia; pero la palabra que utilizó tiene otro significado: humilde. Lo recuerdo siempre que miro el retrato de Carjat: es humilde, pero en su simplicidad es a la vez una captura increíblemente poderosa de la personalidad del poeta. Observen esos ojos, como de perro de caza cansado que percibe aún a lo lejos el olor de una presa. ¿Y qué pintor se permitiría pintar unos labios humanos tan rectos que podrían pronunciar incluso la

verdad más indeseada?

Sí, como proceso técnico y químico, la fotografía es un medio y un ayudante, también la palabra se puede usar de diferentes formas; eso lo tiene claro todo el mundo. Hace dos años Max Priester y Willy Wilcke fueron condenados en Alemania por allanar la habitación donde había fallecido, como una ballena en el fondo marino, Otto von Bismarck y realizar unas cuantas fotografías que después intentaron vender a los periódicos. Hubo un gran escándalo y un juicio, las fotografías nunca fueron hechas públicas oficialmente. El mismo año, el fotógrafo italiano Secondo Pia hizo las primeras fotos de la sábana santa de Turín, esas que dieron la vuelta al mundo. El legendario plagio por fin pudo ser admirado por todos. El perplejo Pia, además, constató que la impresión del cuerpo en el lienzo es en realidad un negativo, ya que sólo en el negativo fotográfico real el rostro toma por fin su apariencia humana. Dos hombres muertos, dos fotografías en el mismo año. Les he puesto estos ejemplos para mostrarles que lo que la fotografía es, o deja de ser, cambia según el contexto y las manos en las que cae.

Hoy en día podemos olvidarnos de las múltiples caricaturas y críticas hacia la fotografía aparecidas en los periódicos antes de que la aceptaran. Lo más grave es que nuestros detractores muchas veces vienen de las filas de las artes, como en el caso de Baudelaire. La aversión de muchos pintores hacia la fotografía es de sobra conocida, al igual que esa profecía incumplida de la época en que se inventó, aquella que auguraba que llevaría a la pintura a su extinción.

Pero no ha sucedido tal cosa, y llegados a este punto no puedo resistirme a señalar que la relación de nuestros pintores con la fotografía recuerda muchas veces a la relación entre un hombre honorable con su amante: los pintores, en público, las rechazan, pero en la intimidad no sólo las admiran, sino que se dejan inspirar por ellas, las utilizan en lugar de los bocetos, buscan con su ayuda composiciones o gestos originales; una vez incluso vi a un pintor que, con ayuda de una ampliadora, proyectaba un negativo sobre el lienzo en el que estaba pintando.

Caballeros, esta escuela les ofrece esta consigna: *Ars una, species mille*. Un sólo arte, pero miles de realizaciones. Si no lo entienden, se lo explicaré con una comparación: al igual que una única fuente de luz puede arrojar una infinidad de sombras según el objeto que se coloque ante ella, la intención del

verdadero creador puede manifestarse de infinidad de maneras según los medios que utilice.

No me malinterpreten... No pretendo convencerles de que la fotografía es un arte bajo cualquier circunstancia. No hay nada que me resulte más ajeno que considerar como arte esos duplicados sin alma de la realidad que inundan el mundo. ¿Saben con qué eslogan intenta conquistar el mercado americano George Eastman, el fundador de la empresa Kodak? *You press the button, we do the rest*. «Apriete el botón, nosotros hacemos el resto». Parece que la era de la fotografía inútil, con esas postales que dan a los detractores de la fotografía una cantidad infinita de munición barata, está a punto de empezar.

Caballeros, he comenzado este discurso de bienvenida contándoles que hace cien millones de años las propiedades químicas de la luz hicieron posible la aparición de la vida en este planeta. Pero sólo hace sesenta años que el hombre descubrió cómo aprehender la vida en este planeta gracias a las propiedades químicas de la luz de un modo antes inimaginable. Sólo hace sesenta años que la luz descubrió la posibilidad de grabar su propia creación. De algún modo, se ha cumplido la profecía de nuestro gran filósofo Georg Wilhelm Friedrich Hegel: «A través del hombre, el alma del mundo se conoce a sí misma de una manera nueva».

Sean ustedes unos buenos pastores de la luz.

Múnich durante el cambio de siglo; pocas ciudades europeas tienen tan buena fama. ¡El dedo del anillo de los Nibelungos! ¡La Atenas del Isar! ¡La ciudad de la cerveza y el arte! ¡La ciudad de la gente y la juventud! ¡La ciudad más norteña de Italia! Mientras Berlín gime bajo la dictadura de Guillermo II, en Múnich la historia duerme y espera lánguidamente su destino. Aquí vienen traviosos americanos, melancólicos rusos, refinados franceses, gentes de los Balcanes. ¿Qué estudias? Es la primera pregunta que se escucha mientras se asienta la espuma de la cerveza. ¡Soy pintor! Trabajo para la revista *Simplicissimus*. ¡Voy a ser un fotógrafo famoso! ¿Tú también? ¡Yo también! *Zum Wohl!*

El Instituto de Investigación de Fotografía está situado en un pequeño edificio de la Rennbahnstrasse. Desde allí se oye el chirriar y silbar de los

trenes, que frenan delante de la estación central en su camino hacia el noreste, justo tras la animada calle Bayer, donde pueden comprarse dulces orientales, muebles, puros cubanos e incluso chicas locales. Hacia el sur, tras un minuto de caminata, uno se encuentra en Bavaria Ring, una calle circular con mansiones espectaculares que ribetean el amplio Prado de Teresa. Además de albergar a los estudiantes recién llegados, al principio del curso escolar, allí tiene lugar la Oktoberfest. Thomas Mann apuntó que el típico artista local es además un organizador nato de fiestas y carnavales, y no hay mejor ocasión para convencerse de ello. Sobre el Prado de Teresa se yergue la colosal estatua de Bavaria, que mira con compasión a sus hijos, a quienes les resbala la cerveza por el mentón.

Vienes de una pequeña ciudad de provincias y Múnich, girando y ardiendo, comienza a marearte. Además de los productos corrientes de las ferias hay un puesto de modernismo muniqués y un taller conjunto de arte y artesanía, una especie de cobertizo abombado forrado de caricaturas de la popular revista *Simplicissimus*, conocida como *Simpl*, y un poco más allá te topas con las atrevidas portadas del semanal *Jugend*. Tienes la sensación de que si te acercaras más te detendría un gendarme; pero la gente las ojea libremente, señalan las portadas, se ríen y se llevan las manos a los labios. En una portada, un hombre con una pipa contempla con descaro el generoso escote de una rubia, en otra ves un desnudo tan realista que dudas de si no es una fotografía, y por primera vez se te pasa por la cabeza fotografiar a una mujer desnuda. Pero la portada que más te llama la atención es otra, una en la que una elegante señorita con unas pieles de zorro alrededor del cuello mira hacia arriba con picardía mientras detrás, en el jardín, sonrío un enorme muñeco de nieve con los botones mal abrochados, parece que volviera de una cita; un pecho le asoma por el escote.

Te compras ese número para practicar alemán, *natürlich*.

Pasas junto al puesto y el escenario y te dejas llevar por la multitud. Por todas partes hay algo que mirar. Un cúmulo de cambiantes espectadores rodea a cantantes y actores; sobre unas cajas, un gaitero escocés con un kilt anima al gentío; un ilusionista moreno con un turbante sostiene una jaula pintada de la que asoma una gran serpiente; unas chicas con trajes bávaros giran en círculo con la cabeza hacia el cielo, en el que desaparecen los últimos retazos de luz. No sin razón te invade la sensación de ser un niño de

provincias viendo el mundo por primera vez.

Después de hora y media, la multitud te arrastra en zigzag hasta una mesa de madera a la que están sentados tus nuevos compañeros.

Franz, *komm her!*, te saluda Bruno agitando la mano.

Tienen que apretarse para hacerte sitio. Pero enseguida te levantas y vas a por una jarra. El alcohol libera la lengua de sus calambres. Cuando estás en compañía de mucha gente es como si te hubieran colocado una piedra de molino sobre la lengua; pero la cerveza consigue deshacerla y convertirla en una arenilla amarillenta que se lleva hasta el estómago como si nada.

Coincidimos en el examen, dice Peter. Llegaste tarde, parecía que venías desde Rusia o por ahí.

Soy de Přebram, en Bohemia.

¿De dónde?

Es el culo del mundo. Pero tenemos grandes minas de plata.

¿Y qué más da? Yo también vengo del culo del mundo.

Todos somos de alguna parte, dice Martin, pero ahora estamos aquí.

Brindemos por ello.

¡Yo soy de Füssen!, exclama el sonrosado Friedrich y comienza a cantar.

La conversación salta de un extremo a otro de la mesa, de un tema a otro. Te cuesta seguirles, entender el alemán y todas esas indirectas y dobles sentidos; a veces se te escapa algún chiste y te ríes sin saber de qué, sólo para no desentonar.

A mí me ha gustado, interviene Joachim, cómo Emmerich ha concluido con Hegel. Caballeros, dentro de nada hará sesenta años que murió.

Martin: ¿Tú ya has estudiado algo?

Joachim: Comencé Filosofía en Jena, pero lo dejé.

Tú: ¿Por qué?

Martin: ¿No querrás fotografiar ideas?

Joachim: ¿Ideas? Deberías escuchar a Emmerich con más atención. Su *leit motiv, ars una, species mille*, es una paráfrasis de Platón. Y con su comparación con la fuente de luz y la infinidad de sombras no hizo más que confirmarlo.

Martin: Y de eso... ¿tenemos que sacar alguna conclusión o te limitas a fardar?

Paul: ¿Lo dejáis de una vez? Ya tendremos tiempo de pelearnos...

Bruno (señalando a tres mujeres jóvenes que se apoyan en la barra):
Vaya, vaya...

Peter: ¿Qué pasa con ellas?

Bruno: ¿Qué va a ser? Toca divertirse, ¿no?

Peter: Estoy sin blanca...

Bruno: Eso tiene fácil arreglo... En vez de invitarlas, conseguiremos que posen para las horas de dibujo. Desvestirse ya saben, y estarán más cómodas.

Friedrich: ¡Mierda!, conmigo sí que estarían a gustito...

Christian: ¿Y cómo pretendes lograrlo?

Bruno: Bueno... ahí veo a Eduard Steigerwald, el que nos va a dar dibujo.
Le preguntaré si por casualidad no está buscando modelos.

Paul: No digas tonterías, está claro que son fulanas.

Fritz: ¿De verdad son fulanas?

Friedrich: Pues claro, jovencito, rameras que han salido de caza...

Paul: No quiero saber nada de eso.

Christian: Pues yo sí.

Bruno: Bueno, ¿qué?

Steigerwald (después de que Bruno lo lleve hasta vuestra mesa): Saludos, caballeros. Si quieren un consejo de alguien con más experiencia, prueben la cerveza de ese barril de ahí; pero no se pasen, he oído que mañana a primera hora Hans Sporn quiere enseñarles un truco.

Friedrich: Ya hemos visto demasiados trucos, y por culpa de ellos he perdido una fortuna. Tienen cartas falsas, eso es todo...

Steigerwald: ¡Veo que empiezan a orientarse!

Bruno: Queríamos preguntarle si alguna vez utilizaremos modelos vivos en las clases de dibujo...

Steigerwald: ¡Claro! Pero, ahora, discúlpeme. ¿No lo oyen? Los barriles me llaman...

Bruno: Magia... Yo preferiría que esa chica me enseñara algún número bonito.

Martin: ¿Crees que es una gran maga?

Joachim: Así que ¿de vuelta a las ideas?

Estáis eufóricos y, al rato, vuestro alborozo atrae a las tres chicas con

rouge en los labios y kohl alrededor de los ojos. Se meten a presión entre vosotros y se dejan abrazar por los hombros; de todos modos, no queda otro lugar donde poner los brazos.

La primera: Tú me gustas, a ti te calentaría los pies encantada.

La segunda: Pues a mí me gusta más este otro.

La tercera: Pero qué le vamos a hacer, deben de andar sin blanca.

La segunda: Aunque tal vez podrían encontrar algo para una chica guapa.

Joachim: No tenemos nada en el bolsillo, pero nos queda algo debajo de la gorra...

Martin: Él, debajo de la gorra, y yo, ¡dentro de los pantalones!

La primera: ¿Qué escondes ahí, hermoso? De todas formas, aquél es el más guapo. ¿Por qué no dice nada? ¿Está sordo?

Martin: Sois unas bellezas...

Friedrich: Ay, ay... vaya con las rameritas...

Bruno: Bueno, ¡ya vale Friedrich!

Tú: Tu diadema es muy bonita.

La segunda: Mira, pues sí que habla. Claro que es bonita, chiquillo. Y, además, ésta tiene una cintura tan estrecha que se la podría poner en el ombligo.

La tercera: Nos vamos, ¿no?

Christian: Podríamos hacer una colecta entre todos...

Bruno: No, no os vayáis todavía... ¡Tenemos algo!

La primera: ¿Qué?, ¿grandes planes?

Joachim: Lo que os decía, caballeros, la vida es voluntad y deseo solitario.

Martin: No me digas...

Alargáis la fiesta hasta las tres de la mañana. Por suerte Martin y tú habéis alquilado una habitación no muy lejos de allí, a las afueras de Múnich, en una pequeña casa enfrente de una vía secundaria que termina un poco más allá, en la estación del Sur. Os tambaleáis a través del Prado de Teresa, la noche se balancea de un extremo al otro, las estrellas se desparraman; pero de alguna manera conseguís llegar hasta la cama, ese bote de salvamento mecido por las olas hasta la salida. Justo antes de dormirte recuerdas la diadema con una libélula que llevaba una de las chicas en el pelo. Estás lo suficientemente

bebido para tener muy claro que esa libélula con las alas de nácar era una idea pura de esa chica, una idea limpia y blandita...

Cuando te despiertas, Martin aún duerme en la cama de al lado, tiene la manta medio caída en el suelo, y en la almohada, una mancha húmeda de saliva. Te han despertado sus ronquidos, traga aire como un desagüe los restos de agua, y lo expulsa con una especie de largo eructo. Echas un vistazo a tu alrededor con cuidado, para evitar marearte. Aún no te has acostumbrado. En el cuartucho hay dos camas, un armario tallado y una mesa que ambos compartís. La estufa de hierro de la que sale una tubería ennegrecida que llega a la pared sigue en su esquina. Sobre su cama, Martin ha colocado un cartel de la obra *Lulu* de Wedekind y, encima de la puerta, un pequeño crucifijo de metal. Por lo demás, las burdas paredes pintadas de blanco están desnudas; sólo con el tiempo se llenarán de vuestros dibujos y pinturas.

Despiertas a Martin, os vestís y salís. La Scleichstrasse desemboca justo al sur del Prado de Teresa, cruzáis las vías pardas por una pasarela de hierro y tomáis la majestuosa Bavaria Ring, de la que salen, una tras otra, calles dedicadas a Schubert, Beethoven, Rückert y Uhland, un poco más allá están Haydn y Lessing, y todos ellos atraviesan la honorable Goethestrasse, por la que tintinea el tranvía. Pero esta mañana no te sientes inclinado a admirar a los grandes espíritus, la cabeza te va a estallar tras la celebración. El sol te pica, la luz te hace daño. El Prado de Teresa está lleno de desperdicios, la llovizna de la madrugada ha mojado los confetis y los gallardetes de papel, las lonas de los puestos se secan al sol. Pero al fondo ocurre algo curioso; desde la hierba se eleva un globo aerostático, la tela hasta ahora está arrugada; pero, segundo a segundo, bajo el quemador de llama pálida, se va estirando y crece hacia el cielo.

Os acercáis, te das sombra con la mano y consigues leer las letras arrugadas sobre la lona amarilla: *LEBEN - LICHT - LIEBE*.

Te quedas petrificado, realmente ahí está escrito con letras de un metro: vida, luz, amor. Sólo que en tu idioma eso no suena igual. *Leben, Licht, Liebe*, lo repites varias veces como si fuera una oración.

Y... ¿qué pasa con Lust?, señala Martin. Bueno, vamos.

En la escuela os reunís en el estudio, todos estáis algo cansados tras la noche de ayer, Bruno tiene los ojos legañosos y Peter se duerme de pie. Al poco entra Hans Sporn, es un poco mayor que Emmerich; ya en el examen te percataste de sus ojos inquietos. Lleva un lienzo encerado debajo del brazo y, en la otra mano, unas tijeras y una cinta adhesiva.

Os conduce por una sala alargada hasta unas altas ventanas que dan a la calle, y dice: Tenemos que taparlas. Lo que quiero mostrarles no es para miradas extrañas.

Te acuerdas de que os espera ese truco que os había prometido.

Sporn acerca la mesa a la ventana y desenrolla el lienzo. Joachim y Fritz se suben en ella y siguiendo las instrucciones del profesor tapan el cristal; Sporn pega el lienzo por los bordes con la cinta. Arrastran la mesa hasta las siguientes ventanas y repiten la operación hasta que la habitación se sume en la más completa oscuridad.

Estupendo, dice Sporn, pero todavía alguien podría mirar por debajo de la puerta o por el agujero de la cerradura. Un momento, tengo la llave en el bolsillo. Y el hueco de debajo podemos taparlo con el resto del lienzo...

Se oye un ruido de pisadas, después Sporn mete la llave en la cerradura y desaparecen los últimos vestigios de luz de la habitación. Entonces, haciendo crujir el suelo, se vuelve hacia ellos. Bueno, dice.

Perdón, pero ¿es que nos espera una sesión de espiritismo?, deja caer Martin, dubitativo.

Sssh..., chista Sporn.

Durante un momento sólo se oyen unos pasos y el crujir de la madera.

Tienen razón, debería encender unas velas, se escucha la voz de Sporn, y saca unas velas del bolsillo de la chaqueta y enciende una cerilla que durante un instante le ilumina la cara. ¿Qué sería de una sesión de espiritismo sin velas? Ahora nos toca decidir si preferimos llamar a Louis Daguerre o a William Fox Talbot. Como sabrán, ambos son los inventores de la fotografía, el primero lo hizo como divertimento y el segundo de un modo puramente científico, cada uno siguió un camino diferente. ¿A quién llamamos? Yo recomiendo a Talbot, porque los ingleses en general son más puntuales. Y no teman, estamos a salvo, tengo hasta un cuchillo de plata...

Os miráis confundidos, pero después Sporn da una palmada: ¡Ya basta!

Se acerca con agilidad a la ventana central tapada y con el cuchillo hace un pequeño agujero. Entonces, la pared de enfrente se ilumina y, para asombro de todos, se proyecta en ella una parte de la Rennbahnstrasse invertida. El coche de caballos que en ese momento la atraviesa pasa por la pared como si se paseara por un escenario, los cascos de los caballos avanzan sobre el techo, y al poco desaparece del cuadro.

Das ist ein Wunder, suspira Paul.

Un momento, dice Friedrich, ¿qué truco es éste?

Bruno se acerca a la pared y la observa de cerca, como un visitante en una galería de arte que inspeccionara con esmero la técnica de un cuadro. En ese instante, sale de debajo de su manga un hombre que se coloca al otro lado de la calle y saluda aparatosamente como si fuera un náufrago.

Mi colega Emmerich les saluda, comenta Spörl. Me alegra que les guste el truco, pero, por favor, presten atención. Les doy la bienvenida a la cámara oscura. Ésta es nuestra primera hora de prácticas, y yo diría que no existe mejor lugar. Para aquellos que no atendían en las clases de Latín, cámara oscura significa cámara o habitación oscura. Mi colega Emmerich, que no deja de saludar, enseguida les explicará con todo detalle que el principio con el que funciona ya fue descrito con suma minuciosidad en el siglo XVI; pero, como ven, nada ha cambiado en las leyes ópticas desde entonces: la luz que atraviesa una rendija arroja sobre una pared al otro lado una imagen invertida. Si a nadie se le ha ocurrido todavía, nos encontramos todos dentro de una cámara fotográfica, en la parte principal: la caja estanca con el fuelle de cuero o de tela es el equivalente de esta habitación, a una escala menor. En vez de un agujero en un lienzo, en la cámara hay una lente sencilla o un objetivo compuesto, así que la imagen está mejor enfocada; y, en vez de en una pared, la imagen se forma en una placa.

Por cierto, un amigo mío, biólogo, me enseñó hace poco que hay un molusco de mar muy primitivo, el *Nautilus pompilius*, muy antiguo en la escala de la evolución, cuya visión usa el principio de la cámara oscura. El *Nautilus* carece de ojos; bueno, más exactamente, de lentes. Posee simplemente un agujero en la superficie de la cabeza por el que entra la luz. La naturaleza se apropió de este principio y, si estudiaran la visión de animales más desarrollados, descubrirían que, en el curso de la evolución, ha mejorado increíblemente este diseño, igual que ha hecho el hombre con las

cámaras fotográficas.

Sobrevuelas Múnich muy alto. Te inclinas sobre la cesta de mimbre, debajo se extienden superficies coloreadas, negras, grises, marrones y rojas, como huellas de un sello primitivo que hubiera quedado impreso en la cera caliente de los tejados. El viento empuja despacio el globo ascendente a través del centro de la ciudad, por encima de las torres de ladrillo de la Frauenkirche y después sobre la Ludwigstraße. El río Isar lanza reflejos a lo lejos, como una bailarina con lentejuelas. No tienes ni idea de adonde te lleva el viento ni de cómo vas a aterrizar, pero ese mismo temor hace que el globo ya no se eleve tan deprisa, no necesitas calentar ni lanzar sacos de arena, la embarcación responde a tus movimientos. Eso es porque, en realidad, lo que se lleva el viento es tu cabeza hinchada. Te percatas de la aparición de otros globos aerostáticos, uno, dos... y ya hay decenas y centenas, se elevan desde todas las calles y plazas, y el cielo está repleto de ellos como una pradera llena de flores. Es una visión divina, unos largos cables unen las cabezas humanas con las cestas de mimbre en las que están colocados los cuerpos; los globos tienen en sus telas diferentes palabras y frases, nombres y símbolos que, de un modo misterioso, dirigen el curso de los aeronautas.

Miras a tu alrededor en todas direcciones para examinar bien los rótulos y los símbolos, te rodea una biblioteca volante de citas, profecías y maldiciones, atisbas las letras del alfabeto griego, también los garabatos del alfabeto hebreo, y diversos pictogramas: en uno hay pintada una flecha y en otro un león en una especie de escudo; a decir verdad, es todo un poco confuso. Entonces piensas que no sabes lo que pone en tu globo. Te inclinas sobre el borde de mimbre de la cesta, por poco te caes; pero de pronto comprendes que eso es lo gracioso, que cada uno desde su propia cesta no puede leer el rótulo que lleva, aunque lo intente. No eres el único que quiere saber lo que le ha tocado en suerte. Alguien trepa por la cuerda; otro se sujeta con las manos y, como un acróbata, sube por el borde de la tela e intenta llegar hacia arriba; otro, más ingenioso, saca un palo largo en el que ha puesto un espejo redondo, a modo de sartén. Le gritas las palabras que lleva escritas con letras de un metro a un trepador que navega no muy lejos de ti.

Compruebas que el aire está mudo, no transmite el sonido, uno no escucha ni su propia voz, Franz, Franz, *was ist los?*

Was?

Gritas como un loco.

Pero... ¿qué he dicho?

No sé, yo también estaba durmiendo. Y si me permites, voy a continuar haciéndolo, dice Martin volviéndose hacia la pared.

Con el gorro encasquetado hasta la frente y esos ojos de perro dormilón, fue el primero del círculo artístico que se emborrachó en Schwabing. Vio en persona a la condesa Fanny zu Reventlow, que, como una madre mítica, alimenta a sus pequeños artistas con sus pechos llenos, en cada uno lleva colgados al menos dos de esos mamones. No es sorprendente que Martin se duerma por las mañanas. Sin querer te acuerdas del cuarteto que te regaló por la noche: Mi prepucio Yahvé ya lo masticó / vivo como un judío vive con su napión, / cuando bebo hasta el fondo de la triste botella / tengo que poseer a cada pálida gentil bella.

Te frotas los ojos, la ranura entre la cortina y el marco de la ventana deja pasar un rayo de luz fino y, de momento, raquítrico. Consigues levantarte de la cama, te lavas un poco y, sin más dilación, sales con tus bártulos fotográficos.

Es el final del otoño, una mañana de domingo. Desde el río Isar de color esmeralda, cuyo nombre te suena como el de una diosa antigua, ascienden vedijas de niebla. Llevan pegado el olor de los Alpes, donde nace el río. Una transparente corteza de fina y pálida luz cubre Múnich, las campanadas llaman a misa. Continúas andando por los alargados malecones empedrados hasta el parque inglés, donde esa luz frágil se agarra a las hojas húmedas caídas. Los árboles tienen dos sombras, una blanca se ha quedado allí donde hace un momento se hallaba la sombra real, que ya se ha movido. La escarcha aún se aferra a la hierba en algunos lugares, brilla tanto a contraluz que casi no se ve.

Echas un vistazo buscando el mejor lugar. Te han puesto deberes: una foto sentimental de Múnich. Colocas delante de ti el trapo negro, encuadras, enfocas. Con ayuda de una tabla calculas la exposición para esa mañana de domingo de noviembre. Colocas la plancha con la placa. Levantas la protección. Quitas la tapa del objetivo y aprietas el disparador. De nuevo

colocas la tapa. Pones la protección. Sacas la plancha expuesta y en su lugar pones una pantalla mate. Desmontas la cámara del trípode y lo pliegas.

Se dice que las calles de Múnich son como cuadernos de viajes de los reyes de Baviera. En el parque, a unos cientos de metros de ti, se encuentra Monópteros, una réplica de un templo griego, y una pagoda china, Oriente está de moda, el modernismo lo adora. En el interior de esa construcción de madera de cuatro pisos hay una escalera de caracol por la que subes con tus bártulos hasta las copas de los árboles. Miras hacia esas copas peinadas por el viento en las que vibran las últimas hojas doradas, y observas cómo abajo abren un café, el camarero coloca unas sillas anaranjadas alrededor de las mesas amarillas perfectamente ordenadas, desde ahí arriba parece el diseño de una ropa de verano. Buscas en tu bolsa y atrapas un cristal azul marino que Spörl os dio a principios de curso porque apaga los colores, así uno puede comprobar con facilidad si el revelado hará perder a la imagen su fuerza en blanco y negro. Giras el cristal delante de tus ojos, abajo el camarero coloca los manteles. En unos minutos paralizas esa escena con el disparador. Te percatas de lo bien que te ha sentado salir de la casa paterna.

Aquí en Múnich, fuera de ese tejido que a uno siempre lo envuelve en el lugar donde ha nacido, eres tú mismo. Caminas por calles desconocidas preparado para descubrir un tesoro tras la esquina más cercana, aunque sea solamente un cambio inesperado de luz. Experimentas una consciencia alegre: inventar la propia vida, ser uno mismo, seguir tu camino... Ser serio, ¡pero apasionado! En la escuela ha quedado claro que entre vosotros hay diferencias, y aunque ante otros no lo reconocerías, tú quieres ser auténtico, sea lo que sea. Desde el principio percibes tu desventaja y tratas de superarla, ser un poco mejor que los demás en todo lo que aprendéis juntos. En el sueño que tuviste por la noche, no habrías soportado que en la tela de tu globo hubiera estado escrito algo corriente, por eso te asomaste tanto desde la cesta que a punto estuviste de caerte de la cama y te precipitaste luego hacia la Ludwigstraße.

Tal vez sólo sea una tonta presunción que la escuela de arte te ha metido en la cabeza, en la que ahora te regodeas; pero aquí arriba, en el último piso de la pagoda china, al nivel de las copas de los árboles, y más bien entre aves que entre personas, se está muy bien soñando sobre ello: tener la vida por delante, llegar a ser alguien, lograr el reconocimiento en tu campo, dejar

huella. Un hombre joven se emociona con facilidad. Te inclinas sobre la barandilla para calcular la profundidad, y se te ocurre que también podrían ponerle tu nombre a una calle de Přebram. Durante un instante piensas en cuál, lo mejor sería que le cambiaran el nombre a la calle Pražská.

Un día de principios de diciembre Georg Heinrich Emmerich entra en clase y declara: Los rostros humanos son profundamente distintos. Son diferentes porque la gente difiere por dentro mucho más de lo que cabría esperar. Y a un fotógrafo atento el rostro le dice mucho más de lo que su dueño imagina. Siéntense cuanto antes en una cervecería animada en Schwabing y miren a su alrededor como si vieran rostros humanos por primera vez en su vida. Como fotógrafos de retratos tienen que aprender a leer en los rasgos de la gente como en un libro abierto. Eso quiere decir que tienen que creer en cierta manifestación de la verdad. En nuestra filosofía predomina la creencia de que la verdad siempre se encuentra en lo profundo, o en las alturas o detrás de algo, y es necesario hacer un gran esfuerzo especulador para descubrirla. Yo les aconsejo apropiarse de otro ángulo completamente distinto: usar la capacidad de intuición y de penetración directa. Tienen que encontrar la verdad del hombre en sus innumerables discursos superficiales; no se crean, la gente está desnuda. Con el tiempo entenderán que, en general, la verdad de un hombre particular es más simple y clara de lo que esperarían; el mero esfuerzo continuado de la gente por esconder, retorcer y negar hace aparecer la complejidad del mundo. Y el rostro humano es en este sentido el mejor campo de ejercicio. No escuchen demasiado lo que dice la gente de sí misma. Obsérvenlos, limítense a mirarlos, sin más.

Algunos de ustedes han aprendido con fotógrafos comerciales; así que saben muy bien cómo son los retratos de los viejos tiempos. En ellos no aparecen personas, sino marionetas. En los vestuarios de los estudios los clientes se ponen sus mejores galas y sus mejores caras, esas que no les pertenecen, que se les caen como la pintura agrietada. El desacierto de un enfoque semejante es tan evidente en los últimos tiempos que ya causa rechazo. Especialmente aquí, en Alemania, encontramos ejemplos excelentes de los nuevos retratos. Espero que nombres como Nicola Perscheid, Rudolf

Dührkoop o Hugo Erfurth les resulten familiares... Esta nueva época exige atrapar la personalidad real de una persona, su belleza individual y propia, *immagini del cuore*, como dijo el buen Miguel Ángel, la imagen del corazón. Y eso es lo que vamos a ver ahora con el colega Spörl.

El edificio alargado de la Vieja Pinacoteca parece un arca de Noé construida en los tiempos de los primeros grandes barcos de vapor. Sólo que en lugar de albergar una colección de animales de diferentes especies, las numerosas salas de las dos cubiertas y los camarotes están habitados por los grandes maestros de la pintura.

Es la primera vez que ves cuadros fuera de las paredes de alguna iglesia. Te falta esa naturalidad con la que Joachim dice, delante de *La caída de los condenados* de Rubens: parece una ilustración del Apocalipsis de San Juan...

Al principio sólo percibes las dimensiones del cuadro. Tiene casi tres metros de alto, seguramente para que los condenados, al caer, se golpeen bien la cabeza. Después, tras unos minutos consigues concentrarte en el remolino de figuras desnudas que, como en las minas de Březové Hory, descienden hacia unas profundidades candentes.

Si les ha gustado Rubens, vengan conmigo, propone Emmerich.

Os paráis ante un cuadro del pintor con su mujer. ¿Rubens era algo así como el payaso de la corte?, pregunta Friedrich, que también se ha transformado en algo así como el payaso de la clase.

¿Lo dice por esas medias de color naranja?, sonrío el siempre comprensivo Emmerich. Lo era, a ojos de sus detractores. Tenía un carácter extrovertido y podía permitirse el lujo de ponerse unas medias así. Este cuadro, *Autorretrato con su esposa Isabel Brandt*, es del año 1609, y por entonces ya era un pintor reclamado por todas las cortes italianas importantes. Pero a nosotros nos interesa otra cosa: presten atención en la naturalidad que desprenden Rubens y su mujer así sentados. Se cree que el cuadro fue un regalo de boda para el padre de Isabel, el humanista Juan Brandt, pero no tiene nada de la rigidez de los retratos de boda que hoy en día salen a chorros de los estudios de los fotógrafos comerciales. Sobre todo, no debería escapárseles la plasticidad de la escena. Un historiador del arte les explicaría que es fruto de las prácticas de Rubens en la escuela veneciana, pero para un fotógrafo lo fundamental es comprender de dónde surge dicha plasticidad.

Es el resultado de la perspectiva y la iluminación. Fíjense en esas

diminutas plantas alrededor de las piernas de la pareja, no están ahí porque sí. Y lo mismo sucede con ese arbusto de madreselva de detrás. El juego de la luz se puede apreciar aún mejor en los pliegues de la falda de Isabel. Han de aprender a separar la figura del fondo, para que no parezca que está pegada a él y así crear la ilusión de la profundidad en una superficie. Aunque, por otro lado, no existe ninguna ley que no se pueda infringir, si lo hacen con un fin determinado. Pasemos a Velázquez, dice Emmerich, y lo dice literalmente.

Sporl toma la palabra delante de un cuadro oscuro con un marco dorado brillante: Al recorrer la Vieja Pinacoteca se darán cuenta de que en la mitad de los retratos las manos están agarrotadas. Creo que el único que sabía pintar bien una mano humana era Van Dyck. Pero un retrato no es sólo el rostro, como piensan los diletantes. Las manos son únicas, al igual que los ojos. Los fotógrafos suelen cometer los mismos errores que los pintores, y las manos son un claro ejemplo de ello. O bien dan una impresión poco natural, o sus portadores posan como si no supieran qué hacer con ellas. ¿Saben por qué les estoy hablando de esto delante de este Velázquez?

Sporl se echa atrás y vosotros veis enseguida que las manos del joven del cuadro son sólo esbozos. No sabemos por qué Velázquez dejó el cuadro así, dice Sporl, tal vez no se atrevió a pintar las manos de este joven, tal vez tenga algo que ver con la concepción filosófica de una obra sin terminar.

Pero en este cuadro yo quería mostrarles otra cosa, añade Emmerich con un carraspeo. He comentado antes que es importante separar a una figura del fondo, pero aquí delante tienen otra posibilidad: dejar que una figura, o su rostro, sobresalga del fondo como la luz de la oscuridad. Los maestros de este efecto de claroscuro fueron Caravaggio y Rembrandt, pero este temprano Velázquez —¿sería el rostro del propio autor?— también es digno de atención. Con su interpretación indica que cada rostro es un acontecimiento. ¡Miren cómo está iluminado! Y, además, ¿no es el curso de la luz, el curso natural de la mirada humana?

Sí, también deberían pensar en cómo guiar los ojos del espectador por la fotografía, continúa Sporl. Además de la dirección de la luz, tienen a su disposición las líneas expresivas o la mirada, que obliga al observador a mirar hacia donde mira la figura.

¿Y la mirada directa al objetivo?, preguntas.

Emmerich levanta un dedo: Eso es algo totalmente excepcional. Se dirige

hacia fuera de la imagen, hacia el observador, y lo obliga a mirarse a sí mismo con los ojos del que lo está mirando, al menos ésa es la sensación que tengo yo. En esta galería encontrarán un ejemplo claro en el retrato de Rembrandt Cristo resucitado.

¿Y eso lo dice como cristiano o como conocedor del arte?, pregunta Joachim con precaución.

Una pregunta pertinente, se ríe Emmerich, pero sólo en apariencia.

¿Qué quiere decir?

Encuentren tiempo para pararse ante ese cuadro. Cuando lo hagan, intenten decidir si están delante de Rembrandt, o más bien delante de Cristo. O delante de sí mismos.

Caballeros, deberían adoptar este principio: el fundamento de un retrato es el contrapunto entre los ojos y la boca, insiste Spörl mientras avanzan hacia otro lienzo. Lo verán inmediatamente en el autorretrato de nuestro paisano Albrecht Durer[2].

Esa mañana, Emmerich y Spörl dan la impresión de ser dos chiquillos que compiten por ver quién les cuenta más cosas. Cada uno espera a que el otro termine de hablar, se complementan, a veces hasta discuten un poco delante de vosotros. Recorréis las cubiertas de la Vieja Pinacoteca como ratas de barco, de aquí para allá durante tres horas, te duelen los pies y la cabeza te va a estallar; pero aunque la visita comentada llega a su fin, te quedas. Vagabundeas por las largas salas y las columnatas de los lados de un lienzo a otro y en tu paseo realizas unos cuantos descubrimientos sin importancia: en el enorme cuadro de un tal Hubert Robert distingues una minúscula cometa enganchada en las ramas de unos árboles que casi nadie advierte, y en uno de Rubens un Amor que tiene las alas pintadas con los colores nacionales checos. De un arquero semejante estarían orgullosos los deportistas de Přebíram, pero ahora no tienes ganas de un enfrentamiento con los alemanes, como decían; ahora precisamente son los alemanes los que te enseñan qué es el pensamiento y la cultura.

Y después te detienes frente al cuadro de Rembrandt *Cristo resucitado*.

Caballeros, hoy vamos a dibujar a una modelo viva, dice Eduard Steigerwald.

Vuestra atención se dirige a ella de inmediato.

En la parte posterior del estudio cruje el suelo y una sombra inquietante danza en la cortina clara.

Steigerwald se dirige hacia allí y pregunta: ¿Está preparada?

Se quedará toda la mañana aquí, le voy a presentar a mis estudiantes, continúa Steigerwald con la chica ya a su lado.

Pero no hace falta que os presente a la chica, todos la recordáis de la Oktoberfest. Hasta tenéis una prueba, el cuerpo del delito: lleva en el cabello una diadema de la libélula con las alas de nácar. El albornoz de satén deja ver sus tobillos. Las miradas saltan de Eleonora a Bruno y al revés. Éste se divierte ostensiblemente, devuelve las miradas entre enigmático y malicioso, y se encoge de hombros.

¿Ocurre algo?, pregunta Steigerwald.

Así que Eleonora. En tu imaginación le habías puesto otro nombre, pero en lo demás no te habías equivocado. Tiene una atractiva ambigüedad, como la que se encuentra en los retratos prerrafaelitas. Cuando mira hacia las cortinas del techo, desde donde le cae la luz natural, da la impresión de ser frágil y ensoñadora. Pero cuando mira al frente, le brilla en los ojos esa sensualidad que en ningún momento abandona sus labios. Podría ser una arpista, pellizcando las cuerdas doradas, si no tardara un instante en transformarse en una arpía. Su cuerpo blanco y magro, de belleza antigua, como lo habías imaginado, parece hecho de una única pieza. Deberías dibujarla de un sólo trazo ininterrumpido, una línea que se ensanchara y se estrechara como el cuerpo de una vasija. Deberías llevar el trazo con suavidad, como suaves son sus brazos, con los dedos entrelazados en la nuca, y a la vez querrías apretar bien el lápiz sobre el papel hasta romper la mina.

Estás excitado, no consigues llevar al papel nada de la manera en que te gustaría. Eleonora cambia de postura, una y otra vez. Cuando pasea los ojos entre vosotros, la expresión de su pálida cara no revela nada. Trabajas más con la goma que con el lápiz y te preguntas cómo vas a dibujar esos senos sin conocer su peso ni su elasticidad. Y, además, ¿su presencia allí quiere decir que a Bruno le salió bien su plan de comprar a Eleonora a cambio de concertar unas horas como modelo en sus clases de dibujo? Mierda. Haces un trazo tan brusco que rasgas el papel con la punta, y te vas al excusado sin poder contener tu ira. En la puerta compruebas que los ojos de ella no te

siguen.

Abres una pequeña ventana y miras hacia el patio donde descubres a un anciano que recoge la nieve caída de los tejados. Tiene un rastrillo largo con el que se pelea de lo lindo, y cuando lo levanta sobre su cabeza, la imagen da una impresión bastante grotesca.

Cuando regresas a la clase Bruno te mira de reojo. Los demás están a lo suyo, trabajan concentrados, Steigerwald se pasea por el aula. Arrugas el dibujo rasgado y coges otro papel. Intentas mirarla de una forma neutral, como a un objeto estético, un conjunto de formas que es preciso plasmar en el papel. Lo consigues siempre que aíslas partes de su cuerpo de todo el conjunto. Después se te olvida, levantas la vista y de nuevo es ella.

La clase termina, Bruno desaparece y tú vuelves a toda prisa a la copiadora, donde la luz trabaja con tus placas. Ayer por la tarde aún estabas preparando el papel de carbón en un baño de cromo con amoníaco picante para poder sujetarlo esta mañana en los marcos de hacer copias y ponerlo al sol. Ahora tienes que meter en el agua el papel de copiar, tienes que concentrarte en lo que tienes entre los dedos, pero te tiemblan. Te parece humillante perder así el control de tu cuerpo.

Sólo después de comer tienes la oportunidad de lanzarte sobre Bruno.

Fritz: *Also?*

Friedrich: ¡No me creo ni una palabra!

Bruno: ¿Acaso he dicho yo algo?

Joachim: No, pero te comportas como una esfinge que conociera todos los secretos del mundo.

Bruno: A eso en Inglaterra lo llaman *poker face*.

Friedrich: Bueno, deja ya de tenernos en vilo, ¿has tenido algo que ver?

Bruno (oliéndose los dedos de la mano derecha): Es difícil de decir, todo en este mundo deja su rastro antes o después.

No conseguís que diga nada más, todo ese interrogatorio es para Bruno una agradable oportunidad para utilizar su ingenio contra una bandada de mendigos. Finalmente, con ayuda de Martin, cada uno lo sujeta de una extremidad mientras tú le retuerces los dedos: Bueno, habla.

Se libera irritado. Preguntadle a ella. Un *gentleman* no habla de esas cosas.

Ya se lo dije, señores, la vida es voluntad y deseo solitario, proclama Joachim.

La discusión continúa, al borde del Prado de Teresa comienza una guerra de bolas de nieve. Empieza de una manera inocente, de broma, con arcos que bombardean a Bruno desde lo alto, pero los proyectiles de trayectoria recta cada vez atraviesan el aire más deprisa, hasta que Bruno empieza a zigzaguear como una liebre y vosotros vais detrás como una jauría de perros de presa. Entonces, en un momento dado, se vuelve con mala cara para negociar una tregua y una bola le acierta justo entre los ojos. Bruno os mira enfadado. Está claro que el juego ha terminado. Se dirige hacia ti, puesto que ha dado por sentado que has sido tú el que le ha dado, aunque no sea verdad. Según se acerca a ti, vuelan hacia él más proyectiles; pero Bruno no se da cuenta, tiene un fin claro, los hombros se le agitan cada vez que su pesado cuerpo resbala en la nieve. Llega hasta donde estás, levanta los brazos y después te abraza amistosamente.

Franz, vaya puntería; pero la próxima vez apunta peor, o me enfadaré de verdad.

Lust, Eleonora es un pedazo de mujer candente. Empieza a jugar contigo, como ese rastrillo largo jugaba con el vetusto abuelete, que se bamboleaba de un lado a otro hasta que consiguió colocarlo en el lugar correcto del tejado y echarse encima el montón de nieve. Has pensado muchas veces en pagar a una puta para librarte al menos de las ideas calenturientas con una estúpida experiencia. Una vez fuiste de verdad en busca de una con los marcos contados en el bolsillo; pero en el último momento algo te detuvo, tal vez la cobardía o una especie de rechazo que, como una gran goma, borró toda la excitación.

Hace ya unos cuantos años que te arrastraste por el bosque hasta el barranco; aunque la escena que viste allí no ha palidecido en tu memoria. Al contrario, ha crecido y ha aumentado con otras fantasías y deseos. Empezó con la maniobra encubridora un poco pueril de las casetas de tiro de la feria y continuó con el sueño que tuviste la noche siguiente. La chica semidesnuda pasó a ser una condenada, los que se masturbaban unos tiradores, y la muerta cobró vida. Sólo hace poco, tras una conversación con Joachim, te atreviste a pensar qué podría significar aquel sueño. Los dos primeros cambios eran evidentes, pero ¿la resurrección de la chica y su metamorfosis en un ser

radiante que invitaba a sus verdugos a tragarse las balas sacadas de su cuerpo y a beberse su sangre?

Con el paso del tiempo se multiplicó. En otro sueño, el barranco se llenó de gente, como en la inauguración de una exposición, todos se inclinaban ante las figuras blancas del centro, en cierto momento los hombres sacaron unos pañuelos con unas iniciales bordadas y los pusieron a sus pies. Ése fue uno de más agradables. Otra vez te encontraste el barranco lleno hasta el borde de hojas putrefactas. De alguna parte llegaba el débil quejido de una chica. Comenzaste a revolver las hojas para salvarla, las apartabas como un perro rabioso en busca de un hueso; pero el resultado fue sorprendente: en vez de encontrarla, te enterraste a ti mismo.

En cierto momento, la desnuda Eleonora de hoy ha cruzado las manos tras la nuca y el barranco la ha arrastrado hasta su centro. Está allí, y no te puedes resistir. Pero las reglas están muy claras: tienes que ganar esa estúpida competición. Después podrás adorarla como es debido.

Por Navidad os vais todos a casa.

La abuela está a punto de morir en su cama.

Tu padre está nervioso y nadie sabe por qué.

Tienes que contárnoslo todo, dice Ema. Les enseñas algunas fotografías pequeñas que aprecian dubitativos. En la calle te encuentras a Mattas, que te pregunta por el proceso creativo, por la impresión en carbón y en goma bicromatada, con la única intención de comentar luego que esas tonterías son del todo innecesarias.

Hynek se va a licenciar y evitas a Eva.

Finalmente, el 2 de febrero de 1902, puedes irte; Ema y tu madre van a despedirte y en la estación se hacen cada vez más pequeñas. Miras pensativo por la ventanilla del tren; bajo la capa de nieve, sólo queda el esqueleto del paisaje, los troncos de los árboles, las verjas y los corrales. En las curvas avistas la máquina de vapor jadeante con su escarapela de humo, el símbolo real del fuego que crepita en las entrañas del dragón metálico, ese que los fogoneros alimentan con paletadas de carbón. Cuando el tren, tras muchas horas, frena quejumbroso en la estación de Linz, te topas en el andén con

Martin, que arrastra una gran maleta.

Ni habéis salido siquiera de la ciudad y ya te enseña el objetivo nuevo que le han regalado por Navidad.

Creía que los judíos no celebraban la Navidad, y reclamas su regalo. En realidad, soy levita sólo por el lado paterno, te explica, y te pasa el objetivo para que lo mires. Me lo ha regalado mi abuelo.

Los míos ya han fallecido, dices.

Pues estamos igual.

¿No has dicho que era un regalo de tu abuelo?

Sí, pero en realidad lo he heredado de mi abuelo, puntualiza.

¿Tu abuelo se ganaba la vida como fotógrafo?

No se ganaba la vida, dice, vivía para la fotografía.

Nunca me has hablado de él...

No es posible. El abuelo Albert era un gran orientalista. ¿Quieres que te hable de él?

Es evidente que a Martin le gustaría contarte su historia, así que asientes con la cabeza. De todas formas, tenéis un largo viaje por delante. Te acomodas en el asiento y él empieza:

Albert tenía desde pequeño un único sueño: viajar. Se casó con la abuela Julie; en el menor tiempo posible engendró tres niños, le ayudó el que las primeras fueran gemelas, por desgracia chicas, pero en cuanto nació el primer varón levó anclas. Eso fue entre 1850 y 1860. Albert siempre fue un emprendedor, comprendía que Europa ansiaba cosas exóticas, pero a la vez era demasiado perezosa para mover el culo por conseguir las. Albert confiaba en ello cuando cerró varios acuerdos preliminares con algunas editoriales, preparó su petate y se largó al Este. Envió algunas cartas desde Palestina, donde tomó instantáneas del Mar Muerto, pero parece que no se quedó en Tierra Santa más de un año. El Mar Rojo debió de abrirsele como a Moisés; ya que cuando volvió a dar señales de vida estaba en El Cairo.

Fue uno de los primeros en fotografiar la pirámide de Keops, o el templo de Horus; conservamos algunas de esas fotografías en casa. Albert hizo bastante dinero con ellas.

Podía haber regresado junto a su familia, pero qué va... En una carta escribió que iba a fotografiar a los mahometanos, en otra anunciaba

entusiasmado que era el huésped de un jeque que tenía veinte esposas y quería aprender el oficio de la fotografía, en la tercera sólo informaba escuetamente de que estaba vivo, aunque por casualidad, porque los mahometanos son una manada de perros rabiosos.

Después apareció inesperadamente en la India. La abuela tuvo que conseguir un mapa del mundo para saber más o menos por dónde andaba su marido.

Avanzaba como el Ejército de Alejandro, pero seguía una lógica: el Oriente en los años sesenta estaba inundado de fotógrafos, y si él quería estar en la cresta de la ola tenía que ir más allá. ¿Queréis un jeque? Pues ahí lo tenéis. ¿Ya no os divierten los jeques? ¡Pues aquí va un maharajá! ¿O mejor una bailarina? Después de quince años de etnografía oriental se cansó y, cierto día, cerca de Siam, algo afectado por el insoportable calor, decidió que era hora de probar algo nuevo. Recordó que provenía de los Alpes, y que en realidad era un montañés, y decidió que le mostraría a Europa el Himalaya en toda su gloria.

Franz, espero que hayas comprendido que el abuelo Albert estaba completamente loco.

Pero tú también... Te paseas de noche por la habitación y no te enteras.

Está bien que lo menciones, te dice Martin palmeándote la rodilla. Tienes suerte de no vivir con él, porque yo sólo soy un ligero caminante lunático, pero el abuelo Albert... ¡Ése sí que era un verdadero sonámbulo! Nunca quiso creer que en mitad de la noche era capaz de entrar en otras habitaciones o que le entraban unas ganas irreprimibles de comentar con los chinos el sacrificio de Isaac, sobre todo cuando no había judíos en la misión; pero lo cierto es que el propietario del hotel favorito del abuelo en Shanghái tenía siempre preparada para él una habitación con pestillo por fuera. Era en la época de las placas de colodión húmedo, amigo... Entonces uno tenía que llevar todo el equipo encima: las planchas, el papel, las disoluciones, el trípode, la cámara y el paño negro de tres por tres metros con el que se improvisaba sobre el terreno una cámara oscura.

Con semejante cantidad de material sólo podía añadir a su equipaje unos calzoncillos, la navaja de afeitar y una fotografía de la abuela. Cuando tenía un carro con un caballo, incluía además sendas copias del Antiguo Testamento y del código de Maimónides; pero si le tocaba cargar todo a la

espalda, dejaba que sus antepasados se pasaran una temporada sin él. No, no era fácil. Cuando se quedaba sin reservas de papel de albúmina tenía que fabricárselo encima de las rodillas, a la antigua usanza, con claras de huevo. Y, cuando no había gallinas a mano, se hacía con los huevos como podía. Espantó de sus nidos a patos, urogallos y quién sabe qué otras aves. En un reino hindú se convirtió en el terror de las pajareras de palacio. Su colección de fotografías se podría catalogar muy bien siguiendo un criterio ornitológico, según la pátina que les daba a sus imágenes la clara de los huevos de los diferentes pájaros.

Así que tenía muchas cosas que llevar al Himalaya, se arrastraba como un caracol. Primero probó unos caballos asiáticos, después descubrió a los yaks, mucho más resistentes; pero al final no le quedó otra que arreglárselas solo. Estuvo vagando varias semanas por valles perdidos para conseguir panoramas nunca vistos, nieves deslumbrantes y nubes reflejándose en los lagos, hasta que en el camino de regreso, cierto día que había atado mal el equipaje, éste se soltó y no pudo más que observar cómo la caja de los negativos de cristal se despeñaba por un precipicio de cien metros. La firmeza de espíritu de Albert se confirma en el hecho de que, mientras bajaba a por su equipaje, se le ocurrió el título del álbum: *Retazos del Himalaya*. Pegó cuidadosamente los negativos, a veces colocó varias imágenes juntas, por diversión, inventando así el *fotocollage*, retocó las juntas de los negativos... Aquella fue su colección más famosa, y le hizo ganar una fortuna, aunque según los expertos las montañas del Himalaya son irreconocibles.

Seguro que crees, Franz, que al final volvió a casa. Pues no. Albert se asentó permanentemente en Hong-Kong, ya que no podía ir más al Este. Abrió un estudio y allí falleció este verano a causa de una enfermedad oriental que en alemán no tiene nombre. Es asombroso que durante todo ese tiempo no dejara de escribir cartas, pero es aún más asombroso que la abuela siguiera contestándole, como si tuviera a su novio en el ejército, al otro lado del monte. En la última le comunicó emocionada que me había decidido a seguir sus pasos, esperaba que no literalmente, añadió, y por eso debió de dejarme como legado este objetivo. Nunca vi a mi abuelo Albert más que en fotos, pero el barco británico *Victoria* me trajo su herencia hasta Europa, y llegó a Linz justo antes de las fiestas.

Es un objetivo que ha visto casi tanto como mis ojos, escribió mi abuelo en su testamento, y mis ojos... ¡Mis ojos han visto el mundo!

De nuevo coges el objetivo. Martin te lo tiende como si fuera un tesoro de familia, y tú también lo contemplas de forma diferente ahora.

Franz, este objetivo ha vivido más que lo que vamos a vivir tú y yo juntos.

Pero entonces te das cuenta de que tiene el nombre Voigtländer medio borrado, y entre las cifras que están justo en la rosca descifras el número de serie del año 1899.

Se lo enseñas a Martin. Se queda pensativo y después dice: Franz, ¡no me digas que te lo habías tragado...! ¡Nadie puede fotografiar La Meca! Y encima, un judío, venga, no puedes ser tan bobo...

¿La Meca? ¡De La Meca no has hablado!

¿No? Bueno..., vacila. Mira, el viaje es muy largo y estabas aburrido como una seta...

¡Mentiroso! Tu abuelo no fue ningún viajero, ¿verdad?

Franz... Una vez viajó hasta Salzburgo. Pero te voy a confesar algo: Fanny zu Reventlow me pidió que escribiera algo para ella. Dime con sinceridad, ¿te ha gustado? ¿Debería desarrollar más el tema del sonambulismo? Por ejemplo, incluir que Albert, bajo el influjo de la luna llena, deshonró y mató a una joven geisha que encontraron una luna después, y que para entonces de su cara no quedaban más que los afeites. Con eso se podría hacer dinero, a la gente le encanta esta basura, sólo hay que mezclar esperma, sangre y lágrimas. Amigo, te tengo que contar algo más de Fanny, pero prométeme que me guardarás el secreto...

En las tabernas de Múnich no hay diferencias de clase, y en Schwabing se nota especialmente. Todos los que beben cerveza son iguales, medidos en cervezas. A finales de la Primera Guerra Mundial resucitarán esta idea los escritores Ernst Toller y Erich Mühsam, cuando inesperadamente llegan al poder y fundan la república de los anarquistas de los cafés. En menos de una semana los comunistas les arrebatarán el poder, y a éstos, las unidades Freikorps. Nadie sabe nada ahora de la Primera Guerra Mundial. Todos esos

hombres que dentro de diez años serán llamados a filas, que dejarán mujer e hijos para repartir por el campo de batalla partes de sus cuerpos y trozos de su conciencia, o incluso la vida, esta noche sostienen el asa de una jarra y se divierten ruidosamente. Del techo ambarino con adornos verdes cuelgan lámparas con campanillas que iluminan sus cabezas, sus hombros y las mesas sobre las que tienen colocadas las manos, los cigarrillos y los periódicos. A comienzos del siglo XX todo está en perfecto orden, excepto por unas pequeñas controversias que encrespan las conversaciones. Una camarera gorda flota entre las mesas como una boya en el mar y vigila para saber adónde llevar la siguiente ronda.

En una mesa está sentado el grupo del poeta Stefan George, con ellos se encuentra el dramaturgo Frank Wedekind, y algo más tarde se les une Lou Andreas-Salomé, la novia de Friedrich Nietzsche y con el tiempo alumna de Sigmund Freud. Martin no les quita ojo, Lou está contando una enrevesada historia en la que los protagonistas son Rainer Maria Rilke y un hombrecillo ruso borracho que le obliga a hacer malabares con botellas de vodka.

A veces viene incluso Thomas Mann, dice Martin, al que últimamente le interesa más la literatura que la fotografía.

Pero no vamos a hablar de libros, ¿verdad?, corta el tema Bruno nada más comenzar.

¿Y por qué no?

Porque Bruno no lee nada, intervienes.

Tal vez no sabe leer, dice el rubicundo Friedrich echando leña al fuego y riéndose como si hubiera contado el mejor chiste del mundo.

Si no supiera leer, no lo echaría de menos.

¿Habéis leído el último poemario de George?, insiste Martin, y enseguida se pone a recitar para que el propio George pueda escucharlo:

*Qué bella te soñé, mujer velada
de suave encanto, que en cualquier jornada
alentarías la fe en un paraíso
más allá de las casas y montañas.[3]*

Es bueno, reconoce Bruno, y le manda al poeta un puro en una bandeja de plata. Mi hermano me regaló por Navidad una caja entera, explica.

Mira, Bruno, señala Paul.

En la puerta está Eleonora con otra chica, mirando hacia la sala grande. Pasan entre las mesas, Eleonora llega hasta ti y pregunta: ¿Puedo sentarme?

Bruno te empuja: Venga, Franz, muévete un poco... ¿No ves que ha llegado mi chica guapa?

Eleonora le da un beso y su amiga también se sienta entre vosotros. No son las únicas mujeres que os acompañan, también Christian y Fritz han traído a sus amigas, que a cada momento se besuquean como si necesitaran limpiarse el plancton de la piel. La camarera con forma de boya sirve dos jarras a las recién llegadas, ni siquiera les pregunta qué quieren. Una extraña magia hace que aquí todos encajen enseguida, como pájaros que se incorporan a una bandada.

Bueno, ¿qué tal?, le anima Bruno.

Navidad... menuda cosa, dice la amiga de Eleonora exhalando una nubecilla de humo. Con la que se monta en mi casa, es para cagarse encima.

La presencia de Eleonora no sorprende a nadie. Bruno tiene el brazo alrededor de sus estrechos hombros y se hablan en voz baja con naturalidad, ella inclina la cabeza y se ríe ruidosamente, como si se tragara sus groseras ternuras. Algo se te ha pasado por alto, está claro, y parece que esta noche vas a tener motivos para sentirte celoso, ese animal del desierto con un olfato excepcional está estirando el cuello dentro de ti. Ni siquiera la amiga de Eleonora está de más, ya se la ha apropiado Joachim, que lanza sobre ella sus ideas sobre la vida y el arte. En vez de responder, ella da una calada a su cigarrillo y le echa el humo a la cara, seguramente para que sus opiniones se le ahúmen como es debido. Están al otro lado de la mesa, pero te da la impresión de que se inclinan el uno sobre el otro como si no fuera la primera vez que hablan. Christian y Fritz achuchan a sus amigas, están quedando para ir a patinar el domingo en el lago helado del parque inglés. Martin habla con Peter, trata de convencerle para cambiar de local, porque dos calles más allá está Fanny con su grupito, y tal vez se puedan de nuevo unir al amamantamiento de jóvenes artistas.

Sacas un cigarrillo lo más despacio que puedes. ¿Y cómo han ido tus Navidades, Eleonora?

Ella se ríe y responde: Querido mío, mis Navidades han sido muy bonitas. Después de tres años, las he pasado en casa. Estoy poniendo en orden mi

vida...

¿Sí?

Sí, lo intento, pero ya sabes, una vez que has metido la pata no es fácil...

¿De dónde eres?

Soy de Dresde. Qué lejos, ¿eh? También me costó bastante llegar hasta aquí. Pero en Múnich hay mucho de todo, hasta putas como yo... Los artistas son peores amantes que los oficiales de Berlín, pero por otro lado no hay que lamerles los galones, porque no tienen... Aunque, desde que he conocido a Bruno, he tenido que revisar mis opiniones. Bueno, y no es que Bruno tenga galones... Le muerde la oreja.

¿Así que este año has vuelto a casa después de mucho tiempo?, dices con impaciencia.

Pues sí, de eso había empezado a hablar, sí que estás atento, Franz. Un día, a principios de diciembre, paseaba por el Viktualienmarkt y vi todas esas coronas de Adviento y especias aromáticas y cuadritos de santos, y eché de menos mi casa como una gata abandonada. Mi mamá siempre lo adornaba todo y lo preparaba... Me compré algunas cosas, para al menos adornar un poco mi pequeña habitación con lavabo, ¿verdad, Brunito? Pero después me di cuenta de que no era suficiente, que quería ver a mi mamá, a mis hermanas y todo eso... Y os tengo que decir una cosa, mi mamá cocina el mejor pescado del mundo, nadie lo hace mejor.

Un viejo que está sentado en una pequeña mesa en un rincón saca un violín y se pone a tocar. No acalla el ruido de las conversaciones de la taberna, pero no le importa, toca para sí mismo. Coges tu jarra y vas a sentarte con él. Te sonrío con sus fríos ojos y sisea algo incomprensible. Después se coloca el violín otra vez en el hombro y hace vibrar las cuerdas, el violín está tremendamente desafinado.

La noche es larga y no parece ir a ninguna parte. Joachim, al que la amiga de Eleonora dejó plantado después de un rato, repite varias veces que la vida es voluntad y deseo solitario. Yo, si me convirtiera en el emperador de Alemania, añade, lo primero que ordenaría a todo el mundo es que dejara de desear. ¡Ahora mismo! ¿Sabes por qué, Franz?, ¿sabes por qué?

Pues no tengo ni idea, contesta Martin.

Ah, tú no lo sabes..., dice Joachim volviéndose hacia él con ojos de borracho. Pues te lo voy a explicar, judío. Porque el deseo te encadena a algo

que no existe.

Después, sin venir a cuento, se sube a la mesa, levanta el brazo hacia la lámpara y con un golpe la hace girar lanzando miles de destellos. Los últimos clientes le miran con interés, y Joachim dice: Cuando deseas algo estás encadenado a la piedra de Prometeo, eres esa piedra, eres Prometeo y eres también esa jodida águila que todos los días vuela y te picotea el hígado... para que sepas que nunca más tienes que tocar el fuego, ¿está claro?, ¿está claro?, repite amenazadoramente. *Ist es klar?*

Ja, es ist klar, asiente el violinista con la cabeza.

Bravo, deja caer Stefan George, realmente estupendo, la próxima vez debería venir a beber a mi mesa, amigo.

Joachim se baja tambaleante de la mesa y añade: Prometeo robó el fuego a los dioses y el fuego es el deseo... Es lógico que sufra más que Cristo, que se limitó a traerles a los hombres la esperanza.

La óptica es la ciencia de la luz, así inaugura la primera hora del nuevo semestre el señor Rudolph Steinheil. La casualidad hace que, según camina por el aula, la luz baile inquieta por sus cabellos blancos. El viejo profesor coloca la chaqueta sobre el respaldo de la silla, se suelta los botones de los puños de la camisa blanca, sobre la que lleva un chaleco de lana, y después extiende los brazos como un presentador de cabaret anunciando el número estrella.

Dios comenzó a crear el mundo ordenando a la luz que existiera. ¡Hágase la luz! Quizás ustedes piensen que nada de lo que sigue en la Biblia tiene sentido; pero el instante de creación de la luz es algo que responde a las leyes de la física actual. ¡Al comienzo fue la luz! Aunque para nosotros es muy difícil de imaginar, parece ser que la luz estuvo aquí antes que todo el universo, y tal vez antes que el espacio y el tiempo. Al comienzo fue la luz; así que, mis queridos jovencitos, no hay que extrañarse de que justamente la luz tenga la llave de los mayores secretos del universo.

La gente, desde hace varios milenios, desea comprender su esencia. ¿Qué es en realidad la luz? Esta espinosa pregunta, desde luego, no la pudieron pasar por alto aquellos que formularon la mayoría de las preguntas espinosas:

los antiguos griegos, que literalmente vivieron inundados de luz, tenían sin embargo una idea muy equivocada de ella. Empédocles creía que los rayos de luz se dirigían a nuestros ojos, desde donde se reflejaban hacia las cosas que vemos. Consideraba que el ojo era una especie de reflector que iluminaba el mundo a su alrededor. Y es al contrario, como descubrieron los sabios árabes en el siglo X. Parece que fue Al Hasan el primero que entendió que la luz no sólo es reflejada por los espejos y otras superficies brillantes, sino por todos los objetos, y que su reflejo está sujeto a la ley general de la reflexión. Bien, así es como se suele comportar la luz, pero ¿qué es la luz?

Steinheil se escarba en el pelo. Ja, ja, os voy a enseñar cómo fabricó un arco iris el monje Roger Bacon. Se aleja durante un momento, y cuando regresa, su rostro parece el de un hámster. Se coloca junto a la ventana y, para regocijo de todos, expulsa un chorro de agua. Se seca la boca con cuidado con un pañuelo y dice: No es de extrañar que sus hermanos de la orden lo tomaran por loco, ¿verdad? No sé si habrán tenido tiempo de ver el arco iris, pero Bacon consiguió demostrar su teoría, y por eso lo mandaron a las mazmorras. Tenían sus razones: desde la época del diluvio el arco iris era un símbolo sobrenatural de la unión de Dios con el hombre, y que un loco consiguiera fabricar uno a voluntad solamente escupiendo agua, y lo que es peor, cualquiera podía repetirlo, era un poco blasfemo, ¿no creen? Sin embargo, Bacon era un monje franciscano, un hombre creyente, y por supuesto no suponía algo tan moderno como que Dios estuviera tomándole el pelo al hombre.

Pero, jovencitos, ¿de dónde salen los colores de la luz? ¿Están en las gotitas de agua? ¿O los tenía Bacon guardados en la boca? La cuestión del color atraía la atención de los sabios de la época, que acabaron enfrentados en cuanto a la explicación de su origen. René Descartes estaba tan obsesionado con ese asunto que durante una temporada se dedicó a diseccionar ojos de buey dondequiera que fuera. Como buen mecanicista, creía que el secreto de los colores se encontraba en el globo ocular.

Averiguó que el ojo funciona como una lente y que, en la retina, la imagen está invertida, al igual que la imagen en una cámara oscura; pero en cuanto a los colores, no encontró nada en el ojo de un buey. Descartes era un francés católico, así que no podemos extrañarnos de que encontrara a un seguidor, y sobre todo a un enemigo feroz, en el inglés y protestante Isaac

Newton. Sir Newton, fascinado por la luz igual que Descartes, también investigó el ojo; pero, en vez de estudiar el ojo de un buey, en un alarde de consideración, dio prioridad al estudio del suyo propio.

Estaba tan obsesionado con la luz que no dudó en poner en peligro su vista para averiguar cómo se producían los colores: se introdujo una larga aguja de madera entre el ojo y el hueso del cráneo; ya que con esa desviación conseguía ver el mismo desfile de colores que ofrecía el arco iris. Después se pasó sabiamente a las lentes de vidrio y a los prismas. A estas alturas ustedes ya sabrán que consiguió descomponer la luz blanca en un espectro de colores, en realidad él inventó la palabra «espectro». Fue un gran logro; aunque si piensan en ello, aún seguía existiendo la posibilidad de que fuera el prisma el que creara los colores al pasar la luz a través de él. Por eso Newton continuó con sus experimentos: como un cirujano, separó sólo la luz roja, y la dejó pasar por otro prisma. Y el rayo de luz roja que salió de ese prisma es la primera respuesta científica a la pregunta de qué es la luz: una suma de colores.

Se te ocurre algo: ¿Así que la luz blanca es como un acorde formado por tonos de colores?

Franz, ¡acaba de dar en el clavo! Pero, escuchen: Mientras Descartes y Newton investigaban la esencia de la luz, otras cabezas pensantes se dedicaron a que también tuviera alguna utilidad. Si al siglo pasado podemos llamarlo el siglo del vapor, el siglo XVII puede ser proclamado el siglo de las lentes. Cuando en una noche de agosto estén con su amada bajo el cielo estrellado, compartan juntos el maravilloso hallazgo de Galileo Galilei, que apuntó por primera vez con un catalejo a los cielos desde los tejados venecianos y observó diez, cien veces más estrellas que cualquier mortal antes que él. ¡Habría que escribir sobre esas cosas! ¡Y qué se le pasaría por la cabeza a Robert Hook!, que le dio la vuelta al asunto y colocó bajo un microscopio una hoja, una mano o una gota de agua y descubrió así el tejido del mundo, tan fino que nadie antes había soñado con algo semejante.

El hombre doblegó el rayo de luz y lo encerró en un establo, pero, como suele ocurrir, desde entonces empezó a mirarlo de otra manera. La ciencia naciente arrebató la luz a la religión, a la que desde entonces se considera oscurantismo, y construyó la luz de la razón. Mientras que antes la luz, como la sustancia más etérea de todas, se asociaba de forma natural con la idea de

la conciencia y la divinidad, con aquello que es omnipresente y es capaz de penetrar todo, desde cierta época un rayo de luz recuerda más bien a un afilado escalpelo que corta los tejidos.

Steinheil se queda pensativo. Pero ¿qué es la luz? Tengo la sensación de que aún no conocemos la respuesta. A pesar de las protestas de Goethe, hermosas aunque equivocadas, contra Newton sabemos que la luz blanca se compone de un espectro de colores, es un acorde de colores, como lo ha denominado oportunamente nuestro colega Drtikol. Pero, en realidad, desde la época de Newton existen dos teorías sobre el carácter de la luz que se hacen la competencia: la teoría corpuscular y la teoría de ondas. Los pensadores discutieron sobre la verdad de una u otra durante mucho tiempo, y hacia la mitad del siglo pasado la luz se convirtió en el verdadero nudo gordiano de la física. En todos los laboratorios de Europa ocurrieron cosas extraordinarias en la frontera entre la mecánica, el magnetismo, la electricidad y la luz. Se producía una cantidad ingente de efectos, que se cuantificaban de una forma experimental, para los que no existía una explicación teórica convincente. Y eso en la física es siempre un escándalo.

La confusión y la ebullición duraron veinte o treinta años, hasta que apareció James Clerk Maxwell. Este escocés era un tipo raro, pero tenía la reputación de ser un genio, con excepción de su poesía, por supuesto. Él, que se lanzó a la investigación matemática de aquellos efectos misteriosos del magnetismo y la electricidad, formuló algo, mis queridos jóvenes, del todo inaudito: la teoría electromagnética de la luz, según la cual ésta es solamente la parte visible del amplio espectro electromagnético; el magnetismo, la electricidad y la luz poseen la misma naturaleza ondulatoria. En la historia de la ciencia no se pueden encontrar demasiadas síntesis más impresionantes que la demostrada por Maxwell en sus cuatro ecuaciones: no sólo unió tres campos que hasta entonces estaban separados; sino que además ofreció una teoría en la que los colores se consideran ondas de diferentes frecuencias, y el calor, radiación infrarroja. Y, gracias a Maxwell, los fotógrafos como ustedes por fin comprendieron por qué a veces se estropea el papel fotográfico, a pesar de estar guardado en la más completa oscuridad: es debido a la invisible radiación ultravioleta, que vibra a frecuencias aún más altas que la luz violeta.

Rudolph Steinheil se pone la chaqueta y repite ese amplio gesto de

cabaretero con el que abrió su charla: ¡Hágase la luz!

Me gustaría terminar diciendo que todos los problemas han sido resueltos y que se nos ha servido en bandeja la esencia de la luz. Hace unos cinco años lo habría hecho con la conciencia tranquila y habría abandonado esta aula haciendo una inclinación en la puerta. Parecía que a la vejez hallaría al fin paz. Pero, mis queridos jóvenes, en los últimos años han comenzado a ocurrir fenómenos extraños. Y no me refiero al descubrimiento de Wilhelm Röntgen, que se puede incluir fácilmente dentro de la teoría electromagnética. Suceden cosas mucho peores, curiosas, difíciles de comprender... Es bastante probable que la luz nos tenga preparadas aún unas cuantas sorpresas.

Tienes que esperarla.

Tienes que hacer un retrato de una chica y Sporl os ha asignado a todos a la misma modelo para descubrir diferencias en vuestras percepciones. Estás sentado en un taburete, en el estudio vacío de la escuela, donde impera la penumbra en esa mañana húmeda de sábado. Te levantas e intentas desplazar las cortinas para ver de qué humor se encuentra la luz. Todo está lánguido, una pátina gris se adhiere a los objetos. A ti lo único que te levanta el ánimo es que abajo te espera la bicicleta prestada de Peter, una moderna Rover que tiene hasta un trípode en el manillar: basta con apoyar la bici en alguna parte y enganchar la cámara, y ya se pueden tomar instantáneas. En cuanto terminas aquí, te colocas en el asiento de cuero, agarras el negro manillar combado y pedaleas a lo largo del Isar, que, ahora, a comienzos de marzo, está más exuberante que de costumbre. Al pie de los Alpes se funde la nieve, el remolino de las aguas azota los pilares de los puentes, dejando en ellos rasguños blancos.

Sí, recorres esas riberas empedradas que atraviesan el parque pelado más y más allá, furiosamente encorvado, apoyado sobre la bici... Esa imagen entra dentro de ti como por un buzón tubular; después, el vacío se lo lleva hacia el futuro.

Eleonora llega con media hora de retraso. Últimamente estoy destrozada, dice. No te imaginas lo duro que es vivir de una forma honrada... Me levanto a las cuatro y media, tengo todo mi horario cambiado.

Llevo esperándote media hora.

Entonces ¿has tenido tiempo de planificarlo bien? Mejor; al menos así iremos deprisa. Dime, ¿me suelto el pelo o te gusto así?

Aunque ahora vende cebollas y ajos, no ha perdido la costumbre de cumplir los deseos de los hombres.

Suéltatelo, ordenas.

Lo hace con un solo gesto.

Siéntate, le pides señalando una vieja silla.

De nuevo mueves las cortinas y observas cómo la luz la modela. Su rostro es como una ilusión óptica, durante un momento ves una cara y, justo después, otra. La arpista o la arpía, una puta santa, es esta ambigüedad la que te excita.

Estate quieta un rato.

Perdona.

Acercas la gran cámara del estudio, ya has aprendido el truco de Mattas para soltar las ruedas del trípode con el pie.

Ese jersey te tapa el cuello.

Vaya depredador estás hecho, te dice con un guiño, y se desviste. La blusa de seda descubre las clavículas marcadas, una parte de los hombros y el delgado cuello.

Así está mucho mejor.

Se ríe.

Vuélvete hacia la ventana un poco.

Se vuelve.

La barbilla un poco hacia arriba.

Sube la barbilla.

Échate el pelo hacia un lado y hacia delante.

¿Para que me caiga alrededor del cuello?

Lo tienes tan largo...

Duda, por un momento, al no recibir ninguna orden se siente insegura. Después dice: A ti también te ha crecido el pelo durante el invierno, necesitarías unas tijeras, hacerte un corte decente.

Acercas la cámara un poco, te echas encima el paño negro y comienzas a enfocar. La imagen de Eleonora resplandece en el visor. Giras el piñón

dentado a los lados de la cámara, la chica que está delante de ti se disuelve en medio de una luz blanquecina, se pierde en la lejanía y enseguida aparece perfectamente enfocada, como si estuvieras soñando con ella. La observas bajo el paño más tiempo del necesario; eres como un niño que cree que cuando cierra los ojos nadie lo ve. Pero Eleonora se da perfecta cuenta de que posar ante la cámara así y obedecer las órdenes del hombre que está detrás de ella se parece bastante al momento en que los hombres la poseían físicamente.

¿Cuánto falta?, pregunta. Tengo ganas de hacer pis...

Aguanta, ahora no puede ser, farfullas.

¡Qué listillo eres! ¡Eso no se puede aguantar!

¿Es que no puedes esperar cinco minutos?

Perdona, Franz, pero no creo que vaya a salir bien si me estoy aguantando... No te olvides de cómo estoy sentada, ¿eh?

A través del visor ves cómo se levanta y desaparece del encuadre. Sacas la cabeza del paño negro y, enfadado, lo tiras a un lado. Sería mejor fotografiar un paisaje. Pero tu irritación es sólo una inseguridad mal escondida por el hecho de estar con ella a solas, inseguridad y nervios provocados por el deseo. Ella no es tan lista como tú, no es la adecuada, sea lo que sea eso; pero en algo te gana, por lo menos en la naturalidad con la que consigue realizar sus deseos. De nuevo la enfocas, de nuevo se hunde en una luz blanquecina.

¿Dónde conseguiste esa diadema?

Se toca la libélula con las alas de nácar. Es un regalo.

¿De quién?

De un ricachón. ¿Quieres verla bien?

Ya la he visto.

Pero nunca de cerca. Quítate esa manta de la cabeza y ven aquí. Cuando me siento mal, me gusta mirar a través de las alas coloreadas.

Tal vez después.

Claro, estamos trabajando, perdona. ¿Estaba así?

Es inquieta como esa libélula; pero al final consigues tomar la exposición. La luz no es nada del otro mundo, tiene que estar sin moverse dos segundos completos, y esos dos segundos parecen ser el doble de largos. Al final,

ambos suspiráis aliviados, Eleonora se levanta y se estira.

Después dice: Entonces, ¿ahora tengo que desnudarme?

¿Qué?

Falta el desnudo, ¿no?

La miras divertido. ¿Quién más ha querido que te desnudaras?

Bueno, de momento todos: Martin, Joachim... El bobo de Friedrich hasta me dio un golpe con la cámara, se chocó conmigo. Se coloca las manos en el costado: Esto sí que es bueno, Franz, me la has jugado.

¿Yo?, preguntas enojado. Ellos te la han jugado.

Sí, me lo creí. Me muero de curiosidad por saber qué les va a decir Bruno.

¿Es que él no te contó que sólo teníamos que hacer retratos?

Espera, qué raro. ¡Si precisamente Bruno me dijo que no tenía que avergonzarme delante de ellos!

Pues debieron de ponerse de acuerdo con él... dices riéndote. Me gustaría saber qué le prometieron a cambio. Seguro que te vendió por tres cervezas.

Hombre, no seas tan malo. Eleonora mueve la cabeza y se pone el jersey. Saca del bolso un pequeño espejo roto y se arregla el pelo. Parece que se va a ir, pero luego dice: ¿Sabes qué, guapo? Debería darte las gracias. He llegado tarde, no he parado de moverme..., y bueno... Realmente necesitas un corte de pelo. No temas, suelo ganarme un dinerillo así con las amigas, tengo mañana.

¿Y qué quieres a cambio?

Normalmente un marco, pero a ti te lo voy a cortar gratis porque eres un encanto.

Tienes la sensación de que lo ha dicho en el mismo tono con el que por primera vez te dijo: Caballero, a usted le calentaría los pies encantada...

Movéis un pesado sillón hacia la ventana, vas a la copiadora a por unas tijeras y Eleonora te coloca el paño negro encima de los hombros. Tu madre se guardó tus primeros cabellos en el costurero; después sólo te han cortado el pelo hombres. No sabes lo que es tener los dedos de una mujer en el pelo. Eleonora, al principio, te toca sin más, te mueve la cabellera rubia de un lado a otro. Después coge las tijeras y sus dedos te acarician el cuero cabelludo, mientras toma los mechones uno a uno, los separa con habilidad y los corta.

A veces te roza con una uña o con la articulación de un dedo y, bajo esa caricia, unas suaves ondas se extienden por tu cuerpo.

Tienes la sensación de que te pasean hormigas por el cráneo, primero por los dos lados hasta la frente y la nuca, y después abajo hacia el cuerpo, hasta que te hormiguea toda la espalda.

Tienes un pelo muy bonito, dice Eleonora, muy denso.

Danza a tu alrededor y te corta el pelo con experiencia y seguridad, como también haría si hiciera el amor contigo. Es como si te devolviera el favor de haberla fotografiado; pero ahora es ella la que se apodera de ti a su manera. Te la imaginas como Salomé, al final te corta la cabeza; aunque de momento sólo te roza con la cadera o la pierna para seducirte. El filo de las tijeras te pasa cerca de las orejas y una o dos veces te corta con la punta en la suave piel. Aúllas, se inclina hacia ti y se disculpa con una sonrisa. En los hombros sientes algo blando y elástico, empiezan a sudarte las palmas de las manos y tienes que secártelas contra los pantalones bajo el paño. Tienes claro que se llevaría tu virginidad así, tris, tras, sin dificultad, como debe ser.

Durante todo ese tiempo vas cogiendo valor para hacer la pregunta: ¿Te acuerdas de cuando me dijiste que te encantaría calentarme los pies?

Eleonora se pone colorada por encima de tu cabeza, por primera vez en muchos años. Franz... ¿sabes cuánta gente había sentada a vuestra mesa? ¿Por qué te crees que te lo dije justo a ti?

Te acaricia con cuidado el pelo. Los dedos se detienen dubitativos en la coronilla, sólo las yemas se mueven un poco de arriba abajo, de abajo arriba, como si su voluntad no llegara más lejos. Inclinas la cabeza hacia ella, querrías sentir esos dedos en tu cara, llevártelos a la boca, chuparlos y tragártelos. Eleonora, sin embargo, te quita el paño del cuello con un rápido movimiento, como cuando un mago descubre una jaula con un conejo desaparecido.

Abre la ventana y quita los mechones de cabello cortado del paño con unos cuantos movimientos decididos, el resto los sacude a golpes.

La bicicleta de Peter te espera, fiel, abajo. Andas por las riberas empedradas, adelantas carros y coches de caballos, la humedad te da en la cara formando gotitas que de vez en cuando se desprenden y te bajan por las cejas, algunos pelos cortados te pican en la nuca. Huyes de Múnich por el Englischer Garten, por todas partes reluce la humedad y el barro, desde los

campos fluye el agua como si se escurriera de sábanas tendidas, en los estanques el hielo se quiebra ruidosamente, la bici está muy sucia, el barro se pega a la cadena y se acumula en tu capa. Hasta en llano se pedalea con dificultad, como si fueras por una empinada cuesta; pero tú te encorvas y pedaleas todavía más fuerte, y vas más y más allá.

El borde de tus cuadernos está cada vez más lleno de ornamentos, que se van volviendo más complicados. La línea es dinámica, lleva una historia y en las esquinas se enreda; de vez en cuando, de esa maraña brota la cabeza de una serpiente o de un pájaro. En otra página del cuaderno la raya tiembla nerviosa hasta que parece un gráfico de un sismógrafo o el lomo de un pterodáctilo o el dibujo de una alfombra persa, todo a la vez, es materia prima. Las líneas del cuaderno son para cumplir las obligaciones; pero en los márgenes de las páginas esbozas de manera automática lo que se halla en tu interior y anotas pensamientos e ideas. En las horas de contabilidad bosquejas caricaturas sencillas de tus compañeros, aunque en general estás mucho más concentrado en clase que en el liceo. Las notas lo demuestran, Sporn te elogia, y Emmerich, a final de curso, escribe una carta de reconocimiento que manda a Přebíram y que tu padre llevará consigo en el bolsillo trasero del pantalón durante dos semanas.

El Art Nouveau cultivó en ti el gusto por las formas y fuerzas de la vida, por los ritmos naturales. Fue el último estilo artístico uniforme en Europa, plegado por la falla entre los dos siglos; el modernismo creó una morfología muy rica, una verdadera orgía de formas orgánicas. Claro que los estilos artísticos realmente modernos lo despreciaron al instante y acabaron con él, el ornamento fue declarado un crimen, y la gelidez de los objetos industriales, destinados a cualquiera y para todos, venció sobre las formas vivas de las últimas piezas de artesanía. Te encuentras con este mundo en sus últimos momentos, pero te da tiempo a enamorarte de él y te llevas contigo el brillo de su resplandor para toda la vida.

Esta primavera haces a menudo viajes fotográficos por los alrededores de la ciudad. Desde Sendling, donde vives con Martin, hay muy poco hasta el borde de la ciudad.

Normalmente te diriges al sur por Ganghoferstrasse, que enseguida cambia su nombre a Meindlstrasse y te lleva junto a un cementerio muy diferente al de Březové Hory, con sus cruces oxidadas. A los diez minutos pasas junto a una fábrica de maquinaria que esparce su ruido por todo Múnich y sus alrededores, como si toneladas de acero dieran un concierto; pero al lado sólo hay plantaciones tranquilas en las que esas siniestras profecías se pierden. El primer pueblo se llama Forstenried, los nombres de los siguientes ya ni te esfuerzas en recordarlos.

Llegas al campo, las sombras de los árboles en flor se perfilan en las paredes de las granjas, burdamente blanqueadas.

Múnich es una ciudad lenta; pero en el campo bávaro se vive aún más despacio. En las mañanas neblinosas, escondido entre un racimo de árboles para no interrumpir ese ancestral esfuerzo por ganar el sustento, fotografías el paisaje, a sus hacendados montados en rocines cansados y viejos, carros chirriantes y remolques. Deambulas hasta donde te llevan tus piernas, te pierdes por los caminos agrícolas, bebes leche aún templada en las granjas. Y cuando por la tarde no te apetece regresar a casa, pasas la noche en los henares, en los ribazos o simplemente bajo un árbol, con la bolsa del material bajo la cabeza y la bandolera asegurada con varias vueltas alrededor de tu muñeca.

Estudias la naturaleza, con dedicación nueva observas todo lo que está a tu alcance, esa superficie infinita de las cosas, esa distribución de colores, formas y estructuras. De pronto también descubres que, al menos en la naturaleza, el ornamento es una abreviatura, un símbolo y un sello. Las formas tienen su significado, expresan una función; a la vez, en ellas se manifiesta la esencia de las cosas. Es lo mismo que cuando Emmerich y Sporn os enseñan a descubrir el carácter de una persona que se adivina ya en su rostro. También las flores, los árboles y las puestas de sol tienen su carácter; pero como la naturaleza es inocente, su personalidad se confunde con su apariencia externa y es fácil obviarla.

Te pasas los días bajo el eje del sol, ahondas en tu amistad con la luz. Tienes veinte años y desde el murmullo crepitante del universo te empieza a hablar tu *daimon*, al que le has puesto el nombre de Žlutický. Sientes que no estás solo. Durante esos paseos es como si te acompañara la voz de alguien. A veces la naturaleza exterior, con un susurro, dicta algo a la interior; otras

veces la voz viene de dentro. Algo dentro de ti o a tu lado da testimonio de que existes, no puedes hacer un movimiento sin que quede registrado, no existe un desplazamiento que no mueva algo al otro lado, como si con todo tu ser estuvieras entretejido con el mundo.

Estoy aquí, dices, y esto soy yo.

Y realmente estás ahí: en ese camino vecinal que serpentea como un río seco de hierba entre los campos y al cabo de un rato sube a una colina. En ella hay dos robles, y entre ellos un peto de ánimas. Ya llevas caminando unas cuantas horas, tienes el cuerpo sudado, tu conciencia se despliega sobre el paisaje de alrededor. Descorchas una botella de vino y echas un trago debajo de un roble, terminas el resto del queso que te ha dado un labriego por la tarde y continúas.

Por el terreno se deslizan las sombras de unos pájaros que después sobrevuelan tu cabeza de repente.

Silbas para ver si te responden; pero no conoces su lengua. Alguien te viene al encuentro, entre las espigas jóvenes de cebada se arrastra una vieja mujer con un hatillo de heno. Estás repleto de buena voluntad y te ofreces a ayudarla con su carga. Objeta que cada uno vais para un lado diferente; pero tú no tienes ninguna meta concreta. Te cargas el hatillo a la espalda y juntos camináis en la tarde silenciosa hasta que llegáis de nuevo al peto de ánimas, entre los dos robles. En la colina cálida zumban miríadas de insectos, en los troncos de los robles se calientan unas mariposas y los innumerables mosquitos han vuelto el aire tan opaco que te entran ganas de limpiarlo con la mano. La anciana se arrodilla y se pone a rezar, entonces se vuelve hacia ti y te da las gracias mientras señala a una granja detrás de un pequeño bosque no muy lejano. La miras mientras baja por un campo en barbecho con su gran joroba y se pierde en una cañada.

Te vuelves hacia el sol poniente, que ya casi roza el horizonte, ilumina el paisaje por una estrecha franja abierta entre las nubes estratificadas y el horizonte. Unas alondras revolotean en la brisa, se las oye más que se las ve. Las primeras sombras se van ya a dormir en las hondonadas del sinuoso campo. El viento sopla. La corteza de los robles, la hierba, la piedra arenosa de la cruz centenaria, todas las superficies toman profundidad y cambian ante tus ojos bajo esa luz inclinada.

Unos minutos después cae la oscuridad.

Abres las piernas, te desabrochas la bragueta. Qué alivio orinar en medio de la colina mirando el paisaje que se abre ante ti y pierde la consciencia paulatinamente. En ese momento perfecto de liberación sientes con asombro cómo delante de tus ojos una mano invisible da la vuelta al mundo y lo pone del revés. Estás allí de pie con el sexo, del que aún caen unas gotas de orina, al aire, y contemplas, incrédulo, esa inmensa transformación. Resplandece y desaparece, como una alucinación entre la vigilia y el sueño, entre el día y noche.

Te sientas debajo de uno de los robles, apoyas la espalda en el tronco y estiras las piernas cansadas. En la hierba de alrededor tartamudean los grillos, al oeste aún ondean unas cuantas nubes ocre y grises.

Por el fresco cielo vuela en zigzag el primer murciélago. Nunca se te había ocurrido que el hombre percibiera sólo el revés del tejido del mundo, ese hecho con hebras deshilachadas, diseños borrosos y costuras burdas. Nunca se te había ocurrido que, para los ojos que ven, el tejido del mundo estuviera tejido desde el otro lado, desde el lado de la conciencia resplandeciente. Te quedas dormido mientras te preguntas: ¿Y si todo fuera de otra manera? Sobre ti está la noche, como un tambor mágico agujereado por las estrellas... ¿Y si al otro lado alguien mirara por esos agujeros y diera vueltas a una gran manivela de hierro para que la eternidad inmóvil nos parezca el paulatino discurrir del tiempo, segundo tras segundo, minuto tras minuto, hora tras hora y día tras día?

Tus estudios terminan oficialmente a mediados de junio de 1903. Durante el segundo curso, fotografía tras fotografía, te has convertido en un alumno sobresaliente. Pero no sólo tú has conseguido lo que querías: Bruno tiene a su guapetona, Martin pasó su noche inolvidable con Fanny zu Reventlow, a quien también hizo feliz con su historia de aventuras en el Oriente, y Joachim, más tarde, llegará a ser un teórico de la fotografía. Este segundo año estás aún más sumergido en tu trabajo, vuestro círculo comienza a desintegrarse cuando Bruno decide terminar sus estudios antes de tiempo y Christian se pone enfermo y tiene que ir a un sanatorio en las montañas. Obtienes un diploma por ser el mejor alumno graduado, además de un premio

de setenta y cinco marcos. La exposición final tiene lugar en junio, te pasas las dos últimas semanas en la habitación oscura donde preparas durante mucho tiempo los pigmentos y la goma bicromatada con los que quieres darte a conocer. Entre las fotos está la que le hiciste a Eleonora aquella mañana en que te cortó el pelo. Con una brocha terminas cuidadosamente de componer un fondo decorativo, así que la copia parece más bien un cuadro. En ella Eleonora da la impresión de ser soñadora e inocente, como si tu imaginación le devolviera la virginidad.

Las fotografías se exponen en la sala del Ayuntamiento Viejo. En las lámparas lucen bombillas eléctricas, reina una atmósfera de celebración. Todos han desempolvado sus mejores ropas, algunos han tenido que pedir las prestadas. Los miembros de un cuarteto de cuerda se pasan de uno a otro la colofonia para los arcos.

Mientras que Emmerich en su discurso os llama artesanos que trabajan con la luz, dejas pasar tus ojos sobre los que están de pie. Son vuestros conocidos y gente del mundo de la fotografía, pero también habitantes corrientes de Múnich, siempre dispuestos a asistir a algún concierto o inauguración. Lo vas a echar de menos. Te has acostumbrado a esta proverbial y bávara *Gemütlichkeit*,^[4] tan diferente de la aspereza de una pequeña ciudad minera.

Entre la gente se encuentra Eleonora, el vestido le cubre su pesado vientre, en la cabeza lleva un sombrerito con una pluma en vez de la diadema con la libélula.

La medalla de la Federación Alemana del Sur, por su conjunto de retratos y por su tendencia a la fotografía paisajística, es para el fotógrafo ¡Franz Drtikol!

Escuchas tu nombre, Spörl tiene que darte un empujón: Franz, komrn doch her!

Avanzas, a medias honrado y a medias avergonzado por tanta atención. Las miradas de los demás te parecen un poco pegajosas, el aplauso te asusta. Te gustaría huir al bosque a esconderte como un corzo, pero tienes las piernas atadas. Aceptas las felicitaciones de Spörl y tartamudeas nervioso.

Pero después leerás una y otra vez la reseña del Münchner Neueste Nachrichten.

«Drtikol es claramente el más talentoso de todos los participantes. Y,

aunque el retrato artístico lo representa a un nivel muy alto, el paisaje y la fotografía escénica son los campos que mejor domina. Drtikol se coloca cara a cara con la naturaleza con un completo entendimiento y un emotivo apasionamiento».

Es una tarde cálida de junio, estáis sentados en el parque inglés, en una cervecería debajo de un castaño frondoso.

Franz se merece esa medalla, dice Fritz.

¿Y yo?, ¿yo no me la merecía?, pregunta el rubicundo Friedrich.

Franz, enséñanosla, ¿es de oro?

Ustedes se merecerían otra cosa, dice Emmerich. No olviden que en el arte no hay competiciones.

Entonces debería ganar Bruno, continúa Martin. En el cuarto oscuro siempre terminaba tan rápido que la mitad de las copias no se imprimían.

Bruno: Paciencia es lo único que me falta. Es más fácil que entre un camello en el reino de los cielos que el que yo pase un hilo por el ojo de una aguja.

Todos se ríen, y Bruno se queda satisfecho.

Joachim: ¿Y qué estás haciendo ahora?

Eleonora: Sí, dinos.

Bruno: Entreno para las Olimpiadas.

Eleonora: ¡En serio, Brunito...!

Bruno: Cultivo champiñones.

Joachim: Mierda, ¿por qué no nos quieres decir lo que haces?

Bruno: Si ya lo he dicho, cultivo champiñones.

Friedrich: Pero, Bruno, ¿para qué cultivar champiñones si cualquiera los puede coger en el campo?

Bruno: Porque es más fácil, listillo. No tienes que salir a buscarlos si crecen en tu jardín.

Emmerich: Eso es lógico.

Eleonora: Profesor, este año tendremos por primera vez una cosecha entera de champiñones. Vamos a distribuirlos a las mejores empresas de Bavaria.

Joachim: Vaya por Dios, resulta que Bruno es el barón del champiñón.

Bruno (riéndose): No lo digas tan alto...

Friedrich: Ya decía yo que olías raro....

Joachim (gritando a toda la mesa): ¡El primer barón de Champiñón!
Bruno, dime, ¿cómo se te ocurrió la idea?

Franz, desde el primer momento supe que usted tenía algo, te dice Spörl volviéndose hacia ti.

Deberíamos seguir en contacto, añade Emmerich. Espero que continúes con la fotografía.

Asientes.

No debe descorazonarse por los duros comienzos. Nadie es profeta en su tierra, y usted, además, viene de una pequeña ciudad checa, ¿verdad? No me gustaría que usted precisamente cayera en el gusto plebeyo. Tal vez podría echarle un vistazo al resto de Europa, ¿qué le parece? Podríamos escribir a algunos conocidos, continúa Spörl. En Karlsruhe un viejo amigo está buscando un asistente...

Me gustaría abrir mi propio estudio, dices. Pero primero debo servir al emperador...

Esa medalla es algo que no debería quedarse en el olvido.

¿Otra vez la medalla?, pregunta Fritz. ¿No deberíamos por fin brindar por ella? Franz, was trinkst du?

La última noche se alarga de igual forma que la primera. En la Oktoberfest os conocisteis, y ahora también os despedís. Tras unas cervezas y unos licores este hecho sale a la luz. Friedrich cae en el sentimentalismo y comienza a repartirlo por doquier, pasa de uno a otro hasta que se sienta en el suelo y se moja la cara rosada y encendida en el rocío nocturno.

Amigos... suelta finalmente.

Eleonora está sentada en la parte más alejada de la mesa y te mira. No te resistes, te sientas junto a ella. Tiene la barriga como un balón, te gustaría meterle el dedo en el ombligo y desinflarla.

¿Qué crees que será, niño o niña?, preguntas.

Se encoge de hombros.

¿Puedo hacerte una pregunta?

Asiente.

¿No te has arrepentido nunca de que nosotros no...?

Déjalo, Franz, dice Bruno cogiéndote desde atrás por los hombros. ¿Ya te

has enterado de que vamos a tener un osito? En cuando crezca un poco lo llevaremos por el mundo de gira. Le voy a enseñar a decir las palabras más groseras, a contar, a pasar el sombrero y a pedirme bebida en las tabernas...

En cuanto Sporn y Emmerich se despiden de vosotros, la noche toma un cariz extraño.

La medalla al poema más bonito es para..., por favor, fanfarrias, grita Fritz... Martin, por su versificación del cuento clásico «Jorge y el dragón». El jurado no ha podido resistirse a la descripción del depredador con las palabras: «Cinco eran los pescuezos rebanados en sangre / y sólo uno era el rabo del dragón». Por favor, un aplauso y un chupito doble para el ganador. Y, ahora, la siguiente categoría... La medalla al acto más embarazoso es para... Por favor, fanfarrias, de nuevo es para Martin. Nuestro querido judío ha impresionado al jurado con su capacidad para vomitar varias veces seguidas durante el acto sexual. Les ruego que no aplaudan, ¡es realmente asqueroso!

Bruno: *Pfui, schäm dich!*

Martin: *Zum Wohl!*

Sobre el centro de la mesa cae una castaña aún con su carcasa, rebota varias veces y se queda encajada entre dos maderas. Todos miran sorprendidos hacia arriba, hacia la oscuridad del follaje, como si fueran a empezar a caer todas las demás. Pero no caen, y Friedrich repite de nuevo: Amigos...

Eleonora: ¿Qué murmuras todo el rato?

Friedrich: Eleonora...

Eleonora: Bruno, Friedrich quiere algo...

Bruno: Friedrich, amigo...

Friedrich: Bruno, Brunito...

El cansancio se apodera de ti, pero te resistes, apuras los últimos instantes de conciencia clara. Caminas en la noche cálida a lo largo del río Isar, das vueltas a la castaña en el bolsillo y sueñas con la vida que te espera. En tu imaginación ves un estudio fotográfico. En tu mente mueves pesados armarios, trasladadas cómodas, por la ventana entra una alfombra voladora, la domesticas con una escoba y acaba finalmente en la sala de espera, en las paredes cuelgas unas fotografías que aún no existen. Después recuerdas aquel sueño con los globos, y te preguntas qué símbolos habrá en la tela del tuyo.

La cabeza empuja hacia arriba, el quemador se alimenta del gas de tus pensamientos y tú asciendes muy alto sobre la noche de Múnich. La ciudad ha quedado ahora sumergida en la negrura; pero, por el Este, el horizonte palidece ya con el nuevo día.



PENSABAS que a tus veintiún años sabías estar de pie, saludar y caminar; pero en el servicio militar, ya durante la primera semana, te sacaron de tu error. En realidad, eran necesarios tres años para que un soldado austríaco aprendiera a colocarse en postura de firmes, a saludar y a desfilar. Sólo cuando ya hubisteis aprendido a sacar pecho, meter estómago, chocar los talones y desfilar a paso de a uno, con un sonido que resonaba en las casamatas de Benešov como un metrónomo monstruoso, empezasteis el entrenamiento con las armas. Pero no se practicaba disparando de verdad, los proyectiles costaban dinero. La cumbre del entrenamiento era una semana de ejercicios de campo, que fueron en realidad cinco días, hasta que empezó a llover demasiado. *Nemte kvéry und géte forverts!*, así se escuchó la orden de avanzar. Los oficiales austríacos no sabían checo y las tropas checas a veces no entendían alemán.

Un eslavo y un alemán no están hechos para servir en el mismo ejército, rezongaban los soldados, corriendo sobre el campo mojado.

Tras ocho semanas de entrenamiento básico el régimen se suavizó. Los más capacitados empezaron a asistir a clase;

los menos capacitados limpiaban las armas y lustraban las botas. Tú, como tienes estudios y hablas alemán, llegas a sargento en el regimiento de infantería 102 y obtienes algunas ventajas. En tus ratos libres sales con un cuaderno al campo ondulado de los alrededores de Benešov, dibujas a carboncillo paisajes antropomorfos, colinas y rocas que se asemejan al pecho de una esfinge y que en el pubis tienen pliegues o incluso una cueva a través

de la que se puede entrar. Así es, perdiste la virginidad en el servicio militar. La opulenta Roza era en verdad como la madre Tierra, aunque sólo fuera madre del regimiento, y no fue nada del otro mundo. Sin embargo, con Liba todo va mejor, una vez a la semana «le limpias el hollín de la chimenea». Así habláis de esas cosas en el ejército.

Es de noche, después de la cena, pero los soldados todavía juegan a las cartas en el barracón. Estás en el catre, la llama del quinqué deja caer en la pared las sombras agrandadas de las manos y las cabezas. A la luz de tu propia vela, tomas notas de un ensayo sobre Aubrey Vincent Beardsley:

«Las religiones orientales en sus concepciones místicas miran a la mujer como a la generadora de las desgracias, como a un cataclismo subversivo, como a una funesta aniquiladora. Reparte e inyecta en los órganos masculinos sanos, poderosos, alegres y llenos de vida todo el veneno de la loca pasión, la enardecida maldad, la resistencia desesperada e inútil. Es una planta trepadora, que chupa y seca, que se enrolla con la sedosa suavidad de su blanco y sugerente cuerpo alrededor de la musculatura masculina, se adhiere, se pega a él extrayendo toda su sangre densa y encarnada, devorando al hombre su cerebro enfebrecido, abatiendo toda su energía vital. No hay mayor enemiga de cualquier actividad especulativa, de cualquier impulso y auge hacia la inmortalidad, por ejemplo cuando un hombre asciende una montaña hacia la soledad entre el hielo y el aire puro para que su pensamiento cree un mundo nuevo. La mujer atravesó la Edad Media cristiana con la ignominiosa marca de ser una veneradora de Satán.

»Un joven inglés que a los veintiséis años murió de tuberculosis, agotado por su propio trabajo, aniquilado por su pasión por la vida, quebró decididamente su lazo con esta tradición diabólica de los engendros femeninos del infierno. Su punto de partida es el mismo: la mujer tiene un carácter insaciable, la mujer es el mal, la mujer es una aniquiladora. Pero ese salvajismo, esa fiereza, ese envenenamiento y esa letalidad que hay en sus besos, en sus abrazos, en la totalidad de su ser, no le viene de fuera, no se los han imbuido, no le han sido introducidos por un maestro desvergonzado que pretende que la mujer le consiga sus lúgubres propósitos y fines.

»El vicio y la maldad, que antaño le infundía su seductor, ahora están en ella.

»En las calles, en los teatros o en compañía privada, sin excepción, con el

arreglo de sus vestidos, con el ajuste de sus escotes, con los balanceos lascivos de sus caderas, con un latigazo de su mirada ardiente, tras el que de inmediato derrama con suavidad el abanico de sus tupidas pestañas, con un gesto curvilíneo y elocuente de su larga, delgada y blanquecina mano, con el frívolo fruncimiento de su falda por encima del tobillo sobre un pie nervioso y delicado, con un peinado artístico, con un incitante, provocativo e insidiosamente arreglado busto, con todo lo que pueda hacer resaltar los encantos de su cuerpo, con lo que los insinúa, como si los quisiera ya revelar, pero con su ocultamiento sólo los da a entender, y con ello sigue trabajando para llegar a su único, inmutable y siempre logrado fin: el quebrantamiento de la resistencia y el ansia del hombre...».

El lapicero escribe sobre la blancura del cuaderno, te percatas de esa presión creciente en tu entrepierna. Mientras tanto los soldados han dejado de jugar a las cartas y de nuevo chismorrear sobre ese suceso del que se habla por todas partes. Un oficial de otro regimiento llamó a su suboficial, se desnudó, cerró la puerta con llave y ordenó al nervioso soldado que lo matara de un disparo.

Dicen que a ese tonto lo encontraron con esposas en las manos.

¿Al oficial? ¿Entonces fue un simple asesinato?

Qué dices, ¿al oficial? No, ése aún se doblaba el uniforme; al soldado... Obedeció la orden y después se esposó.

¡A eso se le llama disciplina!

Está claro que disciplinado sí era. He oído que no era la primera vez que lo llamaba ese bastardo austríaco. Las otras veces no quiso que le disparara, sino que le pusiera el culo a tiro.

El soldado escupe: Pues yo le habría metido el fusil bien hondo en el ojete. Para que supiera lo que es.

¿Y habrías disparado?

Sólo se rieron algunos.

Habría disparado.

«La mujer dibujada por Aubrey Beardsley, que en sus autorretratos se

dotaba de un misterioso aspecto hermafrodita, no pertenece a una época ni a un país. Pertenece a todos los tiempos y a todos los países. Es un símbolo. En cada uno de sus dibujos, a pesar de las diferencias, el artista siempre representa a una única mujer, a la mujer absoluta, no a *une femme*, sino a *la femme*. Cayó honda, vertiginosa y profundamente en el abismo de este ser, al igual que sus antecesores medievales, demonólogos y *doctores diabolici*.

»El simbolismo no tiene medida. Regala escenas, agrupa elementos, representa momentos de tanta diversidad y complicación, de tal variedad y tan repletos de detalles, que el ojo apenas alcanza a seguir las líneas, a pesar de estar calculadas, conscientemente concentradas, como es obligatorio en una obra de arte. Y, aun así, su condición indispensable es la concentración, para que todos los detalles y elementos que no están en primer plano no corran hacia todos los rincones, no se marchen del centro del dibujo, no se limiten a estar subordinados a él sino que converjan hacia él eficientemente. Esto en la realidad no suele ser así; pero es también uno de los puntos importantes en que el arte difiere de ella. Sólo los malos realistas, los pobres copiadore de la realidad, los creadores sin talento del simbolismo, ya que su simbolismo es una reproducción, apelan a esta dispersión y desorganización para disculpar sus propias incapacidades e insuficiencias, olvidando que el arte comienza justo donde acaba la realidad; es decir, que el arte tiene que ser juez, un juez apasionado y fatídico de la misma. Si no, no tendría sentido, al menos no más que cualquier pasatiempo, la fotografía de aficionado o los debates sobre la moral».

De nuevo lees el texto copiado y subrayas unas cuantas frases, la condición del arte es la concentración, el arte es un juez fatídico de la realidad. Fue vuestro profesor de dibujo Edward Steigerwald el que os habló de Beardsley en Múnich, y ese ensayo de Arnošt Procházka te pareció muy adecuado. Tú también te preocupas cada vez más de esos dos mismos temas: el arte y las mujeres. No porque en el ejército falten ambos, sino porque sobre todo uno piensa en lo que desea, cualquier otro pensamiento es fútil. Sin embargo, sobre el arte tienes una opinión mucho más clara que sobre las mujeres.

Tras tu experiencia en Múnich no dudas de que estás llamado a ser fotógrafo artístico. Planeas tener tu propio estudio, hilvanas sobre tus rodillas el futuro. Y, sin embargo, tu experiencia con el sexo opuesto es escasa,

confusa y sin una base sólida. Los dibujos de Beardsley te fascinan, pero si no fuera por el ensayo de Procházka no sabrías explicar bien por qué. Según el momento, admiras a las mujeres, y otras veces te parece que son la personificación de la maldad. Y normalmente nada entre medias, nada a lo que hayas llegado por ti mismo. Una vez la mujer es un recipiente de deseo, Messalina o Salomé, otras un hada etérea, una chica con unas flores en el cabello. Y lo que es peor, a menudo es las dos cosas a la vez: cada mujer tiene dos y más caras, cambia como una escena en el horizonte. No las entiendes y ellas en general tampoco te entienden, no se reconocen. Pero por eso mismo te seduce descubrir su secreto. Aunque ¿el secreto *es de ellas*? Deshacer este enigma significa llegar hasta tu propio núcleo.

Los jugadores han dejado las cartas y están decidiendo quién va a contar algo antes de dormir. Cuando la semana pasada te tocó a ti el turno reviviste al capitán Nemo. Doce hombres en unos duros camastros escuchaban sin decir ni pío. En un camarote del *Nautilus* habían improvisado una cámara oscura y Aronax revelaba en ella las fotos del fondo del mar, unos peces brillantes y coloridos, corales rosados, medusas carnosas, pulpos esponjosos y hermosas sirenas. Éstas exasperaban a los hombres cansados en los catres, con sus cabellos rubios y sus caderas estrechas ondulándose entre las algas. A los soldados les atormentaba la idea de si una sirena podría abrir las piernas, ya que las tenían unidas formando una aleta elástica y flagelante.

El vendedor replica: Blanco, dice, pero entonces le tengo que preguntar ¿qué blanco?

Blanco para un cartel de hojalata.

¿Eso quiere decir que necesita pintura blanca de exterior para metal?

Y que no se vaya con el agua.

¿De qué tono lo quiere?

¿De qué tono tendría que ser?

Blanco nieve, marfil, crema, ¿mate o con brillo? Señor mío, uno tiene que saber lo que quiere en la vida, sobre todo ahora que se están haciendo tantos avances en el negocio de la pintura.

El edificio bajo del jardín de la casa de Václavské náměstí, ya se ha

convertido en un pequeño estudio fotográfico. No es tan espacioso como el de Mattas, ni está tan bien equipado como la escuela de Múnich, pero es muy acogedor. Y lo más importante: las paredes están recién blanqueadas y huelen a cal, el suelo de madera nuevo se queja en algunas partes cuando paseas por él, pero las alfombras del pasillo y las habitaciones lo amortiguan. En la sala de espera, que tiene dos butacas, está colgado el retrato de la chica con las flores de manzano. Heda o Hedvika, la vislumbraste en un huerto de una granja cerca de Múnich, estaba leyendo poesía, tan mayor o tan joven como tú. Por lo demás, las paredes de esa humilde sala de espera están aún desnudas, sólo más tarde irán apareciendo en ellas otras fotografías. El estudio tiene un techo acristalado en el que se quedarán adheridas las hojas del nogal que crece al lado, y al final será necesario talar algunas ramas, ya que durante una noche ventosa el nogal romperá dos planchas de cristal. Por la mañana encontrarás unas astillas de cristal en el suelo y unas pocas nueces, dentro de su envoltura verde y con un corazón blanco.

En las casamatas al final no había nada que hacer, así que te dieron unas largas vacaciones. Para que el emperador no tuviera que alimentarte. Tuviste tiempo suficiente para exponerle tu plan a tu padre. Y tu padre no sólo buscó a dos obreros que se encargaron de transformar el almacén en un estudio, sino que, con dinero prestado, financió la compra de todo el equipamiento.

Lo más caro fue la cámara. Ya os conocéis de vista: es la vieja Goldmann de Mattas. Está en perfecto estado, y Otakar Mrkvička, que se quedó hace poco el estudio de Mattas, te dejó además a muy buen precio el famoso objetivo Voigtländer. Tuviste que empujar el imponente aparato sobre un trípode con ruedas por Hlavní náměstí, y después por la calle Pražská. Ahora descansa en medio del estudio, totalmente limpio y engrasado, huele a aceite de lino, los piñones brillantados, el fuelle nuevo se asemeja a los pulmones de un niño recién nacido antes de respirar por primera vez. También en la cámara oscura está todo listo: un calentador, las cubetas de porcelana, las botellas de cristal con tapones tallados, las disoluciones, los medidores, hasta un fregadero con agua corriente, así que lavar las placas y las fotografías será mucho más sencillo que en el estudio de Mattas.

Sólo queda el letrero. Ya es noviembre, pero bajo el sol del mediodía la pintura blanca se seca bastante deprisa. No te aguantas y mides con cuidado el tamaño y la distribución de las letras que mañana pintarás con tu propia

mano con pintura negra. Estás impaciente, mañana estará oficialmente listo.

En el lado izquierdo del pasaje hace dos años abrieron una farmacia, U Panny Marie Svatohorské. Mientras tú servías al emperador, tu padre cerró la tienda y se convirtió en concejal del ayuntamiento. Vendía tanto a crédito que al final se cargó de deudas. Ahora está sosteniendo la escalera en la que estás subido y dirige la operación: A la izquierda, un poco más arriba, un poco más, más... Eso ya es demasiado.

Da unos pasos atrás y se le ocurre que debería hacer una foto de su hijo, subido en la escalera, delante de su casa natal, sosteniendo un cartel en el que pone FOTÓGRAFO F. DRTIKOL.

¡Os llamáis igual!, se percata con esa sorpresa habitual ante cosas que son evidentes pero sobre las que nunca antes se había pensado.

Debería estar todo un poco más arriba, dice, que quede a la misma altura que el de la farmacia.

El cartel no es pesado, pero lo sostienes con los brazos en alto, y ya te duelen. Además, te gustaría comprobar por ti mismo cómo queda.

Un poco más a la izquierda, exhorta tu padre. Un poco menos. Da otros pocos pasos hacia atrás y después dictamina: Está inclinado, el borde de la derecha un poco más abajo...

¿Usted cree? A mí me parecía que estaba recto, dice el farmacéutico, que ha salido a mirar qué pasa. Así que usted es el fotógrafo F. Drtikol...

Soy yo, dices dándote la vuelta desde la escalera. Papá, por Dios, que me duelen ya los brazos.

Aguanta, hijo. Te doy un lapicero.

A su servicio, dice el farmacéutico, y te da el suyo.

Pero entonces surge otro problema. Papá, tienes que subir, no puedo sujetar el cartel y a la vez hacer las marcas.

¿Tengo que subir a la escalera?, pregunta dudando. Si está coja...

Yo se la sujeto, se ofrece el farmacéutico.

Tu padre se desabrocha el chaleco y trepa por el otro lado de la escalera. Ya subo, anuncia.

Yo la sujeto, asegura el farmacéutico.

Te espero, añades. Pero en ese momento se te resbala el cartel de la mano y la chapa le da a tu padre en el hombro.

Diablos, ¿por qué no lo sujetas bien?

Por Cristo..., de todas formas, quería ver cómo queda. Papá, quédate aquí, y yo voy a mirar.

Tu padre sujeta el cartel, el farmacéutico se apoya en la escalera y silba.

¿Otro fotógrafo?, exclama con dudas un viandante.

Miras con atención las grandes letras negras, te vas hasta la fuente y después vuelves. Ves que a tu padre también le tiemblan los brazos y dices: Así, justo, papá, haz ahí una marca y yo te llevo unos clavos y el martillo.

¿No está aún un poco torcido?, pregunta dudando.

Está derecho.

¿Seguro? ¿Y no está muy abajo?

No.

Qué alegría... sólo faltaría hacer el ridículo con un cartel torcido. Pero de todas maneras tienes que hacer las marcas tú, ahora que lo sujeto yo.

El farmacéutico se ha ido a atender a un cliente y las escaleras se balancean alarmantemente. Te encuentras con tu padre arriba, pero allí no tenéis mucho sitio.

Pasas entre sus brazos, que sujetan el cartel; así que te tiene literalmente entre sus brazos. El sol acaba de pasar sobre los tejados de las casas, hueles la colonia de tu padre y sientes su respiración en tu nuca. Ahora te falta encontrar en qué bolsillo te has metido el lápiz que te ha dado el farmacéutico. Rebuscas en los pantalones, pero nada.

Por Dios, coge el mío, dice tu padre. Aquí, en el chaleco.

No blasfeme, papá. ¿Tengo que relevarle?

En el bolsillo izquierdo, le señala con la barbilla.

Deslizas la mano en el estrecho bolsillo y palpas el lapicero. Te cuesta un poco sacarlo porque la punta se queda enganchada en la costura y no sale.

¿Qué pasa?, refunfuña tu padre.

Se ha atascado.

Por Dios, ¿es que no sabes sacar ni un lápiz de un bolsillo?

Calma, papá. ¡Ya lo tengo!

Te estiras y marcas los bordes del cartel blanco con el rótulo FOTÓGRAFO F. DRTIKOL.

Bueno, lo hemos conseguido, suspira tu padre.

Te vuelves en la escalera, entre sus brazos: Aún no. Hemos llegado a la cima, pero aún tenemos que bajar.

Y cuando te da una palmada en la espalda las escaleras se balancean peligrosamente y tu padre se apoya asustado en la fachada.

En cuanto se dejan oír los golpes del martillo aparece tu madre. Alguien se asoma a la ventana de enfrente, algunas personas se detienen en la fuente de la plaza.

Venga, que todos vean que eres cuidadoso: pinta de blanco las cabezas de los clavos, para que no se vean en el letrero.

Eso se dice retocar, caballero. Para los diez primeros clientes habrá un descuento. Abrimos en diciembre.

En Přebram existen ya tres estudios, que son suficientes para la demanda existente, pero también son el número adecuado. Otakar Mrkvička dictamina en las páginas de *Horymír*: «Ya que deseo seguir vivo, ahora soy de la opinión de que el arte no se debe apadrinar y...». No leíste más. Así que el arte se apadrina, o no se apadrina... ¡Esto debería leerlo Emmerich! No es la última vez que recuerdas sus dudas sobre el gusto de una ciudad checa provinciana.

No te cuesta nada ser altanero, pero de momento la sala de espera te sirve más bien de cuarto de lectura privado. Durante las tardes de invierno copias en tu cuaderno negro frases de filósofos y poetas alemanes, y te levantas sólo a echar leña a la estufa. Y ya, de paso, te peinas delante del espejo y te abrillantas los zapatos en la banqueta. Miras por la ventana para ver si viene alguien, y de nuevo te sientas en la butaca.

Desde luego, tiempo para tu propia creación no te falta. Meditas sobre cómo conseguir tu visión de las cosas, esa que avistaste en el campo bávaro. ¿Cómo mostrar el revés del mundo, ese reverso luminoso? ¿Cómo convencer al objetivo para que se transforme en subjetivo? Te paseas con la cámara por los alrededores de Přebram y recoges emotivos paisajes durante tanto tiempo que se transforman en tu mundo interior: abedules blancos con ojos rugosos en los troncos, álamos estrechos y lánguidos erguidos hacia el firmamento, caminos zigzagueantes, superficies de agua que reflejan las orillas de enfrente

con las coronas de los sauces que crecen hacia el cielo y hacia el agua.

Tomas también unas fotografías de la ciudad, pero no tienen alma, son como bonitas postales. Las miras insatisfecho y entonces caes en la cuenta de que el brillo y la miseria de Příbram se hallan en otra parte. ¡En las minas de plata! Durante varios días la idea se va fraguando en ti y después te vas a buscar a Hynek Klukan.

Vuestros caminos se separaron hace años. Mientras estudiabas en Múnich, Hynek acabó el liceo, y después, gracias a una beca, se licenció en la Academia de Minería de Příbram. Las minas lo tenían agarrado, a pesar, o precisamente, porque su padre murió en ellas. Pero Hynek nunca fue tan fuerte como para extraer piedra o correr por las galerías. Sus estudios y sus notas lo predestinaron a otra cosa. Empezó como minero, pero apuntaba más alto, igual que en el club de deporte se le consideraba la cabeza y no un corazón bombeante o un puño peleador. Su ánimo luchador perduró, sólo que ahora, además de los alemanes, se le habían atravesado los empresarios y los capitalistas. En las minas, las cuestiones sociales y las nacionalistas se mezclaban, y Hynek tenía un plan: subir lo más arriba que pudiera, aprender los gestos de aquellos que más que un traje de minero vestían un traje de fiesta con botones dorados, para después, en el instante preciso, ponerse al lado de los pobres. Era su modo de ser un héroe, un poco al estilo bandolero.

¡Fran!, ¿eres tú?

En el pasillo, a sus espaldas, un crío se apoya en la pared con su mano regordeta.

Claro que soy yo. ¿Quién es ese crío?

¡Pues mi hija, amigo mío!

¿Tu hija? ¿De dónde ha salido? ¿Cómo se llama?

Magdalena, ¡te lo dirá ella misma!

Así que Magdalena...

Se golpea la cara con la mano y pregunta: ¿Qué te trae por aquí?

Quiero bajar a la mina.

¿Estás loco?

Es largo de contar.

Entonces ¿vamos a la taberna?

Magdalena, dice la niña, que mientras tanto se ha arrastrado hasta

colocarse entre las piernas de Hyneky señala hacia sí misma con un dedo que, de repente, se mete en la boca.

Magdalena va a ir a decir que papá se ha ido a tomar una cerveza, dice Hynek empujándola hacia atrás.

Fran, viejo soldado, hace tanto que no te veo que ni me acuerdo, te dice en la calle, y te zarandea.

No me recuerdes el ejército.

Bueno, ahora somos tres años más tontos, y qué...

¿Cuántos años tiene la pequeña?

Pues justo me dieron permiso, si te refieres a eso, dice con una mueca picara. Por San Martín preparé la masa, y cuando hace dos años en verano me quité el buzo, justo la sacaban del horno. ¿Y tú?

Sus ojos pequeños se clavan en ti con curiosidad, le cuentas todo delante de la cerveza, y él tampoco se queda atrás. En cuanto os ponéis al día de las novedades y repasáis a los conocidos empezáis a hablar de cómo va en las galerías de diez a cinco. Las vetas principales están agotadas, a los mineros les bajan los sueldos y entre ellos crece el descontento.

Y, por cierto, Kríz murió hace poco, dice.

¿Kríz?

Sí, el que no meó.

Sonríes y asientes comprendiendo. Aquella vez, tras la catástrofe de las minas, cuando se empezó a investigar, las sospechas recayeron en un tal Kríz. Los criminalistas de las minas se alegraron de tener alguna pista, porque ya parecía que la investigación no llevaba a ninguna parte. Se decía que había caído un rayo del cielo al regazo de la tierra. Pero un minero tenía cargo de conciencia y al final fue a confesarse al Monte Santo. El cura no quebrantó el secreto de confesión, sin embargo le dijo que sólo le daría la absolución si se lo contaba todo a la policía. A partir de esto hubo después un gran juicio en el que varios hombres del turno de la mañana consiguieron juntos relatar lo que había ocurrido. Tenían que subir, estaban abajo, en la explanada de las vagonetas, esperando a que les llegara el turno. A Kríz se le acababa la mecha de su lámpara y decidió cambiarla. Pero lo hizo tan torpemente que el pábilo humeante se le cayó a una pequeña cavidad debajo de la explanada. Se dio cuenta y, según sus propias palabras, miró por la cavidad dos veces, pero en la oscuridad no vio nada. A pesar de ello, quería estar seguro, y preguntó, tal

y como lo ratificaron los otros tres interrogados: Muchachos, yo ahora no tengo necesidad. ¿No hay nadie que necesite aliviarse? Para estar seguros... Pero en ese momento nadie tenía ganas de orinar, o tal vez se aguantaran hasta llegar arriba, a la luz del día. Entre tanto llegó el elevador. Subieron y, en su lugar, bajó a las profundidades el siguiente turno y unas dos horas más tarde el laberinto de los pozos se había convertido en un infierno ardiente en el que murieron más de trescientos hombres. Si Kríz o alguno de sus compañeros hubieran orinado nada de aquello habría pasado. Pero nadie tenía ganas y el pobre Kríz pasó a los anales de la historia con ese apodo, «el que no meó».

De todos modos, es extraño que no muriera antes, dice Hynek. No le impusieron una gran condena entonces; pero, ya sabes, de vez en cuando alguien se desquitaba con él. Incluso ahora esos idiotas se lo echan en cara, como si el pobre Kríz tuviera la culpa de todo. Pero la verdad es que lo que ha ahogado las minas ha sido algo muy distinto a la tragedia del incendio.

Lo miras interrogante.

¿Has estado alguna vez en Londres o en Nueva York?

¿Qué quieres decir?

¿Dónde se decide el precio de la plata? ¿En Viena? Amigo, hasta nuestro emperador se queda corto para algunas cosas. Te diré una cosa, la tragedia de las minas pasó hace mucho; pero en los años noventa abrieron una gran mina en México y desde entonces el precio de la plata baja en picado. Nadie puede evitarlo, simplemente de repente hay demasiada plata en el mundo. Pero intenta explicarles a los mineros por qué cada vez cobran menos por el mismo trabajo.

¿Están cabreados?

¿Cabreados? No, es algo completamente distinto. Un minero está abajo del todo en el escalafón social. Más o menos un kilómetro bajo tierra.

¿Y ellos lo saben?

¿Que por qué tienen el culo al aire? Te lo explicaré de este modo: si trabajas en las galerías siempre vendrá alguien que se ponga de cuclillas en la entrada del pozo y te cague encima. Ahora son los mexicanos, mañana tal vez los negros de África. Pero no te creas que en las fábricas es diferente. Unos tienen que tener menos para que otros tengan más, eso es el capitalismo.

Hynek echa un trago y dice: Pero nos hemos ido por las ramas. Tú has

venido por otra cosa... ¿Por qué quieres bajar a las minas?

Me he dado cuenta de que el corazón de esta tierra se esconde ahí abajo.

Tienes razón, aún está ahí. Pero creo que lo ves de un modo demasiado romántico. Créeme, esto es lo que hay ahí abajo: polvo, suciedad y sudor. Y también muerte, amigo, plateada, como cuando aplastas un insecto.

Le miras, y de repente piensas si se avergonzará de esa marca de nacimiento que tiene en la cara... ¿querría arreglarla en las fotografías? Después añades: Por eso quiero ir abajo. Entonces los dos teníamos nueve años...

De eso hace ya mucho...

Pero a los dos se nos acabó la niñez de golpe en ese momento... Y yo quiero ver cómo es realmente. Y tengo que bajar con la cámara, ése es mi trabajo.

¿A eso le llamas trabajo?, pregunta con una mueca.

Ellos llevan un cincel y yo una cámara.

Ellos llevan más bien una taladradora neumática.

¿Lo ves? No tengo ni idea...

Desde luego... ni la más remota. Así que, si lo entiendo bien, quieres que te lleve por esos círculos del infierno, en los que se tuestan los condenados que son culpables de no haber nacido en una época mejor o en mejores familias...

Justamente.

... te enseño todo, te lo explico, te guío y tú después me dejas ante las puertas del paraíso, porque está claro que yo no soy lo suficientemente bueno para tener suerte. Ya me lo conozco Fran, también he leído a Dante. Jodida vida.

Sabes que Nadar, el fotógrafo francés, hacía fotografías en las cloacas de París. Y has visto imágenes de las minas inglesas de carbón. Incluso Jan Mos, un pintor y fotógrafo de hace dos generaciones que vivía en la calle Svatohorská, intentó documentar las minas de Příbram. Sin embargo, te sientes como el pionero de un viaje a lugares remotos y desconocidos. Te

acuerdas del abuelo de Martin, el supuesto orientalista. Así habría ido de cargado: además del trípode, la maleta con la cámara y una buena provisión de placas, arrastras una pesada lámpara de magnesio y dos grandes lienzos blancos enmarcados que el viento del sur agita en el patio del pozo Anenský. También has cogido el pequeño Adán de tierra, para que te dé suerte, esa figura desnuda que salvaste del *štufnverk* del padre de Hynek.

La cuadrilla de la mañana bajó hace una hora, ahora es vuestro turno. Cargas todo en la jaula de dos pisos, Hynek te pasa una llama para que enciendas tu lámpara. Después da una indicación ante la abertura de aviso y suenan tres timbrazos.

Llevas toda la mañana sintiéndote mal, y cuando al fin el suelo de la jaula se hunde bajo tus pies entiendes por qué. Te agarras abruptamente a las paredes, te sudan las palmas de las manos. Estás asustado, como Dante cuando se detuvo ante las puertas del Infierno. Hynek tiene que tranquilizarte, medio en serio medio en broma. La profundidad se ha tragado la luz del día y la jaula se lanza con un estruendo hacia la oscuridad. Cada segundo baja varios metros, pero de pronto se apodera de ti una sensación confusa, como si estuvierais subiendo. Hynek grita que el cable de acero es el que causa esos bandazos que hacen que la jaula se bambolea un poco. ¿Ha dicho un poco? Apenas le entiendes, los oídos se te han taponado durante ese ruidoso descenso hacia el interior de la tierra, como si llevaras puestos tapones de corcho. Te hace una seña para que tragues, tú también ves cómo él mueve la nuez al tragar.

Al rato ya no descendéis en plena oscuridad, bajáis cerca de unos niveles abiertos, unos pasillos iluminados se mezclan con vosotros y después desaparecen mientras os internáis, a través del pozo insondable, aún más profundamente en el corazón de la tierra. Tras apenas diez minutos, que se han hecho interminables, la jaula se detiene bruscamente. Estáis en el nivel 28, casi novecientos metros bajo tierra, trescientos cincuenta por debajo del nivel del mar. Sales de la jaula a trompicones. La lámpara de carburo ilumina la extensa explanada, como la estación de una ciudad subterránea. Inspiras profundamente el aire húmedo; no sólo el aire, también la luz y los sonidos son diferentes en este lugar. Aquí comienza el viaje al centro de la Tierra.

Hynek te ayuda con los aparatos y, en cuanto te recuperas un poco, avanzáis por una galería ancha y bien iluminada. Os cruzáis con un cuadro de

San Procopio, a través de la roca llegan los golpes lejanos de un martillo y el ronroneo de una taladradora. Aquí, en el pasillo principal, hay unas vías, por las tuberías silba el aire comprimido, por un momento una débil lámpara ilumina el espacio. En esta ciudad, erigida cabeza abajo, los ingenieros intentan construir todas las redes de servicios necesarias, como en una moderna metrópolis. No te pierdes, en el laberinto de galerías hay un hilo de Ariadna, una serie de cables y tuberías, bastaría con guiarse por el silbido de las juntas y los pistones.

Desde el ancho pasillo torcéis a uno algo más estrecho. Hynek dice: Lo de Krákora pasó aquí.

¿Aquí perdió la razón?

No, me refiero a Pepa Krákora, el cochero. ¿No te enteraste? El día del accidente estaba trabajando en el nivel 28 del pozo Vojtěch. Se enteró de que ardía, pero, en vez de salir corriendo hacia el pozo Anenský, se volvió a por el caballo, que tiraba de la mena. Ya sabes, llevaba trabajando con él muchos años y además vivía solo... Y aquí, en un pasillo donde se produjo un derrumbamiento, el caballo tuvo que pasar a través de un montón de trastos caídos, tropezando con las piedras caídas, y se rozó el cuello contra el techo. Ya ves lo bajo que está. Pero como Krákora era un hacha con los caballos, consiguió que pasara. Aunque al final la cosa no salió bien. Lo ató en la explanada, pero el caballo estaba asustado, sentía el humo y el pánico de los mineros, y al final se soltó y se cayó en un pozo. Claro, estaba ciego, como todos los caballos de las minas.

¿Y Krákora?

Bueno, este asunto lo retrasó. Consiguió subir hasta el nivel 7, y allí se asfixió.

Al cabo de un momento, Hynek dice: Ya casi estamos. Pero si quieres ir hasta donde se trabaja, tenemos que subirlo todo por una escala.

El yacimiento al que Hynek te lleva es pequeño, una cueva en la roca débilmente iluminada. Dos hombres con blusas extraen la roca con unas taladradoras neumáticas. El tercer minero coloca la mena que sacan en un cesto, después baja con él por la escala y echa su contenido en una vagoneta que tiene al lado. Te acucillan en un rincón y los observas durante un rato. Trabajan de un modo mecánico, sin movimientos innecesarios. Pero hay poco sitio para sacar todos tus aparatos de fotografía. Tenéis que ir a un yacimiento

más amplio. Te despides de los mineros con un apretón de manos y continuáis.

Hynek te guía de nuevo por el laberinto de pasillos y galerías. La roca está húmeda, pero no fría, aquí, a un kilómetro bajo tierra, la temperatura permanece estable, es el clima del corazón de la tierra. Por fin llegáis a un yacimiento en el que hay un espacio del tamaño de una habitación pequeña donde trabajan seis mineros. Son más habladores que los de antes, te toman el pelo, se quitan las gorras, dicen que hacía mucho que no habían visto allí abajo a nadie con sombrero. Pero se dejan hacer una fotografía de recuerdo. Se colocan en fila, como cuando se hacen fotos en la escuela, se arreglan las gorras y sujetan las taladradoras al costado como si fueran armas. Les complaces y haces la foto, pero después les tienes que explicar que has venido a documentar su trabajo. No entienden qué tiene de interesante.

Así que a ello, les anima Hynek.

Y, usted, ¿qué?, señor ingeniero, ¿no quiere probar?, pregunta el cantero que se había presentado como Mrvík.

Yo voy a hacer estallar la luz.

¿Que va a qué?

Ya lo verás.

Señor ingeniero, un tiarrón no hace estallar la luz, sino las rocas.

Mientras se toman el pelo, sujetas la cámara al trípode y encuadras. Tampoco aquí hay demasiado sitio, y además el suelo está torcido. Debes adivinar la exposición; por un lado, reina la penumbra, y por otro, no tienes experiencia en cómo usar una lámpara de magnesio. El polvo estalla e ilumina toda la escena. Cuando lo probaste ayer en el estudio por primera vez estalló débilmente; con más cantidad, se iluminó tanto que te dolieron los ojos. En el cuenco metálico de la lámpara de magnesio echas, por si acaso, menos cantidad de polvo relampagueante, para no asustar a Hynek.

Entre la lámpara y la cámara colocas uno de esos lienzos blancos, inclinado, para que la luz no deslumbre al objetivo y se difumine mejor. Deslizas la pantalla mate, colocas la placa sensitiva. Hynek recibe la señal para encender la luz, levantas la tapa del objetivo y expones la imagen unos dos segundos. El magnesio se ilumina, estalla y humea como si se hubiera aparecido el mismo diablo.

Cuando revelas esta primera placa descubres que todos miran con temor

hacia la lámpara, y Mrvík, el cantero, se cubre la cara.

Te quedas con el turno de la mañana hasta que acaba. Empiezas a comprender despacio el esfuerzo de aquellos voluntarios al descender al humeante subsuelo para ayudar a sus compañeros. Aquí abajo todos están en el mismo barco, en una oscura bodega, como los esclavos a los remos de un navío. Se apoyan en las rocas y reman para que se mueva un par de centímetros.

Hynek y tú pasáis de una veta a otra. Las llamas de las lámparas iluminan a hombres desnudos de cintura para arriba, en sus brazos enhollinados brilla el sudor. En los pasillos os cruzáis con corredores con vagonetas llenas de mena de plata, las vagonetas chirrían por las vías, en las que ha caído polvo de las rocas, los corredores de piernas musculosas los empujan hasta la explanada, y cada uno, como Sísifo, se vuelve a por otra ración de mineral, y es como si fuera la misma una y otra vez. Desde alguna parte se oye el relincho, descontento y sonoro, de un caballo ciego. El sonido se extiende por los pasillos excavados en la roca como por un teléfono subterráneo, a veces le siguen extraños ecos; así que no consigues calcular cuán lejos se encuentra el animal. El espacio está extrañamente curvado, condensado, los corredores no permiten hacerse una imagen adecuada; tienes la sensación de que podrías andar por los túneles durante años sin ser capaz de orientarte.

Por aquí, dice Hynek; torcéis por otro pasillo y al rato os encontráis con dos carpinteros que sin pronunciar palabra trabajan un tronco de dos metros.

Trabajan en ese apretado lugar con sus hachas, como pueden, para reparar el encofrado que un ligero corrimiento del techo ha hecho astillas. Por el derrumbe ya se puede pasar, te agachas y te sujetas el sombrero. Desde un recodo del pasillo, inesperadamente, llega una ráfaga de aire fresco y húmedo en el que percibes el olor del metal, como si olieras una bala de plomo. Extiendes tus herramientas y de nuevo tomas algunas fotos; los carpinteros, al cabo de un rato, sacan el almuerzo y mordisquean unas gruesas rebanadas de pan con manteca.

¿Podría derrumbarse otra vez?, preguntas.

Comen y se encogen de hombros. No debería.

Pero nunca se sabe.

Observas los postes del encofrado, burdamente trabajados, con restos de corteza.

Cuando la roca lo decide, aplasta todo, dice Hynek. Le rascamos la plata de sus tripas, ¿qué esperas?

Antes del mediodía subís varios niveles desde las calientes profundidades. Atravesáis varias galerías abandonadas, Hynek te lleva a alguna parte. Los pasillos se estrechan, a veces vislumbras algún letrero grabado, nombres o fechas de finales del siglo XVIII. Por unas aberturas avistas algunos yacimientos abandonados. De pronto se abre en la tierra un agujero del diámetro de unos hombros y Hynek pasa por él con cuidado.

Sobre todo no me pises la cabeza, dice, o te quedarás al cuidado de Magdalenka.

Lo dejas descender varios metros; después, indeciso, bajas tras él. Los peldaños de la escalera, sujeta a la roca, están húmedos y resbalan; por las piedras se desliza un hilillo de agua. Apoyas los pies con cuidado, más y más abajo. Te parece que estás dentro de un pozo, y empieza a apoderarse de ti una sensación claustrofóbica. Eres más robusto que Hynek; a veces, tus hombros chocan contra un saliente rocoso y punzante.

Tras varios minutos estáis de nuevo con los pies en el suelo, una pequeña cueva artificial, iluminada solamente por el candil de Hynek. De nuevo enciendes con él tu luz, y de los dos pasillos que veis, elegís el más estrecho. Andáis más o menos medio kilómetro, después tenéis que agacharos, y durante un rato avanzáis de rodillas. Tienes que dejar gran parte de tus cosas, y ya casi vas a protestar cuando Hynek se arrastra los últimos metros sobre la tripa y después se levanta en medio de una cámara rocosa sorprendentemente amplia con unas cuantas estalactitas. Te acuerdas de esas cámaras secretas de las pirámides sobre las que leíste no hace mucho en el periódico.

Aquí, señala Hynek, dicen que aquí escondieron los mineros a la Virgen del Monte Santo.

Respiras con dificultad, empiezas a recordar que la abuela os habló de ello. Hynek avanza hacia la pared más alejada, la ilumina, y las sombras abandonan una espaciosa hornacina. La roca brilla con reflejos plateados, en la pared del fondo reluce una cruz de oro.

Esto debió de ser un regalo de los habitantes de la ciudad dorada, comenta.

Pero ¿no decían que éste era el sitio más profundo de las minas?

Tal vez lo fuera, dice Hynek, en aquella época. Ahora esto está

abandonado, sólo vengo muy de tarde en tarde. Pero te diré una cosa: la última vez me guió un minero hasta aquí, dejó su almuerzo justo en esta hornacina, ¿y qué crees que pasó? En menos de un minuto había desaparecido.

¿Los duendes?

Claro, se ríe Hynek. No te creerías lo supersticiosos que son. Para ellos esto no está abandonado.

Echas un vistazo a la cámara húmeda. Hynek ha colocado el candil en la hornacina plateada. Seguramente yo también soy supersticioso, dices.

¿Y eso?, pregunta Hynek volviéndose hacia ti.

Tanteas tu bolsa y sacas algo envuelto en un papel.

¿Quieres hacer un experimento con tu almuerzo?

Sacudes la cabeza y le das el paquete.

¿Es para mí?

Te encoges de hombros, Hynek se te queda mirando y después desenvuelve una figurita desnuda del *štufnverk* de su padre.

¿Qué es?

¿No lo sabes? Pero después te das cuenta de que no es tan extraño. Te llevaste la figura a casa y él seguramente no la volvió a ver. Y no se le habrá pasado por la cabeza que esas figuras que su padre arrojó al fuego estuvieran relacionadas de alguna manera misteriosa con los mineros que un día después perecieron bajo las llamas bajo tierra, como cuando se ahúma un termitero. Con esas fantasías te atormentabas sólo tú en la escuela.

Lo llamé Adán, dices. Como el primer hombre.

¿El primer hombre? ¿De qué estás hablando, Fran?

Tienes que explicarle todo, como si aquel día no hubiera estado presente. Primero te mira desconfiado; pero cuando empieza atar cabos, se ablanda. Nunca me lo habría imaginado...

Durante años yo también me olvidé de él.

¿Y qué hacemos con él ahora?

¿No debería quedarse aquí?

¿Aquí?

En la hornacina.

Espera, esto es demasiado, se sujeta la cabeza, con las manos en las

sienes. Así que... así que ¿crees que tal vez aquello lo provocara mi padre?

Colocas a Adán en el hueco tallado en la roca, pero no se sostiene sobre sus piernas. Tienes que apoyarlo en la pared, bajo la cruz de oro.

Enséñamelo otra vez, pide Hynek. Observa la figura desnuda con atención a la luz del candil, tiene el cuerpo agrietado como un golem, un brazo roto y la cabeza un poco tiznada. Unos cuantos trazos negros de pincel le recorren el pecho, como si de niño hubiera querido pintarlo, pero luego hubieras cambiado de idea.

¡Vaya...!, exclama Hynek.

Y de pronto ya no puede contenerse. Desde el techo de la cámara caen gotas de agua en silencio y Hynek Klukan rompe a llorar. Un par de minutos más tarde saca del bolsillo un trozo de vela y la enciende, para que el primer hombre tenga luz.

¿Eres feliz, Fran?, pregunta mirándote.

No se me había ocurrido.

¿No se te había ocurrido preguntarte si eres feliz?

No lo había pensado.

Pero sobre eso ¿no hay que pensar!

Lleva ropa nueva, te gustaría ver qué ropa lleva normalmente al mercado. Tiene el cabello recogido en dos trenzas, como se lo peinaba la abuela cuando era una niña. No te gusta el modo en que te está mirando. Te observa con tanta curiosidad como si tuviera que hacerte ella una foto a ti en lugar de al revés.

No me importa tanto la felicidad, dices.

Sonríe, se levanta del taburete del estudio y se acerca a ti.

¿Y qué te importa?

La verdad, dices. La verdad es más importante que la felicidad.

La verdad... ¿Y no es la verdad más inmediata? Basta con que llame a Jiřík. Le acaricio el pelo y siento que soy feliz, hasta en la punta de los dedos. Y eso que no es mío. Pero ¿la verdad? Siempre he tenido la sensación de que debería haber nacido hombre. ¿Sabes por qué? Porque una mujer ha de

pertenecer a alguien, alguien debe tenerla, sentarse encima de ella y dirigirla.

Ema, ¿qué has estado haciendo todos estos años?

Sentarme y cocinar, qué te crees. A veces conseguía ir a pasear hasta el Monte Santo. Iba a la iglesia y a comprar al mercado. Me he enamorado dos veces, pero uno no me quiso y el otro se murió. Así que ayudo con la casa a Máňa ya sabes que me paso la vida en Ostrava, más que aquí. ¿Por qué lo preguntas?

¿Quieres un café? Tengo un pequeño hornillo de gas.

Encantada. Voy a avisar también a papá y a mamá, ¿vale?, y corre por el jardín hasta casa. Tras las ventanas se ve todo blanco, y contemplas cómo Ema se sube la falda y la nieve sale volando alrededor de sus tobillos.

Cuando entonces tu padre anunció que irías de aprendiz adonde Mattas, Ema gritó emocionada: ¡Por fin tendré un retrato! Has tardado más de diez años en realizarlo. Entretanto han ocurrido muchas cosas. Tienes claro que nunca vas a retratar a aquella Ema... Aquella que por las noches se metía en tu cama y con la que leías *Veinte mil leguas de viaje submarino*, bajo la luz de la última vela encendida, aquella que en las carreras de Přebram echó del asiento del triciclo a Hynek y después pedaleó contigo como loca, aquella que te despidió desde el andén cuando te fuiste a Múnich. Ahora, más que tu hermana, es una mujer adulta.

Colocas la jarra en el hornillo y te sientas en una de las sillas que hay alrededor de una mesa redonda de madera. Estás a gusto; pero pasas aquí menos tiempo del que desearías. El estudio, desde el primer momento, no marcha bien, es un negocio ruinoso. En Múnich (te parece que es un recuerdo de otra vida) aprendiste más de lo que era buenamente necesario; eres, sin lugar a dudas, el fotógrafo más erudito de las tierras checas, pues a aguantarte. Por el pasadizo de la casa de Václavské náměstí, pasan regularmente dos gatos, pero casi ningún cliente. Tu padre sigue apoyándote; pero él también tiene claro que esto no puede seguir así. Y tú ya no soportas sus mal disimuladas dudas sobre si el fallo está en ti o en Přebram.

Además, la vaciedad del profesionalismo ha dejado huella hasta en tu creación artística. Desde que terminaste la serie de las minas de plata andas a tientas. Te gustaría desarrollar lo que aprendiste en Múnich: la fotografía de estudio, el retrato artístico, y también los desnudos. Pero en Přebram no consigues ni modelos ni inspiración. Muy pronto te das cuenta de que

encontrar, en esta ciudad protegida desde su castillo por la Virgen María, a una chica joven dispuesta a desnudarse por amor al arte es un trabajo digno sólo del diablo más avezado. Ya sabes lo que es mirar a una mujer con deseo sexual; pero no eres de esos que no consiguen mirarla de otra manera. Todavía crees en el mundo sagrado de los sueños y crees que el cuerpo es sobre todo el envoltorio del alma. Si no hay belleza interior, tampoco la puede haber en el exterior, o si la hay es fría y aburrida, accidental.

Plasmar la verdadera belleza significaría erigir el primer pilar de ese puente que une lo visible con lo invisible. Y esa relación entre lo visible y lo invisible es lo que te gustaría investigar por medio del desnudo; o, al menos, así te lo explicas. El cuerpo, a diferencia del rostro, no sabe disimular, ésa es su ventaja. Además, la belleza del cuerpo humano desnudo ha estado subestimada y asfixiada en nombre de una moralidad dudosa que pone la decencia por delante de la naturalidad incluso ahora. Dios creó al hombre desnudo, eso no debería olvidarse, te dices.

Sólo en dos ocasiones has conseguido encontrar una modelo. Y cuando la primera se presentó en el estudio, todo fue bastante torpe, extraño e incómodo.

Tu visión se enturbió misteriosamente y sentiste pánico. Te diste cuenta de que no estabas preparado. La segunda chica además fue contándole a todo el mundo que había posado para ti, así que todos empezaron a pensar que habías desnudado a la ciudad entera en el jardín de la casa familiar. Una noche tu padre llegó de la taberna hecho una furia porque unos tipos le habían estado mendigando esas tarjetitas indecentes que haces, hasta con niñas. Reconociste con imprudencia que sí, que habías fotografiado a dos mujeres desnudas y a una niña de unos once años, y entonces te diste cuenta de que jamás conseguirías explicarle a tu padre lo que tratabas de hacer. No lo entendería. Entonces, con cierto sobresalto, te percataste de que lo habías sobrepasado en algo.

Enseguida vienen, dice Ema al volver. Espero no haber hablado antes a lo tonto... Pero no hay mucha gente con la que pueda hablar como contigo.

Le ofreces una taza de café, el retrato puede esperar. Mientras tanto la observas, tienes la sensación de que hoy la ves por primera vez.

Al rato Ema pregunta algo, como si adivinara lo que habías estado pensando hace un momento: ¿Y la belleza, Fran? Cuando te fuiste a Múnich

aún eras mi hermano pequeño, pero ahora eres un artista, y los artistas siempre hablan de la belleza...

Jiřík entra en el estudio, apretando con sus pequeñas manos un poco de nieve fresca.

Respondes con cautela: La belleza es el símbolo más puro de la verdad. Y el arte sólo tiene sentido cuando simboliza la verdad.

¡Aaah!, grita Jiřík enseñando las manos. ¡Aaaah!

Ema lo sienta en su regazo. Han cambiado los dos, ¿verdad?, pregunta sobre su cabeza rubia. Es curioso este estudio tuyo. Al entrar aquí, una tiene la sensación de que sólo puede hablar de cosas importantes... Es por cómo lo has dispuesto todo.

Me he esforzado mucho. Después te vuelves hacia el pequeño. ¿Vamos a patinar esta la tarde?

¡Pero si apenas sabe andar!

Pues te llevaré a hombros, ¿verdad?

Jiřík os mira, primero a uno y luego al otro, y después asiente pensativo.

Vuestros padres llegan y os fotografiáis todos. La nieve de detrás de la ventana arroja una luz difusa sobre el estudio, una luz que distribuye su atención equilibradamente sobre todo y sobre todos. Esas fotografías después se pierden; pero en ellas Ema abrazaba feliz al hijo de vuestra hermana. También estaba en ellas vuestro padre, por lo general sombrío, sonriendo discretamente, con una pajarita en el cuello, y a su lado vuestra madre con sus doloridos y bondadosos ojos. Y también salías tú, ese joven que tanto anhelaba la verdad y la belleza. Y el reconocimiento, tanto más cuanto menos lo conseguías.

En el dique del embalse helado una orquesta de mineros toca un vals. La helada ha desafinado los instrumentos, a los de cuerda les castañetean los dientes, los de viento tosen, el triángulo tiritita. El conjunto cambia de una forma dinámica porque, a cada rato, uno de los músicos se calienta tomando un grog. Los hombres y las mujeres de la orilla se colocan en el calzado unas cuchillas curvas y se aprietan recíprocamente las correas de cuero. Después, se lanzan sobre la superficie mate de cristal verde oscuro. Te deslizas haciendo un arco, agarras con suavidad a tu pareja y ambos patináis al ritmo de un vals. Los dedos de los árboles señalan hacia el cielo gris, y de alguna manera sabes que éste es tu adiós a Přebram.

Enma tira de un trineo en el que va montado Jiřík, rodeando el embalse. Tú lo coges en brazos y te lo pones a hombros, pero no le gusta, tiene miedo, se pone tenso. Vas a por un té con ron y observas a los jóvenes que se persiguen sobre el hielo. ¿Los jóvenes? ¡Si sólo tienes veintiséis años! Te recuerdas a ti mismo que ésa era la edad que tenía Beardsley cuando murió. Y todo lo que había conseguido. De pronto te sientes apesadumbrado. ¿Qué has conseguido tú? No hace falta pensar en Beardsley. Mañana ya tiene familia, Hynek paga cada mes al emperador y, además de Magdalenka, hace una semana tuvo otro niño. Y tú no tienes nada, y lo que es peor, no tienes a nadie. No tienes ni obra ni mujer, menudo artista estás hecho. Tres años con Mattas, dos años en Múnich, después un año de aquí para allá, el servicio militar, y ahora llevas ya dos años en Příbram. Cambias de lugar y vas dejando gente atrás.

Persigues algo que se pierde constantemente en la niebla. La chica con la que patinas en círculos sobre el hielo es otra relación casual. No te convencen los convencionalismos provincianos y no piensas buscarte a una mujer sólo para que te dé un hijo. Pero al mismo tiempo tu cabeza rebosa ideales, una red de encaje tan fino que podría flotar sobre el rostro de un ángel muerto; pero una mujer viva, de carne y hueso, al rato de estar contigo empieza a sentirse incómoda. Sale corriendo antes de averiguar que además llevas dentro lo contrario, la oscuridad que atraviesa la luz. Tienes claro que has agotado todas las posibilidades de Příbram.

Podrías quedarte aquí toda la vida, pero bajo unas condiciones difícilmente soportables, tendrías que ser otro: un hombre de los que se casan con la hija de los vecinos, de la que se había enamorado por primera vez a los cinco años y después, a los dieciocho, la encuentra de nuevo; un hombre de los que son capaces de sentarse en cualquier mesa de una taberna y a los cinco minutos le están palmeando el hombro; un hombre que estuviera más cerca de un pedazo de tierra que del cielo infinito.

Una construcción de hierro, con pilares colocados a ambas orillas sobre la corriente de agua, se despliega sobre el Moldava. Bajo esa serpiente metálica hay un tranvía en suspensión.

Por el letrero de su costado se adivina que es una conexión regular de

Praga a Brno, así que los mástiles metálicos parecidos a postes de alta tensión continúan más allá de Praga, a través del altiplano checo moravo. En el Moldava está anclado un pesado barco de vapor con varias chimeneas, un gigante transoceánico que se convertirá en el hogar de miles de pasajeros, navegando de Praga a Nueva York, como sugiere el letrero de babor. Muy por encima, sobre Hradčany, un voluminoso dirigible que transporta una hermosa casita familiar flota en el aire; sin embargo, en el lateral se puede leer claramente ESTACIÓN DE VIGILANCIA BÉLICA; así que no puede ser una tranquila casita familiar. Las chimeneas de los barcos de vapor típicas de las postales de la época, esas con la leyenda PRAGA HACIA EL FUTURO, humean, borrando las partes visibles que quedaban de esas archiconocidas vistas.

Cuando se imprimieron esas postales, alrededor de 1900, los viajeros de la línea regular Praga-Brno contemplaban desde el tranvía colgante una actividad inusual: el barrio Josefov y otras partes de Praga estaban en plena remodelación, el plan prevé derruir unas seiscientas viviendas. La dorada Praga sometió a la Ciudad Vieja a una gran purga. El sucio, maloliente y atestado Josefov debía desaparecer de la faz de la tierra y ser sustituido por un barrio modernista digno de la ciudad: bloques de edificios con amplios apartamentos que disponen de retrete con agua corriente y cuartos de baño, cálidos y con mucha luz; son hogares modernos, al poco tiempo tendrán incluso electricidad. El nuevo bulevar ya despunta desde la Plaza de la Ciudad Vieja hacia el Moldava, se abre paso a través de paredes mohosas, patios viejos, traperías, oratorios y casas de vicio. Esa avenida se llama Pařížská, y no porque lleve hasta París, sino porque a los concejales de Praga les ha parecido adecuado homenajear la reconstrucción de la ciudad del Sena de Haussmann; de ahí procede su inspiración.

Bestia triumphans, así lo resume Vilém Mrštík.

Gracias al saneamiento del Josefov se construyó la nueva calle V Kolkovně. Te instalas allí en enero de 1911, en cuanto te mudas a Praga. El edificio de cuatro pisos responde a todas las ideas que uno tiene sobre una vivienda moderna. Es emblemático, tal y como desea la ciudadanía, y está bien ventilado y limpio. Resulta difícil imaginarse que hace un par de años aquí hubiera un antro maloliente con un patio donde la gente llevaba orinando tanto tiempo que las paredes acabaron por derrumbarse.

Fue el último dinero que te dio tu padre. Pero un estudio de fotografía en un piso no funciona. ¿Quién se arrastraría a subir varios pisos cuando el fotógrafo no tiene siquiera un letrero decente en la fachada? Y encima hay unos sesenta estudios más en Praga... El dinero de tu padre se desvanece a toda prisa, y te da vergüenza pedirle más. Dispones de tres coronas a la semana, sobrevives a base de pan duro y agua, por las noches te rugen las tripas como si tuvieras dentro un león malhumorado. Para esto podía haber sido pintor, te dices.

Cada día te levantas más tarde, te inunda la impotencia y la apatía. Te dejas bigote y luego te lo afeitas. Parece que te has mudado de Přebram a Praga sólo para fracasar otra vez. Praga mira hacia el futuro, se deshace despacio de su laberinto callejero y espiritual de final de siglo; pero tú te sientes perdido. El optimismo aquí tiene otro sabor que en Múnich, huele a la vanidad de los constructores y banqueros, es afectado e interesado, a pesar de que se camufla con humanismo e ideales nacionalistas. Albert Einstein, que llega a Praga en la misma época que tú para desarrollar su idea de cómo verían el mundo unos jinetes que cabalgaran sobre un rayo de luz, no puede evitar comentar que los praguenses parecen ser una mezcla entre soberbios y serviles. La Praga de esa época no es ninguna Heliópolis, llena de intranquilidad y de un cierto temblor espiritual las mentes de sus ciudadanos. A pesar de todo el despliegue organizativo y de su desarrollo técnico, es una ciudad llena de contradicciones y conflictos sin resolver que va cayendo inadvertidamente en la neurosis.

La enemistad entre la mayoría checa y la minoría alemana es cada vez más evidente, y los judíos, que son los terceros en discordia, no saben a qué bando pertenecen, además de a su Dios. «¡No permitan que los funcionarios del padrón escriban en sus formularios la abreviatura de su nacionalidad, después la cambiarán!», advierte la prensa checa antes del censo de 1910. Las murallas derruidas han abierto la ciudad a los invasores industriales. Las fábricas de maquinaria, de ladrillos y textiles dan empleo a miles de obreros que sueñan con la dorada Praga; aunque en sus sueños las máquinas no les retumban en la cabeza y no les cae aceite en las sábanas.

A diferencia de Múnich, Praga no quiere abrirse. También tienes diez años más. Caminas de una orilla del Moldava a la otra, sobre todo por el Puente de Carlos, porque es el único en el que no hay que pagar, y te detienes

a admirar la estatua de Santa Lutgarda. A veces paseas por la vieja pasarela de hierro del Rudolfinum, hasta que la tiran, porque al lado ya han construido el Puente de Mánes. Un día te paras en medio y al rato observas cómo por el río navega hacia ti una embarcación alegórica. En la proa, alcanzas a distinguir a unos músicos vestidos con esmoquin negro y, en la cubierta, a unas figuras que saludan con jovialidad, aúllan, gritan, saltan e incluso bailan. Pero no distingues quiénes son. Una parece un general de la época de las guerras de Napoleón, otra un payaso o alguien de la «Comedia del arte», una tercera lleva un sombrero puntiagudo de unos dos metros en la cabeza, otra sostiene una calavera con los dedos, atravesándole las cuencas de los ojos, otra baila y salta descalza llevando en la cabeza algo similar a una corona funeraria...

Entre un enorme e incomprensible alboroto, pasa por debajo de la pasarela y se aleja sobre el nácar fluvial hacia Letná y después hacia el Puente de Svatopluk Čech, que todavía no llega a ninguna parte porque la ambiciosa zanja de la orilla de enfrente es, de momento, sólo el principio de un proyecto trazado en unos planos.

Saboreas la luz vespertina sobre el río, aún está un poco ácida, a pesar de que lleva madurando durante todo el día.

La única ventaja de Praga reside en que aquí hay más modelos, y son tolerantes. Algunas están dispuestas a posar gratis o a débito. Los clientes brillan por su ausencia, así que tienes tiempo para fotografiar desnudos otra vez. Los éxitos se alternan con los fracasos; pero la suerte te sonrío cuando algunos de tus bromóleos y de tus impresiones al carbón son elegidos para la exposición de abril del club checo de fotografía amateur en la galería Lucerna. Es bastante inesperado, porque en Chequia hasta entonces nadie había expuesto en público un desnudo artístico. La mayoría de los fotógrafos teme perder su buena reputación, y los comisarios de las exposiciones temen la censura. Pero tú no tienes nada que perder al respecto, al revés: debes destacar en algo. Eres una especie de conejillo de Indias, al que nadie le importará sacrificar si se demuestra que la época aún no está madura.

Pero esos desnudos pudorosos tienen éxito, es un pequeño *succès de scandale*. Un par de meses más tarde uno de ellos se publica en la primera página de la revista Fotografického obzoru. Y lo que es más importante: todos pueden leer tu nombre...

Estáis sentados en el café Slavia, un plan releva al siguiente.

¡Tengo una idea!, salta Augustin Škarda dando un golpe a la mesa. Mierda, ¿de qué estamos hablando todo el rato?

Del Congreso de los Deportistas del Sokol.[5]

Es verdad, ¡es una gran idea! Imagínatelo... Convencer al Sokol de que cada gimnasta debería tener su propio retrato...

Por los clavos de Cristo, pero si habrá... ¡unos diez mil! Espera, digamos que cincuenta por mil... digamos...

Tienes que recordarle que quería hablar de otra cosa.

Es verdad, ¡tengo una idea! ¡Camarero!, otra de lo mismo. Y, ahora, escúchame, te voy a contar algo que está en boca de todos. Llevan veinte años hablando sin cesar de esa Praga vieja, meada, apestosa, llena de piojos...

¿Y?

Se lamentan por cada barracón derruido que de todas maneras se caería pasado mañana.

¿Y?

Imagínate un álbum con todo eso... Un álbum sentimental de la vieja Praga. Con callejones oscuros, rincones para los amantes, pasadizos, patios en ruinas, ¡imagínatelo! ¡A treinta coronas por imagen! Bromóleos, claro. Y los vendería el grupo Artěl, para darle un punto artístico... Ahora dime qué te parece mi idea. Porque creo que tú también deberías recibir tu parte por ese saneamiento...

¿Es que renuncias a tu parte?

Para, para, que yo soy un ingeniero de la construcción...

¿Qué quieres decir?

Que con el saneamiento ya he ganado lo mío. Ladrillo a ladrillo, he hecho un buen dinero. Pero no lo vamos a negar, también corrían los chistes: «Cambio un piso de tres habitaciones en Vinohrady[6] por unos cuantos cobertizos en el gueto de Josefov... Nota: Corre prisa».

No entiendo.

No importa, es que no eres de Praga. ¡Camarero!

De todas esas ideas extraordinarias, conservadas en alcohol para que a la mañana siguiente no se estropeen, os quedáis con ese ciclo de rincones de Praga. Durante una semana más discutes con Škarda en diferentes cafés y, envueltos en una nube de humo, descubrís que conectáis bien: tú tienes imaginación artística, él sabe cómo organizar las cosas para obtener algún beneficio. Škarda, miembro del club checo de fotógrafos aficionados, cree tanto en tu capacidad que está dispuesto a invertir su capital.

Por fin tus días tienen algún sentido. Egon Erwin Kisch apuntó que los pasadizos de Praga están sometidos a la ley de la continuidad, uno da paso al siguiente y es posible atravesar todos los barrios de Praga sin pasar por las calles. En tus expediciones de investigación descubres este mundo secreto. Masná y Celetná, Týnský dvůr y Dlouhá třída, Truhlářská y Soukenická, atraviesas toda la Ciudad Vieja, casa por casa, patio por patio, y te sorprende cuánta periferia cabe en el centro de la ciudad. Un bloque de apartamentos, que se vuelve a la calle con su escaparate festivo, esconde en el patio trasero un anexo con galerías en ruinas como si fuera un malecón medio derruido... El taller de un zapatero, con la pared adornada por pares de viejos botines con las lengüetas fuera, como recuerdos de una batalla de hace cien años, que fue la última para sus dueños...

Otras veces basta con bajar la manilla de una verja desvencijada para encontrar un bloque de casas bajas con los tejados torcidos donde los niños juegan al escondite. Éstos, interrumpidos por un invitado no deseado con una cámara, salen de sus innumerables escondites, como moscas de sus crisálidas. Cuando después comprenden lo que pasa, zumban a su alrededor y ya no se puede librar de ellos. En medio de cada patio crece un árbol que da sombra y en cuyas ramas a veces se encuentra una cabaña para los niños; abajo, junto al tronco, suele haber un banco para los viejos, casi en descomposición y a la espera de que alguien lo arregle como es debido. También en las viejas escaleras de caracol hay bancos para descansar por la noche o cuando uno no quiere volver a casa por diversos motivos. Te topas, además, con largas escaleras apoyadas de modo que el que subió por ellas tuvo que caerse de cabeza e ir directo al cielo sin que nadie oyera más de él. Encuentras maceteros huérfanos, arcones abandonados, cestos de mimbre, baldes, tinas, pucheros y jarros, tantos que todo este mundo se podría llamar «el reino de

los recipientes vacíos». Los perros adormilados murmuran más que gruñen y los bebés dormidos en las cunas, al fresco, se sumergen en sus sueños inexplorados.

Todos esos patios y pasadizos tienen algo en común; pero a la vez cada uno tiene su propio encanto, sus sonidos, olores y aromas. En esos incontables patios fumas unos cigarrillos que saben siempre igual y esperas a la luz, o a que la sombra del árbol se mueva para que caiga sobre la pared descascarillada. En esas imágenes también aparecen personas, pero como por casualidad, de lejos, de espaldas y mientras realizan alguna actividad rutinaria; no son más importantes que las sombras o los objetos.

A veces charlas con ellas, y ellas, con una sorprendente buena disposición, te cuentan sus vidas. Jovencito, yo trabajaba en ese bosque en el que se pegó un tiro el príncipe Rudolf, relata un anciano. Escuché dos disparos, y qué le parece, salí corriendo, porque cómo podía saber que era él. Qué fama tan triste se extendió después...

Un hombre desconocido pasa a tu lado, se levanta el sombrero, silba y continúa su camino.

Dos niñas renegridas intentan colarse disimuladamente en el encuadre.

El príncipe Rudolf tenía entonces mi edad, continúa el anciano. Y ahora yo tengo los años que él tendría si no se hubiera suicidado.

Es lógico, dices sonriendo.

Lógica, rezonga, la gente siempre se cree muy lista, hasta que pasa algo así.

Škarda a veces te acompaña, pero no tiene la paciencia de esperar a la luz adecuada. Soléis encontraros al anochecer en la cámara oscura donde preparáis los bromóleos. Es un proceso extremadamente difícil, hacer una copia tarda una semana y, mientras, se pronuncian blasfemias y juramentos suficientes para varias confesiones. Se emplea un papel de copia y, después de copiar el negativo en la capa de gelatina, sólo hay una débil sombra de la imagen. Se pasa al revelado cuando la impresión se entinta con un pigmento al óleo, y ese proceso tiene la capacidad de ensuciar por completo todo lo que hay alrededor, además de ser muy pegajoso; así que si no se anda con cuidado, al poco se tienen los dedos como si uno los hubiera metido en betún. La aplicación de la tinta con una brocha especial cortada al bies requiere paciencia, destreza y una experiencia de la que al principio careces. Si todo

sale bien, las partes sobresalientes de la gelatina repelen el pigmento, las más profundas lo absorben, y bajo las cerdas de la brocha nace una imagen sugestiva por la que acaba mereciendo la pena todo el proceso: es el pictorialismo por excelencia, Hans Sporl estaría orgulloso de ti. La fotografía se pasa secándose tres días antes de que se puedan hacer retoques, si son necesarios; pero eso ya es una tarea fácil y agradable que haces con gusto. Sólo te faltaría que alguien te cantara o tocara la viola como hacía Eva desde la ventana del conservatorio cuando retocabas las imágenes de Mattas.

En medio año sacáis unas cien fotografías, y escogéis más o menos la mitad para el álbum *Desde los patios y corrales de la vieja Praga*. Artěl lo prepara con sumo cuidado, gracias al olfato de Škarda para captar clientes, en la portada aparece un hombre que levanta un pico contra el cielo sobre las ruinas de su casa, en medio de una escombrera. Parece el último representante de la especie humana, decidido a destruir los restos de este error colosal.

Alentado por este primer éxito cerráis un trato justo: tu talento más sus medios resultan en beneficio mutuo dividido por dos. Fifty, fifty, silbó Škarda aplaudiendo al ritmo, cuando a altas horas discutisteis sobre la posibilidad de abrir vuestro propio estudio. Sopesasteis cuál sería el enclave idóneo y la elección recayó finalmente en el nuevo palacio Hulicius en la esquina de las calles Jungmannova y Vodičkova. Hace unos años allí estaba la residencia de dos pisos de Matyas Bernard Braun, pero a finales de siglo éste se encontró a sus espaldas con dos grandes bloques de apartamentos que dejaban ver antiestéticamente sus costados sobre el tejado más bajo. Sólo valían para colocar gigantescos anuncios: ¡EL CAFÉ SABE MEJOR CON ACHICORIA VELIMSKÁ!

El problema se resolvió derruyendo la casa barroca de Braun. Subís hasta el penúltimo piso en un moderno ascensor con la parte de atrás acristalada. Škarda reflejado en el espejo parece un poco mayor que tú; tiene la cara redonda, sobre la frente abombada se le marcan unas prominentes entradas. Se mira en el espejo; pero cuando se da cuenta de que lo estás observando hace sonar las llaves para animarte. El hecho de que en la calle Vodičkova se encuentre el estudio más grande de Praga, el estupendo estudio dejan Langhans, no le preocupa en absoluto. Lo llaman «la fábrica de fotos»: siete retocadores de negativos y ocho de positivos, dos operadores, cuatro

copiadores, dos asistentes, un contable, un bibliotecario y al menos un sirviente. Y también un automóvil nuevo, que todos admiran, para hacer publicidad. Tu padre quería haberte buscado un sitio allí, cuando estabas de aprendiz con Mattas.

El ascensor se para en el cuarto piso. Škarda mete la llave en la cerradura, la gira despacio y empuja la alta puerta. Voilá... Detrás de usted, maestro.

Después de tres años de dificultades no podrías pedir nada mejor. El nuevo edificio modernista con dos torrecitas con miradores a los lados de la fachada atrae la atención de los viandantes. El constructor no contaba con que en el cuarto piso hubiera un moderno estudio fotográfico, pero en cuanto entras en el apartamento de tres habitaciones te das cuenta de que Škarda no ha mentado: está diseñado tan generosamente que no habrá problemas para transformarlo en un estudio.

Ninguno de los dos comenta el hecho de que ganasteis el dinero vendiendo nostalgia por la vieja Praga, pero el nuevo estudio lo queréis abrir en un sitio donde nadie encontraría esa nostalgia.

Lo tenéis más o menos pensado. La entrada se transformará en una oficina de recepción, que también servirá de sala de espera y de guardarropa. Entre las dos habitaciones colocareis unas altas puertas dobles con las que se creará un espacio amplio y bien iluminado con un mirador acristalado y dos ventanas más encima. Ha desaparecido un techo acristalado como en los viejos estudios, pero esto sólo responde al cambio del canon del retrato: el viejo principio de Daguerre de iluminar con luz delantera superior se ha quedado anticuado, ahora se considera más moderno emplear luz lateral o luz eléctrica. En el cuarto de baño estará la cámara oscura, donde se cargarán las placas y se revelarán los negativos; la cocina servirá para hacer los retoques.

Pero, como si eso no fuera suficiente, el emprendedor Škarda, de una tacada, ha alquilado también el estudio de pintura del ático. Allí, una gran ventana pide a gritos que tras ella tenga lugar el proceso de hacer copias en positivo, mientras que la pequeña habitación lateral habrá de conformarse con ser el almacén de los negativos.

Aún queda un pequeño cuarto abajo, pensado para un sirviente. Allí vivirás tú...

Echas un vistazo a las habitaciones vacías, huele a pintura. Las ventanas del mirador cubren el suelo de madera con luces en forma de rombos. En un

impulso repentino te tumbas entre ellas con las manos tras la cabeza y miras al techo.

Una vez, en Múnich, Hans Sporn os llevó al Hofatelier Elvira. La fachada más famosa de Múnich estaba adornada por un dragón de cinco metros de color carmesí, es la incursión más extraña de la fantasía modernista que has visto hasta ahora, y el interior era realmente una exhibición de virtuosismo artesanal. Las barandillas de la escalera de la sala central se parecían al hielo resquebrajado en los charcos o a una porcelana agrietada, la luz brotaba de las columnas como chorros de agua. Dentro del mismo estudio había unos arcones de cuento con cerrojos en forma de medusas, estanterías con marquetería, cómodas con incrustaciones; en una mesita descansaba una jardinera de cristal con un nenúfar flotando. Desde entonces sueñas con un estudio semejante, pero está claro que no tenéis dinero para decorarlo de esa manera, tendréis que apostar por la simplicidad, el espacio y la luminosidad.

Škarda te da con la punta de su zapato como si estuvieras muerto. Te acercas a los ventanales, las personas que están abajo, en la calle Vodičkova, parecen hormigas.

Te gusta que el estudio se encuentre tan alto, aislado y protegido del ruido de la calle.

Durante las siguientes semanas lo arregláis todo. Elegís en un catálogo papeles de tela lujosos y empapeláis las paredes hasta una altura de tres cuartos mientras que la última cuarta parte la dejáis blanca o con una decoración de grandes rectángulos. Cubrís suelo de tablas largas de madera con unas largas alfombras con motivos florales y colores claros que compaginan a la perfección con el papel. La calefacción de la esquina la tapáis con un armario con una rejilla brillante de mosaico en el que descansa un espejo que agranda el espacio y, delante del espejo, colocáis una escultura blanca de una bailarina. Elegís también con sumo cuidado unos cuantos sillones modernistas, una mesa ovalada, sillas, cortinas y biombos, un reloj de pared y unos jarrones. Škarda sabe moverse; así que en unas semanas está todo dispuesto. Después invita a unos cuantos periodistas conocidos en el círculo fotográfico. En el número de marzo de *Fotografického obzoru* los amables lectores pueden leer:

«El 25 de enero el comité del club visitó el nuevo estudio de fotografía artística Drtikol y cía., situado en el palacio Hulicius, en la esquina de las

calles Jungmannova y Vodičkova. Uno se deja llevar arriba cómodamente por un ascensor hasta la cuarta planta. Echa un vistazo buscando un estudio; sin embargo, nada llama la atención, todo es sencillo, como en una casa cualquiera. A mano izquierda se vislumbra el letrero DRTIKOL Y CÍA., se llama al timbre y una agradable recepcionista da la bienvenida. Tras dejar el abrigo en la entrada le lleva a uno a una sala de espera, amueblada con elegancia, donde ya en las paredes se pueden ver fotografías artísticas; pero no colgadas como en una galería de arte, sino colocadas con buen gusto en lugares distinguidos, como en las salas de espera de nuestros profesores de universidad o abogados, amuebladas con un gusto exquisito. Sorprende la simplicidad y, a la vez, la elegancia, y uno espera ansioso el instante de encontrarse con la parte principal, el lugar de trabajo, el estudio fotográfico. El tiempo pasa agradablemente, en compañía de la amable y distinguida recepcionista o con la lectura de alguna revista fotográfica o algún diario que hay a disposición de los visitantes. Por fin aparece por la puerta lateral un rostro lampiño joven y conocido y da la bienvenida a los representantes del club, haciéndonos pasar a unas habitaciones maravillosamente amuebladas. Uno se queda tan anonadado ante la elegancia, el equipo, el despliegue económico de los utensilios y la riqueza de la luz que llega desde el mirador y desde dos ventanas laterales discretamente cubiertas por unas cortinas, que sin querer le parece que se encuentra en un salón de recepciones. Entonces descubre en un rincón una sólida cámara fotográfica sobre un trípode, cubierta por un paño negro, y antes de poder preguntar al encargado, el señor Drtikol —este salón también sirve de estudio fotográfico— toma la palabra y comienza a disertar sobre el arte del retrato fotográfico moderno y los medios para conseguirlo...».

A pesar de todo, esperáis más de dos meses al primer cliente. Un chico soso y sin gracia, que ni siquiera utiliza el timbre, llama torpemente con los nudillos, para no molestar. Lleva un frac negro y os explica que se va a granular y que su madre lo ha mandado al fotógrafo para no olvidar la ocasión. Después enrojece y se corrige, se va a graduar. No puede parar de moverse, y cuando se marcha, sospechas que no volverá a por las fotografías, de la vergüenza que siente.

Es difícil saber qué le impresionó tanto a este muchacho lleno de granos para convencer a todos sus compañeros de que vinieran, precisamente a

vuestro estudio, a retratarse para la orla.

Como si abrieran una compuerta. Una hermosa mañana, una manada de bachilleres inunda el estudio hasta los toques: hombres jóvenes con traje, chicas con vestidos de volantes color crema, gorjean, se incordian, se critican y, uno tras otro, se colocan delante del ojo cíclope de la cámara, que parpadea dos veces cada uno. Tras la cámara, con una mano en el bolsillo, bromeas con ellos. Te sientes como pez en el agua.

Por vuestro estudio pasan en total dieciséis clases de bachilleres. A una de ellas pertenece una tal Eliška Janská, la hija del dueño de un café.

Está delante de un espejo y se peina el cabello largo, casi negro, que le cae casi hasta la cintura. Lleva puesto un camisón blanco que se curva sobre sus pechos puntiagudos. Se ha levantado hace poco, aún tiene la cara un poco aplastada por la almohada, hace muecas ante el espejo. En una mesita hay un ramo de lirios con una nota.

Eliška bosteza.

Ya ha cumplido los dieciséis, la semana pasada terminó sus estudios en la escuela superior femenina. No tiene padre, pero su madre y su tío Karel meditan sobre qué hacer con esta vida que comienza de una forma tan encantadora. Está prometida con el Dr. Josef Chroust, un hombre serio, cuyo nombre sin embargo no le ofrece ningún placer especial. De momento irá a la ciudad, y se parará en el café Bristol.

Se dirige al cuarto de baño, por el camino se quita el camisón. De nuevo se mira en el espejo, se pasa automáticamente el pelo de un lado al otro, se estira y piensa: Estoy enfadada contigo, Eliška, ¡eres demasiado bonita!

No suele comportarse así. Pero ahora se siente libre: ya ha pasado el examen final y parece que la corteja cierto fotógrafo. El ramo de lirios no es del Dr. Chroust; éste nunca escribiría: «¡Es usted como la primera mañana del mundo!». En el cuarto de baño, acaricia su pelo largo y negro hasta las puntas y luego hace una profunda inclinación. Pero pierde un poco el equilibrio, tropieza y a punto está de abrirse la cabeza con el borde del lavabo. Desnuda sobre el suelo, se agarra una muñeca, gime y se ríe a la vez. Le gusta quedarse sola en el piso, divertirse a solas.

Añade al agua del baño unos pétalos de rosa que le ha regalado su tía. Es bonito ser una chica joven, piensa. Los pétalos se mojan y se le adhieren a la piel, coge dos de ellos de sus muslos y se los coloca sobre los ojos.

Eliška parpadea.

Finalmente, tras un largo aseo matinal, sale a la calle. Praga es su amiga, en sus calles se siente satisfecha, como en un abrazo íntimo. En la bañera ha hecho el amor consigo misma, a pesar de que está prohibido, y aún necesita un poco de ternura. En cuanto sale de casa se compra unos bombones, unos rellenos de almendra y otros de licor, quiere dejar que se deshagan en su boca, pero es demasiado difícil para la voluntad, y, como es habitual, no lo resiste y muerde el chocolate antes de llegar al relleno con la lengua.

Hace poco alguien le dijo que esos bombones rellenos se llaman *furé*; lo apuntó en ese diccionario de términos poco conocidos que lleva al día cuidadosamente. Pero cuando después quiso lucirse con la palabra delante de una amiga, ésta no sólo conocía el término, sino que entre risas le proporcionó más información: dicen que los hombres también tienen una especie de *furé* con un relleno muy suave al que se llega si se chupa el bombón el tiempo suficiente. Eliška no entendió qué quería decir, preguntó, pero la amiga se negó a darle más explicaciones y Eliška ya no indagó más, porque sabía que el mundo está lleno de misterios. ¿Por qué los hombres no podrían tener en su corazón un dulce relleno?

Es un día precioso de junio. El sol es sorprendentemente intenso, menos mal que te has puesto ese veraniego sombrero con un lazo que te da sombra en la cara. Hoy estás muy satisfecha con tu atuendo.

Te has dejado el pelo suelto, asoma por debajo del sombrero y cae sobre un vestido de seda de color crema con mangas cortas abullonadas. El vestido huele al jabón de lavanda que tu madre pone en los armarios y además va despidiendo el olor del baño de rosas. Has deslizado las delicadas puntas de tus pies delgados en unos zapatos blancos adornados con un lazo que parece una mariposa, y esa mariposa se eleva ligera con tus pasos. Sí, podría echar a volar, es todavía muy inexperta, no sabe nada sobre el peso del cuerpo humano que se desmorona sobre la tierra.

Cada vez que se cruza en la calle con alguien que le resulta agradable dice en voz baja: Eliška Janská le desea un buen día.

El padre de Eliška ahorró muchos años para poner el café Bristol de la

calle Jindřišská. Trabajó en el extranjero hasta conseguir la cantidad suficiente y abrió el café, pero murió de repente poco después. Ahora lo dirige su madre y Eliška a veces la ayuda; al menos con su agradable presencia a la vista, que atrae a ciertos caballeros, que acaban pidiendo un segundo café.

¿Ya ha desayunado?, pregunta el viejo camarero inclinándose hacia ella.

Alois, Eliška Janská le desea un buen día. ¿No está mamá?

Claro, señorita. Quiero decir... yo también le deseo un buen día. La señora Janská tenía que hacer unos recados en la ciudad. ¿Puedo ofrecerle de momento unos huevos fritos y un zumo fresco?

Eliška desayuna.

Y este día de finales de junio, los hombres que pasan por la calle están pendientes de Eliška, que desayuna en la terraza del café Bristol. En muchas ocasiones llegan a detenerse, comentan algo animadamente, los gestos se desbocan y las miradas se dirigen hacia ella. Los cazadores solitarios se sientan a veces en la mesa de al lado e intentan entablar una conversación. Dicen: Un día hermoso, ¿verdad? O: Perdone, pero ayer estuve en el teatro, ¿no es usted actriz? O: ¿ha montado alguna vez en automóvil? ¡Es algo inolvidable! Por casualidad tengo el mío aparcado cerca de aquí... Pero Eliška se ha aprendido una estupenda frase para salir de estas situaciones: *Scusi, signore, sono una cinese triste.*

Y, si por casualidad el susodicho sabe italiano, pocas veces tiene una réplica que justifique su charla con una triste china. En realidad, esos caballeros no intentan ni protestar porque no tenga los ojos rasgados o porque las chinas de Praga rara vez hablen italiano, y se retiran hacia atrás como cangrejos con las pinzas rojas vacías.

Ahora Eliška medita sobre si no va siendo el momento de abandonar su coartada de la china triste al menos por una temporada. La nota del ramo de lirios no contenía sólo esa acertada comparación de su hermosura con la primera mañana del mundo, sino además una petición: ¡Permítame fotografiarla de nuevo! ¡Venga! ¡Será usted mi invitada más especial!

Los huevos están deliciosos, fritos con mantequilla, como a ella le gustan: la clara bien hecha y la yema blanda. Bebe el zumo con delicadeza y se imagina cómo será una sesión fotográfica privada. Se pregunta si sería decoroso encontrarse sola en una habitación con un hombre desconocido,

aunque sea un estudio de fotografía. ¿Se debe? No está segura de lo que dice la ética, la ley suprema del mundo, sobre casos como éste. Pero difícilmente puede negarse a sí misma que ya ha oído varias veces que las modelos suelen ser además las amantes de los artistas. No sabe qué quiere decir ser la amante de alguien, aunque imagina que es algo hermoso y peligroso; algo así como ser aviadora o submarinista, esos deportes de los que tanto se habla ahora.

Y está claro que tiene que ver con lo que conoce de sus baños de pétalos de rosa.

¡Mamá!, dice saliendo de sus cavilaciones, ¡Eliška Janská le desea un buen día!

¿No vamos a ir por la tarde a la piscina, con el día tan bueno que hace?, sugiere su madre, que lleva unos cuantos paquetes en las manos. ¿Acabo de comprarme un nuevo traje de baño!

Y si me gusta, ¿me comprará uno a mí?, le suplica. ¡En la tienda Las Tres Vírgenes han traído una colección nueva!

¡Estupendo!

¿Entonces?

Sí, debería refrescarme, tengo el calor pegado al cuerpo de tanto correteo. Eliška se pone colorada.

Cuando una semana más tarde llega la respuesta de Eliška, justo estás retocando los negativos. Pierdes el tiempo con unos pequeños puntos que han quedado en la placa debido a unas burbujas de aire. Škarda te pone la nota delante de los ojos y dice: ¡Vaya, una señorita quiere encargar un *solo*!

Por desgracia quiere venir con su madre, dices cuando terminas de leer la nota. ¿Te encargarás de ella?

¿Que si me encargo de la madre? Pues claro que me encargaré de la madre.

recomiéndame algún sastre decente.

¿Por esto?, dice dando la vuelta a la nota entre los dedos. En tres días lo único que les va a dar tiempo a coserte será un saco de patatas.

Venga, hombre, recomiéndame una buena tienda de trajes de caballero.

¿Te gusta este traje que llevo?

No está mal.

Yo diría que está hecho a medida en una sastrería de encargo de primera clase. Algo así tarda dos semanas.

En realidad necesito dinero prestado para el traje.

Škarda alza los ojos al cielo. Creo que no has entendido la nota. Dice que quiere fotografiarse, no casarse.

Ya veremos, dices sonriendo.

Ese mismo día eliges unos pantalones y un favorecedor chaleco. Por la noche caminas por Václavské náměstí, y por Na Příkopě como un petimetre, llevas en los labios un cigarrillo, en la cabeza un sombrero, en la mano un bastón. Te paras a tomar un café en la cafetería alemana Continental y dejas una buena propina del poco dinero que te queda. Cuando uno tiene un estudio artístico en el centro de Praga ha de aprender a hacer este tipo de cosas.

Eliška llega perfectamente arreglada. Con esas flores en el sombrero, no parece de ningún modo una chica triste. Augustin conversa con la madre y tú le enseñas a Eliška el estudio, cada rincón, para tener un poco de intimidad. A Eliška los ojos le saltan de un sitio a otro, a cada momento pregunta algo. Es, a medias, mujer; a medias, niña. Te gusta su espontaneidad charlatana, no es ninguna señorita tiesa. Y, sin embargo, ¡tiene mucho encanto! Se desliza por el espacio con su vestido blanco como si fuera un cisne bufado, su superioridad te ha dejado huella.

El ideal se escapa de la persona como el genio de una lámpara, pero después es ese ideal el que se encarga de todo. Cuando llega el momento de las fotografías, Eliška te deja que arregles los dos primeros retratos a tu gusto. Después, ella se entromete con valentía.

¡También con este sombrero!, te pide, y coge el sombrero de su madre. ¿O mejor así?

¡No me pida eso!

¡Por favor!

Una semana más tarde te enteras de que está prometida con el Dr. Chroust. Pero ya es demasiado tarde, estás decidido a amarla. Le envías ramos de flores, notas perfumadas, dos veces al día te paseas por la calle Jindřišská y miras por las ventanas del café Bristol por si está allí. Te vistes con elegancia y, si tienes la oportunidad, la cortejas como un urogallo. Por fin

puedes amar a alguien como es debido. Un día invitas a Eliška al teleférico que sube hasta Letná. Es lo que queda de la exposición del año 1891, que aún recuerdas de tu infancia. Tu padre planeó ir allí en una de sus excursiones familiares, a los ocho años viste un templo egipcio, un castillo gótico, e incluso el pabellón fotográfico Helios, todas esas atracciones que entonces quitaron el aliento a los habitantes de Praga.

¡Y el último oso de Šumava!, exclamas ya en el vagón del teleférico mientras ascendéis por la ladera empinada.

¿Encerrado? Yo vi uno en el foso del castillo. Mi madre me decía que me encerraría con él si me portaba mal.

Como la bella y la bestia...

Eliška se ríe, los cumplidos le gustan.

¡Qué va! Mi oso estaba disecado. Pero daba miedo igual.

Te pones de pie en el vagón del teleférico e imitas al último oso de Šumava levantado sobre sus patas traseras. El culpable de que hagas eso es el vino que has tomado con la comida.

No sabía que supiera gruñir tan bien, te susurra.

Perdonen, te disculpas ante los otros viajeros.

Durante un momento os convertís en el centro de atención, y Eliška se sonroja. Sientes su olor, seguramente de la sangre irrigándole la piel, y deseas que se sonroje y se sonroje y que huela y huela; aunque al mismo tiempo te atormenta. Para soportarlo sólo te funciona fumarte un cigarrillo, que durante un rato te desinfecta de todo ese aroma. En cuanto os bajáis en Letná enciendes uno.

Fuma usted como un carretero, te reprende.

Es por usted.

¿Por mí? No me diga...

Si no, siento su olor.

Pues usted huele a tabaco, dice ocultando su confusión. Y si se cree que eso es varonil, se equivoca.

Me interesaría saber qué es varonil según usted.

Eliška medita. Es varonil que un hombre sepa cuidar de una mujer.

¿Eso es todo?

¿No le parece suficiente? ¿Usted sabría hacerlo?

Su madre cree que la educación cívica es la mejor preparación para la vida; así que Eliška a veces es un poco cándida. De momento no muestra ninguna sensibilidad artística. Se sabe de memoria unos cuantos poemas, pero los recita con fingido sentimiento, y entre las fotografías escoge siempre la más efectista o excesiva. Podrías decirte que esa flor no es para ti y, sin embargo, en vez de eso consideras que todos sus defectos te dan una oportunidad. Cuantas más reservas pone ella, más probabilidades te parece que tienes.

Crees que con tu experiencia podrías iniciarla en los etéreos mundos del arte. En realidad, tiene una gran suerte de haberte encontrado, porque con el Dr. Chroust le esperaría una vida aburrida que enterraría su encanto y su alegría, rasgos que a tu lado, por el contrario, puede desarrollar y completar con otros atributos de una buena esposa. Ay, ¿cómo podría rechazar el bienestar y el honor de ser amada por ti?

Por fin puedes poner en práctica ese oficio que aprendiste en Múnich.

Y no se trata de lo que te enseñó Hans Spörl. Aún conservas viva en tu memoria esa excursión de ensueño al Hofatelier Elvira, donde la dueña, Sophia Goudstikker, os contó su teoría musical sobre la melodía del ser humano. Si va al teatro, te exhortó, percátense de cómo juzga a los personajes cuando aparecen por primera vez sobre el escenario. Es por su aspecto, su vestimenta, su manera de hablar, sus gestos; pero también por su postura, el modo en que se mueven o algún otro destacado rasgo fisiológico. Y todo eso constituye algo que yo llamo melodía del ser humano. Afirmo que cada uno tiene una melodía corporal concreta: algunos en tono menor, algunos en tono mayor. Entre las personas existen también diferencias más sutiles: una es un *adagio*, otra un *allegro*, otra un *furioso*, otra un *lento*, aquélla un *moderato*... Y creo que alguien con más talento que yo sería capaz de interpretar a cada persona al piano.

Y ahora, por ejemplo, imagínese que entra en el estudio un hombre que, según sus movimientos, gestos y algunas palabras, considero que pertenece al tipo lento: es insulso, se mueve con languidez, habla seriamente y no se le ocurriría bromear, hacerse un retrato en realidad le molesta. ¿Cómo conseguiré captar el carácter de una persona así? Para empezar, no debo juzgarlo. Tal vez un tipo así no sea de vuestro agrado, porque le falta energía

y parece algo torpe. Pero vuestra tarea consiste en una única cosa: representar la verdad. Y, además, ¿quién no ha sentido nunca el *taedium vitae*? Así que tengo delante a un hombre que adivino que es del tipo lento. Por eso debo utilizar una iluminación predominantemente suave, casi monótona, que responda a su naturaleza pausada, con cierta inclinación a la aflicción.

La mirada de una persona así no puede ser soñadora o apasionada, más bien insegura o casi esquivada. Y lo mismo ocurre con su postura. A una persona así no la puedo fotografiar en medio de un gesto brusco o en movimiento, como ahora está tan de moda, sino con las manos entrelazadas y en calma. Dese cuenta de lo a menudo que este tipo de gente entrelaza los dedos, como si en la vida quisieran tocarse sólo a ellos mismos...

También tú intentas adivinar cómo es cada cliente que entra en tu estudio en cuanto aparece en la sala de espera. Conversas amigablemente con él, pero en realidad haces tiempo. Durante la charla te fijas en algún gesto característico, o algún detalle importante en el que se condensen sus costumbres vitales. El retrato no se origina en el momento en el que se coloca delante de la cámara, bien, aquí me tienen, caballeros. La fotografía ha de estar antes en tu cabeza, como una matriz que ya sólo hay que imprimir.

Cuando la gente se coloca delante de un fotógrafo o tiembla como un flan o, por el contrario, se ve afectada por una curiosa rigidez, y a veces intentan encubrir sus inseguridades con actuaciones varias. Se requiere un poco de psicología para convencer a una persona de que se relaje y sea ella misma. Entonces hay alguna esperanza de encontrar, en el rostro o en algún movimiento, el atuendo interior de tu cliente, esa melodía íntima del ser humano, como la había denominado Sophia Goudstikker.

Si consigues esto, has ganado: el cliente se convierte en un ser real que empiezas a apreciar y puedes fotografiar.

Las celebraciones reales tienen lugar por la tarde. En cuanto sale el último cliente del estudio, y con él, también Škarda y el asistente, llegan las modelos. Te las imaginas arreglándose frente al espejo del ascensor mientras suben hasta tu torre. En la beata Přebíram la desnudez se consideraba vergonzosa, un pecado, pero la madre Praga te abastece generosamente con sus hijas, que han hecho un descubrimiento maravilloso e inesperado: su propio cuerpo.

De niño nunca hubieras imaginado que en tu vida verías a tantas mujeres

desnudas. Creías que un hombre siempre se casaba con la chica a la que veía desnuda por primera vez, la que le estaba destinada. Pero ahora, ante ti desfilan, una tras otra, mujeres con el vestido de Eva.

Suelen desnudarse tras un biombo, ya que les avergüenza más desvestirse que permanecer desnudas. Y, después, se muestran como si fueran arcilla modelable ante su creador. Así es como te sientes: tienes que crearlas de nuevo en la fotografía, sacarlas de sus vidas y enmarcarlas en las dimensiones de una placa sensible, hacer de ellas un símbolo. Necesitas conocer a cada una de ellas, igual que haces con los clientes regulares, para no errar totalmente en tu intención. Algunas lo desvelan todo al mirarlas por encima del hombro; otras no se dejan conocer bajo ningún concepto. Las hay de tipo etéreo, como si su alma, situada un milímetro debajo de la piel, se les escapara por cada poro. También llegan mujeres que dan una impresión corpórea y terrenal, incluso un par de odaliscas rollizas que se desbordaban a cada movimiento. El cuello de algunas es esculturalmente rígido, con la nuca modelada como si fuera la ancha base de un candelabro; a otras la cabeza se les bambolea de un modo intranquilizador.

La forma de los senos, de los hombros y de los brazos es asimismo diferente. Algunos pechos se escurren como dos lágrimas de gelatina blanda, otros se agarran con torpeza al tórax, con los pezones como dos antenas erguidas; otros pechos son grandes y maternales, puntiagudos; otros, en cambio, alargados. A veces aparece una chica con el pecho de un muchacho, notablemente andrógino, y despierta en ti un curioso interés. Es como si tuvieran un yacimiento que da diferente dinámica a sus movimientos en el abdomen. Algunas son como amazonas, tan duras y musculosas que ni un perro conseguiría darles un mordisco, y quien sabe por qué, éstas, con los miembros saliendo de su tronco y unos senos que no se bambolean, te atraen. Otras modelos son mucho más blandas, en vez de músculos parecen hechas de miel.

También fotografías a chicas menores de edad, inmaculadas, con senos que apenas despuntan y con el pubis sin vello o apenas revelado. ¿No creó Dios al ser humano desnudo?

Algunas modelos regresan a la torre y, poco a poco, se vuelven más valientes. Se desvisten ante tus ojos, no se cubren ni en las pausas, en las que os sentáis en el sofá y fumáis. Ellas, descalzas, divinamente desnudas; tú, con

tus pantuflas, tus pantalones sueltos y la bata de trabajo. Cuando estáis así, sentados juntos, podrías empezar algo con alguna de ellas, es cuestión de hacer un movimiento con la mano.

Pero el clavo está bien incrustado y no se puede sacar: sólo piensas en Eliška. Tal vez aún no lo admitas, pero has decidido amarla porque todavía no has amado así a nadie. Con Eva no fuiste capaz de concentrar tus sentimientos, Eleonora se quedó en tu imaginación y esas pocas mujeres con las que te has acostado no han dejado en ti ninguna huella permanente. Hasta ahora no has sufrido por ninguna, como requiere el amor romántico, y te has empeñado en que ése es el motivo por el que no conseguiste sus corazones. Siempre guardaste una distancia espiritual; *omnia mea mecum porto*, te enseñaron en las clases de Latín de la escuela. Nunca caíste en esa locura de buscar redención donde uno puede encontrar sólo un pastizal: en el mundo exterior. Unas pocas te dieron la espalda; aunque, para conocer la verdadera desgracia, uno tendría que darse la espalda a sí mismo. Pero ahora es diferente. Ahora quieres renunciar de una forma consciente a lo más valioso que posees: tu propio equilibrio. Deseas conocer el amor romántico y estás dispuesto a hacer tuyos todos sus mimetismos para conjurarlo mágicamente, incluso más, estás dispuesto a cometer el mayor sacrificio.

Deseas sufrir porque quieres ser amado.

Estás junto a Eliška, delante de la entrada de la Casa Municipal, y levantáis las cabezas ante las marquesinas y las vitrinas. Como conocedor del modernismo la aleccionas con cariño sobre los elementos de la fachada, no puedes resistirte a utilizar algunos términos menos conocidos como *risalto*, tímpano o cartela. Eliška asiente, seguro que por la noche apunta esos términos en su diccionario de palabras menos conocidas y, entre paréntesis, tal vez añade la fuente de su enseñanza: Fran.

¡Mire esas figuras con las lámparas! Y señalas dos estatuas de bronce sobre las columnas laterales. Su presencia es de lo más pertinente, el modernismo es el estilo de la luz. En Italia se le llama *stile floreale*, pero cuando estudié en Múnich...

¿Me lo cuenta mejor dentro?, te interrumpe. ¡Me muero de impaciencia!

En la recién inaugurada Casa Municipal, a finales de septiembre del año 1912, se celebran simultáneamente dos exposiciones. En ellas exponen tus compañeros de generación, pero a la vez se mezclan dos épocas: la exposición del grupo de artistas plásticos presenta a los cubistas progresistas, la avantgarde con influencias internacionales, y la exposición del grupo artístico Sursum, que son jóvenes pero también simbolistas tardíos.

¿Sursum? El domingo cuesta sesenta céntimos, dice la taquillera. La mayoría de las obras está a la venta... Por favor, llévense el catálogo. Después continúa, un poco sorprendentemente: Aunque me extrañaría que alguien comprara algo... Y baja la voz: Se lo advierto, lean lo que dice la prensa. Lo he marcado en rojo: Es difícil decidir cuándo se trata de una deformación deliberada y cuándo la distorsión es el resultado de la torpeza técnica...

¿No vamos entonces a la otra exposición?, pregunta Eliška.

Harían mejor, trata de convencerles la taquillera.

Fran, ¿qué le parece?

La señora debería preocuparse sólo por sus céntimos, dices tirando de Eliška hacia afuera. Tras unos pasos, ella te levanta la voz: Sólo pretendía aconsejarnos y usted se ha puesto muy desagradable. ¡No tiene modales!

¿Es que no sabe que los cubistas han comprado a la taquillera? Todos lo saben, eso es lo que hacen, dices intentando bromear sobre el asunto. Y, además, yo quería llevarla a una exposición que me es muy cercana, para que descubriera también algo sobre mí.

La exposición tiene más de cien objetos de arte, pero sólo una minoría son óleos, que para Eliška son el verdadero arte. Os detenéis ante la acuarela de Váchal *Plano astral*, en la que se arremolinan unos espíritus. Fantasmas con ojos brillantes os observan, otros parpadean, duendes, moribundos, embriones os ponen ojos como platos, el médium del primer plano está recibiendo algún mensaje de ultratumba. Es como si las almas de las personas y los animales se entrelazaran en un tejido elástico, en un músculo suave que se estira y encoge con los impulsos misteriosos del otro mundo.

Pero Eliška está molesta porque no habéis dado preferencia a la exposición de la otra ala. ¿Y qué quiere decir eso de sursum?, pregunta. Parece que todos estuvieran desequilibrados.

Quiere decir «arriba». Como en la oración Sursum corda, arriba los

corazones.

¿Es que se levanta el corazón?, protesta. Lo que se levanta es el ánimo.

Es verdad, pero el corazón también se puede levantar.

¿Quién es ese tal Josef Váchal?, pregunta desviando su mirada de la tuya. Qué títulos, *Calvario*, *Sonámbula*, *El invocador del diablo*, *Magia negra*, *Tras la muerte...* ¿Dónde me ha traído usted, que tanto habla de la luz? ¿Sabe cuánto pide por ellos?, dice pasando lista al catálogo. Doscientas y trescientas coronas. ¿Lo conoce personalmente?

Es un espiritista, le explicas. Nos conocemos sólo superficialmente.

El Dr. Chroust dice que los espiritistas se pasan con el alcohol, le responde Eliška. Y tiene razón, el señor Váchal materializa sobre todo los vapores etílicos. Mire, mire, dice acercándose al aguafuerte *Sesión*. ¿Esto no parecen anotaciones de algún delirio?

Váchal lo llama «subproductos del pensamiento».

¡Subproductos!, aplaude Eliška. Un nombre estupendo...

Atravesáis en silencio unas cuantas salas más. La mayoría de los dibujos no son dignos de que Eliška aligere el paso. Primero intentas ir a tu ritmo, pero al poco navegas tras ella junto a las paredes, para disfrutar de la sensación de que estáis allí juntos. Unos cuantos trabajos de Jan Zrzavý cierran la exposición. En la pared hay colgados dos hermosos óleos, el verde *Melancolía* y el ocre *Chico durmiente*. Esperas que al menos esto sea más del gusto de Eliška.

¿Ve? Todas las caras las pinta igual, dice sacándote rápidamente de tu error. ¿Por qué ese Cristo tiene en la cabeza un cuenco al revés? ¡Parece un chino, con esa perilla!

¡Pues ése sería un hombre adecuado para usted!, añades con ironía. Si le dijerais que sois una china triste, os alegraría con su sufrimiento. Seguro que lo haría mucho mejor que yo...

¿Es que usted sufre?, pregunta mirándote.

La Casa Municipal está repleta ese domingo por la tarde. Dorado, lujo y animación mundana. Es esa cara de Praga a la que no te podías acostumbrar cuando llegaste. Y ahora, al revés, tratas de formar parte de ese mundo brillante, en esta ocasión por tu propia vanidad recientemente despertada, y también porque quieres impresionar a Eliška. Te comportas con insensatez, pero está claro que no queda otra opción que dejarte, hasta que te des cuenta

por ti mismo.

En realidad, no debería citarme con usted así, dice Eliška cuando os sentáis en la cafetería de la Casa Municipal. El Dr. Chroust me dio a entender, la última vez que lo vi, que no le gusta.

Pasas el dedo por la marquetería del revestimiento de caoba que tienes delante. Pero está usted aquí...

Sí. Y espero que lo sepa apreciar, dice, y aguarda a ver qué respondes.

La miras: Pero ¿sabe usted por qué está aquí? ¿Porque yo quiero? ¡Con eso no basta!

Me gusta visitar exposiciones. La última vez dijo usted que el arte eleva al hombre.

Lo dice de un modo elevado y altivo... Ahora te toca a ti comportarte conciliadoramente: Por eso se pusieron el nombre Sursum, como en la oración, aunque eso ya lo he contado antes...

Después le tomas la mano que tiene sobre la mesa y sin previo aviso te declaras: ¡Yo por las noches le rezo a usted, Eliška!

¿Qué es esa música que está tocando el pianista?

Por eso está aquí, ¡para escuchar mis oraciones!

¿No le resulta molesta?

¿Por qué está usted aquí? ¿Para ver los cuadros? ¿Para escuchar el piano? ¡Eso no se lo cree ni usted misma!

Con usted me siento a gusto, admite con un suspiro. Pero hoy está muy desagradable. Y esa música tan molesta... Mira alrededor confundida, después enfoca la vista en un gran reloj dorado que está sobre el balcón y dice: Vaya, me tengo que ir...

La acompaño.

No es necesario. He de ir a disculparme con el Dr. Chroust por mi comportamiento, le suelta con decisión. Se levanta y, antes de que puedas retenerla, se evade entre las mesas. Unos cuantos hombres levantan la vista y la siguen vorazmente con los ojos, uno de ellos te mira con una sonrisilla. Terminas tu café como si no hubiera pasado nada y a los pocos minutos te diriges hacia la salida. En el vestíbulo, sin embargo, te das cuenta de que aún tienes la entrada para la exposición. Te gustaría ver otra vez esa figura desnuda con los labios rectangulares y los ojos afligidos, la señorita

Melancolía. Quizá ella sea la mujer apropiada para ti, en cualquier caso es mucho más fácil amar un cuadro así que a una chica de verdad. Atraviesas de nuevo las largas salas y te colocas frente a ella.

La señorita Melancolía tiene la cabeza ovalada, los ojos más grandes que la boca, los pechos como dos grandes ciruelas, los brazos del sillón le rodean las caderas igual que una serpiente. Te acercas a unos centímetros, hasta que su rostro se desenfoca. Cierras los ojos y ahogas el deseo de besarla.

A la salida preguntas a la taquillera si esa maravillosa obra está disponible. Te mira desconfiada, pero al final la encuentra en el catálogo: *Melancolía*. Está terriblemente sobrevalorada, doscientas coronas. Y ese fanfarrón no se ha hecho aún ni un nombre...

Škarda viene al estudio, quiere poner el café sobre la mesa y se da cuenta de que en ella descansa la cabeza cortada de un hombre. El hombre decapitado tiene una gran nariz judía, el rostro cubierto por unas enormes barbas y el cabello despeinado, bajo los ojos se le marcan unas pronunciadas bolsas, arañazos en las mejillas, la piel blanca del cuello le cuelga sin orden ni concierto, como si fueran los restos de la matanza en un pueblo. En los ojos entrecerrados atisbas una expresión vacía.

Te diviertes un rato ante la perplejidad de Škarda y después le preguntas: ¿Conoces a Juan el Bautista?

¿Eso es sangre seca?

Vete a preguntar a los maquilladores del Teatro Nacional.

¿Los maquilladores?, dice tranquilizándose un poco. ¿Y se puede saber qué hace aquí, por Dios?

Levantas un dedo y le enseñas una serie de imágenes de mujeres semidesnudas con los ojos encendidos y endemoniados, parece que succionaran, o absorbieran, como escribe Arnošt Procházka, todo su brillo de los del Bautista.

Salomé se aprieta la cabeza cortada del Bautista contra sus blandos senos, casi como si le quisiera dar de mamar. En otra imagen la cabeza descansa en un pedestal brillante como si fuera una fruta seca y Salomé se ríe en su cara victoriosamente.

Škarda estudia la copia rápido y después pregunta: ¿Esto es por Eliška? ¿Te das cuenta de que en los últimos tiempos estás muy raro? Si ahora viniera una denta... ¿qué pensaría de ti? Tengo que recordarte que esto es el lujoso estudio Drtikol y cía. Yo sólo soy esa cía, pero eso no significa que vaya a dejarte destruir todo lo que he pagado.

Pero esto está en la Biblia, dices señalando las fotos desparramadas.

Es vomitivo, niega con la cabeza y rehúsa hablar más contigo.

Škarda recobra el buen humor cuando revisa la contabilidad del último mes. Empieza a irse bien. Hace algún tiempo colocaste dos vitrinas publicitarias, abajo, en la fachada de la casa, y colgaste sobre ellas una tabla negra reluciente con el rótulo blanco y brillante drtikol y cía. para que todo el mundo supiera que merece la pena subir hasta el cuarto piso. Más tarde añadiréis otra vitrina al lado del Teatro Nacional, donde se colocarán las fotografías de las divas de la casa tomadas en vuestro estudio. No hay mejor publicidad que la encantadora cara de Anna Sedlacková, ante la que los hombres, en su camino del infierno al averno, se detienen como ante un peto de ánimas para meditar sobre el trabajo de la actriz.

Por la Praga artística ya se susurra que, si alguien quiere una fotografía con estilo, tiene que ir al estudio de František Drtikol, en la calle Vodičkova. Langhans es una fábrica de fotos, pero esto es un pequeño taller exclusivo, para los más exigentes. ¿Sabes lo que estudió Langhans?, te pregunta un día Škarda. ¡Química de alimentos!

Podrían servirnos cerveza color turquesa, pero eso es todo... Los escultores Josef Mařatka, Jan Štursa y Ladislav Šaloun, que no es capaz de terminar el monumento a Jan Hus de la Plaza de la Ciudad Vieja, se turnan para pasar por la puerta. Aquí se cruzan parejas tan improbables como Josef Váchal y Marie Majerová, también viene a dejarse retratar Jakub Deml. Del Teatro Nacional acude Eduard Vojan, un fumador empedernido, así que cuando lo retratas el estudio se queda bien ahumado y en él reina una atmósfera ceremoniosa pero amistosa. ¡El arte...!, exclama Vojan, y añade una nueva voluta de humo que se queda observando. Sí..., asientes con el cigarrillo en la comisura de los labios, para no meterlo en la mirilla. Sólo la cantante de ópera Ema Destinnová se niega a pasar por el estudio; así que Mahoma tiene que ir a la montaña. Protestas porque en su apartamento del hotel no se darán condiciones adecuadas para trabajar, pero Škarda no quiere

discutir sobre ello. Aunque se limitara a soltar un pedo silencioso, ¿jolería a fama!, exclama. Y tiene razón.

Pasas por un mes peculiar: por primera vez en tu vida tienes éxito y por primera vez en tu vida eres infeliz. Desde aquel día en la Casa Municipal, Eliška te niega sus besos, y cuanto más te los niega, más valiosos se vuelven para ti. La esperas en tu torre durante las largas tardes de domingo y ella no aparece; escuchas el ascensor, recorre el hueco arriba y abajo, pero nunca se para en el cuarto piso. Y cuando Eliška por fin aparece, suele ir acompañada de su madre o de su tío Karel. Entonces salís de paseo juntos, pero ella conversa contigo como con un amigo de la familia. Todo eso te molesta; pero, como tiene aún adherido a los labios ese beso que tanto deseas, la sigues como un asno a una zanahoria. Un día decides sorprenderla con un bonito regalo: un álbum fotográfico con sus retratos que además es una caja de música que suena agradablemente mientras se pasan las páginas. Te imaginas cómo os sentáis juntos en el sofá y su belleza, remarcada por la bonita melodía, os hechiza a ambos, sólo que ese día Eliška está de un humor horrible.

Hojea el álbum y da las gracias con frialdad, como si estuviera harta de recibir baratijas semejantes de todos sus pretendientes. Te echas a sus pies, pero no te da tiempo a abrazarlos, ella se levanta y se marcha. Sigue viéndose contigo, pero calcula su presencia y su afecto con sumo cuidado. Menuda sorpresa te espera, una tarde que se acurruca entre tus brazos y solloza en voz baja... Y qué desilusión cuando un día después no quiere acordarse y de nuevo se comporta como una alumna excelente de la escuela femenina para la que la etiqueta social es un imperativo categórico.

Así que lo has conseguido: sufres de verdad.

Sólo puede significar que estás en el buen camino para conseguirla.

Cuando unos días después cargas dos largos travesaños en el ascensor del palacio Hulicius, Škarda te pregunta con ironía si Cristo también subió al Gólgota en teleférico.

Salomé era poco para ti, así que ahora vas a fotografiar tu versión de la Pasión. La cruz con su pedestal se extiende lúgubrementemente por el estudio y tú caminas de un lado a otro, nervioso, bajo sus delgados brazos.

El tren a Příbram va devorando las traviesas con regularidad. Eliška, en el asiento de enfrente, se da aire con un abanico de flores. La mujer que está sentada a su lado tricota, los extremos de las agujas se entrecruzan con agilidad.

Miras por la ventanilla el paisaje que se aleja deprisa, en las sienas sientes unos latidos. Todo tiene su ritmo, todo podría estar en perfecto orden.

En casa hay un gran alboroto: el hijo se trae a su amada de Praga, esa belleza de las fotografías. La madre ha movilizado a Máňa y a Ema, juntas han limpiado y cocinado; el padre, con paso mesurado, va a buscaros a la estación. Lleva puesto un elegante traje de algodón, y hasta se ha abrigado los zapatos.

Se sienta a esperar en el andén, a la sombra y, antes de que el tren llegue, medita sobre cómo era él con tu edad. ¿Tenía ya la tienda? No lo recuerda. Y aunque encontrara un punto al que aferrarse en la memoria, de todas formas no podría recordar cómo era la vida que llevaba.

El tren deja atrás la curva, František Drtikol padre te ve de pie en la escalerilla, saltas antes de que tu vagón se detenga y ofreces tu ayuda a la chica, que lleva un vestido de fiesta. Él se acerca a vosotros, se quita el sombrero y besa la mano de Eliška. Y entonces se da cuenta de algo que a ti no se te había ocurrido: Eliška, con ese vestido blanco y el abanico en la mano, se parece a la chica de la revista *Das Atelier des Photographen* que llevaste a casa para enseñarle el anuncio de la escuela de Múnich. Se alegra, el ser humano tiene una gran necesidad de completar las historias.

Durante el camino de la estación a casa tu padre habla sobre Příbram con ese conmovedor patriotismo de hombre provinciano que no se da cuenta de las dimensiones del lugar en el que vive. Eliška asiente con educación, pero, en el momento en que tu padre se calla, se inclina hacia ti y susurra: Fran, me empieza a doler terriblemente la cabeza...

La miras con irritación.

Sí, ya por la mañana no me encontraba del todo bien.

¿Y por qué no me lo ha dicho antes pero lo dice ahora?

Porque no quería estropear el día.

Y esto es el nuevo pabellón de deportes, con una arquitectura excepcional. El fundador de nuestro Sokol fue el alcalde Blažej Mixa. Ya en

el año... aunque ahora realmente no recuerdo...

Tienes muy claro que si a Eliška le duele la cabeza, no, si Eliška dice que le duele la cabeza, te espera un día diferente del que habías imaginado. Ninguna risa cantarina, ninguna mirada significativa entre tu familia, ninguna complicidad con Eliška, ningún paseo hasta el Monte Santo. Además, tendrás que disculparte porque no se comporta como debería, y repetir esa mentira humillante sobre el dolor de cabeza.

Estás molesto con ella, pero susurras: Por favor, intente sobreponerse. En casa le han preparado una bienvenida. Todos la esperan en el pasaje; sólo el marido de Máňa Franci, no se ha emocionado con la visita y está en el patio eligiendo un conejo al que por la noche, cuando acabe todo, dará un golpe en la nuca, para despellejarlo a continuación.

¡Le damos la más cordial bienvenida!, dice la madre tomando la mano de Eliška y rodeándola con las suyas, mientras que Máňa ya en el umbral, le ofrece pan recién hecho y Ema le tiende un salero.

La madre: ¿Ha tenido un buen viaje?

El padre: ¿Puedo enseñarle la casa?

Máňa: ¿No está cansada?

Ema: Deja que al menos se termine el pan.

Tú: Gracias, el viaje ha sido muy agradable, y la casa ya se la enseño yo.

Para ser sinceros, no hay mucho que enseñar. Siempre te has sentido bien aquí, en tu hogar; pero ahora que lo miras con los ojos de un praguense, como los de ella, en todas partes encuentras antiguallas y provisionalidad, a las que te habías acostumbrado. Los muebles están abollados y ajados por el uso; las tapicerías, desgastadas. Tu padre iba a cambiar la estufa ennegrecida y grasienta hace años, aunque nunca llegó a hacerlo. Una corona de flores secas y buenos deseos cosidos cuelga de la pared desde que tienes memoria; al menos, el calendario con grabados de flores del campo es de este año. A uno de los pájaros tallados de la alacena le falta un ala, que alguien tardó demasiado en pegársela y se acabó perdiendo.

Te importuna esa estrechez tan poco hogareña. Decides que es mejor llevar a Eliška afuera, para enseñarle tu primer estudio. El dueño nuevo, Václav Petřík, lo ha remodelado un poco; pero aún está en el jardín, bajo la sombra del nogal. Charláis amablemente un rato más y, después, le ofreces el brazo a Eliška. A Ema no se le escapa que durante un momento ella duda si

aceptarlo o no. Pero después se relaja, consigues lo que querías, todos ven que sale de casa agarrada de tu brazo y acompasa su paso al tuyo.

Así que aquí empezó usted, en el jardín..., dice Eliška lánguidamente cuando os quedáis a solas. Se ha desprendido de tu brazo, incapaz de ocultar el esfuerzo que le cuesta ser amable por educación.

Por favor, si no lo hace por mí, hágalo por mis padres...

Le hablas de tus años en Přebram y le prometes que cuando volváis a Praga le enseñarás las fotos de esa época. En el jardín se está mucho mejor, pero no os dejan mucho rato a solas. Llega corriendo Jiřík, el menor de los hijos de Máňa le tira a Eliška del vestido y grita: ¡Tía, tía, tengo que enseñarle algo!

¿Qué pasa, Ládík?, dice, confundiéndolo con su hermano mayor.

¡Tía, tía, rápido!

Ahora no, le dices.

Pero eso no puede esperar. ¡Por favor!

Lo amonestas: No grites tanto, a la señorita le duele la cabeza...

Jiřík se detiene, corre de vuelta y grita: ¡Le duele la cabeza! ¡Está enferma! ¡Y me llama Ládík!

Fran, ¿sería tan amable de traerme un pañuelo mojado con agua fría? Me lo pondré un momento en la frente, antes de que nos llamen a comer, para no molestar después con mi indisposición. Le esperaré aquí, sentada a la sombra, ¿vale?

Tienes la desagradable sensación de que ese pañuelo le va a empeorar el dolor de cabeza, en vez de aliviárselo. Pero ¿qué otra cosa puedes hacer? Te encaminas hacia la casa, en la sala se hacen los preparativos para la comida. Cuando mojas el pañuelo, Ema se te acerca por detrás: Fran, es una belleza...

Algo en su tono te inquieta. ¿Pero?

Bueno... ¿no es una pizca estirada?

Suele ser más cálida, dices mirando hacia la pared que tienes delante, hoy no se siente bien. Le ha empezado a doler la cabeza en el tren, ¿qué le vamos a hacer?

Claro.

Te vuelves hacia tu hermana.

A mí también me dolería. Cómo librarse de todo, si no...

¿Qué quieres decir?

Durante un momento, parece que Ema no va a capitular, pero después sonrío forzosamente y digo: Vamos a comer oca asada, en diez minutos estará en la mesa. Yo misma la he desplumado... Mejor, me voy a trincharla.

Tu madre te sonrío, está junto a una cazuela humeante, y, sin decir palabra, sales al jardín. Eliška está sentada en el banco, con la cabeza inclinada, hermosa y lejana. Podrías fotografiarla así, no haría falta darle más instrucciones. Te dan ganas de desaparecer; de pronto, no dudas de que, en cuanto os llamen a la mesa, se desencadenará un completo desastre.

Toda la familia se dará cuenta de que has fracasado de nuevo.

El padre: Antes teníamos muchasocas.

Máña: A Fran le daban miedo cuando era pequeño. ¿Te acuerdas?

Franci: Pero todavía tienen un estupendo criadero de conejos.

La madre: Si le ha gustado, puede repetir. Fran, ¿quieres más?

Ema: ¿Fran?

Máña: Así que su madre regenta un café en Praga, ¿no es cierto?

A Sofie la fotografiaste por primera vez con unos abalorios. Una mujer desnuda, con unos rasgos extraordinariamente limpios, el cabello oscuro y corto, los labios entreabiertos y los ojos cerrados, sostiene un largo collar de abalorios entre los dedos. Está sentada de costado; así que se ven sobre todo los brazos, la silueta del pecho derecho y la otra mano, que descansa sobre su pubis. Esa imagen tiene un aire inesperadamente moderno, ninguna artificiosidad, ni símbolos toscos, ni contenido literario como en el caso de Salomé. Es una imagen que se define a sí misma, impenetrable e insondable a partes iguales: impenetrable, por los ojos cerrados de la modelo; insondable, por su belleza. Los abalorios rodean su fino cuello y ella los agarra como si metiera la mano en un río; no, como si un río se metiera en su mano.

Sofie te excita. Es transparente y, a la vez, misteriosa. Es misteriosa en su transparencia, que deja ver hasta lo más profundo de su interior.

Sofie, dices, me parece que hoy está inquieta.

Estoy un poco nerviosa, se disculpa.

Debe confiar en mí.

Es que es un poco raro. ¿Puedo pensármelo aún?

Hace poco que comenzaste una colección secreta de imágenes dedicadas

a un tema concreto: mujeres crucificadas. Cuando la ojeas, te embarga una extraña excitación, como cuando estabas en la armada y leías aquel ensayo de Beardsley.

Experimentaste algo similar, por primera vez, cuando eras un niño y leías una y otra vez aquella leyenda sobre la ninfa Cenis, la que se dejó transformar en hombre por Poseidón y después fue adorado como un Dios. Estas historias retorcidas te atraen desde siempre, pero ahora con una intensidad mucho más irresistible. Las mujeres en la cruz dan una impresión perversa, te percatas de que es una blasfemia, pero no consigues librarte de esas imágenes. Últimamente ojeas ese álbum una y otra vez, has conseguido *La tentación de San Antonio* de Félicien Rops, *El martirio de Santa Julia* de Gabriel von Max y *Las mártires* de Albert von Keller. En todas esas imágenes hay mujeres con los senos descubiertos, tienen los brazos bien abiertos, sufren, las han dejado a su suerte. Están indefensas, moribundas, abandonadas a merced de sus torturadores, que primero las clavan a la cruz y después las observan desde abajo, con la cabeza justo delante de sus pubis.

De momento has incluido en ese álbum reproducciones de trabajos de otros, pero te gustaría añadir tus propias obras.

Si ha cambiado de idea, dígamelo.

Sofie enciende un cigarrillo.

Cuando era pequeña mi abuela me decía que sophia quiere decir sabiduría. La pequeña sabihonda, me llamaba, yo siempre estaba resolviendo algo. La quería mucho, pero desde pequeña sentí que mi abuela era muy rígida. Una beata católica. Si me viera aquí sentada medio desnuda y sospechara lo que voy a hacer, pensaría que me ha poseído el diablo. Necesito un momento para resolverlo con ella.

Sólo es un símbolo, le explicas. Y yo no soy ningún diablo, sino un fotógrafo, y cuando quiero contar algo, no me queda más remedio que escenificarlo en mi estudio.

Ya lo sé... basta de cháchara. Claro que confío en usted.

Le aprietas la mano.

Le doy tiempo, para que lo arregle con su abuela.

Sin embargo, sientes que se trata de algo más que mostrar el dolor de unas mujeres desnudas. A pesar de que parece una blasfemia, con su sufrimiento erótico en la cruz revives a la vez el sacrificio de Cristo, con el

que te enfrentas desde hace tiempo. Solamente ahora te das cuenta de la conexión. Aquella vez, tras la carrera por las escaleras del Monte Santo, caíste agotado ante el cuadro de Cristo, y te hubiera gustado estar en su lugar, estuviste procesando esa sensación durante varias semanas. En la Antigua Pinacoteca te quedaste de pie durante varios minutos delante de un cuadro de Rembrandt, hasta que, cansado por las explicaciones anteriores e hipnotizado por la mirada del hombre del lienzo, te olvidaste de ti mismo. En los últimos días has tenido varios sueños que han desembocado en el deseo de retratarte a ti mismo crucificado, sólo para que lo vea Eliška. Has gritado al mundo tu propio sufrimiento, has llorado de verdad; no por Cristo, sino por ti mismo, porque no eres amado como él. Y, sin embargo, en la cruz, experimentaste por un momento algo completamente distinto, que superaba las sensaciones con las que escenificaste todo, esa cruz de brazos delgados se cerró como un cepo, en el que uno se topaba primero con su propia muerte y después con su redención.

Quizá cada uno tenga que sacrificar su yo terrestre para poder resucitar y entrar en el reino de los cielos.

Sofie apaga su cigarrillo y dice: De acuerdo, voy a intentarlo.

Espere un poco más, por favor. El primer intento suele ser el bueno...

Te mira, asiente, y vuelve a sentarse.

Fuera ha comenzado a llover, el viento lanza las gotas contra la ventana de la torre. Éstas, temblorosas, se quedan adheridas al cristal. Miras hacia la calle, abajo, donde la gente hace bailar sus paraguas o desaparece a toda prisa en los pasajes, después enfocas tu vista otra vez en el cristal. En las gotas titilan imperceptiblemente los reflejos de las luces y, al hacerse la lluvia más intensa, se deslizan hacia abajo junto con las gotas. De alguna parte llega el ruido de una ventana que se ha cerrado de golpe, seguido del sonido de un claxon.

Esperas que no se vaya la luz, como suele pasar durante las tormentas.

Cierras las cortinas, en una zona del estudio reina la penumbra. Sólo lo ilumina una luz de trabajo, que transforma la otra mitad de la habitación en un escenario. A la cruz, junto a la pared, le da de costado la luz del foco principal, en la madera vieja se aprecia cada fibra. Te acuerdas de que, según algunas fuentes, la madera de la cruz de Cristo provenía del árbol del conocimiento del paraíso.

Tenga cuidado para no arañarse con ninguna astilla, adviertes a Sofie.

¿Ya puedo intentarlo?

Asientes mientras le sujetas la cruz tambaleante, por seguridad, como si ascendiera por una escalera mal apoyada.

¿Aguantará?

No tenga miedo, me aguantó incluso a mí, confieras.

Sofie busca una posición cómoda en el saliente, dentro de lo posible, y cuando comprueba que éste no se va a romper bajo su peso, intenta abrir los brazos. Tiene que colocarlos detrás del madero, para no caerse y, cuando lo consigue, los atas con una cuerda basta y la aprietas. Te percatas, en contra de tu voluntad, de que ahora no puede bajar de la cruz sin tu ayuda. Te alejas y observas tu obra: su cuerpo blanco está clavado ahí arriba como una mariposa en un alfiler. No tienes preparada una corona de espinas para ella; pero le pides que ladee la cabeza hacia su hombro izquierdo, y después que encoja un poco la pierna derecha.

Prefieres no responder a su pregunta de si está todo bien; ni tú mismo estás seguro del todo. Pero ahora ya no queda más remedio que terminarlo. De nuevo mueves la luz y arreglas las sombras. En un momento dado, la sombra alargada de la cruz se parte entre la pared y el techo, y Sofie parece un pájaro enorme con las alas extendidas que intentara aterrizar en el suelo. Pero no es ésa tu intención, rápidamente mueves el foco a su posición original y después pasas a la cámara, te colocas el paño negro encima y preparas la imagen sobre la placa-pantalla blanquecina. Todo se ve al revés, la cruz está abajo y Sofie colocada en ella sobre su cabeza.

Te quitas el paño y, fascinado, observas cómo respira Sofie en la cruz, cómo sus pequeños senos ascienden y descienden. Además de ser a la vez transparente y misteriosa, misteriosa en su transparencia, es también de tipo amazona, firme y elástica. Tiene el vientre alargado con una hendidura perpendicular bajo la piel, entre los dos músculos, y un pubis apenas marcado, al que, por supuesto, se dirigen todas las líneas. Allí desembocan las líneas de los muslos, el vientre y los costados, es el lugar de la resurrección, adonde se va a descansar para volver luego entre los vivos.

Sofie se confunde con la imagen de esa muchacha desnuda en el claro del bosque y tú pierdes el control sobre ti mismo. De nuevo te inclinas sobre la cámara y controlas el enfoque, pero tus movimientos los decide ya otro ser.

Perfecto, todo está preparado.

Y ahora haz algo poco profesional. Acércate a ella y pon tus labios sobre su pubis. Abrázale las nalgas con firmeza, apriétate contra ella y succiona. Ahora, ¡deprisa!

¡Succiona!

En el número 43 de la revista *Český svět* del año 1914 aparece un reportaje y a la vez una fotografía simbólica del lugar del suceso: se pueden reconocer dos coches volcados y las mesas rotas del café, bajo el letrero EUROPA. Los descuidados perpetradores del atentado tuvieron dos oportunidades. Primero arrojaron una granada que no acertó a dar al coche del sucesor al trono. La sugerencia de garantizar la seguridad por medio del ejército había sido rechazada por el general de tierra de Bosnia porque los soldados estaban de maniobras y, con los uniformes de batalla sucios, no eran adecuados para los ojos de Francisco José. La fila de coches salió una segunda vez a la calle. El automóvil, con el heredero al trono y su consorte, se detuvo a unos metros de Gavrilo Princip, para que lo tuviera más fácil. El joven se puso tan nervioso por el desarrollo de los acontecimientos que no apuntó correctamente, prefirió volver la cabeza para no ver lo que hacía, y disparó siete veces.

En el café Bristol, en cambio, las mesitas están perfectamente colocadas en su sitio. Es junio, hace calor, y la crema casera del café vienés se empieza a deshacer desagradablemente. Eliška está sentada frente a ti, perpleja.

También el Dr. Chroust tiene que ir, dice.

Eso es lo que más os preocupa, ¿verdad?

Se encoge de hombros. ¿Me escribirá para decirme qué tal le va?

¿Le gustaría?

Asiente. Espero que regrese pronto.

No sabes si se refiere a ti o al doctor. La acción militar no puede durar más que hasta el invierno, dices.

¿Y ya saben adónde lo mandan?

Tengo que alistarme en Benešov, donde ya estuve de servicio.

Bueno, ya ve, al menos lo conoce. Y cuando vuelva..., seguro que

regresa pronto, podrá continuar con sus actividades. Ahora uno se topa con las preparaciones en cada esquina, pero, como dice usted, dentro de poco se habrá acabado todo.

Hoy había una multitud junto al monumento del mariscal Radetzky. Celebraban que, por fin, había empezado la guerra. ¿Puede creérselo?

Se encoge de hombros: Seguro que eran alemanes. ¿No quiere algún otro dulce?

Te entra una gran tristeza. Tienes treinta y un años, estás en el clímax de tu vida, te sobra trabajo en el estudio. Se dice que el atentado sólo fue una excusa, el Imperio austrohúngaro quería ir a la guerra y la Alemania del Káiser llevaba armándose mucho tiempo. Mientras estudiabas en la tranquila Múnich, en Berlín ya se preparaban ostentosos desfiles militares. Algunos ahora se las arreglan para no tener que alistarse, tampoco Škarda tiene prisa, hace líneas en los cuadernos de contabilidad y se prepara para hacerse cargo del estudio. Pero, por otro lado, te parece que la guerra ha llegado a tiempo. Ya era hora de que terminara este sueño estúpido. No has conseguido en la vida nada de lo que querías; así que, llegados a este punto, que suceda lo que tenga que suceder. Toda esta historia con Eliška es una farsa, un intento desesperado de enamorarse de una cara bonita a la que tal vez le gustas cuando está de humor, pero ella es incapaz de demostrar ningún sentimiento porque en la escuela femenina nadie le ha enseñado a hacerlo.

No te pone nada fácil amarla, la tienes que amar para dar la talla ante ti mismo, pero a la vez la desprecias.

¿Le apetece otro dulce?, repite.

Pues deme un beso de despedida.

¿Perdón?

Digo que me dé un beso de despedida, para tener algo dulce...

No puede ser, dice. Pero, espere, le traeré un merengue...

Y desaparece dentro del café Bristol, tal vez para siempre.

Decides que ya no vas a esperar más. Si no quiere darte un beso ni ahora, lo mejor será marcharte sin despedirte.

En las calles de Praga sólo se percibe un poco más de ajeteo que de costumbre. La gente se mira con ojos interrogantes, tú también rumias lo tuyo. Así que guerra, al final hemos vivido para verla... lees en los ojos de un joven viandante. Pues bien, hay que afrontar el destino. ¡Y tú, que habías

pensado que tus tres años en el servicio militar habían sido los más inútiles de toda tu vida! Al parecer, te esperan otros aún más inútiles; en cualquier caso te va a venir bien, para aprender a limpiar el cañón, y, en el momento adecuado, apretar un disparador que no pertenece a una cámara sino a una escopeta. Un retrato para la eternidad, una bala para el olvido eterno.

Te vas hasta el palacio Hulicius, echas una moneda en la ranura junto al ascensor y, antes de llegar arriba, te da tiempo a echarte a llorar y a limpiarte luego los ojos. El estudio Drtikol y cía. no se ha percatado de que hay guerra. La recepcionista, que está recibiendo a unos clientes, se alegra de que hayas llegado a punto para atenderlos. No tiene ni idea de que en cuatro horas sale tu tren a Benešov, un tren con destino a la gran guerra. Pero ¿por qué no?, ¿por qué no ser, un momento más aún, un fotógrafo, un mero testigo?, ¿por qué no ser un cíclope inhumano que todo lo registra, aunque para él no signifique nada?

Sí, pasen, dices.

La señora, sin embargo, no quiere un retrato de ella, sino del niño que se ha quedado en la sala de espera. También su marido tiene que alistarse y ella quiere regalarle una fotografía del niño de recuerdo. El niño está en una edad en la que puede entender de lo que se habla, pero no parece interesarle. Da un gran trabajo, no es verdad que los niños son más naturales. El chico no deja de posar, de un modo torpe e inexperto, pero con extraordinaria obstinación hace su papel de chico encantador. Él tampoco quiere ser lo que es, un niño normal al que el mundo aún no le afecta demasiado.

Dejas el siguiente cliente a Škarda, tiene que aprender a llevar el negocio solo.

Metes en la maleta lo primero que pillas; sobre todo, dudas si coger la cámara de viaje.

En Václavské náměstí, paras un coche y pides al cochero que te lleve a la estación de tren por el camino más largo.

¿Cuánto tiempo tenemos para el paseo, señor?

Casi dos horas.

El cochero arrea a los caballos y te lleva por la Plaza de la Ciudad Vieja. En estos tres años has conseguido cogerle cariño. Betlemské náměstí, la calle Zlatá, el depósito de agua y el molino... Te bajas un momento en el Puente de Carlos y te detienes delante de la estatua de Santa Lutgarda, que amaba

tanto a Cristo que dicen que consiguió que moviera la mano desde la cruz, la abrazara y hasta le depositara un beso en la frente.

Ahora tienes la oportunidad de que te amen a ti también.

Te dejas llevar indiferente por la orilla izquierda del Moldava hasta la hierba, para que los caballos estén a gusto. Quién sabe, quizá dentro de poco también ellos tengan que ir a la guerra. En las calles se queda atrapado el calor, pero aquí, en el parque, se está bien. Una mujer con un sombrero de ala ancha lleva un perro de raza con una correa, muy musculoso, tira de ella y la mujer anda levemente inclinada hacia delante. Por el río, sombreado por las ramas de los árboles, navega un barco de vapor. Os cruzáis con un joven, con la ropa raída, que lee en un banco con un lapicero en la mano. En la piscina municipal unos chicos morenos juegan, se salpican y se persiguen cerca del agua. El socorrista está fumando y se da sombra con la mano.

Todo es normal, como cualquier otro día, pero nunca antes se te había ocurrido darte cuenta de estas cosas.

Ordenas al cochero que se detenga. Te descalzas y te refrescas en las orillas del Moldava, alrededor de tus pies nadan pececillos asustados. En la estación, la banda militar toca una marcha. Los apeaderos están repletos de gente, por todas partes hay gritos y ruido. En cuanto ves a esas mujeres llorando y agitando la mano, mujeres que con sus pequeños pasos siguen al tren que se pone en marcha hasta que se va o se termina el andén y entonces tienen que detenerse, piensas otra vez en Eliška y lamentas que nadie vaya a despedirte a ti. Entrás a presión en un vagón atestado y te sientas en el pasillo sobre la maleta. El tren da un tirón y se pone en marcha.

Intermezzo

12. 8. 1914

AYER estuve buscando gente por las tabernas... Enseguida llegó la orden de encontrar a cincuenta hombres para el regimiento que sale por la mañana hacia Galitzia... Uno me invitó a sentarme con él a su mesa. Se divertían... Y yo sabía que justo él se tenía que ir, el único de esa mesa, el que me hizo sitio nada más verme...

Esta mañana, cuando se ha marchado, me ha parecido que me miraba raro... Pero después han empezado a cantar y la locomotora ha pitado...Y he oído que en las paredes de los vagones escriben: ¡Hurra; a la guerra! ¡Viva el Kaiser!

A ver si me envían también a mi ahí abajo, o al Este, al frente, para librarme de mí mismo y de mi vida.

13. 8. 1914

El campo de entrenamiento está justo detrás de la escuela, pero ¡vaya reclutas! Uno cojea, otro tose, otro es medio sordo. Es como si acabaran de volver de alguna guerra. Die böhmische Mannschaft, ja, ja. Lo que se van a alegrar en Viena...

Hace poco los llevamos al lago para que se lavaran un poco. Dejaron los uniformes en un montón y se tiraron al agua como Dios los trajo al mundo y como la vida los deformó.

Tenía la cámara conmigo, pero qué hacer con ellos... Semejantes cuerpos... Unos demasiado flacos, otros demasiado gordos, sólo de vez en cuando algún muchacho que parecía una doncella. Y los sexos, mi princesa, eran de todas clases, y suscitaron un montón de ordinarieces...

«Vaya rabo que tienes...».

«¿Ya has encontrado alguna que lo tenga torcido también?».

«Es un músculo, debes ejercitarlo, si no, ¡se debilita!».

Pero ¿qué clase de frases son éstas para tus encantadores oídos? Estás demasiado bien educada...

Debería escribirte sobre algo más inspirador, sobre música... Siempre he soñado con que un violinista tocara para mí mientras yo trabajo en el estudio, que tocara a Brahms y a Mendelssohn, y yo compondría mis fotografías según la música... Estas palabras son más de tu gusto, ya lo sé.

Del mío también. Pero aquí no pegan...

Siempre hay dos verdades, aunque sobre una no se habla. Eso es... Ahora tengo una banda entera a mi disposición, pero toca sólo marchas militares...

Ayer por la tarde fui a dar un paseo. Hasta el lago al que habíamos llevado a los reclutas. Los juncos crujían, las ranas croaban. Yo también me desnudé y bañé, y llegó una tormenta, se puso a llover y me quedé flotando en la superficie, tan ancho como largo, como un esclavo, así de libre, y soñaba contigo, soñaba que eras tú la que caía sobre mí y me envolvía, tú, tú, tú, me decían miles de gotas...

¿Y yo?

Yo...

18. 8. 1914

Hoy se celebraba el cumpleaños del emperador, y las palizas dadas a unos cuantos serbios.

Dicen que seguramente ha caído Belgrado.

Hace casi una semana que no te escribo, princesa. Y hoy tampoco escribiré mucho. Demasiado trabajo, y pocas ganas.

Perdóname la sinceridad.

En realidad, ni sé a quién le escribo, si a ti o a mí mismo.

Espero mandártelo todo un día y que entonces finalmente me entiendas, o bien te alejes de mí.

Sé que no hay nada entre medias, y tampoco quiero nada a medias. Hace unos días soñé contigo.

Todo es un sueño.

Sólo un sueño.

28. 8. 1914

Por aquí anda un patrón de lo más extraño. Cuando bebe ron, se dedica a aleccionarnos. Y ¡cómo! Ayer me preguntó: «Cabo, ¿quién te dio de mamar?».

«Pues ¿quién iba a ser?».

«Pero no lo recuerdas, ¿eh?».

Y después se lanzó a hablar: que muchas madres dan a sus hijos a las amas de cría, y que eso no es bueno, que los niños deberían beber la leche de su madre y no la de otra mujer, porque no es tan sano para ellos. Y esa mujer debería dar de mamar a su propio hijo y no dar su leche a otro. Antes la gente pensaba que con la leche materna se pasaba hasta el carácter...

Bueno, no había modo de pararlo. Hasta empezó a hablar de Escandinavia, de que allí las amas de cría prácticamente no existen y los bebés apenas mueren, hasta en las cárceles nacen niños y están sanos...

Los hombres lo escuchaban y le gastaban bromas: «Llevas uniforme, pero ¡te gotea la leche por la barbilla!». Y se pedían otro ron. Después se lo llevaron y le buscaron una chica que se lo apretó contra el pecho y, al fin, le tapó la boca.

29. 8. 1914

Hoy han llegado los primeros heridos. Una gran fiesta. Por fin nos ha alcanzado la guerra.

«... así que tomamos el puente, al día siguiente lo perdimos, y a los tres días lo retomamos. Y después el camino al pueblo fue fácil... Esos mocosos que se habían cargado a los nuestros debían de ser de allí, les sacaron los ojos, los patearon y maltrataron de todas maneras... Así que luego uno tampoco tiene piedad...».

«... vi a una mujer que robaba a los muertos. Seguramente pensaba que los habíamos dejado allí y que no íbamos a volver... Pero volvimos, justo a tiempo, para darle una buena tunda. El sargento se sacó el cinturón para darle, y cuando se le cayeron las bragas... ay, yo ya no me puedo reír tanto, me duelen las cicatrices de la barriga... ¡esa mujer tenía el culo tan grande como la tapa de un caldero!».

«...avanzábamos con cautela por el bosque, hacia el borde. Corría de un árbol a otro. Después miré arriba... un ahorcado... y llevaba puesto el mismo uniforme que yo...».

31. 8. 1914

*Otra vez es de noche, el viento silba en la chimenea...
los perros ladran y aúllan...
alguien ha llevado a una visita al cuchitril de al lado.
Otro, hace unos días, disparó al aire y todos nos tiramos al suelo. Eso es la vida...*

2. 9. 1914, por la noche

*Hoy me han llegado dos cartas.
La primera, de casa: «... si necesitas algo... pensamos en ti... escribe...».
La otra, del estudio: «... nos acordamos de usted y esperamos que esté bien... vuelva cuanto antes... sin usted el estudio no es lo mismo...».
La tercera carta, la tuya, de nuevo no ha llegado.
Así que, de nuevo, he leído esa antigua, ese mensaje tonto y banal que me enviaste hace dos semanas. No deberías escribir nada. No tienes que esforzarte para poner algo así: «... espero que en estos tiempos difíciles se encuentre usted bien... que mantenga su mente sana; pues, qué es más importante en la vida que...».*

Mente sana, ja, ja.

Qué sabrás tú, princesa. A veces me parece que no eres más que una boba de la que me he enamorado Dios sabe por qué.

2. 9. 1914, tarde por la noche

Nos endeudamos con el deseo.

*La pasión nos llena.
Crear solo, en completo silencio.*

3. 9. 1914

Hoy he ido a despachar un asunto al hospital militar. Y he escuchado esta historia. Tal vez sea más interesante para ti que lo que dicen los periódicos sobre la guerra.

«Los pioneros tenían el deber de construir puentes sobre el río Drina, que constituye la frontera entre Serbia y Bosnia. Los nuestros construían y los serbios disparaban desde el otro lado sin cesar. Pero no se podía hacer de otra forma. Muchos murieron, caían al Drina y la corriente se los llevaba río abajo. Al final los pioneros construyeron algunos puentes y nosotros recibimos la orden de pasar a territorio enemigo tras anochecer. La noche era clara, estaba todo tranquilo. Pero no me encontraba bien, me parecía que cada estrella del cielo de los Balcanes era una granada lista para estallar. Ya sabíamos que no íbamos precisamente de paseo, y pronto se demostró que era una gran verdad.

Río arriba, los serbios habían construido unas balsas pesadas de troncos y las soltaron hacia los puentes de madera. El río Drina es salvaje en esa zona, el día anterior había llovido mucho; así que las balsas cogieron velocidad... Y cuando se dieron contra los pilares de los puentes comprobamos que los serbios habían puesto explosivos en ellas, así que los postes se rompieron como si fueran palillos y los puentes se vinieron abajo empezando por ahí. Me dio tiempo a cruzar, y llegué a territorio enemigo. Pero la mayoría del regimiento se quedó en la otra orilla... Y los serbios estaban esperándonos, en cuanto vieron que nos habíamos dividido empezaron a disparar como locos. Enseguida nos escondimos y devolvimos el fuego; pero nos superaban con creces y al final no nos quedó otra que retroceder. Pero por tierra no había adonde. Empezamos a correr y saltamos al Drina para al menos salvar nuestras vidas. Los serbios mataron a algunos, muchos de los nuestros se ahogaron en los rápidos. Yo soy un buen nadador; aun así, no alcancé la otra orilla hasta un kilómetro más abajo...».

4. 9.

¡Solecito mío!

*Hoy ha hecho un día precioso, el veranillo de San Martín está en el aire.
Me inflé con el viento y tenía ganas de volar.*

Estuve caminando por las colinas y dibujando. Este sitio es precioso, con un peto de ánimas en el cruce de tres caminos. Me senté allí y caí en un dulce sopor...

El sol se reflejaba en el extremo de la cruz, y yo sabía que el sol es Dios, y deseaba adorarlo.

Da vida a todo en la Tierra, nos alimenta con miel... Y ¡de verdad, fue como si por un instante me envolviera con miel, sentía las extremidades pesadas, pero en los labios todo el dulzor del mundo...

Es ridículo, en medio de semejante matadero.

6. 9. 1914

Los domingos o los días de fiesta viene aquí mucha gente...

Una amada viene a ver a su amado, como tú nunca vendrás a verme. Y éste al momento se la lleva lejos, a las afueras de la ciudad, para disfrutar con ella como manda la naturaleza.

Alguna vez he leído que el acto amoroso se parece al tañido de las campanas, el hombre es el badajo y la mujer la campana, él golpea y ella resuena.

Así que se van juntos, para tañer como esa capilla en el campo...

Así ha de ser, con una misa semejante se renueva el mundo, especialmente ahora que se muere a cientos.

Macho y hembra, apoderarse el uno del otro, aparearse...

Pero yo hoy, de entre todo el mundo, he estado observando sobre todo a una mujer mayor.

Era aterradora, escuálida, e imagínate, princesa, estaba embarazada.

Apenas se arrastraba, llevaba al niño en el vientre como un peso que la atraía hacia la tierra.

Una mujer con joroba, la cara seca como una pasa, los ojos hundidos...

Como si toda su humedad se la diera al feto, como un árbol en otoño, que antes de dejar caer sus hojas echa semillas.

Caminaba entre la gente, buscaba a alguien, caminaba y buscaba, miraba a su alrededor.

Estuve contemplándola fijamente, menudo fenómeno, y lamenté no poder dibujarla.

Después pensé que ya la había visto, hace tiempo, en Březové Hory.

8. 9. 1914

La guerra le quita a uno la ilusión.

Hoy lo veo claro: si me hice famoso fue, sobre todo, porque fotografié a gente famosa. La fama es resbaladiza como las heces, que hacen patinar a cualquiera. Mis fotografías las enseñaron por todo el mundo, porque la fama quiere decir justo eso, enseñarse... Y después llegaron más en busca de esa fama, porque querían que los otros los vieran, y yo los complací y conseguí una pequeña parte de su celebridad... Así hice mi nombre, aprovechándome de otros.

¿Qué parte de mi obra vale realmente la pena?

Yo mismo valoro sólo un par de fotos...

La luz se encuentra con el cuerpo... ¿Arte?

¿Ese retrato tuyo? Ese que tengo metido en el cuaderno...

¿Eres feliz o simplemente te cosquillea la vanidad? Estás contenta porque alguien piensa en ti, alguien en quien tú no piensas, no, y no...

Me miras desde quién sabe dónde, con los brazos desnudos cubiertos de flores...

¿Sabes lo que me gustaría?

Sí, tú podrías ser mi obra más hermosa.

El amor te haría perfecta.

Y nuestros hijos... hijos...

¡Basta de sueños!

9. 9. 1914

Hay mujeres a las que un hombre quiere destruir, y hay mujeres a las que un hombre quiere proteger.

Hay mujeres que son grandes en sociedad, y hay mujeres que son grandes en sus sentimientos.

Hay mujeres calculadoras, y otras del todo impredecibles.

Hay mujeres que son sólo para la cama, y otras para estar en un banco

de la iglesia.

Las hay incluso artistas, pero la mayoría son increíblemente torpes.

Hay mujeres que elevan al hombre, y hay mujeres que lo humillan y hunden.

Encuéstrate a ti misma. Una mujer puede serlo todo...

En cualquier caso: «Es difícil amar a una mujer y a la vez hacer algo racional», según Tolstói.

Cualquier otro día

Algunos días se precipitan como trenes de carga...

Otros se alargan, el tiempo se le pega a uno en los talones.

Lo que uno tiene que hacer no le divierte, y por otro lado no hay con qué entretenerse.

Pienso en ti, ¡solecito mío!

Te sentaría en una silla para que me iluminaras. Y te dibujaría como si estuviese rezando.

A veces convido a alguien para que pose para mí. No he tocado la cámara desde hace tanto tiempo que ni me acuerdo...

En fin, inter arma silent musae...

14. 9. 1914

Otra historia que he escuchado, esta vez en la taberna:

«... el ánimo decayó en el tren, cuando comprobamos que no quedaba comida para nosotros; para los comandantes sí, claro, pero para nosotros no... y fueron ellos los que se olvidaron de anunciarlo... y después vimos en una estación un montón enorme de vendas ensangrentadas, debían de haberlas tirado de alguna ambulancia, para hacer sitio...ya todos les cambió el humor... temamos hambre y miedo...».

«... así que cada uno disparaba desde su trinchera. Menudo escenario: entre nosotros todavía estaban los caídos del ataque anterior... Llevaban allí una semana, pero no podíamos enterrarlos, porque no dejaban de disparar... Lina vez lo intentó alguien con la bandera de la Cruz Roja, pero acabó mal,

se oyó un disparo, le acertaron justo en la cabeza, y él se derrumbó sobre el compañero al que quería cavar una fosa, seguramente el que disparó pensaba que era un truco y que el enterrador quería cavar otra trinchera, de otro modo no me lo puedo explicar... Así que los muertos se quedaron en sus posturas extrañas y nosotros peleábamos por ese cementerio que estaba entre nosotros...».

Hace unos días pasó por aquí un arreo de caballos. Ahora los campesinos, tras la cosecha, ya no encuentran excusas.

Y otro, que había perdido una pierna, contaba cómo los soldados de caballería comercian en el frente con los caballos heridos o agotados. Dicen que se puede conseguir un caballo por diez coronas, pero sólo para carne...

15. 9. 1914

Hoy he visto en el cielo unos gansos que iban hacia el sur. Un hermoso viaje, sobrevuelan el frente, planean sobre el mar Mediterráneo y pasan el invierno en África.

Cuando regresen el año que viene... quién sabe... Todos esperan que la guerra haya acabado.

Algunos presumen de ser héroes, pero todos confían en ello.

Se cuentan historias, y después se calla durante largo rato.

Y también salen los recuerdos...

Mi primer amor, ¿te he hablado de ella? No lo sé, yo mismo la he olvidado. Fue en Přebram, cuando estaba de aprendiz. Tocaba la viola y yo la escuchaba por la ventana abierta o cuando salía a fumar al patio en mis ratos libres.

Incluso ahora tengo uno de mis cigarrillos en la boca, siempre estarán conmigo.

Eva, la primera mujer.

Su padre era barbero, no tenía madre... Ahora dicen que toca en alguna orquesta...

Una noche subimos al Monte Santo. La luna se elevaba sobre las ramas y ella bailaba como una peonza. Tenía la viola con ella, se apoyó en un viejo roble y se puso a tocar suavemente...

La luna ascendía por el cielo, su luz se derramaba sobre el techo de la

capilla. Y ella tocaba una sonata...

Después dejó caer las manos a lo largo de su cuerpo...

¿Te preguntas si nos besamos? ¿Podrías estar celosa de ella?

Bueno, una semana más tarde me fui a estudiar a Múnich...

Pero no fue mi primer beso... El primero fue a los seis años. Vino una visita y trajeron consigo a una encantadora niñita, con chispas en los ojos y un lazo en el pelo.

La llevé al patio, a ver los conejos, justo habían tenido crías.

En un momento dado nos acercamos, y ella me dio un beso en los labios.

¿Y yo? La empujé bruscamente y ella se cayó. No sé por qué. Después recibí una reprimenda...

17. 9. 1914, por la mañana

¡Princesa!

Son las cinco y media de la mañana, aún no ha amanecido.

Y yo estoy sentado a la mesa y otra vez te escribo.

¡Menuda noche! No he pegado ojo. El sueño le tiene que dar fuerzas a uno; pero yo me siento como después de una batalla.

He descubierto chinches en la habitación. Han traído colchones nuevos, los dejé cambiar por esos muy usados, y han debido salir de ellos. Ya lo oigo por toda Praga: ¡El fotógrafo Drtikol picado por las chinches!

Así que he encendido dos quinqués, porque dicen que con la luz las chinches se esconden...

te voy a contar lo que pasó ayer.

Me he encontrado a uno de mis clientes. Yo no me acordaba de él, pero él de mí, sí. Y enseguida se presentó. Me preguntó que qué hacía yo aquí... Qué voy a hacer, formo a las tropas. Y empezó a contarme una historia muy interesante: que ese retrato que le hice le había llevado al altar. Tanto le había gustado a una señorita que ya no lo había soltado... Ella debía de ser una especie de chinche. Y él ahora no sabía qué iba a pasar con ella, y me pidió que, ya que yo era un Feldwebel, si podría ayudarle, etc.

No, no puedo, pero tal vez en el hospital sí puedan...

No intento embellecer a las personas en las fotografías. Intento retratarlos como son.

Eso, a veces, basta para que otra persona se enamore de ellas.

Amanece...

Debo irme...

21. 9. 1914

Mis escritos te parecerán ridículos, claro, y yo también. Ya veo cómo hojeas distraídamente este cuaderno, si es que te lo mando algún día.

Cómo lees con desconcierto estas líneas...

Pero yo aquí no tengo a nadie. ¿Lo entiendes? A nadie...

Y los días son largos...

Y, de nuevo, ese perro ladra y aúlla...

Siempre fui un solitario.

Mi mundo interior y el mundo real se tocaban sólo levemente, por el borde crepitante.

¡Pero me gusta la gente! Y la vida. ¡Todo el mundo quiere vivir! Todo el mundo quiere compañía, tener a alguien.

La naturaleza nunca piensa en el individuo, sino en toda la especie. Sólo el ser humano se separa de la naturaleza, porque el hombre piensa en una mujer en concreto y la mujer en un hombre concreto, por ejemplo yo en ti y tú en el Dr. Chroust.

Y menudo jaleo que se monta en torno a ello, un verdadero circo con animales amaestrados dentro de sus jaulas.

Acuérdate de lo que pasó cuando viniste a nuestra casa, a Přebram, vaya un teatro se montó, sólo que cada uno actuaba en una obra diferente. Tú en una comedia, y yo en una tragedia: así que para los demás fue ¡una perfecta tragicomedia! Cómo me avergoncé después delante de mi hermana, durante la comida...

Y, a la vez, nos engañamos. Pensamos en una mujer concreta o en un hombre concreto; pero la sangre de todos nosotros corre igual de ciega.

A ti, mis escritos te parecerán ridículos, y yo también.

Otra vez ese fotógrafo idiota, te dirás.

23. 9. 1914

Llueve desde hace dos días, diluvia... así se anuncia el otoño. Está

oscuro, como si alguien hubiera echado las cortinas.

Las nubes, sobre este país tan triste, avanzan y lloran...

En esos días soleados cualquiera bajaba enseguida conmigo a batirse, sólo para probar su habilidad con la escopeta y después contárselo a todos. Pero ahora todos están ensimismados por ahí, y la mitad ha caído enferma.

En días como éste, uno querría estar en cualquier otra parte. En Praga a veces me gustaba este tiempo desabrido, nada me obligaba a salir afuera, y me quedaba en el estudio de la mañana a la noche, y en mi mundo podía crear sin tener en cuenta la lluvia y la nieve al otro lado de la ventana.

Los clientes llegaban como de otro mundo, como en un sueño en el que también se visita a un fotógrafo...

Y por la noche, cuando llovía, la lluvia golpeaba el tejado, en medio del silencio. Entonces me gustaba sacar aleatoriamente viejas placas del archivo y las miraba contra la luz del estudio. De vez en cuando, anotaba algo en un papel, si me gustaba, pero después lo olvidaba, alguna forma o una pose, a veces un gesto. Eran mis sueños, en ese momento...

Pero ahora todo eso queda tan lejos...

Aquí, cuando llueve así, sólo puedo leer y escribir, recordar y soñar. «Dormía y soñé que la vida era hermosa. Me desperté y comprobé que era un deber».

¿Sabes quién lo escribió? Una pista: un famoso filósofo...

24. 9. 1914

Cuando me fui de Přebíram tuve que prometerle a mi madre que volvería pronto. Pero en Praga todo era ya una farsa...

Y probablemente también por lo que aún tengo que hacer...

Que es lo que importa de verdad...

Ayer una mujer me dijo que yo podría cantar con los ojos...

Tú sí conoces mi mirada...

Me animó, claro.

25. 9. 1914

Parece que la guerra no habrá acabado para la recolección de las ciruelas...

Sin embargo, yo sí voy a terminar este cuaderno, y te lo voy a mandar. Espero que descifres mis garabatos, no me apetece reescribirlo. Espero que descifres mis garabatos y no te enfades.

Perdona que haya sido tan sincero, no sé hacerlo de otra manera. Me tienes que querer así, como soy, o querer a otro. ¿Qué te escribe el Dr. Chroust? ¿Te pregunta por tu amiga? ¿Por la salud de tu querida madre? ¿Te pide con insistencia que le envíes unos calzones nuevos?

Un desperdicio de palabras...

A pesar de todo, si alguna vez se bate en duelo valientemente, al final te merecerá...

De cualquier manera, la vida familiar no es para mí.

Me pongo enfermo cuando me imagino un reloj de cuco en la pared, y cómo esos dos caminan alrededor y pisotean una alfombra...

Si me quieres al menos un poco, envíame un mechón de pelo. Entonces sabré que aún puedo conservar la esperanza...

3. 10. 1914

De nuevo te escribo, he conseguido otro cuaderno.

Pero he decidido que voy a escribir menos en él y a dibujar más, además lo hago mejor.

Acabé en el hospital con una infección de algo, no puedo mover la pierna izquierda.

Pero he sido afortunado, porque a mi lado hay un tipo muy entretenido, ha vivido mucho y tiene muchas historias que contar.

Ayer me contó cómo rodearon una ciudad en Serbia. No había muchos defensores; pero estaban bien colocados y pelearon hasta el final. La ciudad cayó al tercer día, justo antes del ocaso. Los soldados la ocuparon y, para su suerte, encontraron en los sótanos garrafrones de licor.

Imagínate, princesa, no tuvieron que convencerles. El cadete al principio no lo aprobó; pero no le duró mucho, y al final se puso a beber como el que más. En un par de horas estaban borrachos como cubas, y para la tercera hora dormían como troncos.

Sobre la medianoche comenzó otra refriega. El viejo pope convenció a algunos hombres y mujeres para que se rebelaran, tenían guardadas unas

escopetas quién sabe dónde. Algunos de los nuestros apenas se despertaron, otros se levantaron para oponer resistencia; pero qué resistencia era ésa si apenas se sostenían de pie y no podían ni apuntar. Las pérdidas fueron cuantiosas, murieron casi tantos hombres como durante el asedio. Por la mañana, cuando consiguieron desarmar a los pocos que se habían rebelado, otros soldados se despertaron en el sótano y comenzaron a aporrear la puerta. Ni siquiera sabían lo que había ocurrido por la noche...

El pope, junto con los demás, fue ahorcado para dar ejemplo...

5. 10. 1914

Hoy he recibido tu estúpida nota.

Tú, que no has conseguido nada en la vida, te crees que puedes darme lecciones y consejos baladíes. ¿Según qué experiencia? Es una sabiduría basada en los libros de buenas maneras...

¡Puaj! ¡Me dan ganas de vomitar!

Hoy al fin me he dado cuenta del abismo que se abre entre nosotros.

Hoy le has puesto la guinda al pastel: «Tiene que comprender mucho sobre la vida antes de que alguna mujer pueda ser feliz con usted...».

O esto otro: «... me parece que hasta ahora no se conoce a sí mismo, y debería poner orden a lo que es verdaderamente importante para usted... le falta tacto en su relación con una mujer...».

Ja, ja: «... no piense que escribo esto con facilidad; pero en estas circunstancias no es posible vivir más en la ilusión de que somos amigos...».

Me pides que no te escriba más, y que ¡ni siquiera piense en ti!

Lo primero lo puedo cumplir, pero lo segundo es solamente asunto mío... Pensaré en ti siempre que me apetezca, y ya veremos si con afecto o con odio.

Lo iré alternando según me parezca...

Por la noche

He cumplido treinta y un años, y aún no me ha amado ninguna mujer.

No tengo nada para merecérmelo.

21. 7. 1918, Hartberg

Distinguida señorita:

Ayer recibí su carta, después de cuatro años de silencio, en los que no se ha acordado de mí. Yo también he intentado olvidar... La guerra me ayudó a hacerlo en gran medida. Me olvidé no sólo de usted, sino de mí mismo, del que fui al comienzo de esta guerra. En estos cuatro años me he convertido en alguien distinto, y dudo que este nuevo yo pudiera ser de su gusto. He perdido mis viejas maneras, que no le gustaban, pero he adoptado otras peores para poder encajar aquí. Aunque, en realidad, esto tampoco lo he conseguido...

Leo una y otra vez su carta y no sé qué pensar de ella. ¿Qué le ha impulsado a escribirme una nota ahora? ¿Qué puede esperar de alguien a quien dio calabazas hace ya mucho tiempo?

Drtikol

28. 7. 1918, Hartberg

Distinguida señorita:

Ha pasado una semana desde que le escribí. En este tiempo he recibido dos cartas tuyas. Tengo que reconocer que las he leído emocionado. Y si las cosas son como me escribe, ha tenido que ocurrir en su vida algo muy significativo que la ha llenado de sabiduría. Si no, no me ofrecería ahora su amistad ni pediría mi perdón.

Aunque, ¿puedo perdonarla? Me arrebató mi estrella en el cielo... pero paradójicamente me hizo bien. Comprendí que no tengo a nadie en la vida y que yo mismo debo ser esa estrella lejana, yo mismo debo alumbrar mi camino. Éste es el conocimiento al que durante la guerra he llegado yo. Tal vez le parezca triste... pero así es la vida.

No sé qué más contarle. Claro que es algo hermoso que dos personas, dos amantes, miren hacia el mismo cielo. Pero usted me privó de esa expectativa. Tendría no sólo que lamentar, sino, ante todo, encontrar dentro usted una gran fuerza para amar. Después, sí podría perdonarla; después, no habría nada que perdonar.

Fr. Drtikol

5. 8. 1918, Hartberg

Honorable señorita:

¡Usted no sabe quién soy ahora! Ya le escribí que cambié durante la guerra. Y tengo mis dudas sobre si le gustaría el cambio. Soy aún más gruñón y solitario. Mantengo a la gente a distancia, al menos a tres pasos militares. Por otro lado, me he librado de cierta ingenuidad; debida a la inexperiencia, supongo.

Sus palabras sobre la vida en Praga han despertado en mí la nostalgia después de mucho tiempo... Desde que estalló la guerra no he regresado allí, aunque hubiera podido. Podría haberlo arreglado, pero no quería, no merecía la pena. A veces me llega algo del estudio, pero, cuanto más dura la guerra, más lejano me parece todo. Hasta ahora, cuando he leído su descripción de cómo pasea por las orillas del Moldava... Ahora, he creído que todo podría tener su continuación. Hay rumores de que la guerra está llegando a su fin...

La pregunta fundamental es: ¿cree usted que podría amarme como soy?

O ¿tal vez haya interpretado erróneamente su última carta? Escríbame cuanto antes, o venga, no estoy tan lejos. Voy a esperarla y ¡quién sabe si al final no nos echaremos uno en brazos del otro!

Fr. Drtikol

PD: Sí, todavía dibujo. Justo ayer me traje a una chica. Muy flaca, sucia, pero con rasgos marcados. Estuvo posando varias horas hasta que la dejé marchar. Y mañana vendrá de nuevo. Hace tanto tiempo que no cojo la cámara que ni me acuerdo. Últimamente me apetecía; pero aquí no se dan condiciones adecuadas.

10. 8. 1918, Hartberg

Señorita:

Es como si os reconociera de nuevo en la última carta. Así me escribía usted hace tiempo. Dice que no puede venir, y me relata una procesión de motivos. Pero si quisiera de verdad, nada ni nadie se lo impediría, y hasta la incomodidad del viaje la superaría con alegría.

Para qué hablar. Sin embargo, dudo que me haya estado escribiendo estas últimas semanas sólo para saber si sigo con vida. ¡Estoy vivo! Y de sus cartas he comprendido que su vida ha evolucionado y que ahora nos entenderíamos mejor.

Sí, princesa, ¡ahora nos entenderíamos mucho mejor!

Pero es preciso ser sinceros, para que no haya más malentendidos. Señorita, yo aún tengo una opinión un poco diferente sobre el matrimonio. No deseo a una mujer que sólo quiera limpiar y cocinar, sino a una que sea una musa, una modelo y una amante para mí. En eso no he cambiado. Espero de mi esposa... ¡que traiga la belleza a mi vida!

Y también espero que si va a ser la madre de mis hijos, ella misma no se infantilice tontamente, como les sucede a menudo a las mujeres.

Y aún debo mencionar otra cosa: mi dedicación a la belleza, el arte. Yo ya estoy comprometido...Y si esta guerra de verdad acaba algún día, mi mayor deseo es volver a crear. Y mi compañera no debería estar celosa de ello...

Aparte de eso, no pido mucho a la vida. La guerra me ha enseñado a vivir con poco. Y a veces me parece que, cuanto más pierdo, más rico soy. El que no tiene nada, aún tiene toda la vida por delante...

František Drtikol

P. D.: Por favor, envíeme un retrato suyo reciente.

12. 8. 1918, Hartberg

Princesa:

Otra vez crece en mí la inquietud espiritual. Nuestras últimas cartas se cruzaron. Estoy pensando en ir a Praga después de cuatro años. ¿Deseas que vaya,? ¡Me darán vacaciones! Tengo que verte, las cartas tardan mucho...

Drtikol

18. 8. 1918, Hartberg

Solecillo mío:

¡En esa fotografía estás más hermosa que antes!

Sólo me apena que te dejaras fotografiar en la competencia. Pero hasta esto te lo perdono...

Ya estoy decidido, ¡iré a Praga! Espero que pueda ser la próxima semana.

Al mandarme la fotografía, ¡he comprendido que me quieres!

¡El destino por fin me sonrío! Y tiene tu rostro.

FD

21. 8. 1918, Hartberg

Princesa:

Hoy he recibido otra de tus cartas. ¿Qué quieres decir con eso de que no es lo más indicado que vaya ahora a verte? Ya no puedo esperar más, y si se trata sólo de un leve enfriamiento...

De verdad, ya no puedo esperar más.

En un par de días estaré en Praga, ¡te mandaré una nota! Hasta entonces, te deseo salud.

Te haré feliz al llegar.

*Tuyo,
František*

IV

EN esta época es la única conexión directa, por eso deciden usarla. En un vagón de tren especialmente preparado quedaban dos sitios libres. Ervina Kupferová y Emanuel Siblík se sientan enfrente de tres hombres. Uno lleva una camisa de fuerza, el segundo los observa con malicia mientras le tiembla el labio, y el tercero tararea diferentes versiones de la canción «¿Dónde está mi hogar?», tartamudeando y sin dejar de babear. *Ésta es la be be be beeella tieeerra cheeeca*, se pone a cacarear en cuanto el vagón sale de la ciudad y el paisaje comienza a desfilar tras la ventanilla. Al final, el cuidador tiene que ponerle una mordaza. Esto no es la «*tieeerra cheeeca*», sino Moravia, les explica a esos dos, que no son de aquí. A todos los demás los trasladan desde el Sanatorio Moravo para Enfermos Mentales de Brno al Sanatorio del Emperador Francisco José I en Kroměříž. Allí, precisamente, va a tener lugar una charla divulgativa y una actuación del famoso dúo de bailarines Kupferová-Siblík.

La parte del moderno sanatorio de Kroměříž, con una capacidad de mil ciento diez pacientes, que da a la calle permite ver una explanada de entrada, un edificio administrativo y los pabellones para los enfermos que se encuentran en mejor estado. Dentro del complejo hay muchos otros pabellones, la mayoría de los cuales no tiene rejas en las ventanas, sino placas de vidrio templado; así que da, más bien, la impresión de ser un balneario.

Todo está distribuido a la perfección, explica el director del sanatorio, el doctor Vincenc Návrat. Tenemos un pabellón para los empleados administrativos, un pabellón para los enfermos infecciosos, un pabellón para

mujeres alteradas, otro para hombres alterados, pabellones para los enfermos medio alterados y pabellones para los enfermos tranquilos; una sala de reuniones sociales, una carpintería, un taller de ruedas, uno de cestería, otro de barnizado, otro de calzado y otro de libros. Y también un invernadero, una bolera y una capilla. Tenemos todo lo que uno necesita en la vida, incluso una morgue.

Ahora sólo falta que se acabe la guerra, ¿verdad?, dice Siblík.

Tiene razón, caballero. El primer medio año, desde que abrieron los frentes, tuvimos que dar de alta a un tercio de los pacientes, pues el ejército se adueñó de los pabellones, para el hospital militar. Y en los últimos tiempos tenemos muchos problemas con el abastecimiento, nos faltan alimentos y agua.

¿Y qué pasó con ellos?, pregunta Kupferová.

¿Con los enfermos dados de alta? En los mejores casos siguen el tratamiento en sus casas. Los menos afortunados acabaron en la calle. Y a algunos los curó la conmoción del cambio.

¿Y cómo se llevan las mujeres histéricas con los soldados heridos?, pregunta, interesado, Siblík. ¿A la histeria no se la llamaba antes síndrome del útero migratorio?

El Dr. Návrat mira con curiosidad a Siblík. Sí, en los comienzos de la psiquiatría. Los soldados ocupan sólo dos pabellones, la mayoría se ha ido, porque a principios de 1916 tuvimos que albergar a más de cuatrocientos pacientes del sanatorio para enfermos mentales de Gorizia y, en primavera, a otros doscientos del Tirol.

Así que la guerra echa a los locos de sus hogares.

Así es. Imagínense la situación. Llegaron sin personal, sin historiales médicos, excitados por el cambio de entorno. ¡Lo que nos costó el simple hecho de averiguar sus nombres! Hay uno que, hasta el momento, afirma llamarse Aleksandr Sergueyevich Pushkin y para demostrarlo recita el poema *Carta de Tatiana a Onegin*, y muy bien, por cierto... La guerra además me ha privado de la mayor parte de mi personal cualificado, hoy en día casi todos los trabajadores son mujeres. No es que tenga nada contra las mujeres, señorita, sólo que por una cuestión física, ellas no pueden cargar con algunos pacientes.

¡Sí, me hago a la idea!

Menos mal que tenemos nuevos medicamentos, como el trional, el paraldehído y el sulfonal, continúa Vincenc Návrat. Tal vez estos nombres no les digan nada; pero, para nosotros, son de una gran ayuda. Estos medicamentos son mucho más efectivos que envolver a un enfermo con sábanas mojadas.

Carraspea y añade: Pero cuéntenme ahora ustedes. Tengo entendido que están aquí de gira...

Sí, afirma Siblík. Supongo que le resultará un poco extraño, pero creemos que incluso en estos tiempos difíciles no hay que olvidar las necesidades más elevadas del alma. *Inter arma silent musae*, pero no debemos olvidar que la belleza aún existe. La señorita Kupferová es la primera bailarina checa que actúa para el gran público, ya antes de la guerra obtuvo un gran éxito en Alemania. Pero entonces era una niña. Y en cuanto a mí, la danza moderna me interesa estéticamente desde hace mucho tiempo. Espero que no suene a falta de modestia si afirmo que somos casi los únicos que se dedican a la danza desde el punto de vista teórico.

Vincenc Návrat asiente con reserva. De verdad, aprecio mucho que hayan decidido actuar también en nuestro sanatorio. Aunque no lo parezca, las veladas de baile aquí eran los actos preferidos de todos.

¿Les gusta bailar?, pregunta Kupferová con sorpresa.

Claro, se relajan, y les resulta beneficioso. Antes de la guerra organizábamos una vez al mes, por lo menos, un concierto de música en directo; ahora, por desgracia, todo resulta más complicado.

¡Qué maravilla que bailen! Sé con certeza que si me volviera loca la danza sería lo único que me quedaría, dice con un ahogo.

Tiene dieciocho años. Cuando tenía catorce, el empresario Jan Kubelíkle concertó una actuación en Berlín, ocultó su edad y la presentó como a una artista consagrada. La prensa alemana la comparó con Isadora Duncan, la prensa checa escribió que Kupferová era una artista tocada por Dios. Pero nada se puede comparar con la satisfacción que le proporciona esta gira pedagógica. Actúa en salas improvisadas, en gimnasios donde ondean banderas con los colores nacionales. Las condiciones son inadecuadas y contar con una orquesta es del todo imposible; pero recibe nuestra calurosa acogida. A pesar de que sale al escenario con una túnica blanca y sin zapatillas de ballet, el público desde el principio se queda asombrado. La

danza libre es algo desconocido hasta entonces, pero precisamente por eso la acompaña su entusiasta valedor: Emanuel Siblík.

Según la tradición, los mismos dioses enseñaron a los griegos la danza libre y Platón tenía reputación de ser un gran bailarín, dice como introducción y, después, con un gran salto, llega hasta cuando Isadora Duncan, unos dos mil años después, estudió las poses de los bailarines en las vasijas griegas, cuando quiso liberar a este arte de la geometría y las variaciones de pasos de las danzas clásicas y de las formas vacías del ballet.

Debido a la naturaleza del público de Kromériz, acorta la charla en favor de la propia actuación de baile. El salón, repleto, ofrece un rico panóptico de personajes. Los paralíticos están aparcados junto a las paredes; sus sillas de ruedas, con las cabezas rígidas, extrañamente inclinadas, como si el apocalipsis los hubiera cogido en medio de algún movimiento que se perpetuara de un modo constante e inhumano. Los enfermos de los nervios, al contrario, dan patadas sin cesar a las patas de las sillas de delante, como si el propio tiempo les irritara y escociera de un modo insoportable, enfureciendo así a los que están sentados en ellas. Estallan entonces fuertes peleas repletas de reproches y amenazas sorprendentemente ingeniosas. Desde diferentes lugares, se dejan oír soliloquios ahogados y sus repeticiones ecológicas. A veces alguien se pelea por el sitio. Muchas mujeres están despeinadas y con las mejillas ajadas, pero otras están perfectamente maquilladas.

Dos, que esperan con impaciencia en la primera fila y, evidentemente, son enfermeras, parece que se hubieran confundido de siglo y asistieran a la coronación de Luis XVI. Los soldados heridos, con partes del cuerpo vendadas, están sentados aparte; llevan pañuelos, tablillas con muletas que apoyan en las sillas.

Al fin, Kupferová aparece en escena. Lleva una clámide suelta y está descalza. Suena un piano, algunos internos de las primeras filas lo entienden como una invitación a bailar y se lanzan al escenario. El personal, ágil, intenta detenerlos, se les unen los soldados del hospital de campaña y durante un momento la situación es algo confusa. Al final, el propio Dr. Návrat se ve obligado a salir, calmar la situación y soltar un discurso a los internos.

El segundo intento sale algo mejor. Los dementes resisten con todas sus fuerzas sin moverse de sus sitios, solamente uno en la primera fila se inclina hacia delante y baila con los dedos en el suelo como un poseso, lo que agrada

mucho a otro, que estalla en una risa jadeante. Con tiempo incluso estos dos se tranquilizan, a pesar de que sus bocas se quedan deformadas en una mueca. El pianista toca la sonata *Claro de luna* de Beethoven y Kupferová se mueve con tal elegancia y suavidad que casi se inmateraliza sobre el escenario, disolviéndose como una nube sobre las cabezas de los espectadores. Vestida con esa túnica semitransparente da la impresión de ser etérea, aunque en la vida civil es más bien salvaje, tiene los labios gruesos y, en las fotografías, suele sostener un cigarrillo entre ellos. En unos pocos minutos, consigue concentrar la atención dispersa de los enfermos en un punto, se cuelgan de ella con la mirada, la saliva les chorrea por la barbilla.

La actuación tiene un éxito sin precedentes; todos, excepto los pobres incapacitados, aplauden entusiasmados. Especialmente los pacientes nerviosos, que por fin pueden desahogarse con las intensas palmadas. Algunos no paran ni después de dos minutos, y entonces Siblík los calma desde el escenario haciendo un gesto con la mano.

Pero dice algo que desata otra intensa ovación: la señorita Kupferová, tras un acuerdo con el director del sanatorio, el doctor Návrat, va a enseñarles unos ejercicios. Todos los que tengan interés pueden unirse a ella.

Un ordenanza abre las ventanas y el pianista comienza a tocar un preludio. Algunos pacientes salen disparados, otros se arrastran indecisos cuando ven a los primeros; otros permanecen nerviosos en sus sitios. Durante unos minutos el escenario se llena de tal modo que apenas pueden moverse en él y los bailarines tienen que ser divididos en dos grupos. Los primeros se balancean y bailan según los principios del método de Émile Jaques-Dalcroze, que Kupferová ha adoptado en sus estudios; otros los señalan, pero a unos y a otros les brillan los ojos de euforia, sólo algunos individuos permanecen enfurruñados en una esquina, aunque nadie sabe por qué, debe de ser porque no les ha tocado ser de los primeros. Incluso un paralítico aparcado muestra interés en que lo acerquen, al menos quiere mirar, y ha hecho muy bien, porque una de las enfermeras de Luis XVI agarra la silla de ruedas y comienza a dar vueltas con ella, recorre dos veces la sala entera a lentos pasitos y después zigzaguea entre las sillas mientras repite sin cesar: ¡Libertad para los locos! ¡Libertad para los locos!

El personal del Sanatorio Provincial del Emperador Francisco José I observa la escena con cautela; los locos, por fortuna, se cansan muy pronto.

Cuando la hora de danza termina, uno de los soldados, con la cabeza vendada, se levanta y le pide a Ervina Kupferová un baile. Un vals corriente, le dice, es lo único que sé bailar. Los enfermos cuchichean, lo señalan y, de inmediato, se hace un hueco en el escenario, un círculo cerrado de amor incondicional, creado por unos locos apiñados en un mundo engullido por la guerra.

Llamas a una puerta en la que hay una placa plateada en la que reza ESTUDIO FOTOGRÁFICO DRTIKOL Y CÍA...

En la puerta aparece un joven desconocido, no debe de tener más de dieciséis años. ¿Qué desea?

Dudas... ¿qué querrías después de cuatro años en el frente?

Carraspea. Estimado caballero, ¿desea hacerse un retrato?

¿Trabaja usted aquí como asistente?

Sí, le puedo dar hora para la primera fecha que esté libre.

¿No podría atenderme ahora mismo? He venido desde muy lejos...

Tal vez, si espera un momento, tenemos ahora un cliente, dice dudando. Voy a preguntar a nuestro operador cuánto tardaría en atenderle. Pase, tenemos una agradable sala de espera, aquí puede hojear revistas fotográficas o la prensa del día...

A primera vista todo sigue igual. Los muebles están colocados en el mismo sitio, en las paredes ves la misma decoración; después, dentro del estudio, te fijarás en que tampoco el Cristo de Myslbek ha cambiado ni de posición ni de gesto durante la guerra. Te sientas en tu sillón favorito de la sala, tus manos palpan las formas familiares de los apoyabrazos, con sobresalto y con gusto, como si fuera un cuerpo amado pero perdido hace mucho tiempo.

En las paredes de la sala de espera cuelgan algunas de tus fotografías, que te resultan ajenas.

Durante un momento cierras los ojos: al fin en casa.

Parece que esta vez la guerra sí llega a su fin. Tras tantas esperanzas frustradas de paz, después de tantos años interminables dedicados a reclutar a más y más soldados, no para el emperador Francisco José sino para la emperatriz Muerte, no te lo acabas de creer. Primero, en Benešov, ahí todo te resultaba familiar, pero después, en Hungría, en Békéscsaba y en otro par de puestos, y al final en Austria, en Hartberg... En realidad, en todas partes era

lo mismo, el mismo régimen, las mismas tareas, la misma impotencia, solo, al alargarse más y más, cada vez era peor. Ahora te han dado una semana libre, quién sabe cómo te sentará.

El joven regresa con buenas noticias: En una media hora el ingeniero Šourek estará con usted. ¿Desde dónde ha venido?

Te levantas y vas hacia la caja. ¿No hay ninguna nota para mí?

¿Nota? Me temo que... ¿A qué nombre, señor?

¿Cómo te llamas tú?

Jaroslav Rössler, a su servicio. Lleva el pelo corto, casi como un soldado, tiene una expresión perspicaz en los ojos.

Y yo soy František Drtikol.

¿Usted es František Drtikol?

El destrozaruedas,^[7] el mismo...

Es que... yo... perdone, nunca tuve el gusto de conocerle...

No se preocupe, las presentaciones las dejamos para después. Así que dices que no hay ninguna nota de Eliška Janská.

Me temo que no, señor.

Entonces le escribiré una nota a la señorita Janská y se la llevarás corriendo a su casa. Tienes un poco de tiempo, ¿verdad?

A sus órdenes.

Te trae un papel con membrete, un sobre oficial y un lapicero. Garabateas a toda prisa: He llegado a Praga hace una hora. ¡He de verte! Dime adonde tengo que ir. Drtikol.

Cierras el sobre y dices: Si vieras a la señorita Janská en persona haz hincapié en que te han ordenado esperar su respuesta. Y no te entretengas por el camino, ¡ésta es tu única y más importante tarea!

Sale corriendo del estudio, oyes cómo baja las escaleras de dos en dos, hasta que llega al pasillo.

Apenas conoces al ingeniero Šourek, sólo os habéis visto un par de veces, en actos sociales. Es el suegro de Škarda. Está retratando a una chica muy bonita, y enseguida te entran ganas de trabajar, mañana deberías encargarte de algunos clientes para comprobar que no has perdido la forma.

¿Vendrá hoy Augustin Škarda?, preguntas.

¿No lo sabe?, se extraña Šourek. Hará cosa de un año le tocó también a

él.

¿Alistarse? ¿Por qué no me lo había contado nadie?

No sé, señor. Hicimos un trato para que yo me encargara del negocio hasta su vuelta.

Su vuelta, o la mía...

No sabíamos qué era de usted, dice titubeando. ¿Ha vuelto definitivamente?

Me temo que sólo me quedaré unos días; así que, de momento, lo dejamos todo como estaba. Pero, dígame, ¿qué tal va el negocio?

Todo está en los libros de cuentas, le informa Šourek. No es ninguna maravilla, ya sabe...

Pues no, no lo sé. No sé nada porque hace mucho que nadie me escribe.

No es cosa mía, dice encogiéndose de hombros.

Rössler regresa de vacío, sólo ha encontrado a la madre de Eliška. Te dice que la señora Janská le envía saludos cordiales y promete que le dará la nota a Eliška en cuanto sea posible.

Pero ya son casi las seis, la respuesta no llegará antes del día siguiente.

Sería más fácil mantener contacto por radio con ella, dice Rössler.

¿Qué?

Soy radioaficionado. Si le regalara a su amada una radio de campo...

Os pasáis un rato más poniéndoos al día y después les mandas a todos a casa. Tumbarse y mirar inmóvil al techo, dejar que la mirada se pierda por las paredes blancas, beber y descansar en la nada... Pero después te das cuenta de que, aunque les has dado unos días libres, Rössler no se va a ningún sitio. Él se queda en la casa. Blasfemas y le pides que, al menos esos pocos días que vas a quedarte, se mude de tu cuarto de servicio a la sala de copias del piso de arriba.

Mejor me marchó, se disculpa.

Te acuestas siendo aún de día, dormitas tres horas y después, por la noche, no puedes dormir bien. Te levantas y vas a servirte un vaso de agua, al volver te sientas de repente en el sofá. Las ventanas del mirador están abiertas de par en par, pero el aire no quiere correr y enfriar la habitación. Te quedas sentado una hora, luego dos, durante todo ese tiempo piensas cien veces en Eliška. Te levantas y miras varias veces a la calle de abajo. ¿Cuántas veces

habrá pasado por ahí? ¿Pensaría en ti alguna vez? Con una mano te apoyas en el marco, enciendes un cigarrillo y por fin sientes una corriente de aire fresco en la sensible piel del pubis.

Otra vez piensas en el momento en que has subido en el ascensor. El hombre que ha aparecido en el espejo te resultaba familiar, te recordaba a alguien a quien conociste. Pero entonces no tenía ni sombra de canas en las sienes, los dos

ojos le servían bien y en su cara se dibujaba una expresión más suave. En estos años en los que no ha dado noticias, ha envejecido visiblemente, se ha transformado en alguien que nunca será el de antes. Ya no es joven. Los huesos de la cara se han soldado, la piel que los cubre está tirante y a partir de ahora sólo queda descolgarse. Sus gestos han dejado sus huellas, y ahora se pliegan a lo largo de ellas. Era el mismo hombre que siempre encontrabas en ese espejo, o al menos se le parecía, un soñador y un dandi, un fanfarrón, pero a la vez había cambiado, su expresión se ha endurecido y ya ni los ojos pueden aligerarla. Como si la guerra lo hubiera atado a la tierra por las tripas.

La nota de Eliška tampoco llega durante la mañana siguiente. Mandas a Rössler a por una contestación, a pesar de que te percatas de que con ello sólo demuestras tu impaciencia. Eso es de mal gusto y suele atraer la mala suerte, pero no puedes evitarlo. No deseas otra cosa que tener por fin el veredicto. Quieres escuchar un sí o un no. Ya no sabes qué prefieres, pero lo uno o lo otro. Sin embargo, Rössler regresa otra vez de vacío, la señorita Janská está en la piscina. Esta escueta información te basta. Tomas la calle Spálená y pasas ante el palacio Šlikov, atraviesas las calles de la Ciudad Vieja hasta el Puente de Carlos. Esta vez caminas frente a la estatua de Santa Lutgarda sin detenerte; en realidad, ni la ves. Aunque hace muchos años que no andabas por Praga, hoy no ves nada, ni a derecha ni a izquierda. Por la calle Lužicka llegas hasta los jardines de los Jesuitas, y cuando los cruzas, avistas ya la piscina municipal: unas casetas de colores relucen entre sus árboles.

Te sorprende que la piscina esté tan vacía. No hay toallas blancas secándose sobre las barandillas azules. Observas el recinto desde un montículo, ves a algunas madres con niños, algunas señoritas en parejas, una

pandilla de chicos de unos trece años. Sin embargo, para estar seguro de que Eliška no está allí no te queda más remedio que comprar una entrada. Recorres la piscina entera, hasta el final, y vuelves. No la encuentras.

Te sientas en la orilla del río, el sol de julio te graba en la piel la marca de otro rechazo, que Eliška ni se ha molestado en hacer efectivo. De repente, la ves. ¿Es de verdad ella? Unos doscientos metros, corriente abajo, está la piscina del ejército. Te colocas para contemplarla mejor; pero acaba de desaparecer tras una verja de madera. Vas a tener que nadar hasta allí, o correr por la orilla. Pero ¿qué hace en la piscina del ejército?

Al menos, como eres un soldado de permiso, no tienes que comprarte otra entrada.

Entras y te deslizas rápido en una de las casetas, desde donde, a través del agujero de la puerta, observas el lugar con cautela. La madera de la caseta está seca, caliente, huele bien. En otra de las casetas cercanas alguien murmura algo sobre su hermosa y agradable amada.

Es de verdad ella.

Y por desgracia a él también lo reconoces.

Eliška, con un traje de baño azul que le sienta muy bien, empuja a un hombre en una silla de ruedas. Van traqueteando sobre la hierba y un terreno rugoso en el que las ruedas se atascan. Las piernas blancas y delgadas del Dr. Chroust descansan sin vida sobre el reposapiés. Él la ayuda con las manos todo lo que puede, empuja con dificultad las llantas; aun así, Eliška agarra con firmeza los mangos para salvar esa corta distancia hasta el agua uniendo fuerzas. Eliška tiene que frenar en la pendiente, se apoya en el suelo con los talones para que la silla no vaya demasiado deprisa, y también el Dr. Chroust frena con las manos. Después, ella se resbala porque la hierba está mojada y, al intentar asirse a los agarraderos, la silla se gira y se cae sobre un costado. El Dr. Chroust sale despedido y se queda tumbado sobre su barriga, cerca del agua, como una vieja morsa.

Contemplas la escena con la boca abierta y la mente en blanco. En menos de dos segundos, Eliška salta hacia su prometido. Quiere ayudarlo a volver a la silla; pero él mueve los brazos para que lo deje en paz. Ella endereza la silla volcada y la aparca junto al agua. Extiende una toalla delante, otra en la hierba y, después, observa cómo su amado se esfuerza por salvar esos tres metros que aún lo separan de ella. Josef Chroust rueda con esfuerzo hasta el

agua baja de la orilla. Primero recorre el fondo cuidadosamente con las manos y a continuación, nada hasta el centro de ese espacio reservado a los nadadores. Eliška le sigue, salpicando de tanto que se apresura para acercarse a él. Después aceleran juntos, Eliška siempre alerta, por si de pronto las manos no fueran suficiente. Hacen el muerto en medio de esa piscina de agua de río y, juntos, se funden en la superficie, con las caras vueltas hacia el cielo color azul.

Por fin los pensamientos aturridos se liberan en tu mente: ¡Así que por eso te escribió después de tanto tiempo! El Dr. Chroust volvió a casa tullido. No lo pudo soportar y se acordó de su otro pretendiente, aquel estúpido fotógrafo. Cogió un papel y, por probar, garabateó unas palabras: ¿Qué tal está? ¿Aún sigue vivo? ¿Puedo jugar con usted todavía a mi antojo? ¡Hágamelo saber! Pero en cuanto se te pasa la primera oleada de ira, se apropia de ti la compasión. Es posible que Josef Chroust no vuelva a ponerse de pie en toda su vida. Seguro que Eliška se imaginaba otra clase de marido. ¿Y tú?, ¿quieres pelearte por ella con un tullido?

Durante un instante, meditas sobre si deberías acercarte a ellos; al final te deslizas fuera de la caseta y te alejas lo más rápido posible. El socorrista de la entrada, receloso, te mira de arriba abajo.

Por eso te sorprendes cuando por la tarde aparece un mensajero con una nota: Le espero a las seis en el café Bristol. Eliška J.

Ha escogido el mismo sitio en que os visteis por última vez. Te imaginas que todas esas imágenes de la guerra se pueden borrar y que tu vida continúa sin interrupción desde aquella escena en el café, como cuando se cose un dedo cortado. Eliška se pierde en el interior del café para traerte unos merengues, ahora sale de allí y te los introduce en la boca como si fueran hostias porque has pasado por una prueba sangrienta y regresas purificado, es la sacerdotisa del ordo amoris.

Basta, ¡basta de sueños! ¿Es que no la has visto hoy en la piscina? Nada puede ser lo mismo.

La ves tú a ella primero, te duele el comprobar que tiene las puntas del cabello aún mojadas, se ha debido de lavar el pelo en casa. Te espera tranquilamente y con compostura, como si no hubiera pasado nada, como si no hubiera habido ninguna guerra, ni separaciones, ni cartas, ni diarios, ni declaraciones de amor desesperadas, como si no hubieran existido todas esas

tenebrosas noches en tu corazón. ¿Cómo habrá sido su vida en Praga?

¡Fran! ¡Gracias a Dios que está bien!

Te inclinas un poco y acercas su suave mano a tus agrietados labios.

¿Cuánto tiempo se quedará en Praga?

Dudas entre tratarla de usted como antes de la guerra o tutearla, como en tus últimos diarios.

¡He pensado tanto en usted recientemente!

Eso no me lo creo...

Pues sí, lo he hecho.

¿Algo la obligó?

¡Vaya ilustre invitado! Reciba mi más calurosa bienvenida... ¿Ha vuelto para quedarse, señor?, le pregunta Alois, el camarero.

Para quedarme, no... Sólo por unos días. ¿Cómo le va, Alois?

Ya sabe, la vida es dura como el acero. ¿Qué puedo ofrecerle?

Tomaré lo mismo que la señorita.

Estupendo, enseguida vuelvo.

Fran... cuénteme..., dice Eliška.

¿Qué le gustaría oír? Supongo que no esperará que empiece a contarle nada de la guerra. Me alegro de haberla dejado atrás. Mejor dígame usted qué ha estado haciendo todo este tiempo, no he tenido noticias suyas.

¿Yo? No sé...

Alois trae café, licor y una garrafa de agua cuya superficie ondeante arroja destellos sobre el respaldo de una silla vacía. Eliška baja la mirada, te llevas la taza a los labios: Tenéis café de verdad...

En general, sí.

Tamborileas con los dedos sobre la mesa. Dígame la verdad: ¿Por qué ha pensado en mí últimamente? Yo he intentado más bien olvidarme de usted...

Pero no es tan fácil, ¿verdad?, sonrío Eliška.

¿Entonces?

Ni lo sé... Perdona, pero estoy confundida.

¿No sabe?

No lo sé.

¿No me miente?

Usted mismo lo escribió, la vida le hace llegar a uno a ciertos pensamientos.

Pero yo sólo soy ese estúpido fotógrafo con ideas extrañas... ¿Por qué iba alguien a pensar en mí?

Yo nunca he dicho eso.

¡Pero es como si lo hubiera dejado claro desde el primer momento! Siempre intentó sofocar ese fuego dentro de mí. Dejarlo humear, eso sí, que humee, para poder saber dónde está ese bobo. Se le ha ocurrido... No, no se le ha ocurrido, tenía otras preocupaciones.

¿Por qué nunca vino a verme si tanto pensaba en mí?

No podía.

¿Durante cuatro años?

Al principio no quería, y después no podía.

¿Y por qué no podía?

Mi madre no me habría dejado.

¿Le asustó que le escribiera para pedirle su mano?

Sabe muy bien que retuve esa carta. Fue muy imprudente por su parte, no le había dado mi permiso para que hiciera algo así. Pero no piense que no conservo esa carta. Nadie me ha escrito nada semejante jamás. Tras una pequeña pausa, añade: Ni siquiera el Dr. Chroust.

El Dr. Chroust... Mire, lo había olvidado por completo. ¿Qué tal está?

No creo que tarde en regresar a casa, dice Eliška.

¿Se encuentra bien?

Eliška duda. Le dispararon en la espalda. Pero ya debería estar recuperado. La última vez me escribió desde el hospital para contarme que ya lo dejaban salir de paseo.

La miras a los ojos, ella evita tu mirada.

Después se te nubla la mente. Todavía espero una respuesta, dices.

Perdón, pero ¿a qué pregunta?

¿Te casarías conmigo, Eliška?

Termina el licor, mantiene la vista baja, hacia el regazo.

No puede ser.

¡Cásate conmigo!

No puedo.

¿Por qué? ¿Qué te lo impide? ¿Ese lisiado en una silla?
Levanta la vista, los ojos le brillan, y después respira profundamente.
No, ése no. Al revés, Josef ha dicho que ahora no puede aspirar a nada
conmigo.
¿Lo ves? Entonces ¿qué?
¿De verdad lo quiere escuchar?
¡Habla!
No le amo.
Pero...
¿No me ha oído? No le quiero, ¡nunca le he amado! ¿Es capaz de
comprender esta revelación?

El 28 de octubre de 1918 los habitantes de Praga creen erróneamente que la monarquía ha capitulado. Se manifiestan por Václavské náměstí, por Na Příkopě y por Celetná hasta la Plaza Grande y vuelven por la calle Sirková. De camino, avistan a los enviados del Imperio, al sacerdote católico Isidor Zahradník, activista del Partido de los Agricultores y, como no había otro representante del pueblo más importante a mano, la multitud lo coge en hombros y exclama hurras. Sin embargo, no lo llevan mucho rato, es orondo, y lo dejan, mejor, en el suelo. Le colocan en la solapa la bandera tricolor y lo colocan al frente de la manifestación que se dirige a la estatua de San Venceslao. Allí, Isidor Zahradník, empujado por la multitud hasta los cascos del caballo, declama unas palabras memorables: «Hemos roto para siempre los grilletes con los que nos torturaron los pérfidos, advenedizos e inmorales Habsburgo. Somos libres...».

Unas valientes palabras, especialmente para un hombre como Isidor Zahradník, que tenía problemas de dicción. Las palabras «tiranos advenedizos e inmorales Habsburgo» tuvieron que ser un infierno logopédico para él.

En esa época tienes mucho trabajo en el estudio. Durante los últimos meses de la guerra te ganaste una pierna inflamada. Estuviste una semana en el hospital militar, después te escondiste en Přebíram; pero para el otoño ya

habías regresado a Praga. La monarquía se descompone como un caballo caído en batalla, tiene otras preocupaciones mayores que la de perseguir a los cientos de desertores, y tú, por otro lado, debes hacer cosas más importantes que retirarte a paso militar.

En apariencia, no ha cambiado nada en el estudio, pero, poco a poco, los problemas te van estallando en las narices. Una tarde repasas el archivo de negativos, para saber lo que se ha hecho en tu ausencia, y con cada placa se apodera de ti una furia más y más intensa. Durante la guerra, los retratos han caído en la mediocridad. Te sorprende esa complacencia barata, esa desidia, ese descuido. Espejito, espejito, ¿quién es la más hermosa del reino? Espejito, espejito, ¿quién es tan digno que esconde en los calzones unas pelotas de mármol? Espejito, espejito, ¿quién, durante la guerra, ha vivido poniéndose las botas, como un cerdo en un maizal? Tú, el operador aprieta el disparador, ¡tú, tú!

El cliente es mi señor, piensas con acritud, siempre acaba así, con la tiranía del mal gusto plebeyo.

Mandas a Rössler a preguntar el precio del vidrio. No deberías haberlo hecho, pero no puedes evitarlo, esto no es trabajo del estudio Drtikol y cía, sino sólo de la cía.

También es necesario poner orden entre el personal. Gertruda Fischerová, que trabajó contigo antes de la guerra, hasta ahora hace de asistente, se puede confiar en ella. Como graduada del liceo femenino Minerva, ha recibido una estupenda educación; su manera de hablar causa buena impresión a los clientes, y también a ti. Te quedas con el joven Rössler; desde los tiempos de Mattas sabes que un aprendiz es la mano de obra más barata, y también es hora de que practiques con alguien tus habilidades pedagógicas. Aun así, vas a necesitar uno o dos empleados más; decides buscar a alguien nuevo, y todos los demás, con Šourek al frente, se pueden ir por donde han venido, plebeyos...

La peor sorpresa está por llegar. Durante la guerra los libros de contabilidad se han llevado con dejadez, en ellos se ve que las cantidades que te enviaban no se corresponden con las ganancias. Tienes curiosidad por saber adónde ha ido a parar el dinero, no está en la cuenta del banco de la empresa y tampoco el equipamiento del estudio ha experimentado ninguna modernización importante. Tras una semana estudiando las columnas

pertinentes, cuentas y recuentos, llegas a la conclusión de que summa summarum faltan unas quince mil coronas. Llamas de inmediato al ingeniero Šourek, para ver qué tiene que decir al respecto. Se siente ofendido, te explica que durante la guerra no había forma de encontrar a un contable cualificado; así que, si en los libros hay algunos errores, no es de extrañar; y de todas formas, él no tenía acceso a la cuenta bancaria de la empresa.

Parece que el único que podría aclarar el asunto es Augustin Škarda. Éste regresa en noviembre, porque ha alargado su convalecencia en el hospital militar. Durante una ofensiva, que como por arte de magia se transformó en una defensiva, sufrió un ataque de nervios del que le costó mucho recuperarse. Estuvo, incluso, en un centro muy avanzado, donde le mandaban hacer ejercicios cada día, tenía que correr por el jardín alrededor de un frambueso, tomar el sol, y después, cada noche, anotar sus sensaciones en un cuaderno con tapas de rayas. Lo enfrentas a las inexactitudes de la contabilidad y parece que sufre otro ataque. Agita las manos, se enfada; y después, sin venir a cuento, cae en un extraño letargo. En la sala de espera, se quita la suciedad de debajo de las uñas de forma apática durante una hora. Tres días más tarde, te cuenta sin más, entre otras cosas, que en el año 1916 tomó prestadas entre diez y quince mil coronas; dice que no se acuerda de la cantidad exacta. Intentas mantener la calma. ¿Tomaste prestada la quinta parte de las ganancias anuales?

Te olvidas de que, durante la guerra, las ganancias eran bastante menores.

O sea que ¿aún más? ¿Y dónde están los registros?

¿Registros? Por Dios, estábamos en guerra y yo en las últimas. Fue un asunto legal complicado, tuve que pagar a mi hermano para no perder mi casa. Necesitaba cada corona, mientras que a ti ¡te mantenía el erario! Como te digo, fue un asunto complicado.

¿Y se puede saber por qué no me lo contaste?

¿Que por qué no te lo conté? Si ni siquiera sabíamos dónde estabas...

¡Si casi no salí de Benešov!

Por Cristo, ¡te prohíbo que te comportes como si hubiera robado ese dinero!, se encoleriza. Tú no estabas aquí, no te hacías cargo de nada, ¿de acuerdo? Tenía derecho a disponer de nuestros medios como me pareciera; antes de la guerra firmamos un contrato que me autorizaba a ello. Así que te prohíbo...

¿Y mi parte de eso que tomaste prestado? ¿Cuándo piensas devolvérmelo?

Eso no te lo puedo decir.

¿Cuándo?

¡Qué insistente! Cuándo, cuándo, cuándo, eres como una gallina cacareando. Si tuviera ese dinero, hace mucho que lo habría devuelto. No podía saber que a mí también me llamarían a filas. Cosas de la guerra...

¡La guerra! Iremos a un notario y firmarás en un papel que vas a saldar tu deuda a finales del mes que viene. Tras un rato, añades: Si no, difícilmente podremos trabajar juntos de aquí en adelante.

Škarda enrojece de ira. Ahora sí que me has cabreado. Mira a tu alrededor. ¿Quién pagó todo el equipo? ¿Quién? ¿Quién puso tu capital de entrada, eh? Eras un fotógrafo arruinado al que tendí una mano, ¿te acuerdas?

¿Quién? ¿Quién? ¿Quién? ¿Y cuántas de esas placas las tomaste tú?

¡Casi todas desde el verano de 1914 hasta 1917!

Serán todas las que tiré a la basura hace un mes.

¿Qué?

No valían para nada.

¿Te has vuelto loco? ¡En cualquier momento podría aparecer alguien pidiendo una copia! ¿Sabes qué valor tiene un archivo bien llevado?

Lo sé, pero no me gustaban, dices encogiéndote de hombros.

Así que ¿no te gustaron? Škarda se frota las sienes. O sea, que a ti no te gustó; joder, menudo sinvergüenza...

Tienes la sensación de que el hombre que conociste antes de la guerra ya no está y ha quedado sólo su sombra. Škarda está vivo y salta disparado como un polichinela con muelle de una caja; pero enseguida se queda sin fuerzas.

¿Qué tal nos va?, pregunta ya más tranquilo.

No muy mal, pero podría ir mejor. Algunos clientes no quieren pagar... Y añades con ironía: Aunque deberíamos estar agradecidos de seguir teniendo clientes.

Ya sabes, todos son famosos, todos han acabado con la monarquía... Por ejemplo, Isidor Zahradník. ¿Habías oído hablar de él antes? Claro que no, pues ahora es un héroe nacional.

Se encontraba en el lugar adecuado en el momento adecuado.

Vale, vale, dice Škarda, te devolveré el dinero, pero primero tenemos que ganarlo. ¡Y se me ha ocurrido una idea excelente!

Vaya, eso no había sucedido nunca...

¿Por qué no organizamos un curso de retrato para el club de aficionados checos?

Cuando el primer viernes de diciembre vas a ver a tus padres a Příbram, te encuentras la ciudad patas arriba. En lugar de celebraciones, a los soldados desmovilizados recién llegados del frente les espera más miseria. Provocadores, mendigos, alcohólicos, la chusma y demás bazofia de la sociedad se han abalanzado sobre las tiendas judías y alemanas. Primero han atacado el negocio de Edelstein, en la calle Plzeňská; después han destrozado la tienda de Kafka, en la calle Pražká; y por último han ido a reponer fuerzas al bar de Kohn, en Hlavní náměstí. Allí te los encuentras, en tu camino desde la estación.

En Praga se habían producido reyertas similares, pero aquí, en Příbram, no te lo esperabas. Al principio no entiendes qué pasa, crees que es otra manifestación de mineros; desde la catástrofe de los pozos han sido habituales. Durante el año siguiente en Hlavní náměstí, había manifestaciones a menudo, miles de mineros, con sus mujeres e hijos, exigían que se les pagaran los sueldos que se les debían de cuando las minas se cerraron debido a las inundaciones. Unos años después, los mineros, alentados por la prensa proletaria, aguantaban pancartas amenazadoras con sus grandes zarpas en las que se podía leer «También arrancamos las entrañas a la gente». En tales ocasiones, la banda de los mineros sólo salía con instrumentos de percusión: bum, bum, bum, «También arrancamos las entrañas a la gente», bum, bum, bum.

Echas una ojeada, por si ves a Hynek, cuando los fusiles y bayonetas hacen acto de presencia para luchar contra los saqueadores. Los milicianos intentan expulsar al gentío de la plaza. Al principio, la masa de gente se echa para atrás como un gel viscoso; pero, en cuanto entre esa gelatina humana se propaga el conocimiento de que las fuerzas del orden están en minoría, el gentío se divide, y una parte rodea a los guardias y se les echa encima desde

el otro lado.

Suenan unos disparos. Te retiras hasta el pasaje más cercano y vigilas cómo la multitud dividida ataca a los milicianos con palos y piedras. Los apalean, se oyen gritos, y las fuerzas del orden se dispersan en un momento.

Sales de tu escondrijo, tirado en los adoquines hay un hombre muerto.

Te apresuras en llegar a casa; allí, gracias a Dios, todo está en orden. Pero tu padre está todo el rato enfadado. Yo soy mucho más patriota que ellos... ¡No sé si esto se lo hubieran permitido en los tiempos del emperador!, brama.

¿Patriotas?, dice Ema, ¡borrachos es lo que son!

¡Si volvieran al menos al trabajo! Como si no tuviéramos nada que hacer, se queja tu madre. ¿Dicen que han saqueado hasta la tienda de telas de Katz!

Tu padre tuvo que vender la casa de Václavské náměstí, el refugio de tu infancia, durante la guerra. Pero no se mudaron lejos; al otro lado del patio y el jardín donde tuviste tu primer estudio estaba la casa de tus abuelos. Aparentemente viven como antes. Sin embargo, te has percatado de que tu padre ha envejecido de repente, como si la vejez hubiera estado acumulándose en él durante mucho tiempo y ahora se derramara por el borde de los ojos y la boca. La inseguridad de la guerra lo mantenía alerta, pero ahora la tensión ha desaparecido: las mejillas se le han descolgado, la piel ha cobrado un tono gris, los ojos se le han apagado, su mirada de antes, tan rebelde, se ha nublado.

Suena un portazo en la verja. Tu madre enmudece y mira a tu padre.

Voy a mirar, dices.

¡Ten cuidado!

No abras, límitate a preguntar, escuchas decir a tu madre.

¿Quién está ahí?

Fran, ¿eres tú? ¡Abre!

¿Quién es?

Quien va a ser, Hyněk. ¡Abre, rápido!

Levantas el pasador y lo dejas entrar, le falta el aliento.

Me alegro de verte, dice apoyado en las rodillas. Estaba preguntándome si estaría France aquí, o tú por causalidad. Necesitamos hombres para la milicia voluntaria. Se ríe: Bueno, otra vez vengo a reclutar...

¿Es que no ha acabado?, pregunta tu padre. ¡Qué manera más bonita de empezar la república!

Empeora por momentos... Han destrozado las persianas de hierro y han entrado en la tienda de Kohn. Y, en cuanto otros de nuestros conciudadanos han visto que nadie controlaba la mercancía, no se lo han pensado dos veces. Los bandidos se han multiplicado por cinco; la última vez, unas trescientas personas saquearon el almacén de tabaco de Hermann. Dicen que entraron hasta en su casa, y lo que no cogieron, lo destrozaron.

Cerrad la verja, les ordenas a tus padres.

Esperad, voy con vosotros. Fui alcalde, no es posible que sean de Příbram...

Papá, mejor quédate aquí, allí no puedes hacer nada.

Las calles de Příbram están ese día o extrañamente abandonadas, o inundadas de repente por una multitud desatada. Ahora mismo parecen tranquilas. Os deslizáis por callejones laterales y los pasajes hasta la escuela de minería donde se encuentra el cuartel general de la milicia. En el aula más grande habrá unos cien hombres: estudiantes, profesores y otros voluntarios.

¿Estuviste en la guerra?, te pregunta alguien justo en la entrada. ¿Sabes de armas? Aquí tienes, una carabina con bayoneta y un puñado de balines. Trata de mantener la calma.

Según las últimas noticias, más de dos mil personas se han lanzado a saquear las calles. Hace mucho que no son sólo provocadores, borrachos y vándalos, sino ciudadanos de a pie que desatan su furia contra los alemanes y los judíos. Echas un vistazo al aula; sois, en realidad, apenas cincuenta pero tenéis armas, y en cualquier momento llegarán refuerzos del ejército desde Beroun y Písek. Los profesores discuten sobre cómo proceder, los capataces de las minas dan su opinión.

No hay por qué esperar. Antes de que lleguen los soldados se habrá acabado.

Me he traído la corneta, si toco pensarán que el ejército ya está aquí.

Acuerdan que primero limpiarán la calle Pražká. Rodearán Václavské náměstí, para poder avanzar desde arriba. Los escaparates están o bien con las persianas bajadas, o rotos; todos han cerrado hace tiempo, y los dueños se han escondido donde han podido. De vez en cuando, se mueve algún visillo,

se oye a alguien correr una cortina. Por lo demás, reina un silencio inusual. A veces, en algún patio, os topáis con un pequeño grupo de saqueadores, que, como una manada de ratas, se llevan los restos del naufragio. Si no se dispersan solos, los escoltáis hasta la gendarmería. Sientes una excitación curiosa. Después de cuatro años en el ejército es la primera vez que tienes un arma en la mano, y no para desfilar. Pero parece que la primera oleada de saqueos ha pasado y que todos están ya en sus casas disfrutando de su botín. Los hombres fuman tabaco de Hermann, las mujeres se enrollan alrededor las telas de Katz. A pesar de todo, se producen unas cuantas reyertas, sientes un golpe en la cabeza, te abalanzas furioso sobre tu atacante y después le retuerces el brazo detrás de la espalda hasta que gime. Te mira enojado y en ese momento reconoces a un antiguo compañero de la escuela.

Por la noche las calles están vacías, desiertas. El ataque se ha deslizado dentro. Os dividís y, junto a los gendarmes y soldados que han llegado, registráis casas y apartamentos. En los sótanos hay botellas de licor y cajas de pralinés enterradas entre montones de patatas, caramelos y otras golosinas, algunas telas cuelgan como cortinas improvisadas, para que no se note de dónde han salido. Un hombre se ha llevado un cuadro mediocre, una vista de Přebíram; otro, un florín de plata que conmemoraba haber llegado a una profundidad vertical de un kilómetro en el pozo Vojtěch. Te parece increíble todo lo que la gente se ha llevado, semejante avaricia. Estás delante cuando Rosárie Hermannová reconoce en el dedo de una muchacha un anillo suyo con un jaspe, a lo que la susodicha reacciona metiéndose el dedo en la boca y tragándose el anillo para no devolverlo. Tendrá que rebuscar en su propia mierda, princesa, le dices, y suena como un buen chiste; los gendarmes se echan a reír, la chica se pone roja como una peonía y esconde la cara entre las manos.

Van subiendo de precio, dice Hynek cuando regresáis a casa a las dos de la mañana por la ciudad silenciosa.

¿Los florines conmemorativos?

Los florines de plata, dice asintiendo con la cabeza. ¿Cómo sobreviviste a la guerra?

Como reclutador. Entrenaba a los nuevos soldados. ¿Y tú?

Tuvimos que trabajar para el ejército... Hasta la campana de la capilla acabó en la fundición.

Durante un rato camináis sin palabras, vuestros pasos retumban en las paredes. Después, dices: No somos ningunos héroes, ¿eh?

Hynek, descontento, agita la cabeza. Hemos hecho lo que hemos podido, mañana más.

Pero al día siguiente no te encuentras ya a Hynek. Tu paseo con Ema se alarga y luego tienes que volver a Praga. Después de comer, Ema te agarra, se cuelga de tu brazo y os dirigís al Monte Santo y a la mina de Jerusalem. Contemplar el paisaje te sienta bien, igual que la atenta presencia de tu hermana.

Salís del bosque, el viento sopla en el descampado y a lo lejos se divisan algunas casas. El sol se cuele por un hueco entre las nubes oscuras, cae sobre ellas, centellea en los tejados y después huye hacia la arboleda tras el pueblo haciendo brillar los rastrojos. Hace mucho que no caminabas por aquí...

¿Qué pasó al final con tu querida Eliška?, pregunta Ema.

Te acuerdas de cómo te avergonzaste ante tu hermana cuando trajiste a Eliška y, en vez de una pedida de mano, representasteis aquel teatro de mal gusto, aquella humillante escena con el dolor de cabeza.

Y después, desde un rincón olvidado de la memoria, te viene otro recuerdo aún más polvoriento. Cuando estudiaba en Múnich, le cuentas, en un jardín había una copia de unas estatuas de Miguel Ángel. Durante una época iba a contemplarlas a menudo. En realidad, estaban sin acabar, los cuerpos de esos hombres surgían de la piedra sólo a medias. Nunca dieron el paso decisivo para salir de la roca. Miguel Ángel los llamó Los cautivos.

Ema te aprieta la mano. ¿Así te sentiste con Eliška?

A veces también se les llama Los esclavos, dices sonriendo.

Acabas por caer enfermo, demasiadas cosas: la guerra, la culpa de haber reclutado a otros para formar parte de las tropas de la muerte, ese deseo agotador de crear otro mundo, todas esas bajezas e intranquilidades. Enfermas de tu propia vida, que se ha desviado demasiado de la que habías imaginado y era la única garantía de tu salud. Vuelves a Praga, febril, te tumbas en la cama, y durante dos semanas no te levantas de esa cama de tu pequeña habitación de servicio. Gertruda y Rössler hacen turnos para

cuidarte, como si fueras su hermano mayor. Te preparan infusiones calientes de hierbas, te llevan paños fríos, llaman al médico. Éste te ausculta el pecho, pero por poco tiempo, no el suficiente para escuchar algo de lo que pudiera sanarte realmente.

El mundo se difumina. Lo percibes a través de numerosos velos que no puedes apartar. Antes de dormirte, piensas: Si uno pudiera apartar todos esos velos, ¿qué encontraría?

Rocas de colores, cañones rebosantes de música, un mundo de luz. Los muertos de la gran guerra resucitarían, las balas se caerían en su vuelo de pura vergüenza y los chicos de la plaza las usarían como monedas. ¿Qué pueblo era ése? No puedes recordar el nombre, no estaba ni a media hora de Hartberg y allí había una iglesia muy bonita, un capellán militar perdido se puso a tocar el órgano, te sentaste en un banco y levantaste la cabeza hacia el techo blanco, los rayos de sol caían sobre las paredes, hace mucho calor, te destapas y luego tiritas, Gertruda habla contigo desde lejos, después con un gran salto aparece a tu lado y te introduce algo caliente en la boca, los rayos de sol caían sobre las paredes, en su camino flotaba el polvo inmóvil, y según el sol ascendía hacia el cenit, la sombra que avanzaba por el suelo te atravesó; y mientras la fuente del órgano te rociaba de agua bendita, de nuevo levantaste la cabeza cortada por la sombra y mostraste la cara como si fueras un perro, un podenco agotado, y el capellán gritó: ¡Johann Sebastián Bach!, y luego colocó de nuevo los dedos sobre las teclas, pacientemente te masajé la mente, y cuando después bajó a tu lado, añadió que Bach dedicaba cada una de sus partituras a Dios, y solamente a Dios, dicen que era lo primero que escribía en el papel de las partituras en blanco, entiendes, antes incluso de dibujar la primera corchea, la primera diminuta corchea, una corchea, semejante humildad y dedicación, y semejante música, los pentagramas de las partituras tienen sólo cinco líneas, y no seis, como habías creído durante tu infancia. Así que allí estuvisteis sentados, en esa pequeña iglesia de pueblo, en un pueblo de cuyo nombre no logras acordarte, en alguna parte entre Viena y Graz, mientras afuera tintinea el tranvía con insistencia, como si quisiera subir a fotografiarse, lo que te divierte bastante, retratar un tranvía, menuda tontería, con ese único pantógrafo perpendicular y ese único vagón pequeño parece un canapé gigante, y hablasteis de lo que no está en este mundo, sobre todo no en esa época, el capellán se llamaba Theodor, Theodor

Reuss, por si le interesa a alguien, pero ¿el pueblo?

Por la noche despiertas de tus desmayos y delirios. La cama se mece como un barco, atraviesas el agua, porque la habitación está inundada y tú tienes ganas de orinar, muchas ganas; Rössler debe de haberte colocado un orinal debajo de la cama, pero seguramente se ha ido flotando a alguna parte, todo está anegado, menos mal que el almacén de la munición está en el piso de arriba. Caminas trastabillando por el estudio y, cuando al final llegas al retrete, te enojas porque está cerrado, no sabes cuántas veces has dicho ya a los hombres que dejen la letrina siempre abierta, furioso, zarandeas la manilla y te quedas con ella en la mano, te quedas durante un rato ahí, impotente y de pie, aguantándote, y después piensas que vas a tener que orinar por el agujero de la llave, casi casi te pones a hacerlo, pero te despiertas de nuevo; esta vez todo parece más real, aunque todavía, o puede que otra vez, es de noche, el orinal está en su sitio, orinas con alivio, y en tu interior te alegras de la fuerza con la que cae el chorro al fondo metálico. En la mesilla tienes preparado un vaso, lo vuelcas en tu garganta y el agua te refresca las entrañas ardientes, por poco no te resistes a abrir la ventana y asomar la cabeza al frío de diciembre. Vaya, está nevando, yo aquí enfermo y afuera nieve, vamos a ver.

Tras varios días, consigues recuperarte un poco e incluso pasar una hora mirando al techo sin tener visiones. Dicen que tienes una pulmonía, y seguramente sea verdad, pero no te importa demasiado. Empiezas a comprender dónde has estado metido durante los últimos años y que has perdido definitivamente la inocencia, esa última reserva infantil que te quedaba.

Si no te mueres de esta pulmonía puede ser que estés más o menos en la mitad de tu vida, treinta y cinco años de juventud, o de vejez. Miras hacia la blancura del techo:

¿Qué he conseguido hasta ahora?

¿Qué es lo importante?

Cierras los ojos y te duermes de nuevo, como si te hubieran golpeado con una maza.

Bach no tenía dudas, o por lo menos no han quedado registradas; si las tenía, las dejaba fuera de sus partituras. Tal vez a veces estuviera enfermo, se te había ocurrido, y se lo preguntas a Rössler cuando viene a ver cómo estás; pero Rössler no tiene ni idea, se limita a secarte con cuidado el sudor de la

frente y se lleva el orinal.

Sí, ¿qué es lo importante?

Dirías que es la verdad, la belleza y la luz... Si alguien te preguntara en qué orden, no le darías muchas vueltas, puede ser que lo importante sean otras cosas, por ejemplo llevar los calcetines emparejados, mantener la boca cerrada y el paso firme.

A los pocos días empeoras inesperadamente, la fiebre te sube unas décimas por encima de los cuarenta grados. De nuevo te visita el médico con el fonendoscopio y otra vez escucha tu cuerpo demasiado poco tiempo. Te recomienda ir al hospital; aunque no debe decirlo en serio, ahí en esa pequeña habitación de servicio no te falta de nada, tienes tu cama y un techo en el que puedes proyectar tu vida, tus fantasías y tus delirios febriles.

Es importante tener un hogar, le dices al médico justificándote.

Mañana vendré a verle otra vez, replica. Su estado es grave.

Tiene razón, y asientes muy serio.

Por la noche se te acerca una mujer vestida con una túnica de piel y te agarra la mano, suave y cálidamente. Te han herido en el muslo, aunque no se ve ningún rasguño, ni hay sangre; sin embargo, por la noche sientes un chorro de sangre caliente, que empapa la zapatilla y llega hasta el suelo. La mujer salvaje te guía por el borde del prado y echa un vistazo con cautela, cada paso es doloroso pero no te quejas, confías en ella, aunque no le ves la cara tras su pelo suelto, te ha mirado solamente una vez y tenía los ojos cerrados, entendiste que lo hizo por precaución, vas tras ella como un perrito y, en silencio, le inventas diferentes nombres impronunciables: Lilith, Liliana, Lélie, la hierba bajo los pies se ablanda, la tierra está mojada, rebosa agua y chapoteas en ella, te hundes con una pierna y arrastras la otra, la herida, como si fuera un peso muerto; finalmente, la mujer salvaje se adentra en el bosque y allí te coloca sobre un blando lecho de hojas en descomposición. Después desaparece, mientras recuperas la consciencia entre las copas de los árboles. Cuando regresa, lleva en las manos unas grandes hojas verdes y se sienta a horcadas sobre ti para curarte, te despiertas y le ves la cara, es hermosa y limpia, entrada en años, mueve las enormes hojas y te confiesa que ella también tiene una herida en la parte de arriba del muslo que a veces sangra, así que ella tampoco es perfecta, no tienes de qué avergonzarte.

¿Quién eres?, preguntas, y ella te responde: ¿Quién eres?

¿Eres esa voz?, dices, y ella de nuevo se comporta como un eco, no es muy sociable que digamos.

La noche siguiente te sientas de nuevo en el banco de la iglesia del pueblo. La puerta que da a la plaza está abierta de par en par, llegan hasta dentro los gritos de los niños. Pero algo no cuadra, y tardas un rato en darte cuenta: mientras que, afuera, es de día, dentro de la iglesia reina la noche. La luz hace brillar las vidrieras, pero la penumbra de la iglesia está sólo iluminada por unos largos cirios que se encuentran a los lados. Theodor Reuss se acerca al altar, abre la Biblia y se prepara para leer, pero no llega a decir nada; entonces el órgano comienza a sonar por su cuenta, poderosamente, y la bóveda de la iglesia se rompe como un huevo del que quisiera eclosionar una especie de pájaro.

«Cada domingo, y a veces en días de labor, vemos en la explanada de la exposición a una niña encantadora. Tiene unos nueve años, una simpática nariz, y se llama Erva. Esa niña adorable, alegre como un gorrión y con una boca tan roja como una cereza, debe de esconder en su cuerpo una orquesta entera que le toca al oído joviales canciones. ¿Cómo es posible, si no, que camine tan viva y ágilmente como un gorgorito? Por la tarde la pequeña Erva va hacia la arboleda, donde revolotean los sonidos de las orquestas en los quioscos, y a ella, de repente, le debe de correr algo por el cuerpo que le muerde los pies, y antes de desearlo, la pequeña Erva empieza a dar vueltas y baila sobre la arena amarilla, sus pies se agitan y toda ella vibra como un rayo de sol, ágil y experimentada en las delicadezas de una danza exquisita. Comprende a la primera cada tono, no se le pasa ningún cambio de ritmo, parece tan fácil en ella, y gira y gira por la explanada con los ojos entrecerrados, sin rozar el suelo... La gente se arremolina a su alrededor y, cuando la orquesta termina de tocar y Erva se detiene, una andanada de aplausos retumba en la arboleda.

»¡Pequeña bailarina! ¡Flor inocente! ¡Qué felicidad!

»Bailar así toda la vida y tener una orquesta dentro del cuerpo, ¿no sería hermoso?».

¿Todavía lo está leyendo?, pregunta volviéndose hacia ti. El té ya está

listo. El artículo, que tendrá unos diez años, te ha resultado tan agradable que lo has leído dos veces. Te ha llamado la atención que estuviera enmarcado en la pared.

Fue la primera vez que escribieron sobre mí en los periódicos, le explica Ervina Kupferová. Mi madre lo recortó y lo colgó. Por suerte le impedí que volviera a hacerlo, porque, de otro modo, usted no podría estar bebiéndose ese té caliente, se le habría enfriado.

¿Escriben mucho sobre usted?

Trae una jarra con modernas formas angulosas y dos tazas cuadradas, enciende un cigarrillo y da una larga calada. Decían que era una niña prodigio; pero llegó la guerra y me hice adulta. También dicen que no intento deslumbrar de forma barata, y mire cómo me comporto delante de usted. Pero no hay nada que hacer, a Erva le gustaba exhibirse.

En el artículo pone que vibra usted como un rayo de sol...

¿Le gustaría verlo? Se coloca en el centro del salón, reflexiona un momento y después dice: Imagínese que está junto al agua y el sol se refleja desde la superficie ondulada hasta las hojas de los árboles. ¿Se lo está imaginando?

Cierras los ojos y asientes.

¿Qué árboles ve?

Una hilera de abedules.

Estupendo, yo también había pensado en ellos. ¿En qué época del año?

Primavera.

¿Qué momento del día?

Al atardecer.

Oyes cómo Ervina desliza algo, y después, en el gramófono, suena Vivaldi.

Ahora debería abrir los ojos, si no quiere perderselo.

Se inclina, gira la pierna y se detiene: Espere, el cigarrillo...

Lo deja en un pesado cenicero de cristal y después regresa al centro del salón.

Habías oído hablar de Ervina Kupferová antes de la guerra, pero ahora ha empezado a visitar el estudio con regularidad. Se trabaja estupendamente con ella, tiene un cuerpo flexible de bailarina y talento de actriz. Como ya se han

dado cuenta los directores de teatro, le van muy bien los papeles de bailarinas exóticas, sacerdotisas orientales y hetairas; basta con vestirla con algo transparente, colocarle abalorios y pulseras tintineantes, ponerle unas grandes plumas o una diadema de colores en su cabello oscuro y echarle aceite de jojoba. Has estudiado ya muchas veces su rostro con interés: parece una negra con la piel clara, tiene los labios gruesos y grandes dientes blancos, y cuando se ríe, cosa que hace a menudo, se le ensancha la nariz. Sus ojos tienen y a la vez no tienen nada que ver con esa impresión peculiar, su forma es suave, destilan inteligencia y están llenos de viveza, aunque, en un segundo, ésta se transforma en ferocidad.

¿Lo ha visto?, pregunta jadeante cuando termina su escena de un minuto. El hecho de que ella también se abra paso en una disciplina artística te impone.

Isadora Duncan siempre insiste en que uno debe bailar desde dentro, explica. ¿Le ha gustado?

Y Nietzsche dice que la danza puede ser la representación de las cosas más elevadas...

¿En serio? ¡Pues es verdad!

Es un buen filósofo para tiempos de guerra, lo he leído un poco.

Espere, voy a bajar la música. Te sirve más té inglés y dice: Duncan se dedica a la danza griega. Ha estudiado mucho las vasijas y los bajorrelieves de Grecia, iba a los museos de Londres y París, después bailó incluso en la Acrópolis. Está obsesionada con Grecia.

Nietzsche también adoraba Grecia, añades. Esos bosques sagrados donde los griegos bailaban con sus dioses y celebraban sus ritos. Imagínese...

¿Tengo que cerrar yo también los ojos?

Si quiere..., dices sonriendo. Hoy en día no sabemos dejarnos llevar así. Y nuestro arte se halla muy lejos de su clasicismo, medida y naturalidad. Si supiera cuánto esfuerzo me cuesta explicar que la desnudez es hermosa...

¡Lo es! ¡Sí!, exclama abriendo los ojos. Me gusta que lo diga.

Fui el primero en Bohemia que se atrevió a exhibir desnudos fotográficos. Pero siempre tenía que decir: ¿Ha visto alguna vez una estatua griega vestida?

Ervina te sonrío comprensivamente, el humo de los dos cigarrillos se entrelaza sobre la mesa. Cuando habla gesticula con viveza, sus brazos

bailan. Otra vez habla de la Duncan, es su gran modelo. Ni sabes cómo ha llegado hasta ello, pero te cuenta la historia de sus hijos, que, estando en un coche mal aparcado en París, se cayeron al Sena y se ahogaron como si fueran gatitos metidos en un saco.

Después dice: Espere, le voy a leer una cosa. El Dr. Siblík ha publicado hace poco un estudio sobre la danza, lo tengo en mi dormitorio.

Emanuel Siblík, ¿el esteta?

¿Lo conoce?

Justo antes de la guerra fotografié a sus alumnas en los jardines Rieger.

¿De verdad? He visto esas fotos, pero ¡no imaginaba que las hubiera tomado usted!

Fue una bonita mañana de julio de antes de la guerra, me acuerdo muy bien. Tuvimos que organizar la sesión al amanecer porque las chicas no llevaban mucha ropa encima y el Ayuntamiento de Praga temía que pudieran escandalizar a los transeúntes casuales. Nunca comprenderé cómo puede escandalizar la belleza.

Ervina sonrío. Tengo experiencia con eso. ¿Y los escandalizó?

Pues claro que no, los que paseaban a sus perros admiraron a las chicas y, por supuesto, mostraron su aprecio con las peonías de los parterres públicos.

Espere, voy a traer el libro, dice Ervina. ¿O prefiere acompañarme?

La sigues por el amplio apartamento, en el que reina un cierto desorden al que Ervina denomina espíritu creador. Se desliza delante de ti sobre el parqué. Se ha arremangado un poco la falda y las pantorrillas se le van cruzando como si fueran dos peces.

La sigues hasta su dormitorio, es el boudoir de una joven artista: figuritas y frasquitos, fotografías enmarcadas de sus actuaciones, un gran armario ropero, un ramo marchito lleno de polen sobre la mesa; bajo la ventana, una aspidistra de hoja estrecha encima de una banqueta. Pero en vez de enseñarte su habitación, objeto por objeto, cuando está en medio se gira de repente, igual que un remolino, coge un libro de la mesilla, reclama tu atención y se pone a leer solemnemente, como si proclamara una declaración. Según Luciano de Samósata, los griegos creían que los dioses también bailaban y por eso deseaban que los hombres los imitaran. ¿No es hermoso?, exclama levantando la vista. ¡Los dioses bailan!

Después continúa: De hecho, les enseñaron las danzas ellos mismos.

Minerva, las de la guerra; Venus, las del amor; Baco, las lascivas. Los cantantes míticos Orfeo y Museo fueron descritos como los primeros compositores de canciones de baile...

No sabía que Siblík fuera un experto en Grecia.

Es un hombre extraordinario. ¡Léame algo usted ahora!, hojear las páginas y señala con el dedo. Tiene una voz tan agradable...

Coges el libro y, mientras lees, ella se sienta cómodamente en el sillón. La sensualidad de las danzas griegas no tenía un tono lúgubre y enfermizo, sino luminoso y cálido, debido al sol helénico. Eran una muestra de salud exuberante y alegre regocijo de vivir.

Alegre regocijo de vivir, se repite para sí misma, como si quisiera recordar esas palabras.

Sí, alegre regocijo de vivir, dices.

Lea más, te anima. Pero, antes de que reanudes la lectura, dice: Si quiere, puede arrodillarse delante de mí y colocarme el libro en el regazo.

Erva es un rayo caído del mismísimo cielo que incendia la tierra. Entra en tu vida de repente y comienza a bailar al ritmo del destino. Se esmera en parecer una *femme fatale*. Es joven y está llena de esperanza, como la República Checoslovaca. Con Eliška paseabas más bien con languidez por la Avenida de Fernando; con Erva llamas la atención caminando por la Avenida Nacional, como se la conoce ahora. Encargas un traje de lino de corte inglés con el que pareces un auténtico dandi, y ella misma va vestida de modo que la gente se da la vuelta para mirarla. Baila. Entre la flor y nata de la sociedad praguense, enseguida se corre la voz de que el famoso fotógrafo y la famosa bailarina salen juntos. Ésta es la gente nueva. La democracia, la nueva república democrática, requiere gente nueva, un hombre nuevo, un nuevo Adán, declaró Tomás Garrigue Masaryk.

A Erva le gusta convertirse en aquello que tanto le rogaste a Eliška: tu primera modelo, tu única amante y después tu mujer. Por medio del joven Rössler, le envías flores al teatro con las que luego viene al estudio porque no le ha dado tiempo a dejarlas en su casa, y en la nariz tiene polen amarillo, por ir oliéndolas mientras subía en el ascensor.

Se toma sus rollitos de crema favoritos mientras habla sin parar de lo que ha pasado en el teatro, porque en el teatro siempre ocurre algo. Una vez un colega le dice que tiene un culo soberano, otra el iluminador se cae del balcón. O el escenógrafo se pelea con el director y ella los calma diciendo que ese jarrón puede estar ahí si el escenógrafo insiste, pero después se lo puede llevar si el director piensa que es un recipiente de mal gusto para unas flores. La miras mientras habla, cómo gesticula, y apenas la escuchas, cuando se da cuenta te lo echa en cara con risas y te golpea el pecho con los puños. Ojea las fotografías que se están secando, unos retratos de clientes, pero también tu creación artística, unas imágenes aún húmedas de una ninfa. Te pregunta quién es, y si te gusta, y qué es lo que te gusta de ella y por qué; y a veces ella misma da su opinión para animarte, diciendo que esta modelo o esa otra es encantadora, tiene unos pechos bonitos, de esos que caben en una mano, y espera a ver cómo reaccionas.

Qué de mujeres han debido de pasar por tu vida, seductor...

Nunca ha habido una fila esperándome.

¡Y yo me lo creo! Las mujeres prefieren desnudarse delante de ti que delante de un espejo.

Y de nuevo espera a ver cómo reaccionas, pero tú sólo te ríes.

¿Sabes por qué? Porque las haces más bellas de lo que son, y eso es irresistible para una mujer.

Si nunca he tenido suerte con las mujeres...

Les gustas a todas, no digas que no.

Mientras tapas la cámara, trae un vaso de agua, la luz tiembla en el papel de la pared como una gelatina. Cuando abrazas a Erva por la cintura, te susurra al oído: ¿Sabes lo que se me ha ocurrido hoy en el ensayo? Te voy a llamar Tíšek.

¿Tíšek?

Sí, Tíšek, dice aplaudiendo con alegría.

Ése no soy yo.

Sí eres. Eres František, y en ti hay algo muy tranquilo, un remanso de paz.

No me acostumbraré.

Sí lo harás, Tíšek. Ya verás, esta misma noche te habrás acostumbrado.

En cuanto se va del estudio el último ayudante y se apaga la última luz caéis juntos en el dulce vacío de los besos, las caricias y las ternuras. Erva tiene en la cara azúcar de los rollitos, como si por la noche se hubiera quitado mal su maquillaje del teatro y en las mejillas le quedara talco y polvo del escenario. Sientes los restos de los personajes que se trae consigo, acaricias a bailarinas exóticas y sacerdotisas orientales; unas veces lleva en la piel el tizne bronceado de una egipcia, otras la atraviesa la desesperación de Electra.

Tíšek, suspira, Tíšek, ¿por qué los hombres tienen pezones?, pregunta, respirando satisfecha sobre tu pecho.

Los fines de semana hacéis excursiones fuera de Praga, a Divoká Šárka o a Zbraslav. A veces os acompañan sus amigos del teatro, Erva es muy popular, enseguida adivinas que se la has quitado a otros pretendientes. Los artistas son una gente curiosa, volvieron de la guerra, humillados y ateridos, pero a la vez son engreídos. Gracias a Erva, tienes otra vez vida social, después de mucho tiempo; la última vez que te rodearon tantas clases de personas fue en Múnich. En el teatro un estreno sigue a otro, cada poco es el cumpleaños de alguien, cualquier excusa para una celebración es bienvenida. Como dice uno de los actores: el que quiere beberse un barril siempre encuentra una excusa. Enseguida tienes la oportunidad de comprobar si no has olvidado cómo llevar a una mujer durante el baile; con Erva es complicado, las secuencias prescritas de pasos la aburren, así que añade algo por su cuenta, o lo cambia, juega con los tobillos, y el resultado es una nueva creación; a su alrededor se crea un espacio sobre la pista, otra bailarina u otra actriz acaba por unírsele y ambas improvisan juntas.

La música les sale al paso, los músicos las provocan, las incitan desde esas tuberías por las que soplan, aceleran el ritmo, y ellas se retuercen como dos serpientes enamoradas hasta que a los caballeros les suda la frente. Una vez alguien llamó apropiadamente a eso baile asocial; pero a Erva no le preocupa lo más mínimo, le gusta ser el centro de atención y, cuando consigue que los demás la miren, duerme satisfecha y complacida.

Tíšek, ¿te he besado hoy?, te pregunta antes de dormir.

Y a la media hora te sacude en el hombro: ¿Estás dormido?

Te giras sobre el otro costado.

Fran, tengo que confesarte algo. Espera, voy a encender la luz.

¿Te has hecho pis?

A Erva le da un ataque de risa, los dos estáis un poco borrachos.

No, pero si me sigo riendo así... Se levanta de la cama pero te da tiempo a agarrarla del camisón y oír un desgarrón, entonces le entra otro ataque de risa.

A ti te gustan mis tetas, ¿verdad?, jadea, y se aleja contoneándose como una bailarina africana.

En cuanto regresa del cuarto de baño empieza a echarse su perfume preferido, Bourjois, sin saber por qué. Con el frasquito en la mano, dice: En serio, quiero confesarte algo... Tengo curiosidad por saber qué me dices.

Recién perfumada, se tumba en la cama, está de espaldas con los brazos abiertos, como si hiciera el ángel sobre la nieve, aspira los tonos superficiales del perfume y tras un rato continúa: Durante la guerra bailé una vez en Kroměříž...

No te preocupes... Miras la hora, son las tres y media y el primer cliente llegará a las nueve.

Espera, eso no es todo... Fue en una institución para dementes que se había convertido, al menos en parte, en un hospital militar, dice al tiempo que busca un cigarrillo, pero el paquete está vacío. Bailé entre esos locos y también un vals con un soldado herido, el pobre tenía la cabeza vendada, se la había abierto la metralla. Fue una noche muy curiosa, ¿sabes? Creo que se enamoró un poco de mí.

Piensas que seguro que no fue ni el primero ni el último.
esa noche me besó...

Uno no tiene por qué saberlo todo.

la semana pasada vino a Praga, me buscó y de un modo muy conmovedor me pidió en matrimonio.

¿Qué?, exclamas mientras te apoyas en el codo y te quedas mirándola fijamente.

No te vas a enfadar, ¿verdad, Tíšek?

Por Cristo..., ¿y qué le dijiste?

Le dije que la cabeza le había cicatrizado muy bien.

¿Y?

No le mentí, de verdad le había cicatrizado muy bien.

Vaya...

Pero antes le dije que te tenía que pedir permiso, estalla en carcajadas, salta de la cama y empieza a dar brincos como si fuera un orangután.

Te das la vuelta sobre la almohada. Pues cástate con él, y buena suerte.

A los cinco minutos, Erva se queda dormida, la respiración se le acompasa, lo único que no se lleva consigo a sus sueños es el olor del perfume. Te irrita la nariz, y ahora, para variar, eres tú quien no se puede dormir, te has desvelado de repente.

En el techo hay una sombra, larga como el filo de la noche. Te preguntas en qué os diferenciáis tú y ese soldado para que Ervina esté contigo en vez de con él, y en qué se diferencia Eliška de Ervina, que se comporta así, bromea sobre una declaración de otro hombre, mientras que Eliška se rió de tu propia declaración de amor. Se te ocurre que en esa misma cama podría haber perfectamente otras dos personas diferentes...

O tal vez no, tal vez uno dirige su destino tanto tiempo que el destino después lo dirige a uno, ¿es ésa la diferencia entre Eliška y Erva?

Justo antes de quedarte dormido te acuerdas de tu padre, que siempre decía que las páginas que aún no hemos leído del libro del mundo están todavía en blanco. ¿Es de verdad así? En uno de los capítulos siguientes llegará a tu estudio el poeta bengalí Rabindranath Tagore. Tú no tienes ni idea de ello todavía... Pero él ya está ahí, en realidad, basta con hojear el libro. Cualquiera puede comprobarlo, menos tú.

Cuando anuncia su llegada Žeryk, tu estudio fotográfico se convierte en el más prominente de Praga. Le dictas el nombre a Gertruda Fischerová con una semana de antelación y, como no dice nada, no das más explicaciones. Un día antes miras en el libro de encargos, donde pone con unas letras cuidadas en la casilla: «Miércoles 9:30 Sr. Žeryk».

Cuando Gertruda abre la puerta y encuentra tras ella a Tomás Garrigue Masaryk con su secretario, a punto está de desmayarse.

Ese alias, Žeryk, nació en Příbram, fue cosa del jefe del comité minero Hugo Grögler. El cuarto día tras la catástrofe tenía que ir de visita el entonces joven y recién nombrado diputado Masaryk, para evaluar el alcance de los daños y tratar de negociar una compensación económica en el Parlamento

vienés. Esa mañana, Grögler se embutió en unos pantalones blancos y un abrigo negro en el que brillaban unos botones dorados con dos picos cruzados, unos bordados de hilo dorado y flecos en las mangas. Creía que, con su uniforme de gala y un hacha tallada en la mano, estaba perfectamente preparado; pero se olvidó de un pequeño detalle: no se aprendió bien el pérfido nombre del diputado, que llegó con su esposa americana. Cuando Grögler presentó a Masaryk ese día mezcló los dos nombres de diversas maneras, hasta que quedó algo tan raro como Žeryk. Todos habrían olvidado esta historia si Masaryk no se hubiera hecho famoso; y entonces, en las tabernas de Příbram, ya en los tiempos del juicio mediático de Leopold Hilsner, un vagabundo judío acusado de asesinar a una chica católica, se le empezó a llamar familiarmente Žeryk. ¡Ese Žeryk defiende a los judíos!

Gertruda, por supuesto, no podía imaginarse nada semejante.

¿Señor presidente?, pregunta quedamente cuando abre la puerta.

Tenemos hora para fotografiarnos aquí, dice con un carraspeo el secretario de Masaryk.

En ese momento, Gertruda pone los pies sobre la tierra: Claro, usted debe de ser el Sr. Žeryk, y le sonrío. Pero nadie me dijo que vendría...

¿El presidente?, le dices mientras estrechas la mano de Masaryk. Les esperábamos impacientes.

Me llamo Vasil Škrach, deja caer el secretario.

Mi nombre es Augustin Škarda. Señor presidente, nos honra que haya dado prioridad a nuestro estudio sobre el de Langhans.

Mi secretario me lo recomendó, dice Masaryk encogiéndose de hombros. Yo estaba satisfecho con Langhans.

Škarda le guiña un ojo a Škrach, no fue tan sencillo. Škarda tiene que ingeniárselas para pagar su deuda, y confía en que la foto del padrecito de la nueva república se venda como rosquillas. Cuando hizo el cálculo, la cantidad final hizo aparecer en su rostro una amplia sonrisa.

Bueno, no nos demoremos, dice Masaryk, no nos sobra el tiempo.

Por favor, pase por aquí, señor presidente.

¿Han leído hoy los periódicos?, pregunta.

Sólo de pasada, contestas. En realidad, lees el periódico muy de tarde en tarde.

¿A qué se refiere, señor presidente?, pregunta Škarda, que tampoco está en mejor situación que tú.

La Sociedad de Naciones tiene que ratificar el Tratado de Versalles... ¡Interesante!

Desde luego, afirma Škarda desconcertado, desde luego.

¿Y sabe por qué es tan interesante?

Señor presidente, me encantaría escucharlo de usted, señor presidente.

La Sociedad de Naciones fue constituida precisamente en el Tratado de Versalles...

Y esos ciento treinta y dos miles de millones de marcos que tienen que pagar los alemanes, señor presidente, ¿no son demasiado?, pregunta Gertruda.

Vasil Škrach sonríe a Gertruda con benevolencia. Sí, ciento treinta y dos mil millones de marcos son muchos marcos. Pero, de verdad, no tenemos tanto tiempo...

En el estudio todo está preparado. Tienes que concentrarte en la perfección técnica, no hay tiempo ni motivos para experimentar. La historia requiere un óbolo cuando ha de llevar a alguien a la otra orilla. Sientas a Masaryk, vestido con su traje oscuro de lana y con sus anteojos sobre la nariz, delante de un fondo gris neutro, coloca las manos sobre el regazo y mira al objetivo como si dijera: Bueno, aquí me tiene. Lo animarías a que se levantara, se metiera las manos en los bolsillos y no mirara tan directamente, como si fuera a condecorar con la Orden Nacional a todo el que le vea. Te gustaría que fuera menos presidente, que se saliera un poco de ese papel que, de todas maneras, aún está aprendiendo. Pero hay poco espacio. Škarda, que vigila cada uno de tus movimientos, desea justo lo contrario: un retrato oficial del padrecito.

Exakte sinnliche Phantasie![8], exclama Masaryk a los cinco minutos de empezar la sesión de fotos.

Todos le miran sorprendidos. Me refiero a esas fotos que tiene colgadas por las paredes, dice señalándolas. No se me ocurre un término más preciso que este de Goethe. ¿Sabe alemán?

Estudié en Múnich.

¿De verdad? ¿Y qué le parece? Ha leído a Goethe, ¿no? Pero, espere, es más complejo. Hace tiempo que no doy clases... Como sabrá, Goethe diseñó

su propio método de investigación de la naturaleza. No es totalmente científico, por eso los positivistas se le echaron encima para hacerlo trizas a la primera de cambio. Pero ¿qué es lo que dice Goethe?, que primero hay que mirar despacio las cosas. Percibir con los sentidos su naturaleza. Por ejemplo, mi roble favorito, que crece en el jardín del castillo. Después esta percepción hay que adornarla con la imaginación. Imaginarse que ese roble fue una bellota, que un día se descompondrá, que en primavera es distinto que en otoño. Y todo esto es también ese árbol; sin embargo, siempre hay en él algo que no cambia. Bueno, esto hasta un positivista lo aceptaría, aunque mordiéndose la lengua. Pero Goethe va más allá.

Ahora debe dejar que ese roble se funda con usted. No es nada fácil, tendrá que hacerle sitio, apartar los propios pensamientos, para acabar identificándose con él. Esto, según Goethe, es la cima del conocimiento, convertirse mentalmente en lo que uno tiene delante. Yo sería un árbol como ése con mucho gusto.

Muy interesante, dice Škarda.

Pero... ¡si usted ya lo es!, exclama Škrach.

Me da la impresión de que sus fotografías responden a ese segundo y tercer grado del proceso, continúa Masaryk. Por supuesto, tiene buen ojo, es un fotógrafo. Pero también entiende lo que es temporal y lo que es eterno, está aprendiendo a expresarlo a través de sí mismo. Eso me gusta.

De algún modo sientes que, por fin, ha aparecido Masaryk. Mientras hablaba de modo misterioso, durante esos dos minutos, salió de sí mismo. Has vislumbrado sus gestos, el modo en que enfatiza las cosas, y podrás fotografiarlo mejor.

Conozco a Goethe sólo como poeta, admites. Pero eso que ha dicho responde a mi experiencia. Un fotógrafo debe ver con precisión, debe tener la imaginación precisa, y debe saber también con precisión lo que es importante y lo que no. Ese momento, cuando me sumerjo en este arte tanto que me olvido de mí mismo, es el más hermoso.

Škrach carraspea.

¿Es la hora?, pregunta Masaryk.

¡Malvado!, exclama Gertruda cuando se van, abalanzándose sobre ti. ¿Cómo has podido hacerme esto?

Estupendo, dice Škarda frotándose las manos, lo hemos impresionado.

Déjame ver, yo me ocupo de las planchas.

Debería ser más alto, se queja Rössler, sin el caballo apenas llega al metro setenta cinco.

«Las fotografías no aparentan ser retratos, son la simple realidad, la apariencia sin disfrazar de un hombre, reflejan su vitalidad personal. También desde el punto de vista técnico son impecables, y por eso las valoraré con la máxima puntuación», escribe el profesor Marek sobre esa serie de fotografías, en la revista de arte Venkov.

En cuanto se enteran de que Masaryk se hizo las fotos en tu estudio, van llegando gradualmente todos los políticos importantes de la época: el nervioso Edvard Beneš, que no sabe qué hacer con las manos; Karel Engliš con su bigote; Antonín Švehla con su calva; Alois Rašín con su perilla de chivo; el aburrido Milán Hodža; algo más tarde el comandante Radola Gajda, con un sable al costado y el pecho cosido a medallas...

Pero tú esperas con ansiedad otras visitas: los pintores Alfons Mucha y Jan Zrzavý, los escritores Josef Svatopluk Machar y Josef Čapek, los compositores Leoš Janáček y Bohuslav Martinů. Con ellos enseguida te pones de acuerdo, hace mucho que los admiras.

De vez en cuando, Ervina organiza una representación privada en el jardín o en una pradera, como penitencia por todas esas noches de bailes y fiestas. Su principal objetivo es que sea del gusto de todos: invita a un cuarteto de cuerda, se viste con una túnica griega, y una semana antes se prepara, emocionada como una niña, para esa penitencia purificadora. El espectáculo es de verdad agradable, todos están más tranquilos y son más amigables que cuando beben por las noches, celebran algo y a la vez quieren olvidar por qué han venido.

En la temporada de balnearios de verano, Ervina va a Poděbrad. Para ti, es la ocasión perfecta de bajarte durante unos días de ese carrusel imparables que empezó a girar tras la guerra.

Su maleta ocupa medio vagón, no consigues meterla a la fuerza en ningún lugar adecuado.

Voy a estar una semana completa y tengo cinco actuaciones, te explica.

La última vez eran tres.

No podía rechazar las otras dos... ¿Has traído los pantalones claros nuevos?, pregunta señalando tu maleta, que, al lado de la suya, parece de juguete.

Una vez que os instaláis en Poděbrad y coméis, dejas a Ervina con sus viejos conocidos del balneario y sales a dar un paseo por el Elba. Es finales de agosto, en el aire se deja sentir el otoño, la luz es intensa y clara, el sol bajo molesta en los ojos. Coges de un árbol unas cuantas ciruelas, aún están ásperas, te raspan en la lengua. En los últimos tiempos, todo ocurre demasiado deprisa para asimilarlo, un acontecimiento sucede a otro. Durante la guerra era al revés, la rutina y la escasez de estímulos externos se compensaban con las sensaciones internas. Y, por eso, ahora añoras dolorosamente ese mundo interior, cada vez más. A veces, te despiertas por la noche con una extraña sensación de vacío, como si tu nueva vida amorosa y tus éxitos externos no pudieran competir con esa necesidad de fábula que cada uno lleva en el pecho, como el rollo de una película. En el estudio, en Praga, todos los días has de responder a algo, dar vueltas a la noria, resolver pequeños problemas operativos. Ni siquiera tienes tiempo suficiente para tu obra creativa, porque pasas todas las noches con Erva. Ese torbellino de después de la guerra te ha absorbido hasta su centro y tu vida personal te ha arrebatado el aislamiento necesario para la creación.

Observas las tierras del Elba y con cierta melancolía te percatas de que, durante años, se acumula algo en el alma humana y, después, de desintegra. Siendo un niño encontraste un nido caído en el jardín. Estuviste dándole unas cuantas vueltas sin entender cómo podía aguantar sin desmoronarse. Lo llevaste a casa y tu padre te explicó todo lo que es necesario para construir un nido de pájaro así. Tres cosas, dijo: Primero, material: hierba, fibras, ramitas. Segundo, un aglutinante: la saliva del pájaro. Y tercero, horas de vuelo, esas horas y más horas que pasa el pájaro suspendido en el aire. Guardaste ese nido en el hueco de un árbol y, muchos años después, se te ocurrió que, de la misma manera, en la cabeza humana se iba formando gradualmente un nido similar. El material serían todas esas sensaciones, pensamientos y vivencias; el aglutinante sería el pensamiento, que tiene su propia saliva, es decir, un apetito y una pasión interiores por el mundo. Y el vuelo, es por supuesto el vuelo, ahí no cambia nada. Sólo que ahora tienes la sensación de que has

perdido ese apetito interior. Es un día nítido, la superficie del Elba lanza reflejos nacarados; pero tu cabeza está desagradablemente desierta, como si no consiguieras digerir nada de esa belleza que te rodea, y en vez de ese nido un amasijo informe ocupara tu cabeza.

Deambulas por la orilla y piensas en cómo unir el interior con el exterior. Meditas sobre el amor, el arte y la oración; te das cuenta de que, sin duda, hay más de una manera de unir esas dos esferas.

De repente, echas de menos a Erva; te gustaría contarle todo esto.

¿Sabes quién ha venido?, te pregunta Erva cuando os reunís de nuevo.

¿Quién?

¡Adivina!

No sé.

¡Emanuel Siblík! Y me ha prometido que va a presentar mi actuación de hoy. Será como en los viejos tiempos...

Desde el vestíbulo del edificio del balneario os encamináis hacia la columnata. Erva se te cuelga del brazo y comprueba por el rabillo del ojo si llamáis la atención; en la otra mano lleva una taza para beber agua mineral.

Su primera actuación tiene lugar en el parque del palacete justo antes del atardecer. Las sillas ya están colocadas en semicírculo, la gente va llegando. ¡Un bombazo! ¡LA PRIMERA BAILARINA CHECA ERVINA KUPFEROVÁ!, Se lee en los carteles que han inundado el balneario. No mencionan a los músicos; aunque las sillas colocadas y los trípodes avisan de que se trata de un cuarteto de cuerda. Enseguida, hace su aparición el primer violinista.

No estás de humor para cortesías, te sientas en la primera fila y esperas a ver qué pasa.

El sol dorado reluce ya tras el horizonte, algunos rayos de luz cálida deambulan por la hierba y adornan los pares de pies con zapatos de charol y la mesita con los programas. Podrías estar observando esos pequeños cambios durante horas. La luz es omnipresente pero a la vez tímida, uno se percata cuando roza algo. Porque eso que roza la luz está marcado al momento, como si lo hubiera señalado el dedo de Dios.

Emanuel Siblík sale vestido con un traje blanco. Comparte con los demás su recuerdo de una actuación de Isadora Duncan al aire libre en París durante la cual ésta no dejó de bailar ni cuando empezó a caer una fina lluvia. Pero

eso no nos preocupa hoy, asegura al público. Damas y caballeros, es un honor para mí... etcétera. Te das cuenta de que Siblík arroja una sombra excepcionalmente alargada sobre el césped, dejas de escuchar su discurso.

Cuando Erva baila, también estás ausente con el pensamiento.

Durante el bufé se te acerca Siblík. ¡Hace muchísimo que no nos vemos! Sé que lo enviaron a filas, qué vergüenza, mandar a semejantes artistas a la guerra.

En realidad, me vino bien.

Sí, los tiempos han cambiado y también nosotros, asiente. La época de antes de la guerra tenía tendencia al dramatismo y al aprecio por la lírica. No es casualidad que entonces surgiera un arte que les fuera al encuentro, la danza artística. ¿Qué le ha parecido hoy la señorita Kupferová?

Para mí es... Erva. Después sonrías: Usted estuvo presente cuando nos conocimos.

¿De verdad? No lo recuerdo. Pero quiere seguir hablando de su tema: Tal vez las máquinas, con su regularidad mecánica, hayan renovado en nosotros durante los últimos tiempos el sentido del ritmo.

Entonces se acerca a vosotros Erva con dos amigas.

Vaya, las tres gracias, les da la bienvenida Siblík.

¿Las gracias? ¿Lo habéis oído? ¡Es increíble!, exclama una de ellas.

Precisamente hablábamos de que podríamos abrir una escuela de danza, cuenta la segunda. Y se nos ha ocurrido que podíamos llamarla Gracia.

O Gracia y ritmo, añade Erva. Fran, así sería empresaria, como tú. Y usted seguro que nos vendría bien, comenta volviéndose a Siblík.

¿Yo? Señoritas... La parte de mi cuerpo que mejor baila es la lengua.

Le dejaríamos las presentaciones iniciales. Hoy hemos tenido de nuevo la oportunidad de comprobar que nadie comprende la danza como usted.

le envidiamos que viera en directo a la Duncan.

Muchas veces, dice ufano, incluso hablé con ella largo y tendido. Ustedes también tuvieron la oportunidad de verla. Bailó en Františkovy Lázně y en Karlovy Vary. Pero, claro, eran aún pequeñas... En cambio, ahora ya son ¡empresarias!

Fran nos hará unas preciosas fotografías publicitarias, ¿verdad?, dice Erva agarrándote del brazo.

Sí, también Duncan tiene su escuela, dice Siblík. Sabe que a Ervina le gustan esos detalles. Claro que la última vez oí que Isadora tenía un coche tirado por un avestruz...

¿En serio? ¿Es verdad o es una broma?

Me temo que es verdad. No es necesario imitarla en todo...

Tíšek, ¿lo has oído?, Erva da un respingo. Te lo voy a decir ahora, delante de testigos: Si alguna vez quieres casarte conmigo, me tienes que mandar un coche tirado por un avestruz. Para que Praga tenga algo sobre lo que cotillear...

¿Casar?, se extraña Siblík. Un momento, se conocieron gracias a nosotros... ¿Yo estuve presente?

Durante toda la tarde no pronuncias palabra. La gente ingeniosa también puede ser muy agotadora. Nunca has sido muy amigo de las conversaciones de sociedad, es como echar la bolita en la ruleta y después seguir cómo gira, salta, se para y ponerla a girar de nuevo. Y todos apuestan al mismo número, a su ego.

Después, por la noche, mientras haces el amor con Erva, sigues dándole vueltas: Así que si te mando un coche tirado por un avestruz...

Sí, dice Erva quedándose dormida sobre tu pecho, Tíšek, un avestruz...

No caben más que unas treinta letras, le informa el joyero.

Grabe: A Erva, Ervina, ¡mi tesoro! Cuéntelas, hasta con las admiraciones son sólo veintidós.

Un número muy bonito para un anillo de pedida, añade el joyero. Disculpe, en mi tiempo libre soy un aficionado a la numerología. ¿Cree que podríamos completarlo con una línea ondulada doble?

Te viene a la mente que a Erva le gusta quedarse dormida pegada a ti, de espaldas, así que parecéis dos ondas, dos cucharas de café colocadas en un cubertero. Se queda un poco acurrucada, con las piernas encogidas y tú la abrazas desde atrás. Le gusta que respire detrás de su cuello.

Si la parte de dentro es más rugosa, el anillo no se le resbalará del dedo, dice el joyero. ¿Lo recogerá dentro de una semana? Después os sonreís

amistosamente y, con un poco de torpeza, añade: No tiene nada que temer, a su prometida no le falta sentimiento hogareño.

Te quedas mirando a ese hombrecillo calvo con unas gafas redondas que se resbalan por su nariz. ¿Cómo puede saberlo?

Discúlpeme, es una de mis debilidades. Y usted es... Bueno, me ha dicho que su prometida se llama Ervina. En fin, me explico: cada letra responde en la numerología a una cifra. Y cuando se suman las cifras de las letras del nombre de su prometida hasta llegar al número básico se obtiene un seis. Es su número espiritual, que refleja, entre otras cosas, la importancia del hogar. ¿Cómo lo diría? Una mujer así sabe crear un nido agradable donde vivir...

¿Ervina hogareña?, eso no me cuadra mucho.

Señor, ¡usted la conoce mejor! Le asegura el joyero. Pero si quiere saber más, pásese por aquí a las seis de la tarde, a la hora de cerrar. Antes de adentrarse en el matrimonio uno debería tener una visión clara...

Te olvidas de todo ese asunto. En el estudio te esperan demasiados encargos para poder ir allí. Antes de la guerra asististe a algunas sesiones de espiritismo; pero eso se acabó cuando en una de ellas el médium dijo que entre los asistentes había un pederasta y que los mensajes continuarían sólo cuando el susodicho abandonara la sala. Varios hombres carraspearon, pero nadie se levantó, por supuesto, y al final se inició una pelea para que os devolvieran la entrada. La Praga de antes de la guerra estaba llena de espiritistas, videntes, astrólogos y otros comerciantes de lo misterioso, uno vendía unas gotas para que las mujeres se volvieran más maleables, otro enseñaba un método para arrugar la frente y que apareciera un tercer ojo, otro dejaba que lo invitaran a un café, después miraba la taza del cliente y le decía que tuviera cuidado con el hígado y con el hijo del vecino, que acababa de despertar sexualmente. Entre todos estos charlatanes, había algunos con talento, de los que rasgaban el velo de la consciencia, pero nunca te topaste con ellos. Con excepción del escritor y pintor Josef Váchal, que prefería olvidar lo que veía.

Sin embargo, nunca has dudado de que exista esa otra orilla a la que se puede llegar a nado; aunque fuera en el último sueño, ese del que uno ya no se despierta.

Cuando una semana más tarde vas a recoger el anillo, por casualidad, son casi las seis. El hombre calvo te enseña el aro dorado bajo la luz de la

lámpara usando una lupa, tiene unas letras grabadas minuciosamente, acompañadas por dos serpientes. Lo coloca en una cajita forrada con terciopelo verde y te pregunta si esta vez te vas a quedar.

Hace unos minutos que ha empezado a llover. Tienes que recoger a Erva en el teatro para acompañarla a casa; pero no es hasta después de las nueve. Pasáis por un oscuro pasillo y después atravesáis algo entre un patio y un jardín, las plantas crecen más entre los viejos adoquines que en los parterres. En medio del patio hay una casita medio derruida, la hiedra trepa por sus paredes y la lluvia tamborilea ruidosamente en sus hojas. Es una aparición, igual que esas que fotografiaste para tu ciclo sobre la vieja Praga.

Casi toda la casa la ocupa una habitación, el taller de joyería, repleto de diminutos tesoros y rodeado por unas paredes ajadas. No das crédito a lo que ves, no esperabas nada semejante dentro de una chabola mohosa.

Éste es mi reino, anuncia el joyero sacudiendo el paraguas. Espere, voy a prepararle un café...

Os sentáis uno frente al otro en torno a una mesita baja, tan baja que os sentís incómodos. Las ventanas se empañan; fuera, la fría lluvia ha arreciado.

Nada más empezar os encontráis con un problema: el joyero necesita que le digas la fecha de nacimiento de tu prometida. Sabes el año, sabes el mes; no estás seguro del día. Hasta ahora sólo habéis celebrado su cumpleaños una vez y no en el día.

Mejor hábleme de mí, le dices. A mi mujer la tendré que ir conociendo yo.

El joyero sonrío: Como quiera. Estoy de acuerdo con usted, un hombre sabio primero se interesa por su propio interior.

Te avergüenzas un poco y dices: Nací en Přebíram, el 3 de marzo de 1883. A las cuatro menos cuarto de la madrugada.

La hora no es necesaria, no soy astrólogo.

El hombre apunta la fecha y escribe todos los números en un cuadrado con nueve casillas que tacha rápidamente. Parece ser que cada casilla está preparada para uno de los números fundamentales, así que la mayoría está libre, pero de pronto, en tres de ellas, pone un tres y, en otras dos, un ocho. Aparte de eso, el joyero suma las cifras de la fecha, apunta veintiséis, y de nuevo suma el dos y el seis. Vaya... ocho, dice. Es su número de la vida.

Mira a la rejilla de números y calla. La lluvia golpea el alféizar, las gotas

saltan por todas partes tras los cristales empañados, seguramente haya comenzado a granizar. Entonces se te ocurre algo, y preguntas, sin pensarlo antes: ¿Es usted judío?

El joyero te mira un poco sombrío y asiente.

También asientes, aunque no sabes por qué se lo has preguntado. Es joyero y se dedica a la numerología, tiene que ser judío.

Tarda un minuto en volver a hablar.

Tengo que reconocer que esto es bastante inusual, te dice.

Perdone, pero ¿cuánto me va a cobrar?

Nada en absoluto, se defiende con malestar. ¿No se ha fijado? Ahí, en la mesa, hay dos grandes rubíes, y ni siquiera los he escondido antes de que llegara. ¿Le parece que necesito dinero extra? Después, mira de nuevo el cuadrado que tiene delante y, con la voz más calmada, dice: Existen tres números que representan la energía mental: tres, ocho y nueve. El nueve no está en su fecha. Pero excepto el uno, que poseen todos los nacidos en este milenio, tiene sólo treses y ochos, números con una gran energía mental. Como le acabo de decir, el ocho es además su número de la vida. Es el de aquellos cuya vida debe ser destinada a la creación o a la vida espiritual. No le he preguntado a qué se dedica; podría ser un compositor o un científico, pero más bien de carácter humanista, porque aquí se ve que le falta el pensamiento analítico. A usted lo guía la imaginación, la visión y una necesidad interior de independencia. Como hombre que ha venido a mi tienda a por un anillo de compromiso, tengo que advertirle de que la vida de casado no le va a resultar nada fácil, sobre todo si su prometida no se adapta a sus necesidades. La gente como usted tiene un plan vital y han de ser egoístas si quieren cumplirlo. Sin embargo, es inútil resistirse a ello.

Por eso le ha sido otorgada tanta energía mental, para poder llevar a cabo aquello para lo que está destinado. El ocho, como número de la vida, le da, además, constancia y tenacidad, que siempre son necesarias. Pero además es el número de las causas y los efectos, su forma indica el equilibrio entre ellos. También es un número que une la materia y el espíritu, y un ocho tumbado, bueno, no tengo ni que explicar lo que eso significa. No debería olvidarse del infinito. Casi me atrevo a afirmar que es su tarea vital, la que usted mismo ha escogido en la otra vida.

Mientras habla apoyas el mentón en la mano y con el índice te tapas los

labios. Son cosas generales que a todo el mundo agrada escuchar, un poco de psicología, un poco de coba. Pero cuando el joyero añade que tú mismo has elegido una tarea, algo tiembla dentro de ti. Una especie de tarea divina, añade, antes de que las gotas que se filtran por el techo interrumpen la conversación. Perdona, tengo que ir a por un cubo.

Te pones de pie y, con las manos en los bolsillos, observas cómo una gota tras otra cae sobre el suelo de madera.

El joyero trae una vieja palangana de metal, el agua tintinea al caer. Todo se pudrirá algún día, dice, pero las perlas y los rubíes seguirán en el mundo dentro de cien años... Cambiarán de dueño varias veces... pero seguirán brillando... ¿no es un pensamiento curioso? ¿Cree usted que también las personas esconden una joya en su interior?

Después te mira con severidad. No sé por qué me ha preguntado si soy judío. Pero existe una leyenda jasídica que explica por qué el hombre tiene un hoyo en el labio superior. Justo ahí donde usted, como tanto otros, tiene la costumbre de apoyar el dedo índice cuando está pensando. Es el lugar donde al ángel puso su dedo para que el alma no hablara demasiado sobre sus propósitos en el otro mundo. Nada más, amigo, sólo nos ha quedado este minúsculo recuerdo fisionómico. Y el alma sabia es obediente: no habla, pero escucha las voces del interior.

Al principio no tienes claro de quién es la nota. Gertruda Fischerová te la lleva a la cámara oscura, donde intentas descifrar esa abrupta caligrafía a la luz de una lámpara color rubí. La nota, en alemán, está firmada por un tal Martin C. o tal vez G. ¿O será O.? Sales a la luz natural para desentrañar esos jeroglíficos: ¡Voy a pasar unos días en Praga! Estoy alojado en el hotel Graf, habitación 11. ¡Tenemos que vernos! Recuerdas a Martin Gross, un chico junto al que serviste en el ejército. Era agradable, algo melancólico. Todos dijisteis que os reunirías cuando fuerais civiles, para lavaros la pólvora de la garganta; aunque pocas veces se dio la ocasión. Pero ¿por qué te iba a escribir en alemán? Durante un rato le das vueltas, hasta que al final coges el teléfono que habéis instalado hace poco y pides que te pongan con el hotel. En la habitación 11 está alojado el señor Martin Oppenheimer, te dice una voz.

Cuelgas el auricular, aún desconcertado. ¿Martin Oppenheimer? Ese nombre te suena, pero... ¡Martin, el de Linz! Al instante, pides de nuevo a la operadora que te ponga con ese número.

No os habíais visto desde que dejasteis Múnich. Martin, tu compañero de habitación, ese judío de ojos tristes que escribía poemas y seguía a la condesa Fanny zu Reventlow con la fidelidad de un perro, ese incorregible cuentista, que durante todo el viaje desde Linz hasta Múnich estuvo hablándote de su abuelo, el orientalista, que en realidad nunca había puesto un pie fuera del Tirol. Hacía mucho que no recordabas los tiempos de Múnich. Durante la guerra hubo una época en la que aparecían en tus sueños, una y otra vez, Bruno y Eleonora, Hans Spörl, Georg Heinrich Emmerich y Rudolf Steinheil, que te sedujo con sus clases de óptica, y tus compañeros Martin, Peter, el que te dejó la bici, Christian, el rubicundo Friedrich y Joachim, el filósofo... Entonces los echabas de menos, qué estarían haciendo, dónde vivirían, y esperabas encontrarte a alguno de ellos en Benešov al llegar el convoy con los heridos. Pero debió de tocarles el frente occidental, se durmieron y despertaron en las trincheras. Antes de la guerra escribiste alguna carta a Spörl y a Emmerich, con unas fotografías dentro, para que vieran que esa semilla que habían plantado en ti había dado su fruto, y después estuviste esperando sus palabras de aliento.

Has reservado una mesa en el café de la Casa Municipal; por qué no impresionar un poco a un viejo conocido...

He venido por un asunto comercial, dice Martin. Vendo alfombras persas.

No ha cambiado, sólo ha envejecido. Los rasgos de su cara ya no son tan angulosos, se han suavizado un poco; pero la expresión de su cara, esa melancolía un poco cuadrada, es la misma.

Así que vendes alfombras persas...

Eso mismo, dice abriendo los brazos. Me gustaría montar una tienda en Praga, por eso estoy aquí. ¿Y tú? Has abierto tu propio estudio, ¿eso sí que es algo!

Me va bien, tengo cierta reputación como fotógrafo...

¿Cierta reputación? He preguntado por ti, dicen que eres el mejor, canalla... Pero no me sorprende, ¡ya en la escuela lo eras!

¿Es que soy el único que ha montado un estudio? Bruno se dedica a cultivar champiñones y tú vendes alfombras...

El único, no. Peter abrió uno en Múnich, al parecer no le va mal. Y tal vez haya alguno más, no sé, no soy ningún detective. Pero Bruno, amigo mío...

Es casi inútil preguntar, pero sería raro no hacerlo.

Was ist los![9]

Qué va a ser... no volvió de la guerra. Eleonora nos envió el parte. No sé nada más. Nos vimos antes de la guerra, pero desde que se alistó... Le destinaron al frente occidental y yo me fui a Persia.

No sabes qué preguntar. Pobre Bruno, se te viene a la memoria su cara riéndose, ese momento en el que pensaste que te iba a pegar y él te agarró por los hombros. ¿A Persia?

Brindemos por él, dice Martin. Os echáis al colete dos chupitos, se hace el silencio un momento y después dice: Tú no te crees lo de las alfombras, pero yo ya no me invento historias como antes. En cuanto en la central de Viena vieron mis papeles, de un día para otro me nombraron fotógrafo oficial del ejército.

Pensé que me mandarían hacer un reportaje en París, pero, imagínate, me compraron un pasaje al Imperio otomano. Y lo digo textualmente, lo del pasaje. El Orient Express, con sus salones de lujo y sus habitaciones de hotel, lo suspendieron durante la guerra, quién iba a querer viajar desde Francia a través de los territorios de las Potencias Centrales. Hasta que un emprendedor alemán lo sustituyó por un tren que salía desde Berlín. Así que me dieron un billete para el *Balkanzug*, así se llamaba ese tren, me subí con todos mis bártulos fotográficos en Viena; tenía todo un cupé para mí solo y el vagón restaurante, lleno de oficiales, estaba justo al lado. Bratislava, Budapest, Sofía, Constantinopla... Amigo, desde la ventanilla del tren vi un buen trozo de mundo. Desde la época del Orient Express les había quedado la costumbre de agasajar a los viajeros con la cocina nacional del país que se atravesaba. Uno podría pensar que durante la guerra se pasaba hambre; yo, sin embargo, nunca he comido tan bien como en aquel tren. También había mujeres, esperaban junto a las vías, aquí y allá, se subían al vagón y sólo había que echar las cortinas. En una estación subían, en la siguiente bajaban, ¿qué más se puede pedir?

¿Sabes qué? No me ha pasado nada mejor en la vida. Llegué a Estambul justo cuando la Alianza decidió conquistar la ciudad. Estuve en la batalla de

Gallipoli, amigo mío, allí sí que les dimos bien. Hice fotos de unas naves enemigas ardiendo y los de la Comandancia se pusieron tan contentos que me dieron una semana de vacaciones extra que pasé metido en unos baños turcos. Pero reconozco que, en cualquier caso, no me maté a trabajar, la mayoría del tiempo vagueaba por nuestras unidades y tomaba fotos de recuerdo. Los soldados las mandaban a casa... Un trabajo costoso, de verdad, tuve que fijar las imágenes muy bien para que las lágrimas no las emborronaran; pero no era una labor de terreno como creyeron en Viena, desde luego que no. Una vez me enviaron a una conferencia en la que hice un retrato encantador del sultán Mehmed V, es una pena que no lo haya traído, seguro que lo apreciarías, fue un trabajo muy profesional. Nos presentó a su harén de forma extraoficial, eran unas odaliscas regordetas; aunque me hubiera dado el gusto, claro, había guerra y mis espermatozoides enseguida se pusieron alertas. Lo principal fue que gané un montón de dinero con ese retrato, los soldados turcos se lo pegaban en los cascos; así que luego podía ir a los baños cuando quería; en fin, que durante una época viví a todo tren en el Bósforo, en compañía de ese hombre enfermo.

No sabes qué pensar. No vas a dejarte engañar por segunda vez.

Bueno, y después llegó una orden y tuve que ir al frente. Primero a Palestina, después a Mesopotamia. Por fin hice un poco de trabajo de campo, del que esperaban en Viena. Recorrí las colinas para fotografiar las posiciones enemigas. Los ingleses se aliaron con los árabes por una temporada, menudo berenjenal. Me dispararon un par de veces, pero nada grave, una bala se llevó un trozo de la corteza de un árbol donde tenía colgada la gorra. No me paso nada, por suerte. Lo peor fue cuando se me rompieron las placas, igual que a mi abuelo en el Himalaya, no tuve cuidado y se me cayeron a un precipicio, todo perdido. Desde ese día utilizo celuloide. ¿Tú también te has pasado al celuloide cuando trabajas sobre el terreno? En cualquier caso, en el frente de Mesopotamia, cogí unas fiebres intestinales, durante dos meses me quedé seco, así que si te parece que he cambiado, debe de ser por eso. En invierno de 1917 me encontraba, aún débil, en Bagdad, y tuve mala suerte, justo como en Constantinopla, los ingleses iban a conquistar la ciudad, como si vinieran a por mí, y esta vez a esos estirados les salió bien. Pero yo ya no les esperé, estaba harto de la maldita guerra. Me dirigí, pues, al interior de Persia, donde pensé que viviría

de mi oficio. Me has oído bien. Tuve la loca idea de abrir un estudio en una pequeña ciudad y mandar a tomar por culo la historia. Así de fácil me lo imaginaba, amigo, bueno, qué te voy a contar, que me capturaron unos nómadas, me ataron a un camello y me daban de beber una vez al día orina filtrada, los mahometanos son una horda de perros sarnosos. Y eso no es todo... pero ¿sabes por qué te cuento todo esto, Fran?

Quieres saber si aún soy ese bobo que se traga todas tus historias.

Sonríe. Vamos a beber más, ¡estoy encantado de volver a verte! Sí, qué tiempos aquellos en Múnich... Se echa al colete otro chupito, es el cuarto o el quinto. Después tamborilea con los dedos en la mesa y pregunta: ¿Así que te acuerdas de lo que te conté en aquella ocasión en el tren?

Asientes, estás harto de que te tenga por un bobo y no te deje decir ni palabra, sólo parlotea él. La edad acentúa lo que le molesta a uno de joven.

Martin se estremece: ¿Así que realmente te lo conté?

¿A qué te refieres?

Que realmente te conté la historia de mi abuelo, que se fue de fotógrafo a Oriente y allí vivió increíbles aventuras.

No entiendes qué pretende.

Y te lo inventaste todo entonces, igual que ahora.

Eras mi única esperanza, suspira, y esconde la cara entre las manos.

Tienes que estirarte hasta el otro lado de la mesa para agitarlo por los hombros y que te diga algo.

En el fondo de mi alma esperaba haberme hecho un lío con todo.

¿De qué hablas?

Tengo que avisarte, dice con expresión grave. A uno un día se le cumple todo lo que se ha imaginado. Durante la guerra me parecía todo un *déjà vu* en capítulos. Por eso quería verte. Fui tras los pasos inexistentes de mi abuelo. Incluso una noche, cuando había luna llena, ¿te acuerdas de que soy sonámbulo, como mi abuelo?, intenté explicarles a los árabes el sacrificio de Isaac por Abraham... Y hubo otras muchas semejanzas y coincidencias, como si me hubiera vuelto loco. Es así, Fran, ten cuidado, a uno un día se le cumple todo lo que ha imaginado. Y tú también eres un soñador, ¿no?

Después se inclina y saca del maletín que está debajo de la mesa una tarjeta de visita: Martin Oppenheimer, importador de alfombras persas de

lujo.

Te despiertas por la mañana y en el techo, sobre ti, está escrito con grandes letras: FRAN, HOY TE CASAS. Y debajo, con letras más pequeñas: NO TE OLVIDES DE LOS ANILLOS DE BODA O TODOS SE REIRÁN DE TI. Es 19 de junio de 1920, no han pasado ni dos años desde que volviste de la guerra. Ni dos años desde que le escribiste a Eliška que te ponías malo al pensar en el matrimonio. Hasta intentaste evocar la vida familiar: un reloj de cuco en una pared. Y también le soltaste que los dos esposos caminan uno alrededor del otro pisoteando la alfombra... ¡Qué asco!

¿Y el final de Eliška?

No te resulta desconocido. Le enviaste a su dirección la invitación de boda y te fumaste un cigarrillo imaginando cómo la leía. Pobre Eliška, ya es tarde...

Con Erva no puede ser de otra manera, la boda tiene que ser a lo grande, para que se hable de ella durante mucho tiempo. Los preparativos empezaron hace mucho, en abril. Erva se mandó hacer un moderno vestido de novia donde la modista Hana Podolská, famosa porque en los probadores de su salón de la calle Jungmannova tenía luz diurna y nocturna, para que los clientes vieran el aspecto que tenían en ambas ocasiones. El salón, además, se encuentra en la casa de al lado, y Ervina ha conseguido una rebaja a cambio de unas fotos publicitarias. Allí le recomendaron combinar unos zapatos de raso y guantes blancos con el vestido, y con un típico intercambio de clientes, la mandaron al salón de belleza de la señora Přibíková, también en la calle Jungmannova, un par de edificios más allá. En cuanto a ti, Erva insistió en que llevaras frac, para que parecieras un ejemplar poco común de escarabajo. Y ya que vas a llevar frac, tienes que ponerte una corbata blanca, una chistera y botines de charol. Dijo que las mejores chisteras las vendían en la casa Nehera, en el palacio Lucerna, y los zapatos te los harían a medida donde Šlemr. Se pasó una eternidad eligiendo un restaurante para el banquete, uno que tuviera una terraza con cenador, para poder bailar hasta bien entrada la noche, para que todo fuera inolvidable, según tú eran ya demasiados «paras», demasiadas razones, demasiadas posibilidades y decisiones. Vuestro amor tenía que comenzar su camino en común en toda su gloria, como un emperador chino.

Erva tenía la sensación de que ella y su madre se habían encargado de

todo a la perfección, por eso la decepcionó profundamente el que tú no te encargaras ni del avestruz. ¡Si corren en el hipódromo de Chuchle! Tendrá que conformarse con cuatro caballos blancos y un carruaje como de Dickens.

Estás frente a la entrada del Ayuntamiento de la Ciudad Vieja. Te gusta la simetría del edificio, con tres entradas y cuatro pináculos estrechos encima.

Una bandada de palomas echa a volar desde el tejado y da unas cuantas vueltas por la plaza, cambia su forma y volumen elásticamente, como si la mano de alguien la modelara en el aire.

Rebuscas unas cuantas veces en el bolsillo, los anillos están ahí.

Os decantasteis por una ceremonia civil, pero os va a casar el mismísimo alcalde de Praga, Karel Baxa, en una sala del ayuntamiento. Se sabe que es un poco chovinista, pero no deja de ser el alcalde.

Por todas partes se escucha que este día han decidido unir sus vidas dos artistas checos excepcionales, una prueba de la superioridad nacional checa.

Retiras el velo sujeto por una corona de mirto.

Hoy te he visto yo antes que tú a mí, te susurra Ervina cuando la besas.

¡Que vivan los novios!, exclama alguien.

¡Que se amen y se reproduzcan!

Toda la sala se llena de susurros; unos, escandalizados, y otros, divertidos.

Después, durante el banquete, tu hermana Máña te explica que, según la tradición, tiene más peso en el matrimonio aquel que ve a su pareja el primero el día de la boda. Hermanito, yo tampoco tuve cuidado, te dice.

Erva: Pero yo ni siquiera me he esforzado, es que siempre intuyo dónde estás.

France: Es una cualidad un poco peligrosa.

Siblík: De cualquier manera, es una tradición un poco tonta.

Un hombre desconocido: Todas las tradiciones son tontas. Y la más tonta de todas es que la novia tenga que llevar algo azul. ¿Por qué? ¿Puede explicármelo alguien? ¿Por qué no, por ejemplo, verde?

Erva: Este es Alfons, no sé si os conocéis.

Alfons: Encantado. Estoy aquí para aguarles la boda.

Tú: Yo también estoy encantado.

Hynek: ¡Fran! Por fin he conseguido saludarte. Si no lo veo, no lo creo. A

ver. Estás hecho un petimetre, qué bien vestido vas, y menuda compañía, de categoría... Casi me da vergüenza...

Tú: ¿De categoría? Según se mire...

Hynek: ¿Dónde está Erva?

Tú: Estaba aquí mismo...

Hynek: Te la habrán robado, amigo... Me gustaría felicitaros a los dos. Pero, bueno, en cualquier caso, ¡te has alejado mucho del proletariado de Příbram! Si vieran cómo la crema y nata artística se pone las botas... ¿Qué es lo que traen? ¿Caviar?

Tú: ¿No serás bolchevique?

Alfons (parodiando a Hynek): ¿Es caviar?, ¿es un bolchevique?

Hynek: Si ya sabes que siempre he estado del lado de los mineros. Yo me pongo de parte de los que se ocupen de sí mismos lo mejor posible.

El director Hilar: Caballeros, ¿hablando de política en una boda? Eso es tan vergonzoso como una boda en el parlamento.

Una señora: Justamente, en la política faltan mujeres.

Alfons: A mí no. A mí me faltan las mujeres a todas horas menos en la política. Por cierto, ¿han pensado alguna vez en que la novia tiene que llevar algo prestado? ¿Por qué? ¿Por qué no, por ejemplo, regalado?

Vámonos a otra parte, le dices a tu hermana Ema. ¿Dónde están mamá y papá?

¡Fran!, grita su madre alzando una mano.

Tengo algo para ti, dice tu padre. Quiero dártelo en mano, porque entre todos esos regalos algo tan pequeño se podría perder.

Abres la funda alargada, y en ella descubres un lápiz blanco de Koh-i-noor.

No recuerdo que otro regalo te hiciera tanta ilusión. Durante dos meses dibujaste tanto con él que lo gastaste hasta la goma, ¿te acuerdas?

Te acuerdas de tu perdido alquimista, Augustin Žlutický, de cómo daba vueltas al lápiz y miraba por él cómo por un catalejo: He visto a tu mujer. Y te admiro, será flexible como un junco... Y vais a tener una boda célebre, con mucha gente importante...

Ven, hijo mío..., dice tu madre, sus ojos azules, dolorosamente azules, brillan.

Perdone, dice Gertruda cuando se acerca, ¿podemos hacer ya las fotos de boda? ¿La familia primero?

Se tarda un rato en encontrar a todo el mundo. Y cuando por fin os colocáis y Gertruda prepara todo, entra corriendo Alfons en el encuadre. ¡Yo también, yo también!

Tú: Espere, ahora sólo la familia.

Alfons: ¿Qué pasa, es que no soy de la familia?

Erva: Alfons, por favor...

Tú (aparte): Pero ¿quién es?

Erva: Actúa en el Teatro de Vinohrady. Tíšek, me da vueltas la cabeza. Vamos a escondernos un momento en el cenador.

En cuanto entráis, comienza a sonar la música, como si alguien hubiera estado esperando ese momento.

¡El primer baile es para los novios!

Todos se arremolinan a vuestro alrededor. Agarras a Erva por la cintura y empezáis a bailar con agilidad. La llevas firme y seguro, para que no intente ninguna tontería, como suele hacer. Y según bailáis, te percatas de todos esos aros, los pasos y las vueltas, el cenador circular, el anillo de gente alrededor, las coronas redondeadas de los árboles arriba. Se apodera de ti la sensación de que estáis bailando en medio de un astrolabio mecánico, en medio de una constelación en la que Erva es el círculo más pequeño y el resto del mundo se va colocando, en la esfera sublunar, en la solar, la sideral, más y más allá, hasta el borde en expansión del universo.

¡Por los novios!

¡Por Erva y Fran!

Alfons: Por favor...

¡Vivan los novios! ¡Larga vida a los novios!

V

CUANDO ERVA te anunció que estaba embarazada nevaba por primera vez ese año. Era de noche, bajo las farolas de Václavské náměstí, brillaban diminutos copos de nieve que caían como granos de arena sobre los adoquines. Quién sabe por qué, un momento antes te había venido a la mente una pregunta: ¿Cómo es cuando nieva donde no hay nadie? Cuando sobre el paisaje silencioso se deposita la nieve, intacta, sin ninguna consciencia que la perciba...

Después, Erva se colgó de ti, saltó y exclamó: Fran, presta atención, estoy embarazada... Tíšek, vamos a tener un niño. ¿Qué te parece?

Estás sentado en el jardín de la maternidad de Apolinář y esperas a que Erva vuelva del examen médico. Tener un niño es algo bonito, nada en contra, pero te genera muchas preocupaciones, y todavía no ha nacido. Erva y tú os apretujáis en la habitación de servicio del estudio como podéis; pero con un niño eso va a ser imposible. Lo más razonable sería que, durante un tiempo, ella volviera a casa de su madre, en la calle Ostrovní, desde allí al estudio apenas se tarda dos minutos. Pero Erva no quiere ni oír hablar de ello. Planea alquilar un piso en el mismo palacio Hulicius, para que puedas pasar del estudio a vuestro nido hogareño en zapatillas. Pero pagar dos alquileres no sale rentable y, por suerte, en la casa no hay ningún piso libre. Podrían desalojar a Rössler del cuartucho del ático, como sugiere Erva, pero con eso no se solucionaría mucho. La idea de un bebé berreando en la sala de copias, mientras trabajas con los clientes, no te parece demasiado tentadora.

Si Škarda consiguiera el dinero, tendríais más posibilidades. Este asunto

no te gusta. Škarda no paga su deuda, busca excusas y siempre se queja de las circunstancias. No ha servido ni el último ultimátum; así que has optado por reclamar el dinero por vía judicial. En la primera audiencia lo negó todo, dijo que como no debía nada no tenía nada que devolver, y además sacó a colación las serias secuelas de la guerra. En el momento oportuno se hizo cargo de las cosas tu cuñado, el doctor en leyes Šaman, que, tras unas cuantas maniobras legales, logró que Škarda perdiera el derecho a negociar en nombre de la compañía Drtikol y cía..., y algo más tarde se retiró de ella. Por un lado esas irregularidades en la contabilidad te vinieron bien, te dieron la oportunidad de independizarte. Škarda ya no tuvo nada que ver con el éxito de posguerra del estudio, se comportó como un copropietario que daba la mano con gusto a cualquiera, pero no la usaba para trabajar. Por otro lado, ver a Škarda enfadado, lanzándote miradas llenas de dolor empecinado, dando golpecitos nerviosos con el lápiz hasta romperlo durante la lectura de la sentencia, no te hizo ningún bien al estómago.

Por fin, Erva aparece en la puerta del jardín. Está de siete meses, así que cuando os queréis abrazar tenéis que inclinaros. Te parece que está excitada, te percatas de que la frente le brilla a causa del sudor.

Tíšek, vamos a dar un paseo, ¿vale?

No quiere hablar. En la torre de la iglesia dan las dos, hace mucho que tenías que haber vuelto al estudio.

¿Quieres contarme algo?

No, sólo quiero estar un rato al fresco, ahí dentro todo huele mal, de un modo extraño.

Debería volver al trabajo...

Sólo un momento, ¿vale? Se cuelga de tu brazo y dice: He oído que antes ahí había una entrada lateral. Paraban los carruajes y las damas de la alta sociedad se iban rápido a dar a luz a sus deslices... Así los ha llamado el médico, sus deslices.

¿Así que está todo bien?, preguntas con impaciencia.

Sí, nacerá a mediados de junio. Creo que va a ser una niña.

¿Cómo lo sabes?

Te gustaría que fuera un niño, para que perpetúe la dinastía... Se nota. ¿No te has fijado en cómo me han crecido los pechos?

Te encojes de hombros y después dices: Tengo mucho trabajo...

Vamos, no me apetece nada volver, protesta. ¿Por qué estás tan impaciente?

Las pequeñas discusiones entre vosotros son cada vez más frecuentes. Una noche, durante el viaje de novios, en vuestra cama revivió ese pez que os habíais cenado un par de horas antes. Hicisteis el amor y las dos mitades de la palometa se unieron de nuevo, el pez movía la cola entre la colcha, se agitaba de un lado a otro, saltaba sobre las olas blancas de las sábanas como un pez volador, después se quedó quieto un instante, sólo se movían sus branquias, y, de repente, otra vez se agitó, chocó contra el cabecero de la cama, luchando, jadeante, por su vida. Aquella noche Erva te susurró emocionada que nunca dejaría de ser tu musa, que siempre sería tu amante. Pero desde que está embarazada —¿concebiría aquella noche?— todo es diferente: en lo primero, ni piensa; y para lo segundo, no tiene ganas. A ella misma le cuesta aceptarlo, no es fácil comportarse como una *femme fatal* con una barriga que crece a ojos vistas.

También para ti todo es nuevo y desconocido, no tienes ninguna noción clara de lo que es una mujer embarazada, la buscas y vas a tientas. No se lo pones fácil, ni ella a ti. Unas veces te dice que no le importan los modelos del estudio, ella también es artista y ha de ser comprensiva; pero otras se enfada y se queja de que no tienes consideración. En su repertorio aparecen también brotes de celos y diversos números dolientes.

Podemos dar un paseo por la noche, cuando termine, sugieres.

Por la noche voy al teatro, al estreno de Karel Hilar. Tengo que apoyarle, ahora que es el jefe de la compañía dramática. Ya sabes que esos idiotas lo miran con lupa. En realidad, había pensado que podrías acompañarme.

¿Qué obra es?

Corolianus, de Shakespeare, te lo he dicho ya dos veces.

¿No deberías cuidarte más?

Te brinda una mirada llena de irritación: El médico me ha ordenado que no baile, pero creo que aún puedo sentarme sobre mi propio culo. ¡A ti te parece que un embarazo es una enfermedad!

Así que Erva va al teatro por la noche, mientras que tú te quedas en el estudio. Desde que Škarda se fue no tienes con quién hablar. Rössler es demasiado joven, callado y taciturno, te trata aún como a un maestro; aunque hace un año que terminó los estudios, trabaja como asistente y empieza a

realizarse como artista; no siempre está de acuerdo contigo, y a veces te trae algo suyo para conocer tu opinión, extrañas abstracciones. Ahora está haciendo algo arriba, en la copiadora, le has dado permiso para utilizar el material del estudio. Es un bicho raro; pero te gusta que busque su propio camino. Tiene aproximadamente los mismos años que tú cuando acabaste los estudios en Múnich, y te reconoces un poco en él. Estás sentado en la butaca, iluminado por la luz del estudio, y no te apetece nada levantarte para apagarla, aunque gaste electricidad inútilmente.

Tras un rato se te ocurre que, ya que la luz del estudio te está iluminando, podrías hacerte un autorretrato. En tu lugar, en el sillón, colocas un busto de escayola que hace poco dejó el escultor Josef Mařatka, comienzas a cambiar la luz, pero enseguida se te enfrían los ánimos. Eres quien eres, para qué destacarlo.

Sin embargo, hace poco, al mirarte en el espejo, te sorprendieron tres arrugas paralelas en la frente. Hace tiempo que te salieron patas de gallo alrededor de los ojos, eso sí, pero ¿tres surcos en la frente?

El cantor de su gente, Rabindranath Tagore, extiende su mano hacia un hombre vestido con un elegante traje bengalí. Tiene una barba larga y nívea, y el cabello suave y ondulado. Con su canto, recuerda a un profeta del Antiguo Testamento y, siendo el primer Premio Nobel de Literatura asiático, ha de ser, sin duda, un hombre de letras. La visita de Tagore causa una gran impresión en la vida cultural checa. Leoř Janáček, en el periódico *Lidové noviny*, comparte con los lectores algunos cantos sublimes y también su impresión de que, durante la charla de Tagore, una especie de fuego sagrado ardió sobre los miles de oyentes que allí se congregaron.

Desde el primer momento, a ti también te atrae su personalidad. Observas cómo se dirige hacia la cátedra con paso medurado, se inclina apenas imperceptiblemente y a la vez dice de sopetón: Los *bauls* son una secta religiosa sin organización estricta. A ella pertenecen los peregrinos sin hogar, pero también los campesinos y los artesanos. No reconocen las diferencias de casta, no construyen templos, no esculpen estatuas de sus dioses. Según los *bauls*, el hombre es el instrumento de Dios, afinado para expresar en la

música de la vida la verdad eterna. Sus cantos, repletos de ardor místico y magia musical, se recogen de forma oral, van pasando de maestros a alumnos. Responden a las preguntas con cánticos adecuados. Hace tiempo me encontré en una aldea a dos bauls y les pregunté: ¿En qué se diferencia vuestra fe de las demás? Uno respondió: No se puede explicar. Pero el segundo me dijo: Es muy simple, nosotros afirmamos que primero hay que conocerse a uno mismo. Entonces pregunté: ¿Y por qué no extienden su fe por el mundo? Respondió: El que tiene sed, viene al Ganges por sí mismo. ¿De verdad?, repliqué, ¿viene alguien? Y él se rió tranquilamente y declaró: Todos vienen, antes o después, todos tienen que venir.

Medité sobre ello y llegué a la conclusión de que ese baúl iletrado no mentía. Ya que no es la expresión de una curiosa opinión mundial o de una religión, sino de una verdad muy antigua que se esconde en cada ser humano. Dice simplemente: Encuéntrate a ti mismo y después lo encontrarás a él. En palabras del Upanishad: ¡*Atmanam viddhi!*

Dos días más tarde ves a Tagore en tu estudio. Otra vez te alegras de que tu profesión te permita conocer a tanta gente interesante. Tagore te causa la impresión de ser un poeta impregnado del misterio vital. Pronunciaba sus frases con tanto cuidado y tranquilidad que parecía un jardinero plantando sus flores favoritas, y medía sus gestos como si fuera un gran conocedor de los estados interiores.

Suena el timbre, Gertruda Fischerová da la bienvenida a Tagore con su perfecto inglés. No se te escapa que está agotado tras un día tan ajetreado y necesita sobreponerse de algún modo a ese cansancio.

No es su primera sesión fotográfica en Praga, le disculpa su guía.

Ayer ya tuvimos una sesión improvisada. Imagínese: Volvíamos de la universidad y nuestro coche se averió. El conductor nos aseguró que era una avería sin importancia, pero de todas formas no fue agradable. Por suerte, un buen hombre que pasaba por allí se dio cuenta de la situación y nos invitó a su casa. Y en cuanto subimos al primer piso, comprobamos que era un estudio fotográfico. Aquel caballero sentó enseguida al maestro en un sillón, y antes de que se calentara el agua para el té, tomó unas cuantas instantáneas. Tal vez se podrían utilizar...

Gertruda pregunta si el poeta querría, también esta vez, tomar un té.

Tagore asiente y se acomoda en un sillón con resignación disgustada,

como si acudiera a una revisión anual del dentista.

¿Dónde se les averió el coche?, preguntas. Y enseguida lo entiendes todo. Su automóvil no tuvo ninguna avería, fue una artimaña, dices con una sonrisa irónica. Ese hombre, Jindřich Vaněk, compró a su chófer. No podía aceptar que la Universidad Karlova me hubiera pedido a mí específicamente que le hiciera un retrato al maestro. La mujer se lo traduce a Tagore, éste asiente, mira alternativamente a la mujer y a ti y al final en la cara se le dibuja una sonrisa.

Ya sabe, celos profesionales, añades. Es la competencia, está creando una serie con personalidades distinguidas y no podía dejar pasar su visita.

Tagore levanta un dedo: ¿Yo soy una personalidad distinguida?

Quiere decir que no depende nada de su personalidad, te explica la guía. Los indios creen que conocer la esencia verdadera de uno es más importante que cultivar características excepcionales.

Tagore asiente y, como hombre acostumbrado a dar conferencias y a ser escuchado, enseguida añade: Las características humanas pueden cambiar durante la vida, pero ¿qué hay detrás de ellas? ¿Qué hay detrás de todo ese espectáculo de sentimientos, detrás de toda esa psicología de pacotilla? La filosofía y la religión nos dan pistas. Eso que aquí en la civilización occidental llaman espíritu o alma, nosotros los indios lo llamamos *atman*. Cada ser vivo tiene dentro ese bienaventurado y eterno manantial, todo depende de si lo descubre en su interior o no.

Salta del sillón como si esas palabras hubieran hecho de muelle y con evidente urgencia se acerca a ti. *Atman* es en su esencia lo mismo que *brahmán*, pero usted evidentemente no sabe lo que es *brahmán*, y resulta de verdad muy difícil explicárselo a un europeo.

Con ayuda de Gertruda le pides que, al menos, lo intente. Tagore une las manos y dice: En nuestra religión existe una divinidad llamada *Brahmán*. Es el dios creador, que se puede comparar al Dios cristiano, aunque a los cristianos les suele ofender. En su cultura, sin embargo, no existe el equivalente de lo que nosotros llamamos *brahmán*, con minúscula. Este *brahmán* no es nada concreto, nada específico, nada a lo que pueda asociarse una característica. Los eruditos occidentales dirían que es el principio del Ser absoluto; pero no estoy seguro de si con eso se aclara algo. Los que más se acercaron al misterio del *brahmán* fueron los que afirmaban que Dios está en

todo y que todo es Dios. Pero también esto es sólo un postulado. Las palabras no tienen el poder de hacer nuestras vidas mejores y la verdadera misericordia del conocimiento se encuentra en otra parte. Puedo decir que atman y brahmán son equivalentes; pero hasta que uno no lo descubra por sí mismo, estas palabras no tienen ningún contenido.

Mientras la guía traduce, Tagore te mira a los ojos; mejor dicho, tienes la sensación de que mira a través de tus ojos hacia alguna parte de tu interior. Intentas comprender el sentido de las palabras de la traductora; pero cuando hablaba él, por alguna razón misteriosa quedaba más claro, a pesar de que sabes sólo un par de frases en inglés.

Tagore continúa: A menudo y con gusto recito una súplica de un *upanishad*. *Avir, avir ma edhi*. ¿Sabe qué quiere decir?

No, I don't, dice Gertruda, impaciente.

Una sonrisa de satisfacción atraviesa la barba de Tagore. ¿Lo ve? Le interesa... Lo he dicho al comienzo de mi charla: Cada uno tiene que venir, cada uno tiene que encontrarse a sí mismo. *Avir, avir ma edhi* se podría traducir como: Profeta, profetiza en mí. ¿Entiende? Cada persona es su propio profeta, y los demás profetas son falsos.

Desde arriba, en la copiadora, se ha dejado oír ya unas cuantas veces el llanto del bebé.

Mi hija tiene sólo unos días, dices a modo de disculpa.

Ay, eso es un feliz acontecimiento, dice Tagore sentándose de nuevo en el sillón. ¿Su mujer está bien?

Sí, gracias por su interés. Después de las fotografías puedo presentársela, si no le molesta.

Antes me gustaría hacerle una pregunta, dice Tagore. ¿Dónde está el pajarito? Su colega no dejaba de decir ayer que mirara al pajarito... ¿Qué quería decir?

Al despedirse, Tagore te coge la mano durante largo rato.

Todo queda en calma. Miras a tu hija dormida, a la que se le forma una pequeña burbuja en el labio, un pequeño universo transparente que con cada espiración desaparece y con cada inspiración aparece de nuevo, como si Brahmán creara los mundos. Observas la burbuja desde la distancia más corta posible e imaginas que, en ese breve instante, entre una inspiración y una espiración, cabe toda la historia y todos los grandes dramas del mundo. El

bebé cósmico se eleva sobre la cuna en la habitación de servicio y en sus labios nacen y mueren civilizaciones enteras.

Erva dice: En una semana ya podré bailar, lo echo tanto de menos...

¿Echas algo más de menos?

Erva se acurruca junto a ti.

El foco del estudio está vuelto hacia la ventana, los insectos se vuelven locos en el cristal de la ventana intentando entrar ahí dentro, donde os abrazáis.

El lunes por la mañana te llega una nota de Jan Zrzavý:

Maestro:

Le envió ocho dibujos de diferentes épocas, no sé cuál de mis estilos le resultará más cercano. Le ruego que escoja uno enseguida y que me devuelva los otros hoy mismo o mañana temprano, porque mañana por la mañana vendrá un comprador y necesito tener material para que elija. No se enfade conmigo; si decidirse hoy mismo fuera demasiado complicado para usted, quédese con los dibujos entre los que duda y envíeme el resto enseguida.

Espero que me haga saber si la elección es de su agrado.

Muchas gracias por su amabilidad. Me despido de usted con el mayor respeto,

Jan Zrzavý

Sacas ocho dibujos de un gran sobre, entre ellos hay también litografías y linograbados. La mayoría son rostros tranquilos y agradables de niñas; pero también hay uno de unos bailarines, seguro que ése es el que más le gustaría a Erva.

Zrzavý te agradece de este modo las fotografías que le hiciste hace poco. Sientes una pequeña satisfacción, supiste de Zrzavý en aquella exposición de antes de la guerra en la Casa Municipal, donde lo defendiste ante Eliška y

también ante la vendedora de entradas tan fastidiosa.

Son las ocho y media, comienza una nueva semana de trabajo. Gertruda Fischerová prepara café, con gusto observas sus precisos movimientos entre la cafetera y el azucarero. Ha pasado ya mucho desde la última vez que posó para ti, fue antes de la guerra, cuando estaba de aprendiz. Tiene once años menos que tú, así que entonces se encontraba en la flor de la juventud, mientras que ahora es una mujer adulta, y tú cumpliste los cuarenta hace un par de meses, así es. Trae cinco tazas ribeteadas con una línea verde y vierte el café en ellas. Para Erva, para la señorita Jarmila Rambousková, que es nueva, para ti, para Rössler, que acaba de volver de Belgrado, y para ella misma.

¿Está contenta trabajando con nosotros?, le preguntas a la señorita Jarka.

No me puedo quejar.

Claro que puede, la anima Gertruda. Por ejemplo, nuestro jefe, ¿no le resulta a veces un poco pesado?

Vaya, hasta usted se ha dado cuenta..., continúa Erva. Ayer este canalla me dijo que no va a comprarme un vestido nuevo.

En realidad, me gusta mucho estar aquí, les asegura la señorita Rambousková. En el estudio donde trabajaba antes el jefe era un gruñón; en comparación, el señor Drtikol es un ángel.

¿Lo has oído, Erva? ¿Cómo ha dicho?, ¿un ángel?

Rössler sorbe el café en silencio, siempre es el más callado de todos. El simple hecho de estar sentado a la mesa con tres mujeres le cohíbe.

¿Y cómo era tu jefe en Yugoslavia?, le pregunta Gertruda.

Un borracho, confundía el revelador con el fijador.

Cuando yo era estudiante, dices, se preparaba el baño fijador a mano. ¿Y qué pensáis? Varias veces confundí el sulfato sódico con el sulfito. Fue terrible, me cargué los negativos. Si me hubiera pasado una vez más, Mattas me habría echado, y quién sabe si me hubiera convertido en fotógrafo.

¿Es que no cree en el destino?, pregunta la señorita Rambousková.

Sí, creo en que un día me casaré con usted, bromeas.

Seguro, dice Erva. Yo no te lo voy a impedir, además siempre puedo llamar a aquel soldado.

La señorita Rambousková baja los ojos, Rössler sonrío con timidez a

Gertruda.

Esa sonrisa no se te escapa. Hace poco volviste tarde al estudio y desde la calle te diste cuenta de que alguien estaba trabajando todavía. Las cortinas negras estaban echadas; pero el borde de la ventana estaba enmarcado por unas finas bandas de luz. Abriste la puerta, escuchaste unas voces amortiguadas y ruido. Pero al pobre *Rössler* no le dio tiempo a vestirse. Saltaba sobre una pierna, daba tumbos y trataba de ponerse los pantalones, mientras Gertruda, tras la cámara, se aguantaba la risa. Quería hacer unos desnudos decorosos de hombre y tú los pillaste in fraganti; o sea, en el *fuego ardiente* de la creación artística.

Suena el timbre. ¿Será el cliente, que llega con mucha antelación?, se extraña Gertruda.

No nos asuste.

Será Magda, la niñera, dice Erva, y sale a abrir.

Unos meses después del parto, Erva te convenció para contratar a una niñera. Tiene muchos proyectos en mente. Quiere abrir esa escuela de danza, de la que habló en Poděbrad. Entonces creíste que era sólo un tema de conversación, tras la guerra todo el mundo hacía planes y después se olvidaban; pero Erva ha empezado a dar pasos para conseguirlo. Ha hablado con el hotel Graf, en Komenského náměstí, para alquilar la sala de ejercicios dos veces a la semana. Al igual que tú, estudió en Alemania, durante un tiempo visitó la escuela de baile del reformador Émile Jaques-Dalcroze en Hellerau, y ha decidido aplicar su sistema de gimnasia rítmica. Desde que se abrió el Instituto Dalcroze en el palacio Lobkowitz en Hradčany, hacer ejercicio se ha vuelto muy popular. Desea ser empresaria, como tú; ser económicamente independiente. Sois marido y mujer; pero ella compite de una forma algo pueril contigo todo el rato, a ver quién es más famoso, a ver quién tiene más admiradores.

Y sobre todo ha empezado a ensayar de nuevo en el teatro. El director Karel Dostal ha elegido a Erva como bailarina negra para la obra de Marinetti *El tambor de fuego*, gracias a la intervención de Karel Hilar. El papel protagonista es para Václav Vydra, el famoso actor. Erva está emocionada, lo conoció durante los ensayos de Heracles. Hilar quiso que interpretara a Lisa, esa furia que lleva a Heracles a la locura. Recuerdas cómo subió a rastras desde el foso de la orquesta, atravesó la rampa del escenario y tras una danza

salvaje y terrorífica cayó en brazos de Heracles en lugar de su amante, en ese momento tú la admiraste como nunca y casi no aguantaste hasta que la tuviste entre tus brazos esa noche, a tu furia salvaje y terroríficamente seductora. Pero esta vez va a ser algo del todo distinto, algo extraordinario, nunca visto, inquietante y contemporáneo, le explica Erva soltando epítetos como si fuera un anuncio parlante. Por las noches habla entusiasmada de la música de Balilla Pratella, de la escenografía que ha creado el pintor surrealista Enrico Prampolini. Lo comenta eruditamente con Rössler, que conoce su trabajo porque ha estado en la exposición de los futuristas al menos tres veces.

Gracias a ello compruebas que, tras la guerra, el modernismo ha pasado de moda. Hace poco, Rössler, en una de vuestras discusiones sobre arte, tuvo la amabilidad de citarte un fragmento del manifiesto futurista: «Queremos cantar el amor al peligro, el hábito de la energía y de la temeridad. Queremos exaltar el movimiento agresivo, el insomnio febril, la carrera, el salto mortal, el golpe y el puñetazo. Afirmamos que la magnificencia del mundo se ha enriquecido con una nueva belleza, la belleza de la velocidad. Un coche de carreras con su capó adornado con gruesos tubos parecidos a serpientes de aliento explosivo, un automóvil rugiente, que parece correr sobre la metralla, es más bello que la Victoria de Samotracia...».

Te pareció una extraña mezcla de originalidad y presunción, en la que era necesario separar el grano de la paja. Pero al diablo con los manifiestos, siempre te interesó más lo que quieren decir en un lienzo o sobre el papel fotográfico que esas pomposas afirmaciones. Y, aunque las máximas de los futuristas te suenan pueriles, el trabajo concreto de Rössler te interesa e inquieta.

Ahora también quiere mostrarte algo. Gertruda recoge las cosas de la mesa, Jarka transforma el comedor de nuevo en un estudio, Erva se pone de acuerdo con la niñera y Rössler te lleva arriba, a la copiadora. Te enseña unos negativos y dice: A ver si reconoce qué es...

Con cuidado coges la placa de vidrio con la mano. En ella hay unas formas, un triángulo y dos rombos.

Lo he fotografiado aquí, te da una pista.

Miras alrededor, pero en la sala de copias no ves nada parecido.

Rössler señala hacia arriba.

¿Ese tragaluz?

Asiente.

¿Y desde qué ángulo? ¿Y esos dos rombos de ahí?

Son dos sombras que salen por la tarde, hace tiempo que ya no están, dice sin darle importancia.

Vaya... De nuevo contemplas el negativo. Así que el tragaluz y dos sombras, veamos. Aquí falta algo... una persona o al menos... Bueno, cualquier cosa, dices. Está vacío.

Rössler toma aire y suelta: Eso, precisamente, estaría de más. ¡Ese algo suyo...! La fotografía antigua registraba las formas de las cosas por medio de la luz. Pero ¿por qué no registrar sólo las formas?, las formas sin cosas. Y la luz directa, la luz que no es el medio para conseguir nada. El que reconoce la belleza de las formas sin contenido... Pero se detiene, como si tuviera la sensación de que ha dicho demasiado, o como si, al contrario, no supiera qué decir con exactitud.

Ése... ¿qué? ¡Termínalo!

... ¡ése no se preocupa tanto de las personas!

El día de Nochebuena caerá en domingo, en un rincón del estudio hay un abeto apoyado en la pared y huele a madera y resina. Hoy es miércoles por la tarde, vas a ir con Rössler al estreno de Ervina en el Teatro Estatal, del que tanto se ha hablado en el estudio. Ayer, incluso vino a hacerse unas fotografías el autor de los decorados, Enrico Prampolini. Rössler sintió haberse cruzado con él solamente en la puerta; aunque su estilo siempre ha sido admirar desde lejos. Cuando viva en París tendrá en su agenda la dirección de todos los fotógrafos famosos, pero nunca irá a verlos. Ahora, sin embargo, le embargan otras preocupaciones, no puede encontrar ninguna camisa blanca limpia y al final tienes que prestarle una tuya, para llegar a tiempo.

Gerta se la lavará, te asegura con las prisas.

¿Gerta? Pero si Erva tiene una lavandera...

Pues eso, entonces.

Entonces, gracias a ese comentario, caes en la cuenta: ¿Gerta te lava la

ropa?

Se está peinando el pelo hacia arriba, ahora lo lleva mucho más largo que cuando lo viste por primera vez y se le riza en unas bonitas ondas, se ha convertido en un hombre y ha ganado confianza en sí mismo. Se rasca la nuca y dice: A veces me lava alguna cosa, nada del otro mundo.

¿A veces te lava alguna cosa y eso no es nada serio?, le das una palmada en la espalda.

Praga está cubierta de nieve blanda, atravesáis con prisa el mercado de frutas. Delante del Teatro Estatal hay un carruaje, las puertas iluminadas se tragan a dos figuras de negro.

Ha sido Erva la que te ha enseñado a disfrutar de estas celebraciones. Todo se ilumina y adereza como en un día de fiesta, antes de un estreno la expectación flota en el ambiente como si fuera ozono. Te gusta caminar por los pasillos rojos y dorados, cubiertos por largas alfombras y espejos, todo alrededor es refinado y está acolchado, es aterciopelado al tacto. Un teatro antiguo es como un gran fetiche, en cada palco podría haber una pareja apareándose de diferentes maneras, saludas a los conocidos y te imaginas a esas damas con sus atuendos de fiesta y sus dignos compañeros vestidos de frac, copulando frenéticamente en las galerías, tirando abajo encajes, pajaritas, horquillas del pelo, el antiguo teatro relinchando con sonidos de machos y hembras, como un zoológico al anochecer.

Tenéis buenas entradas, la fila 9 de la platea. En el palco imperial está Masaryk con su hija Alice. Antes de que se levante el telón empieza a sonar el himno checo. Todos se ponen de pie, y después se sientan de nuevo, el hombre de al lado te dice: Estoy conmovido, aquí fue donde lo tocaron por primera vez, entonces, y ahora somos libres...

Se levanta el telón, el brillante, colorido y ruidoso drama africano de Marinetti comienza. Desde el principio queda claro que el autor quiere provocar una buena conmoción en el público amante del arte del Teatro Nacional. Desde el foco chirrían unos sonidos extraños, como si pasaran la partitura del himno por una picadora de carne, el foso de la orquesta vomita por culpa de unos ruidos, aullidos, gruñidos, pitidos, susurros, repiqueteos, crujidos y relinchos. Sólo faltan chasquidos, chapoteos, pedos, pataleos, burbujeos y silbidos.

Te parece que la obra no es nada del otro mundo, el barritar de los

elefantes africanos te recuerda al ruido de los frenos neumáticos, pero hay cosas que ver. La escenografía estalla con colores, en el primer acto reina el naranja oscuro; en el segundo, en la selva, el verde; y en el último un rojo sangriento. Los decorados exóticos de África se dividen en diferentes partes que se repiten dinámicamente, a veces son grandes arcos del sol y unas dunas, después las puntas cuadradas de la vegetación. El vestuario es bastante pueril, al ver esas túnicas blancas de baño, incluso a ti te queda claro que los negros africanos no se visten así.

En el escenario aparece una tiznada Erva con una cresta, una falda de paja y un gran cinturón metálico que recuerda a un cinturón de castidad, pero en cualquier caso no se comporta de un modo muy casto. Está al frente del grupo de bailarines; como jefa, salta por el escenario, se contonea con un peto fino, y tiene varias réplicas.

Una vez dice: *Bacun, bacun.*

Otra: *Dekun, dekun, galin, galin, balafon.*

Al final del descanso te encuentras con Masaryk en el pasillo, te da las gracias por el álbum de fotografías de los integrantes de la mafia que le mandaste por su sexagésimo séptimo cumpleaños, hace ya dos años.

¿Le gusta la obra?, preguntas.

¿Obra? De momento es más bien un desatino, ¿no?

Tras la pausa, Erva realiza unos cuantos números salvajes; pero tú tienes la mente en otra parte. Te acuerdas de que cuando os conocisteis te gustaba observar sus rasgos, casi negroides. Y ahora la tienes delante, tu mujer haciendo el papel de una bailarina africana en la tarima del Teatro Nacional, la vida está llena de sorpresas. Sólo los aplausos te traen de vuelta, te sumas a ellos, un poco dubitativo.

No hay estreno que no acabe con una celebración en el bar, aunque todos se refrenan porque al día siguiente tienen otra función. Erva se deja en la cabeza la cresta coloreada, parece que fuera mágica, porque mientras la lleva, no cesa de interpretar sus danzas africanas. Está imparable, Enrico Prampolini aplaude maravillado y manda a Václav Vydra al vestuario a buscar un tambor, que después empieza a golpear obstinadamente.

Hacia la medianoche, cuando piensas en marcharte con Rössler, aparece Alfons, ese que, según sus palabras textuales, fue a tu boda para amargártela. Se abre paso entre dos mesas y agarra a Erva por la cintura. Rössler, tras un

momento tambaleante, se levanta y se va, dejándote solo.

Tú también estás algo bebido, ves todo a través de una neblina: las luces del bar y los carteles de la pared, los rostros con muecas de lo más variadas, de las que sólo algunas son humanas, y además el humo del tabaco. Erva tiembla sobre el parqué, los tambores la animan como si se tratara de una ceremonia ancestral. Piensas que enseguida traerán a un toro joven y Erva lo sajará con un cuchillo de cortar limones, le sacará los ojos y en su lugar pondrá cubitos de hielo; después preparará un fabuloso cóctel de sangre fresca de toro, que todos estaban esperando impacientes; las pajitas se oscurecerán, y ellos, por fin, se saciarán. No lo reconocerían, pero la obra de teatro no los ha aplacado, qué va, esos rituales sucedáneos necesitan sangre caliente y éxtasis, y por eso ahora contemplan exaltados a Erva, su sacerdotisa, su ardiente orante.

Prampolini está en éxtasis, Vydra sonrío, y a Alfons le corre el sudor por las sienes al intentar seguir el ritmo inhumano de Ervina. En otra vida, Erva ha debido de ser un derviche o una yegua de carreras, piensas con amargura.

Cuando ya dura unos diez minutos vas a por ella. Te la llevas a la pista de baile; pero Erva se detiene tras un momento; de repente, está cansada, agotada, como si el demonio hubiera salido de ella corriendo hacia el bar, busca un lugar para sentarse.

De todas formas ya nos queríamos ir, dices.

¿Queríamos?, ¿quiénes?

Rössler y yo.

Ah, vale, Rössler y tú, dice con sarcasmo. Bueno, no sé de qué me sorprende, vivís juntos, mientras que yo tengo que dormir en casa de mi madre. ¿Dónde tienes a tu chico?

Ya se ha ido. Y no es mi chico. ¿Sabías que está saliendo con Gertruda?

¿No podemos hablar de algo más interesante? Ella no me importa lo más mínimo.

Tiene ocho años más que él.

¿Y qué? La habrá cazado con su larga antena, dice riéndose a relinchos. Además, yo también soy dieciséis años más joven que tú, ¿y qué?

Te traeré el abrigo.

¿El abrigo? ¿Para qué? Yo no voy a ninguna parte.

¿No?

Tendrías que irte tú si tanto te aburres aquí.

La agarras del brazo y la zarandeas para que reaccione, ella se desternilla de la risa.

Te percatas de que Alfons os observa desde el bar y montas en cólera.

¡Vamos a casa!, le ordenas a Erva, tienes una hija.

Una hija... se queda pensando, ¿te refieres a Ervina? Ya está durmiendo... ¿Estará soñando con algo bonito?

Los ojos le brillan de un modo extraño, y antes de que te dé tiempo a decir nada, se deja oír el tambor turbulento y Václav Vydra declama paródicamente su Kabanga: ¡Sol! ¡Sol cruel! ¡Siempre te he amado y adorado! ¡Siempre he alabado tus leyes supremas del brillo y la luz! ¿Por qué has puesto contra mí tantas punzantes lanzas e implacables bayonetas? ¿Quieres despedazar el cuerpo tierno de Mabima?

Y, desde lejos, Alfons brinda por el cuerpo tierno de Mabima.

No eres como ellos. No eres el tipo de persona que necesita compañía en su vida. Todo ese brillo y esos reflejos, esa red que, sujeta por los ojos de tanta gente que se vigila, sostiene el mundo. Llevas demasiado tiempo acompañado, tienes hambre de soledad, de estar contigo mismo, sin nadie que te moleste o altere. Deseas retirarte a la naturaleza, dejarte abrazar por el poderoso silencio de los bosques o las montañas. A veces, en la habitación de servicio, te tumbas en la cama, cierras los ojos y esperas a ver qué pasa. Las primeras sensaciones y pensamientos llegan, frescas como la lluvia, tan reales...

Necesitas estar solo, meditar sobre tu arte y sobre la vida, para encontrarle sentido. Pero a la vuelta de la esquina está la Navidad y tus padres os esperan en Přebíram para la fiesta de San Esteban.

Es la primera vez, y la última, que os sentáis a la mesa un número tan grande de personas que no cabéis y los niños tienen que sentarse aparte. La familia está al completo, Ervička es el punto de inflexión, desde ese momento cada vez seréis menos.

Miras con preocupación a tu padre, que en el último año ha adelgazado al menos cinco kilos, y tienes la impresión de que también Máňa está pálida y enferma.

Estoy tan contenta de que estéis todos aquí, dice tu madre.

Los hombres os vais a la taberna por la tarde. De camino, recoges a Hynek, no lo has visto desde la boda. Os traen cerveza y enseguida se desata un debate sobre política. Hynek se queja de que, desde que Masaryk ha convertido el palacio de Hluboká en su residencia de verano, disuade a los mineros y los obreros de Přeboram del bolchevismo, como si no tuviera otra cosa que hacer. Se presentó en el patio del pozo Anenský, que estaba a rebosar, y habló en contra de la revolución, dijo que había estado bastante tiempo en Rusia y que su modelo no es bueno para nosotros. «Si alguien piensa que podemos hacer lo mismo que han hecho los rusos se equivoca por completo», dice Hynek citando a Masaryk, para ponerse en su contra después. Y France se pone en contra de Hynek, ya que está de acuerdo con Masaryk, la socialización es necesaria, también las reformas; pero no el bolchevismo y la revolución. Tu padre mantiene una opinión moderada, acorde con su edad, habla como conocedor de las costumbres del lugar, y tú sólo entras en el debate de forma marginal, la política te aburre mortalmente. Pero cuando cuentas que Masaryk hace unos días te habló en el teatro, les suena más solemne que si hubieras pronunciado una opinión ilustrada. Hasta Hynek queda impresionado, y enseguida se refiere a Masaryk con más amabilidad.

Al día siguiente, Erva, Jířik y los hijos de los vecinos interpretan una obra de teatro. Sobre la estufa cuelga una estrella amarilla, el aire caliente que sube la hace temblar. Erva salta por la habitación con Jesús en brazos, rebota en las puntas de sus pies, como si no quisiera tocar el suelo llevando un tesoro semejante en las manos. Después lo coloca en la cuna y, desde la habitación de al lado, se acercan los Tres Reyes, Jířik es Melchor, lleva un cordero en los brazos, tan inocente que podría redimir el mundo.

Y, precisamente, cuando los Magos de Oriente van a adorar a Jesús, Máňa sufre un ataque de tos. Se agarra el pecho, no puede parar. Corre al fregadero y allí escupe sobre el metal gris unos grumos pegajosos de sangre.

Durante medio minuto todos la miráis incrédulos.

Me he mordido la lengua de la risa, explica.

Tu madre saca a los Tres Reyes de la habitación y corre hacia ella.

Deberías ir al hospital, dice Ema.

No quería aguaros las fiestas.

¡Esto no ha salido nada bien!, gruñe tu padre descontento.

¿Al hospital?, pregunta la madre.

Máña se apoya en el fregadero, está aún vuelta hacia la pared, como si se avergonzara de mirar a los demás. Excepto Erva, que intenta entretener a los niños en la habitación de al lado con sus numeritos, están todos, un verdadero tribunal familiar.

¿Desde hace cuánto sabéis que está enferma?, preguntas.

No he pasado un buen otoño, se queja Máña. Pensaba que no era nada serio.

Le dije que fuera al médico, repite Ema.

El que va al médico acaba en la tumba...

Eso ya no es así, dices conciliadoramente.

Toser sangre no es ninguna tontería, dice el padre. Puede ser del corazón o de los pulmones.

Todos piensan en la tuberculosis, en la tisis.

En el silencio que se hace a continuación se oye a Erva y a los niños cantando villancicos.

Al año siguiente todo se desmorona. Erva se dedica a la escuela de danza, a veces no os veis durante varios días. Ensaya en el teatro; tienes la sensación de que, para ella, cualquier cosa es más importante que hacer de esposa. Y cuando se lo echas en cara, enseguida encuentra alguna excusa: pero Tíšek, tú nunca quisiste una esposa... Soy tu musa y tu amante... Atraviesa bailando la habitación, se gira sobre sus talones. Y esta noche... he quedado.

Te acompaño.

¿Adónde querrías ir? Si no te gusta Alfons.

Rössler y Gertruda se pierden en el estudio, juntos; otras veces Rössler se encierra arriba y se dedica a sus experimentos, ya sean de fotografía o con la radio. En ocasiones, también los une, fotografía las bobinas del interior del

aparato, diferentes componentes electrónicos que después, en las fotos, dan la impresión de ser algo diferente de lo que son en realidad. Hace unos días regresó de alguna parte todo excitado. Había estado escuchando la primera transmisión radiofónica junto a otros entusiastas. Desde una carpa en Kbely, se había retransmitido un concierto de cámara a través de un auricular telefónico adaptado, los violines, y también los aullidos de los perros atraídos por su chirrido, sonaron en unos crepitantes reproductores.

Tú también experimentas con nuevas tecnologías y métodos. Te escondes en la cámara oscura de tus problemas. Estás intentando unir la técnica fotográfica artística y la impresión, para poder intervenir en los negativos y que la reproducción sea más fácil. Cuando aún estudiabas en Múnich, Sporn anunciaba casi cada mes el descubrimiento de alguna nueva técnica. En aquella época muchos fotógrafos eran químicos, así que no escaseaban los trucos de laboratorio. Ya por aquel entonces te atraía descubrir algo nuevo, las víctimas de tus experimentos fueron algunos negativos, antes de que Sporn te calmara. Pero combinar la impresión al óleo con la litografía parece prometedor, sólo tienes que descubrir cómo conservar la blandura de la impresión desde el fondo y, a la vez, conseguir la ligereza y el grano de la litografía. Experimentas durante largas horas con la preparación de los colores; después, aprendes a descomponer los tonos en medios tonos y cuartos de tono, como cuando un motivo coloreado se descompone en los tres colores fundamentales. En los meses pasados, has realizado innumerables impresiones de prueba, y últimamente has logrado resultados aceptables. Finalmente, el método permite trabajar con más colores.

En realidad, has llegado tan lejos que Škarda se puso en contacto contigo. Revelar tu descubrimiento aún en pañales no sería razonable, ni siquiera Daguerre donó el suyo a la gente, sino que un país bondadoso se lo compró, para después, con gran pompa, regalárselo al mundo. Sostienes en la mano tu última creación, una fotolitografía ligeramente granulada de Salomé apoyada en una calavera, y piensas en tu yerno Šaman; deberías consultarle si tu hallazgo merecería una patente.

En aquella época Rössler presume de otra de sus obras: un retrato del bailarín exótico Ore Tarraco. En realidad, se llama František Kulháněk y es un conocido de Ervina, un divertido personaje de la vanguardia de Praga, un empleado de banco que se enamoró de tal modo de los bailes orientales al

verlos en las fotografías y en el cine que cambió la ventanilla por los escenarios de los cabarets de Praga, y, más tarde, por las tablas de los teatros europeos. Ha venido unas cuantas veces a vuestro estudio a hacerse fotografías publicitarias, su criado siempre le trae un baúl lleno de coloridos atuendos, lo que es, en cierto modo, una pérdida de tiempo cuando se trata de hacer fotografías en blanco y negro. Rössler ni se molesta en pedir a Tarraco que sea su modelo. Coge la fotografía de uno de sus amigos, la retoca y con ayuda de la impresión al bromo hace de ella un retrato dinámico, lleno de superficies y áreas, descompone el rostro en pequeñas formas y secciones y, después, las junta de nuevo, un poco como el mismo Kulhánek, alias *Tarraco*. Para colmo, envía su creación al artista, a Lituania, donde está actuando, preguntándole si sería tan amable de firmárselo.

Antes de hacerlo, vas a verle varias veces. Te fascina que Rössler haya podido materializar su idea: no ha tenido que pelear con la resistencia de los materiales, ha trabajado más bien como un pintor, con el pincel sobre los negativos.

De nuevo te ensombreces, durante los últimos meses te sientes fatal. Con Erva, o te peleas, o no la ves; y de ese sueño, sobre la vida entre el amor y la creación, sólo quedan unas pinceladas. También en el estudio te sientes impotente, como un hombre que caminara sobre sus propios pasos destruyendo así sus huellas.

Por si fuera poco, todo ha cambiado. La guerra dijo adiós al alegre modernismo y estranguló las tradiciones del siglo anterior, como si fuera una extremidad gangrenosa que hay que cortar cuanto antes. Tienes la sensación de que toda esa concepción clásica del arte que adoptaste se ha pasado de moda de la noche a la mañana y ha muerto como un árbol majestuoso alcanzado por un rayo, o más bien por una bala de cañón lanzada por una desconcertada artillería. Por ejemplo, la belleza como principio conductor del arte, sí, eso... ¿Qué ha pasado con la belleza?

¿Y adónde va Erva a cenar otra vez esta noche?

¿Por qué diablos Rössler, de nuevo, no ha recogido sus cosas?

Das un portazo, para que resuene bien en el estudio vacío.

Finalmente, un día decides, furioso, que vas a hacer reformas. Todos esos objetos acumulados durante diez años peregrinan primero a la estantería superior del sótano para después ir directos al contenedor de la basura. Es

como si se vaciara una trapería: jarrones, bustos de escayola, viejos vestidos, diferentes trozos de telas, drapeados, pieles y mantas, el vestido de Cleopatra, pedestales y taburetes, una calavera, plumas, una espada de madera y hasta un arco con la cuerda rota, un turbante y varios sombreros, el madero de la cruz y muchos más trastos. Sólo te quedas con la cabeza de Juan el Bautista. Te dedicas a esa tarea, con Rössler, durante toda la tarde del domingo, en tu cabeza se mezclan esas fotografías preparadas, escenas históricas, arreglos teatrales y similares. Con cada cosa que tiras te sientes algo más ligero, como si necesitaras liberarte de toda esa morralla pseudocultural.

A la semana siguiente vas directo al taller del Teatro Nacional. También las bambalinas han cambiado en los últimos dos o tres años. Tienen almacenadas las de los modernos montajes de Vlastislav Hofman, Bedřich Feuerstein o Josef Čapek. Antes de que aparezca Jeřábek, el maestro del taller, te paseas arriba y abajo entre *RUR* y *La casa de Rosmer*.

¿Qué? ¿Sólo quiere unos podios móviles?, se extraña.

Sí, podios de diferentes tamaños, que se puedan colocar unos sobre otros, como cubos.

Bueno, pues dígame de qué tamaños, dice rascándose tras la oreja.

Le dictas las medidas y continúas: Además, necesito columnas de diferentes alturas, sesenta, noventa y ciento veinte centímetros. Y un aro, también de ciento veinte de diámetro. Todo hecho de madera ligera, porque lo cambiaré de sitio constantemente.

El maestro Jeřábek aún pregunta por algunos detalles, se lo apunta todo deprisa y calcula.

Espere, tengo por aquí una pieza que le puede interesar, te dice justo cuando ya te ibas. Sobró de algún montaje y aquí no la necesitamos.

Te lleva a una estantería en la que hay una lechuza desplumada con un solo ojo y, como de un entendido a otro, comenta: Una lechuza, el símbolo de la sabiduría, ¿qué me dice?

En la prensa describen ese lugar como el bastión de la humanidad, un alcázar de la ciencia médica y un monumento generoso que proclama que estamos en un país avanzado. Al igual que para la construcción del Teatro Nacional, se

hizo una colecta entre la gente para construir este sanatorio y hubo hasta un sorteo benéfico; el príncipe Josef Colloredo-Mansfeld donó el terreno ya antes de la guerra, honremos su memoria.

Llegas con Ema en tren a Mníšek pod Brdy, no quieres un carruaje, bajáis andando unos pocos kilómetros hasta Nová Ves pod Pleší. Los tejados relucen, el sanatorio se divisa desde lejos sobre una colina encima del pueblo.

Hace unos meses le hiciste a Máňa un retrato. Pero ¿qué es una fotografía como ésa frente a la realidad de la muerte?

Confiamos en que suponga la inmortalidad, pero sin embargo somos olvidados mucho antes. Cuando llega el momento, ni siquiera la conjunción de la luz y la plata son suficientes.

Ema camina junto a ti con la cabeza gacha, por el bosque revolotean semillas de arce.

Es curioso, dice, cómo en estos años me he convertido en parte de la familia. Se podría decir que me he sacrificado por Máňa. Limpio su casa, cuido de sus hijos, soy la confidente de la familia, aunque yo misma tengo poco que confiar a nadie. Y de todas maneras, ese poco no se lo puedo contar a ella, sólo a ti.

La estás ayudando, dices tomándola del brazo.

En realidad, no me he sacrificado, más bien me he agarrado a ella, que consiguió fácilmente lo que a mí tanto me costaba. ¿Te acuerdas de su boda? En agosto de 1897, no tenía ni dieciocho años. Se casó con Franci, un poco mayor que ella, serio y con estudios, a nadie le sorprendió que pronto llegara a ser el director del liceo. Todo fue fácil, y, un año y un día tras la boda, nació Ládík.

Mientras que yo... fue muy distinto. Y ahora... ¿por qué es ella la que está enferma? Le iba bien y vivía piadosamente. No vas a creerme, pero si fuera posible yo me quedaría con su enfermedad. Tosería mi propia sangre; al menos así serviría para algo.

A la hora y media camináis por un largo pasillo por el que se arrastran figuras demacradas, aquí y allá tose alguien que quiere corresponder a vuestro saludo. Esos pasillos interminables, con muchas puertas y carteles, te recuerdan al paritorio de Apolinář: el nacimiento y la muerte se organizan de igual modo y, en realidad, son los mismos sacerdotes de batas blancas los se ocupan de uno al principio y al final.

No es la primera vez que vais allí, así que ya sabéis adonde dirigiros. Pero, cuando entráis en la habitación, Mágina no está, ni siquiera veis su cama.

Te asustas; pero Ema, que viene mucho más a menudo y se conoce los hábitos locales, retira la cortina y señala a la terraza. Ves una fila de camas blancas con ruedas y en ellas a los pacientes que disfrutan de la siesta al aire libre bajo las nubes flotantes. Algunos leen, otros charlan con las visitas, otros dormitan. Una guapa cuidadora se pasea entre ellos con una mesita con ruedas y reparte el té.

Mágina tiene los ojos cerrados, tal vez duerma. Ema le toca la frente, está caliente, aunque es posible que sea por ese sol de octubre. Abre los ojos despacio: Ema...

Te sientas en su cama. La cuidadora te advierte amablemente que junto a la pared hay unas sillas para las visitas.

Me he quedado dormida, dice Mágina estaba pensando... y me he dormido.

Intentas mirarla de modo que parezca que sientes preocupación en vez de estar investigándola. Está pálida, sólo las mejillas se le han enrojecido por el sol; pero, por lo demás, es como si todo su color se hubiera ido con los grumos sanguinolentos.

Ayer casi se me salieron los pulmones al toser, dice, como si te leyera el pensamiento. Me he pasado toda la noche sudando, desvariaba.

¿Te encuentras peor?, pregunta Ema preocupada.

Mágina sonríe con tristeza, la manta se arruga cuando encoge los hombros.

Durante un momento nadie dice nada, el sol se esconde tras una nube, lo perfila con una línea amarilla y después sale de nuevo.

¿Crees que podrías dar un pequeño paseo?

Asiente y sale de debajo del edredón. Se cambia de ropa tras un biombo de la habitación y se pone un vestido de flores, se peina delante del espejo el pelo desordenado y sucio. Después se agarra al brazo de Ema y salís de la habitación por un largo pasillo hacia el jardín. Caminas un par de pasos tras ellas, hablan en susurros. Te parece que estás de más y a la vez te acuerdas de las palabras de Ema, eso de que si fuera posible se quedaría con la enfermedad de vuestra hermana. ¿Lo haría de veras?

Te sientes incómodo, en cuanto salís al jardín enciendes un cigarrillo. Al momento, un hombre vestido de gala con un bastón se acerca y te pide uno. Se presenta a sí mismo como Jeroným y te pregunta: ¿Sabía usted que las

canalizaciones de aquí están hechas con cañerías de hierro fundido, selladas herméticamente con plomo y cáñamo?

Los gargajos se echan a unos esterilizadores de vapor primero y después se van por la canalización. Ayer en una charla me enteré también de más datos interesantes: ahí donde está ahora la cámara funeraria debería haber estado el taller del maquinista, y donde está el taller del maquinista debería haber estado la cámara funeraria. Realmente interesante. Después añade: Por cierto, aquí no dejan fumar, menos mal que ha venido usted.

¿Está aquí hospitalizado o de visita?, le preguntas.

Me halaga usted, dice. En realidad estoy cortejando a alguien. ¿La ve?, dice señalando a una pequeña mujer sentada en un banco no muy lejano con la mirada perdida. Ésa es la que he escogido, le envío flores y cartas perfumadas con rosas. Ya sabe, con el amor acortamos el tiempo de espera a la muerte. Y no sólo nosotros. Pero démonos la vuelta ahora, para que no nos vea la cuidadora.

Te coge del brazo y con un rodeo te lleva hasta la mujer del banco.

¿Ya se ha decidido?, le pregunta.

¿Tanta prisa tiene?

No queda mucho tiempo.

Ya lo sé...

Tenemos que comunicarlo en cuanto podamos para que nos casen en la capilla del Corazón de Cristo antes de Todos los Santos.

podríamos celebrarlo en la terraza con vistas a la lejanía azulada, dice la mujer trazando un arco con su débil brazo.

¡Estupenda idea!

Después, se vuelve hacia ti: Venga, vamos a terminarnos el cigarrillo.

Me quedan dos meses, te dice.

No debería hablar así.

¿No? Ja, ja, se extrañaría usted mucho de lo que uno puede hacer cuando ya no le queda esperanza. ¿Qué?, ¿se atrevería a hacer el pino?

¿Aquí?

con el cigarrillo en la boca. Delante de esas dos damas que le acompañan y que, imagino, son sus hermanas.

Lo meditas un momento y después niegas con la cabeza. No he venido

aquí para hacer algo así.

Claro, está usted aquí por amabilidad, sonrío. No tiene por qué ponerse cabeza abajo.

Durante un rato no dice nada y tú tampoco intentas conversar.

¿Le gusta?, pregunta después.

¿Su... prometida?

Tiene una hija de quince años. El padre falleció en la guerra. En realidad, me intereso por ella.

¿Qué quiere decir?

Es inocente. No me refiero a físicamente, aunque supongo que también. Esa niña es la bondad misma. Es casi inhumana en la manera en que se comunica con otro ser humano. Su alma no está embozada en todos esos pañales sucios, como las de todos nosotros, ¿me entiende? Querría que recibiera mi herencia. He conseguido ahorrar un poco. Pero tengo que convencer cuanto antes a su madre de que se case conmigo; si no, no será posible. Esa niña nunca aceptaría un regalo en forma de dinero. Y, sin embargo, es evidente que va a necesitarlo. Yo tampoco podría haberme dedicado a la literatura si durante mi juventud no hubiera obtenido una importante suma de dinero.

Con la última calada, el hombre dice encogiéndose de hombros: ¿Qué le queda a uno aparte de ir montado en un tren a toda marcha en sentido contrario?

Algo confundido, le das la mano y te sientas en el banco con tus hermanas.

Tenemos unos buenos padres, Fran, te dice Mágina continuando su conversación con Ema. Es una suerte... Papá, sobre todo, te apoyó mucho.

Después añade: Cuando me he quedado dormida antes, en la terraza, he visto delante de mí el Monte Santo, estaba inundado de luz, he visto hasta a la Virgen María con un vestido bordado. Ya sabéis que yo no soy especialmente religiosa, no voy a ir allí a pedir mi recuperación, porque si Dios de verdad lo quisiera, no necesitaría de ruegos, pero la celebración de julio siempre me ha gustado mucho, cómo la llevan en un palanquín como a una princesa oriental, por todas partes arden altos cirios y la gente canta, canta y canta, y una piensa que no va a terminar nunca, desea que no se acabe nunca, que no se acabe nunca... ¿A qué hora sale el último tren?

Gertruda te avisa de que te llaman por teléfono.

¡Es Franci!, grita, ha muerto Máña.

Terminas con un cliente que tienes a medio fotografiar, el siguiente se lo dejas a Gertruda.

Sales a la calle. Es enero, está helando. Anochece. El Moldava lleva helado desde las Navidades, los barcos quiebran trozos oscuros del gélido río.

Recuerdas las curiosas palabras de Jeroným: ¿Qué le queda a uno aparte de ir montado en un tren a toda marcha en sentido contrario?... La mayoría de la gente se sube al tren, busca un asiento libre y no se levanta hasta que llega a su estación. Mueren igual que nacieron, en su sitio. También Máña ha muerto en su sitio, a pesar de que se mudó de Přebram a Moravská Ostrava. Pero a veces alguien sí se levanta de su sitio...

Paseas junto a las placas de hielo, de las que llega el frío, y te imaginas esto: un tren de nueve vagones, y en cada vagón nueve compartimentos. El primer vagón, el que está detrás de la locomotora, es el de los políticos. En el segundo van los comerciantes. En el tercero los aprendices. Cuando uno mira dentro de los compartimentos todos se balancean, mecidos por el bamboleo del tren; pero de vez en cuando alguno se despierta y grita «¡Eureka!». Llega el revisor y pica el lóbulo de la oreja del susodicho aprendiz con unas tenacillas, para que quede claro que no está soñando, y realmente, la mayoría de las veces, el aprendiz grita eureka en sueños, y cuando se despierta por el dolor está confundido y no sabe dónde se encuentra. Empieza a investigar el diseño del papel de las paredes y a los cinco minutos cae de nuevo en un sueño satisfecho. En el cuarto vagón van los artistas. En el quinto las putas. Las putas se inclinan por las ventanillas abiertas, mientras los caballeros se las benefician por detrás, sus pechos golpean contra los cristales y entre orgasmos fingidos se relatan sus amores de la infancia. En el sexto van los soldados. En el séptimo los representantes de las distintas religiones. El papa proclama su bendición *Urbi et orbi* desde su ventanilla; las vacas, en los pastizales, rumian sus palabras pensativamente y mugen satisfechas. En el compartimento de al lado un yogui flaco y desnudo se ha colocado sobre la cabeza, ha encogido las piernas como una araña muerta, su órgano sexual le hace cosquillas en el vientre y lo interrumpe en su meditación. Al lado los musulmanes se ponen de rodillas en dirección a la Meca, algo difícil de conseguir, porque el tren gira en curva y el secreto más grande del conductor

es que el trayecto es circular: la estación de partida y la de destino se encuentran en la misma ciudad, pero se llama de diferente manera según de qué lado llegue el tren. En el octavo vagón van los artesanos y, en el noveno, los criminales y los santos, expulsados de los anteriores vagones porque se negaron a participar en la mediocridad del mundo.

Cuando uno llega al final de ese tren diabólico, desde la plataforma del último vagón se le ofrece un hermoso panorama. Es recompensado por no haberse quedado sentado en su asiento y no encerrarse en su compartimento acolchado de una profesión y una opinión. Tiene delante el paisaje que se aleja... Ve las vías alejándose y comprende de golpe el simple pero inexorable mecanismo del viaje.

¿Y ahora qué, peregrino?

Puedes sentarte, encender un cigarrillo o simplemente mirar el mundo. A fin de cuentas, ¿no es hermoso? Tantas posibilidades..., te tienta Mefisto. Pero incluso el último vagón llega a la estación final, unos diez segundos después que la humeante locomotora... Y esos diez segundos, que uno consigue yendo en sentido contrario con toda esta odisea, ¿son tiempo suficiente para la redención, Jeroným?

Te arrebujas más en tu abrigo, el frío te cala los huesos.

Caminas de vuelta por el mismo camino y reconoces, con cierto disgusto, que la vida te cansa en algunas ocasiones. El ansia se agota, el muelle se da de sí. Algunos deseos se cumplen, pero eso significa menos para ti de lo que esperabas. Un hombre fracasado puede echar la culpa de su disgusto a cualquier cosa, pero eso es una ilusión demasiado fácil, alimento para pobres de espíritu. El motivo real de la insatisfacción se halla en un lugar más profundo: en un momento dado uno se ralentiza hasta que se para, porque, desde hace tiempo, el mundo de alrededor es un lugar conocido. No sabe adónde ir ya, a pesar de que tiene éxito, y entonces o camina sobre el mismo lugar con zapatos cada vez más caros o comienza a patear a los demás sólo por aburrimiento. A ti te va bien, y por eso sabes que para la mayoría de la gente el éxito no es ninguna respuesta, más bien una réplica nerviosa: ¡Bueno, ahora qué!

Cuando un hombre consigue lo que quería y no está aletargado por el precio que ha pagado, puede dedicarse a cosas más importantes. En la India los administradores de las haciendas se apartan a un lado, se liberan de su

trabajo y al menos cuando se hacen mayores vuelven a la vida. Deberías ponerte cera en los oídos para no escuchar esa llamada. No quieres quedarte sentado toda tu vida en un mismo compartimento, en el vagón de los artistas. Ya lo has visto y sólo pocas veces la visión te resultó agradable. Sabes cómo son, sabes cómo es esa vida. Incluso los genios son unos mutilados. No vas a dejarte engullir por la otra cara del mundo, no vas a morir entre bambalinas. No te vas a quedar en los símbolos. Toma un tren en sentido contrario. ¡Corre, corre! Desde la plataforma trasera hay una vista hermosa al paisaje que se aleja. Y quién sabe, tal vez esos diez segundos sean los últimos y después ya no haya nada más.

Al día siguiente por la mañana le pides a la operadora que te ponga con el sanatorio de Nové Vsi pod Pleší. Le preguntas si se ha celebrado hace poco una boda entre unos pacientes.

Una noche no puedes dormir, esperas a que Erva regrese a casa de Dios sabe dónde. En el techo se ha agarrado una vez más esa sombra, larga como la hoja de un cuchillo. Luchas contra tu ira, contra tu insatisfacción y tus celos, te gustaría destrozarla, te avergüenza, te pone en ridículo. ¡Drtikol no sabe atar en corto a su mujer! Claro, no debería haberse casado con una joven si no estaba a su altura... Tu imaginación trabaja a cien por hora y, mientras das vueltas sobre la cama, te presenta entre sueños nuevas y nuevas imágenes humillantes: en una, Erva se entrega a Alfons sobre la mesa de billar y éste tamborilea con un largo taco como si fuera un cetro; en otra, baila sobre la barra de un bar y los hombres le lamen las pantorrillas; en la tercera, simplemente se ríe en tu cara, se ríe de ti, se dobla de la risa.

Estás decidido, en cuanto vuelva se lo recriminarás todo, hasta esas imágenes.

Pero tras la ventana ya está casi amaneciendo y Erva no llega. Ya no te duermes, te tomas rápidamente un café y te diriges, a través de ese amanecer ceniciento, a la calle Ostrovní, donde vive su madre.

Un mirlo se ha posado en una farola y llama al nuevo día con todas sus fuerzas, desde la panadería de la calle Spálená llega el olor del pan recién hecho. Te das cuenta, como en un sueño, de que así, tan desierta, es cuando

Praga está más hermosa.

¿Es que no ha dormido en el estudio?, pregunta extrañada Madam Kupferová recién despertada con una redecilla en el pelo.

Entras en la panadería que huele tan bien y, nervioso, te tomas dos pasteles para desayunar. Regresas al estudio, a ver si entre tanto ha aparecido Erva, y compruebas que te has dejado el gas encendido en la cocina. Te haces otro café y sales de nuevo, atraviesas Václavské náměstí, y después vas por Palacká třída hacia Purkyňovo náměstí,. Aún no son ni las ocho cuando aporreas la puerta del Teatro de Vinohrady. El conserje se frota los ojos, te has adelantado cinco minutos a su reloj. Espérela aquí, dice mirando el cuaderno, el ensayo empieza a las nueve, seguro que viene. Ya, ya, perder a la mujer, eso lo tienen que sufrir todos alguna vez, rezonga con sabiduría.

Te sientas en una de las últimas filas en la sala vacía, a oscuras, y en tu mente repasas lo que le vas a decir. Al menos así la espera se hace más corta. Con amargura recuerdas las palabras algo rebuscadas del alcalde Baxa en la ceremonia de la boda: hoy han decidido unir sus vidas dos artistas que han desarrollado su arte con su pasión interior, y gracias a ello pueden amarse incluso más intensamente. Ojalá. Después de tres años está claro que os habéis quedado sumergidos cada uno en vuestro mundo como dos palitos en algodón de azúcar y, a pesar de esas infladas madejas de palabras dulces sobre el amor y la creatividad, no sois capaces de satisfaceros ni en las cosas más esenciales. La creatividad es como un felino que vigila con celo su territorio, nada peor que dos animales para compartir un pequeño recinto.

Por fin se dejan oír pasos y voces tras los bastidores. Se encienden las luces, pero sólo sale a escena una señora de la limpieza encorvada que comienza a barrer el escenario, no se da cuenta de tu presencia. Pero tú sí la vigilas todo el rato, en ese espacio vacío es imposible hacer otra cosa. Las tablas, que simbolizan el mundo, para ella simbolizan el trabajo; tiene su método, el polvo y la basura son polvo y basura, ya provengan de Medea o de alguna comedia de Feydeau, da lo mismo, al final hay que barrerlos.

Es difícil saber cuántos años tiene, tal vez veinticinco, tal vez el doble, tal vez lleve aquí barriendo ciento cincuenta años. Sus movimientos regulares te acunan, durante unos minutos te olvidas de por qué estás ahí.

De pronto Erva sale al escenario y se pone a bailar. La mujer de la escoba se detiene un instante y la mira como si estuviera loca. Después recoge a toda

prisa el montón de basura con el recogedor y sale rezongando y arrastrando los pies.

La visión de Erva en medio del escenario vacío te retiene y te atrapa.

El teatro está en completo silencio, sólo a veces alguien da un portazo, los pasos descalzos de Ervina suenan amortiguados sobre la tarima de baile como dos flautas gimientes. Baila como si transformara el espacio, gira como si se lo enrollara alrededor, como hizo en su habitación aquella vez, inclina la cabeza y agita los brazos como si se lo tragara con todo el cuerpo. No sabes si repite un fragmento de alguna coreografía o si está improvisando para calentarse. Tras unos minutos te das cuenta de que, en realidad, ninguno de los dos tiene la culpa. No estáis hechos para vivir en matrimonio, llevar un hogar, educar a un niño; así es. Al poco, te levantas para saber por qué no ha venido a casa por la noche; es una escena que tenía que llegar, no esperas ningún desenlace sorprendente, cualquiera que sea el motivo. Ese juego del matrimonio está perdido de antemano. Oscar Wilde dijo que el destino de un hombre es su carácter, y el destino de un matrimonio no puede ser otro que el carácter de los dos esposos, ésa es la gran tragedia. A Erva ya le gustaba llamar la atención cuando la conociste, y fue muy ingenuo por tu parte pensar que tu sola atención la iba a colmar para siempre, y en cuanto a ti...

Te levantas y Erva se para.

¿Eres tú?, pregunta mirando con los ojos entrecerrados hacia las butacas.
¿Qué haces aquí?

¿Que qué hago aquí?, te atraviesa toda la ira de esa noche, hay que representar la escena. Si tú no estás donde debes estar, entonces yo tengo que estar donde no debo estar.

¿Qué? ¿Cuánto tiempo llevas preparando esa frase?, se ríe. Dímelas otra vez, para que la entienda.

Saltas al escenario. ¡Toda la noche! ¿Dónde diablos has estado?

No deberías andar sobre la tarima con esos zapatos, dice.

La agarras del brazo y la obligas a mirarte. Bueno, ¿dónde has estado?

No, tienes que hacerlo así, dice, y te rodea. Te agarra del pelo hasta que bajas la cabeza al costado, mira hacia el escenario vacío, después a ti, y grita: ¿Con quién has pasado la noche, pérfida bruja, esclava de tus instintos más bajos, adoradora de Satán?

Después vuelve rápidamente a su sitio y con voz aguda dice la réplica:

Ay, ay, eso duele, ten piedad, mi honorable señor, no he hecho nada malo.

¿Es que no debes pernoctar en tu casa?

Tenía que ocuparme de su hija, maestro... Ayer, tras el ensayo, cuando me la entregó la niñera sus mejillas ardían.

De pronto se relaja y continúa con cansancio: De verdad, Fran, he pasado toda la noche en el hospital. La pequeña tiene fiebre, deberías ir a verla.

¿Por qué no has venido a decírmelo?

Dormí allí, me quedé dormido del cansancio... Y he pasado por el estudio hace una hora, pregúntale a Rössler.

Llegan los demás actores, entre ellos está también Alfons. Cuando os ve suelta: ¿Qué escena es ésta? ¿Divorcio?

Tranquilo, sólo lo estábamos ensayando, dice Erva.

¿No necesitáis asesoramiento? Aquí el maestro seguro que valoraría una buena dirección.

Se te nubla la vista y te abalanzas sobre él. Todo explota, tu ira y tus imaginaciones. Darle un buen puñetazo, tenías que haberlo hecho hace tiempo. Levantas la mano, para golpearle, pero él es más joven y adivina tus intenciones. Empieza a balancearse como si esquivara golpes imaginarios, de nuevo te abalanzas sobre él, y sale corriendo. Pero no huye por miedo, te está tomando el pelo, menea los codos imitando a una gallina, zigzaguea entre sus pasmados colegas y grita algo. Lo alcanzas y lo agarras de la camisola o del chaqué o de lo que sea que lleva puesto, la tela se desgarrar. Ahora ya no puede salir huyendo, a medias se ríe, a medias grita, desde tan cerca no puedes pegarle bien. Os empujáis por el escenario de aquí a allá y cuando os engancháis como dos ciervos te dice al oído: Vamos, hombre, aquí sólo hay un cornudo...

¡Cabrón!, gritas empujándolo contra la pared. Os engancháis, pero esta vez le pisas el pie con todas tus fuerzas y, antes de que proteste, le pegas. Alfons se desequilibra, enseguida recibe otro golpe, y el tercero en plena cara. En ese momento, los demás te separan de él.

Erva se esconde en el vestuario y se encierra allí.

¿Por qué no vas a tranquilizar a tu mujer?, le grita histérico Alfons mientras se limpia la sangre del labio partido.

Le escupes a los pies.

¿Qué? ¿Qué dices, maestro? Hace tiempo que ya no es tu mujer, ¿eh?
¿Quién te crees que la ha llevado al hospital?

París... allí curas tus heridas. En París se organiza una gran Exposición Internacional de Artes Decorativas e Industrias Modernas, famosa después por ser el comienzo del estilo *art dèco*. Tus fotografías son también parte de la exposición checa en el pabellón Gočár. Decides preparar una colección de desnudos y de retratos femeninos, qué otra cosa podría ser. Copias del archivo de parte de la colección; pero ese encargo tan prestigioso te impulsa de nuevo a dedicarte a tu creación. Es el momento; has pasado los últimos meses resolviendo problemas.

En cuanto uno deja de centrarse en las cosas esenciales, comienza a sentirse miserable.

Termina el día de trabajo, Rössler está revelando en la cámara. Gertruda escribe algo en el libro y Jarka recoge el estudio. A veces te parece que son tu segunda familia y, a veces, la primera. Han aceptado silenciosamente tu separación de Erva, pero quién sabe lo que comentan entre ellos.

Bueno, qué, hasta el maestro carpintero se golpea con el martillo, les dijiste, y se rieron con educación.

Pero ¿qué piensa de todo, por ejemplo, Gertruda? En el archivo has encontrado esos viejos desnudos que hiciste antes de la guerra, y en broma le dijiste que también la vas a mandar a París, para que represente a Checoslovaquia con su ropa interior en la exposición de artes aplicadas.

Enrojeció. No empiece también usted con lo de París...

Jarka desaparece, Rössler se va a la reunión de radioaficionados. Se oye un toque rítmico en la puerta, de ese modo se anuncia siempre Ondine. Así llamas a una modelo, tiene un bonito cabello ondulado, y le gusta que la fotografíen entre unos cuantos objetos de decoración ondulados que has incorporado al estudio.

¿Qué nos espera hoy, maestro?, gorjea. Estoy cansada del trabajo, ¿sabe?, te anuncia enseguida desde la antesala.

¿Le molestan los clientes?

¡Qué va!, ellos no tienen la culpa, están al otro lado del mostrador y podría cerrar la tienda delante de sus narices. Pero ¡mi jefe! Y sus comentarios, si los oyera... He tenido que comprarme un sombrero nuevo de camino a casa.

¿Me lo enseña?, pide Gertruda, y las dos mujeres se ríen frente al espejo.

Del taller del Teatro Nacional llega otro pedido de cuerpos geométricos. Por las tardes los amontonas en el estudio, de pequeño jugabas así con cubos y construías con ellos castillos misteriosos. Entonces te emocionabas tanto que te olvidabas del mundo exterior, y eso mismo intentas hacer ahora; aunque, por desgracia, ya no te resulta tan fácil.

Te das cuenta de que has modernizado el estudio justo a tiempo. En esos pocos años, desde el final de la guerra, las mujeres han cambiado. Beatriz o la mansión modernista de Rossetti son parte del pasado, también Cleopatra, Salomé y Libuše. Nadie aceptaría ya la oscura visión de la feminidad de Beardsley. En lugar de ello, a tu estudio entra la mujer moderna de los años veinte, en Francia se la denomina *garçonne*, en Inglaterra ninfa, en Alemania *bubikopf*, y Erva, si nos ponemos a ello, es su prototipo checo: una criatura segura, sexual, una mujer que se puso a trabajar durante la guerra o tiene su negocio, es autosuficiente y no se avergüenza de tener un concepto propio sobre los hombres.

Gertruda y Ondine hablan, beben café. Liberas las ruedas del trípode y te acercas con la cámara grande. Las dos mujeres se miran interrogantes, le das una orden a Ondine y se desnuda sin decir palabra. Ese cambio es repentino, como cuando se da la vuelta a un cangrejo, de pronto se vuelve vulnerable. Te gusta ese momento en que una modelo se desnuda, el acto de desvestirse es más erótico que la desnudez. A menudo pides a tus modelos que se muevan con libertad y analizas de forma mecánica sus cuerpos, eliges posiciones y, a veces, con un movimiento de la mano, las detienes en medio de un paso, literalmente. Han aprendido, se detienen, observas ese momento congelado y después mueves la mano otra vez. De nuevo danzan con absoluta libertad, sus extremidades se balancean, se cogen de la mano y giran en círculo. Te gusta tener en el estudio a más de una, son como náyades, y así, desnudas, no resultan tan desesperantemente modernas.

Sigues a Ondine y a Gertruda en el visor, por el objetivo entra la cantidad de luz necesaria. Ondine, desnuda, parece casi transparente. Hace poco

estuviste en la exposición del checo americano Drahomír Josef Ruzicka, que, siguiendo a los pictorialistas americanos, ha dejado los procesos plásticos y se limita a emplear papel de bromuro de plata corriente, sus fotografías son tan claras como si uno tuviera delante la imagen del visor. Retrocedes para que quepa también Gertruda, ese contraste de una mujer vestida y otra desnuda tomando café te gusta de repente. Pero después llevas a Ondine a las ondas. En el cuaderno tienes apuntado el esquema de luces, Gertruda se ha ofrecido a quedarse y ayudarte. Pides a Ondine que se tumbe entre dos placas onduladas de las cuales una es más alta que la otra y forma el horizonte, la otra la cubre en parte.

No tiene que apresurarse, he estado esperando esto todo el día; aquí me dejo llevar, dice. En este estudio me parece siempre que estoy en otro mundo. Por encima del ajetreo de las calles, como en la torre de un mago, ¿sabe?

Ondine está tumbada de espaldas entre dos ondas, las manos detrás de la cabeza, ella misma está compuesta de varias ondas. Parece de verdad una ninfa nacida del mar abstracto de la decoración. Te acuerdas de que, según la leyenda, Ondine no tiene alma, sólo puede conseguirla si se casa y tiene un hijo. Pues con Erva no ocurrió eso precisamente, piensas con amargura. De pronto, te la recuerda en algo.

¿Ha nadado alguna vez en el mar?, preguntas.

No, pero este año quiero ir a Venecia con una amiga.

¿Solas?

Ya le digo que vamos juntas. No tiene que preocuparse por mí, yo no me pierdo en el mundo.

¿Sabe nadar?, pregunta Gertruda.

Giras la palanca grande del trípode para bajar la cámara todo lo posible, como cuando fotografías niños. Tienes la intención de meterte en esas ondas detrás de ella, conseguir el mismo nivel con la mirada de la cámara. En cuanto enfocas, en cuclillas, no se te escapa que, desde esta perspectiva, sobresale un penacho de vello del pubis de Ondine como si fuera un alga marina. La mandarías al cuarto de baño a recortárselo; pero, bueno, siempre puedes arreglarlo en la placa con el pincel.

Mientras te lo piensas, Ondine estira el tronco y los brazos, que se le han quedado rígidos.

¡Mire!, grita Gertruda.

Te advierte que así resulta más impactante que cuando Ondine se limita a tumbarse entre las ondas. Ha tensado el cuerpo como un arco, bajo la espalda su sombra crea otra onda que enlaza de forma fluida con la de delante. El penacho del pubis ahora sobresale más; pero no en vano aprendiste con Mattas a retocar a las señoras sus ocasionales bigotes. Antes de que Ondine emerja de la espuma marina y se transforme de sirena en oficinista de una aseguradora, tomas distintas variantes de una fotografía que titularás Onda.

La vida es como una línea ondulada, le escribiste a Eliška durante la guerra; quién se acuerda ahora de ello.

Un rato más tarde te inclinas hacia Gertruda y le das un beso. Baja los ojos y sale corriendo.

Cuando Rössler regresa por la noche, estás mirando al techo en tu habitación de servicio. Oyes sus pasos por el estudio, después toca con los nudillos a tu puerta. Te haces el dormido y, justo después, te duermes de verdad.

Hace poco encontraste por casualidad esos retratos de Rabindranath Tagore. Sentiste una especie de deuda; no hacia él, sino hacia ti mismo. Su visita te impresionó, entonces quisiste saber más sobre ese mundo secreto del que había emergido. Pero todo quedó en un libro un poco fantástico donde apareció impresa una foto de sus sandalias con clavos, como las que llevan los santones hindúes. Leiste un poco sobre yoga y sobre unos cuantos ascetas famosos; en conjunto no le encontrabas mucho sentido. Ahora, en cambio, decides ir a las conferencias de la sociedad teosófica.

Ha aparecido un anuncio en el periódico *Národních listech*, eliges una charla y durante una tarde cálida de julio te diriges al palacio Lucerna. Un hombre delgado con los brazos como patas de pájaro habla de la llegada de un nuevo mesías que están educando los teósofos hindúes. Decididamente, no tiene la educación ni el carisma de Tagore. Echas un vistazo a la gente. Hay damas elegantemente ataviadas con horquillas decoradas en el pelo que descansan sus miradas afirmativas en el conferenciante, como si lo acariciarán, y a veces se susurran algo entre ellas; también estudiantes pobres que llevan abrigos con los codos desgastados, que se acarician la barbilla con

actitud pensativa. De vez en cuando, alguien suspira o toma alguna nota. El orador habla sin ton ni son y, con un poco de brusquedad, define el mal del mundo en una frase, en la siguiente da la receta: Sana, culito de rana; si no te curas hoy, te curarás mañana.

Pero, al final, no estás allí en vano. En el catálogo que os facilitan te enteras de que la sociedad teosòfica checa dispone de una buena biblioteca y, al salir, ves una cara conocida. Le pones la mano en el hombro. Se detiene, se vuelve y, en vez de tenderte la mano, como indica la buena educación, se apoya el dedo índice entre los ojos. Sin saberlo, has realizado la primera parte de un saludo secreto, y él quería continuar, pero cuando ve tu mirada perpleja, hace como que se estaba rascando y te da la mano. Al final se presenta, tiene un nombre gracioso, como un domador de leones de un circo judío: Leopold L. Low.

Ha comprendido que no eres asiduo a esas reuniones, así que toma la iniciativa y te lleva al café Continental en la calle Na Príkopé. Por el camino te pregunta a qué te dedicas, no te resistes y le hablas de tus éxitos en París, donde has conseguido el Grand Prix.

En cuanto os sentáis en un rincón confortable, el joyero suspira: A Gustav Meyer le gustaba venir aquí.

¿No ha oído hablar de Meyer?, pregunta sorprendido, cuando queda claro que ese nombre no te dice nada. ¿De sus escándalos? Pero, hombre, si es una leyenda en Praga... Ahora escribe, publica bajo el pseudónimo de Meyrink. Pero yo lo conozco fundamentalmente como ocultista, estuvo en la fundación de la primera logia teosòfica en Praga.

Carraspea y se coloca bien las gafas en la nariz. ¿Qué le ha traído a su conferencia?

Le cuentas que fotografiaste a Tagore una vez. El camarero se acerca, pedís dos cafés con coñac.

Yo estuve en la charla que dio en la universidad alemana unos días después, dice Leopold. Y, claro, averigüé el día de su nacimiento. ¿Y sabe qué? ¡Está ahí!

Así que ¿aún se dedica a la numerología? Intentas recordar todo lo que te contó aquella vez; pero sólo consigues recuperar unos jirones, algo sobre que podrías ser compositor musical y algo sobre Erva...

Veo que aún apoya el dedo índice en el hoyo del labio superior, te dice.

Colocas la mano sobre la mesa.

Pero, para responder a su pregunta: Sí, aún me intereso por los números. ¡Son fascinantes! Aunque últimamente me interesan aún más las letras. Ya sabe, soy judío, y la cábala me es cercana... Hace poco descubrí algo nuevo, tengo que contárselo. ¿Conoce a Kerning?

Niegas con la cabeza.

Fue el último maestro masón que habló en público, te dice.

Te sientes un poco incómodo. Ya en la conferencia te has dado cuenta de que te encontrabas en un ambiente desconocido y algo sospechoso. Es curioso cómo, a menudo, la gente que busca la verdad da una gran impresión de inverosimilitud, como si esa verdad la hubiesen robado y fueran a venderla al mercadillo de al lado.

Kerning cree más en las letras que en los números, continúa. Aconseja visualizar letras individuales, palabras o frases enteras. Para que me entienda: si uno imagina diferentes símbolos en diferentes partes del cuerpo obtiene unos efectos increíbles.

¿De verdad?

Yo empecé con las vocales ordenadas del nombre de Dios: IEOUA; o sea, Yehová. ¿Se le ha ocurrido alguna vez que las vocales crean el nombre de Dios?

No, nunca, reconoces. ¿Cómo funciona?

Puede espiritualizar así todo su cuerpo, eso siempre viene bien.

¿Sólo con imaginarme unas cuantas letras?

Le parece raro, ¿verdad? Pero piénselo de este modo: ¿No es la palabra un alimento espiritual? ¿Qué se cuenta en la Biblia? Que al comienzo fue el verbo. Y que el verbo se hizo cuerpo. Así que, ¿por qué no repetirlo? Además, un ejercicio así tiene efectos beneficiosos en la salud y calma los nervios.

Se quita un pesado anillo de oro. Mire, llevo las cinco vocales divinas aquí. Pero no se ponga el anillo, es mi alianza, y una alianza no debe prestarse.

En el interior del anillo están las letras ieoua, en el aro exterior hay grabada una serpiente que se traga su cola. El uroboros, junto con una estrella de cinco puntas y una esvástica, aparecen en el escudo de la sociedad

teosófica; sólo que aquí la serpiente en lugar de ojos tiene dos piedras diminutas.

Son diamantes, precisa Leopold.

Te acercas el anillo a los ojos, después cierras uno y con el otro miras a Leopold a través del aro. ¿Diamantes de verdad?

¿Me lo devuelve ya? Por cierto, ¿qué tal va su matrimonio?

Te encoges de hombros, Leopold se acordará mejor que tú de lo que te contó sobre Erva.

Sí, hay cosas por las que un hombre tiene que pasar, y ya está, dice.

Le miras dubitativo. ¿Está usted casado?

Lo estuve. Pero después la vida me llamó a otras cosas. Suele ocurrir. Empecé a pasar cada vez más tiempo en mi cobertizo del patio. Me rodeé de joyas, piedras preciosas, oro y plata, aunque ya sabe que no por avaricia. Cada cosa tiene su precio humano, pero además también tiene su precio propio, y por lo general la gente no sabe nada de este precio. Y tampoco del significado simbólico, ¿sabe?

En fin, resumiendo, me separé de mi mujer en buenos términos, hace ya... espere... debe de hacer más de ocho años.

Leopold se toca el bolsillo. Esto me lo ha devuelto un amigo hoy, en la conferencia. Mírelo en casa. Si está pasando por momentos difíciles, podría serle de utilidad.

Antes de leer el título del libro te llama la atención el grabado azul de la portada. Un hombre levantando la mano hacia el cielo y otra figura, como colgada del aire, abrazándolo fervorosamente desde arriba. Debajo está el nombre del autor y el título: Karel Weinfurter, El arbusto en llamas.

Ese grabado es de William Blake, dice Leopold, gran poeta y entendido en la materia.

Tenemos entre nosotros demasiados falsos profetas, y sólo hay un signo por el que podemos descubrirlos: el amor. Es la prueba de la verdad, como el fuego es la prueba del oro. Después hay otros que buscan en los libros... Por supuesto, es bueno que uno amplíe sus conocimientos con buenos libros; pero buscar el desarrollo espiritual únicamente en los libros es como si alguien que quisiera ser un virtuoso del violín se comprara toda la literatura disponible sobre violines, sobre sus diferentes partes, sobre su construcción, sobre el barniz que usaron los antiguos maestros lutieres, sobre la construcción de las

cuerdas, sobre la historia del violín, y también el instrumento más caro y un montón de partituras, pero nunca cogiera un violín y un arco con sus propias manos para intentar tocar. ¿Les parecería que una persona así se puede convertir alguna vez en un virtuoso del violín?

De pronto, comprendes que el libro que Leopold te ha prestado es una guía de la mística práctica. No sobre espiritismo, magia u ocultismo, como indica el autor; sino de la mística como un camino personal hacia lo divino. Es necesario mirar directamente al sol y esperar que a uno no le queme la vista. Y vio, y el arbusto ardió con fuego, y sin embargo no se quemaba, reprocha Weinfurter como motto, usando las palabras del segundo libro de Moisés. El libro trata del mantra, de las leyes del karma, de la mística árabe y de la cábala; pero la espina dorsal del escrito son el cristianismo medieval y sus seguidores: los alquimistas, los iluminados, los rosacruces, los herméticos, los masones. Enseguida te atrapa.

A pesar de que la explicación de Weinfurter no es del todo clara, en el escrito se van abriendo dos caminos básicos: el de la concentración silenciosa y el de los extraños ejercicios con letras de los que habló emocionado Leopold. De ahí los sacó. No consigues imaginarte que grabar vocales en distintas partes del cuerpo pudiera servir para algo; pero, a pesar de todo, te intranquiliza. Alguien, hace tiempo, lo tomó al pie de la letra, no pensaba que el libro del mundo era una alegoría, creía que el mundo, en cierto punto, está formado de verdad por letras, palabras, frases, párrafos y capítulos. O también podría ser al revés, lo que resulta aún más intranquilizador; es decir, que ciertas verdades antiguas se han conservado hasta nuestros días sólo en forma de símbolos, mientras que los sabios ya sabían antes que eran ciertas, literales. Platón dice que el mundo surgió de los números y las letras, la tradición judía trabajó un detallado sistema de transferencia. La Torà no sólo es leída, sino a la vez cuidadosamente analizada hasta encontrar sus más escondidos significados, recontada hasta todos los rincones de sus sumas y productos. El Talmud nos dice que el mundo está sellado en nombre de Dios, pero el nombre de Dios es la fuente ontológica de todas las lenguas y relatos, el origen de todo. Dios no se limita a nombrar a sus profetas, como cuando el viento hace ondear un árbol hasta el suelo; sino que se inscribe sin cesar en las placas del mundo, es el primer tipógrafo. Y desde entonces los cristianos medievales tienen a sus iniciados. Por ejemplo, en el capítulo «Palabra

interior», Weinfurter cita a un alumno de Kerning:

«Entre todas las letras, el carácter de la I, la A y la O son los más dispares. En cuanto uno comienza a descomponer el mundo exterior de esta manera, entiende al momento que está rodeado sólo por letras. Por todas partes se halla la Palabra de Dios, en todas partes habla Dios, en las alturas y en las profundidades, en la soledad y en el ruido, en el calor y en el frío, en lo grande y en lo pequeño, en lo cercano y en lo lejano... en cualquier lugar adonde llegan los sentidos humanos se encuentra la Palabra de Dios, el lenguaje de Dios, y uno no tiene que hacer más que comprender este lenguaje, comprender la fuerza de la lengua divina, conocerla, sentirla, y después llegar a la meta de su misión vital».

En el libro se habla también del significado místico de la santidad cristiana, de las cruces y los crucificados. Hace ya mucho que viviste intensamente esas cosas. Tenías treinta años cuando te parecía que tu amor por Eliška Janská era una carga demasiado pesada para sobrellevarla y decidiste sufrir como Cristo. Más adelante todo eso resultó tan teatral que a Erva nunca le contaste ese capítulo de tu vida; pero ahora que lees un párrafo sobre la muerte mística en el libro de Weinfurter, y piensas que esa experiencia tal vez te vino bien. Por lo menos tienes la oportunidad de dar una nueva interpretación a una situación algo embarazosa, maquillarla un poco. Sin la muerte en la cruz no hay redención, ni ascensión a los cielos ni resurrección. Pero esta cruz no sólo hay que tenerla en el pensamiento, escribe Weinfurter, no tenemos que reverenciarla como un objeto material, sino que tenemos que colgar de ella, igual que Jesucristo, tenemos que sentir su peso y las heridas de los clavos.

Te levantas del sillón y te acercas a la ventana. Es muy tentador buscar diversas señales e indicios en la vida de uno retrospectivamente. No hace falta ni echar las cartas, basta con tratar de encontrar entre las imágenes otras relaciones y otra historia. Es fácil, en el espejo retrovisor todo tiene sentido, tan sólo es necesaria un poco de buena voluntad.

Un par de minutos después corres arriba, ni se te ocurre llamar a la puerta.

¿Necesita ayuda?, pregunta Rössler, al que evidentemente has interrumpido en un momento inoportuno. Pero ¿cuál sería oportuno? Desde que le tiraste los tejos a Gertruda, casi no habla contigo.

Cierras la puerta detrás de ti, una débil bombilla ilumina el archivo. Menos mal que Gerta pone orden en todo, las placas están en sus cajas ordenadas por años y meses, los encargos a la izquierda, las fotos creativas a la derecha, y las cajas rotuladas con buena caligrafía, así que en unos minutos encuentras unos negativos de hace más de diez años.

Sacas unas placas de una caja, coges con delicadeza el primer negativo lacado y lo colocas frente a la débil luz de la bombilla. Cuando la luz roza el rostro atrapado en la placa te quedas rígido, casi no te reconoces. Claro, eres más joven, tienes barba, pero no es eso. Es como mirar a la cara de uno de tus antepasados, alguien cercano y a la vez ajeno. ¿Quién es ese hombre en la cruz? La razón te dice que eres tú; pero la memoria te falla. Miras ese rostro vuelto, en éxtasis, y cada vez te sientes más confundido. Cuando encuentras los positivos, te reafirmas en esa sensación. En esas fotografías no te pareces a ti mismo, como si alguien se hubiera apoderado de ti.

Por la tarde te acuerdas de ese álbum secreto donde pegaste las fotografías de mujeres crucificadas. ¿Qué significó todo esto? No das con la respuesta ni en el libro de Weinfurter, no habla de nada semejante y lo más seguro es que él también lo considerara un sacrilegio, como todos los demás. Entonces te parecía que una mujer en la cruz representaba mejor que el hombre el sacrificio y la resurrección, puesto que incluso biológicamente crea nueva vida, fue todo un poco raro; pero cómo te excitaba...

Cuando te estás quedando dormido te viene a la cabeza que esa chica, ¿dónde estará?, se llamaba Sofie. Y que Weinfurter escribe varias veces sobre cierta Virgen Sofie.

De nuevo enciendes la lamparita y hojeas el libro que habías dejado sobre la mesilla. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no hay un índice? Pasas el capítulo de los rosacruces, el del mantra, lo revisas hasta el final y de vuelta al principio, lo agitas como si quisieras hacer caer ese párrafo de dentro, hasta que por fin encuentras el pasaje en el que Weinfurter llama Virgen Sofie al alma virgen y cuenta que con el espíritu del místico —es decir, con su Cristo interior— entra en una unión sagrada denominada nupcias místicas. ¿Nupcias místicas? En ese instante te acuerdas de algo que te deja sin aliento: ¿es que aquella noche, llevado por un deseo incontrolable, como si fuera una orden de las alturas, no besaste su pubis? ¿Y después no hicisteis el amor como en una noche de bodas? ¿Y no era virgen?

Al final de un día de trabajo de noviembre de 1925 Rössler y Gerta te dicen que quieren hablar contigo. Rössler está muy nervioso, no le agrada lo que tiene que decir. Varias veces se pasa la mano por el pelo para peinarlo hacia atrás y después te anuncia que se va a París.

Tampoco te pilla por sorpresa. Había entrado en el grupo Devétsil, durante ese año había participado en el decimonoveno salón de la Asociación Fotográfica Francesa, ve París como la metrópolis mundial del arte moderno. Piensas que ocurren cosas peores que perder a un asistente mañoso, ojalá unos años en París le den tanto como te dieron a ti esos dos años en Múnich. Le preguntas cuándo tiene pensado marcharse, y te parece que con eso la cosa está ya arreglada.

Pero entonces su confusión aumenta. Mira hacia un lado y se muerde el labio, hasta que finalmente interviene Gerta: He decidido irme con él.

Te acuerdas de cómo Rössler te dijo aquella vez: A veces me lava algo de ropa, nada serio. Desde entonces su relación es un secreto a voces, pero ¿tan seria como para irse juntos a París? ¡Pero si incluso ahora se hablan de usted! Esa idea no te gusta nada; que se vaya Rössler, vale, pero ¿renunciar a Gertruda?

A usted la necesito, dices. Es mi mano derecha.

Gertruda se encoge de hombros.

¡No puedo perder de golpe a mis dos mejores asistentes!

Jarka es un gran aprendiz, y le estamos avisando con antelación, para que pueda encontrar sustitutos.

Al diablo con los sustitutos. ¡Al diablo con los dos!

No nos lo puede impedir...

¿Qué quieren hacer allí?

Ya nos hemos puesto de acuerdo con el estudio fotográfico de los hermanos Manuel, dice Rössler.

¿Quiénes son éstos?

Un gran estudio, se dedican sobre todo a la fotografía publicitaria.

Uf, ¿quieres fotografiar objetos? ¿Y usted?

Aún no sé, dice Gerta, tal vez me cojan a mí también. Y con el tiempo querríamos formar una familia.

¿Una familia?, exclamas con amargura. ¿Es que no los he disuadido lo suficiente con mi ejemplo?

Aprenderemos de sus errores, dice Rössler, y por la cara le cruza una sonrisilla.

Esas Navidades tienes la sensación de que todos te abandonan, como si les repelieras. Enciendes la última vela de la corona de Adviento y sospechas que te espera la hora negra. Es necesario recontar a los muertos y los desaparecidos. Primero se murió Máña tu hermana mayor, tu niñera. En los últimos tiempos has soñado con ella un par de veces o te has pillado a ti mismo pensando inconscientemente que tienes que decirle esto o lo otro, hasta que te has dado cuenta de que ella es inalcanzable para toda la eternidad. Así de corto es el tiempo que estamos vivos, y de largo, el que estamos muertos. Tú te quedaste sin hermana, y Franci sin mujer, pero la diferencia es que él no se va a quedar solo. La semana pasada Ema te anunció que se iba a casar con él. Así es más sencillo, dijo, casi era parte de su familia, y todos están de acuerdo. Le preguntaste si estaría de acuerdo también Máña y Ema te juró que Máña se lo había pedido el día que la visitasteis por última vez, mientras tú hablabas con Jeroným. Así que Ema a los veintiséis años se casa por primera vez, se casa con el viudo de su hermana, a la que tan bien le iba en su vida personal...

Al mismo tiempo, Erva ha ido desapareciendo poco a poco de tu vida. La escena del Teatro de Vinohrady introdujo un poco más adentro esa cuña que había entre ambos, vuestro matrimonio se partió en dos. Erva comía cada vez más rollitos de crema, entraba y salía según le apetecía, y tú ya no la detuviste. En realidad, no fuiste creado para que una mujer te amara, de nuevo te acuerdas de esto con amargura; pero esta noche consigues pensar en ella sin rabia y con una nostalgia hasta ahora desconocida. Recuerdas cuando se levantó para enseñarte ese estudio sobre el rayo de sol con la música de Vivaldi, y cuando después te pidió que te arrodillaras delante de ella y le colocaras el libro en el regazo... Entonces creíste que esos momentos eran transparentes, sin sombras. Pero tu experimento más serio de unir amor y creación ha acabado en ruinas. Todo está ya dicho, y os seguís viendo, a veces hasta salís a alguna parte juntos; pero es como levantar polvo del suelo. Después de una de esas noches, uno tiene que limpiarse los zapatos para que al día siguiente estén brillantes.

ahora se marchan Rössler y Gertruda, tus colaboradores más cercanos, desde que te separaste por las malas de Škarda. Gerta llegó como aprendiz en 1912, son unos trece años de colaboración casi diaria, aunque los años de la guerra no cuenten. Pero qué nota tan bonita te escribió a Benešov, te gustó tanto que se la mandaste a Eliška sin pensar como ejemplo de carta que se le escribe a un amigo especial. Y, después de la guerra, ¿quién sabe lo que habría podido pasar entre los dos si no hubiera entrado danzando en tu vida Erva? ¿Y Rössler? Cuando lo viste por primera vez en la puerta del estudio apenas tenía dieciséis años, era un chico asustado que ni siquiera reconoció a su jefe. Después te confesó la suerte que había tenido contigo, porque, aunque en casa querían que estudiara, siempre había sido mal estudiante, hasta su padre empezó a pensar que era un inútil total. En esa historia encontraste bastantes puntos que te resultaron muy familiares y también después te reconociste mucho en él. Además, Rössler era ese tipo de alumno del que aprende hasta el maestro, te colocaba delante un reto tras otro y te mantenía alerta.

ahora, todos se han largado, a tu lado sólo queda esa vela con su llama derecha. Te acuerdas de que cuando eras niño te gustaba contemplar la llama de una vela, entrecerrabas los ojos para que los rayos se dispersaran en todas direcciones como en las imágenes de los santos. Después, tu padre te enseñó que uno no se quema cuando pasa el dedo por el centro de la llama. No te lo creías, habías sentido el brillo ardiente de la estufa abierta, te habías quemado muchas veces cuando echabas madera y después tenías que sumergir rápidamente la mano en agua helada. Pero tu padre te dijo: Mira. Extendió el dedo índice y atravesó despacio la llama a un lado y a otro, como si ésta fuera un espíritu titilante. Después, examinaste su dedo para comprobar si estaba rojo, lo apretaste, porque sabías que una quemadura duele; pero tu padre sonreía, chispeante. Al final encontraste el valor y cortaste el fuego con tu propio dedo. La llama apenas lo notó; para ti fue un milagro y te pasaste un buen rato haciendo una cruz con el dedo y el fuego una y otra vez.

Una vela así, se te ocurre ahora, convierte su cuerpo en luz.

Piensas en las mujeres de tu vida y comprendes que la realidad siempre se rendía a tu imaginación. Y en tu imaginación, de hecho, había dos tipos de mujeres. Eva y Eleonora eran como sombras proyectadas al futuro; las sombras de Eliška y Erva, una preparación para ellas, fantasmas del destino.

Una pareja era etérea y pura, la violista Eva y la princesa Eliška, eras capaz de amar a mujeres así con todo tu corazón, pero no te atrevías a tocarlas. Y la segunda pareja era peligrosa e incontrolable, sacerdotisas del amor físico que pedían la cabeza de sus iniciados. Sólo que Eliška y Erva también eran las dos caras de tus propios deseos, otras dos sombras arrojadas desde quién sabe qué profundidades, desde quién sabe qué linterna mágica en la que la Virgen Sofie abraza a la puta de Babilonia.

Se te ocurre que uno debería contemplar su vida como un espectador en la tercera fila, mientras no haya fuego en el escenario. Durante un rato aún te danzan por la cabeza algunos pensamientos, pero después echas las cortinas y te sientas en el suelo con las piernas cruzadas. Miras esa llama derecha que apunta incansable hacia arriba. Enseguida se endereza, cimbreante, cuando una corriente de aire la desvía. Durante un tiempo intentas concentrarte, como describe el libro de Weinfurter El arbusto en llamas. A primera vista parece una cosa sencilla: vaciar el pensamiento, hacerlo espacioso y claro, igual que esos estudios fotográficos de antes con luz natural en el techo. Pero los pensamientos salen en desbandada, piensas en algo, enseguida en lo otro, de nuevo en Erva, en tu hija Ervička, en si vais a pasar juntos la Nochebuena, en los encargos de mañana, incluso en ese artículo que has leído en el periódico donde dicen que, por fin, han descubierto la tumba de Jesucristo en Jerusalén. Las sensaciones y los pensamientos son como pequeños ratoncillos de rabos inquietos, tras un rato te das cuenta de que deberías soltar diez mil gatos hambrientos para atraparlos y, aun así, no bastarían porque todo el pensamiento está tejido con esos rabos de ratón y para colmo se quedarían después por ahí sueltos todos los gatos, ¿verdad?

Por fin tienes tiempo para mirarla de cerca. Se ha subido al tren una estación antes de Přebíram y se ha sentado enfrente de ti. Una anciana de pueblo con un pañuelo en la cabeza, vestida de negro. Con la cara como una pasa, con unos ojos hundidos en los que hay angustia y esperanza a la vez. Si no fuera por ese vientre hinchado, uno diría que viaja de vacío, sin un canasto, sin un cestillo de huevos, sin una bolsa con conejos despellejados. No tiene pechos, su espalda está encorvada y el vientre le sobresale tanto que la falda se le

levanta delante por encima de los tobillos, mientras que la parte de atrás está totalmente desgastada. Todo su cuerpo, con la espalda encorvada y el vientre protuberante, recuerda a una ese. La recuerdas desde la niñez. Durante el accidente de las minas en el pozo Anenský la enviaste a por su marido, que estaba en una camilla, pensaste que era su mujer embarazada, la señora Zázvůrková. Luego te la volviste a encontrar tras la guerra, entre las mujeres que llegaron a Benešov a despedir a sus maridos reclutados antes de mandarlos al frente sur para no regresar más. En aquel momento te dieron ganas de hacerle al menos un boceto, pero desapareció de tu vista demasiado deprisa.

La has visto sólo dos veces antes; pero te basta para reconocerla bien a la tercera.

¿También va a visitar a su padre?, te pregunta.

Tu madre tuvo que ir a correos para llamarte por teléfono para decirte que tu padre está muy mal. Esperabas esa llamada. Tu padre llevaba varios meses quejándose de dolores en el pecho, adelgazaba a ojos vista, y sus ojos cada vez se hundían más y más en sus cuencas. La mirada se le había ablandado ya antes; pero ahora se le derretía y parecía escurrirse, como si no viera nada. Había perdido la chispa, en su mente se habían enfriado las últimas brasas.

Esa noche, cuando no podías dormir, pensabas en lo fácil que se pierde en el mundo la mirada de una persona concreta, como si se despegara una película transparente. Todo el mundo está compuesto de miradas transparentes, de películas superpuestas que de vez en cuando se despegan como escamas. ¿Cómo es el mundo cuando nadie lo ve?, le preguntaste a tu abuela una vez cuando eras niño. ¿Cómo es cuando nieva donde no hay nadie?, pensaste cuando abandonaste Příbram definitivamente. ¿Cómo será la estación de Příbram cuando los ojos de tu padre no la vean más?, te preguntas ahora.

Deberías haberle dado una cámara para que también él captara su punto de vista. Te apresuras por la ciudad, todo está perfectamente enfocado, con más contraste que de costumbre.

Unas niñas han dibujado en el suelo la rayuela y saltan sobre ella.

La casa está limpia, como le gusta a tu padre, sobre la estufa hay una jarra con agua hirviendo. Al lado ves una taza con unas hierbas, por un momento dudas si llenarla con el agua, pero después entras directamente a la

habitación.

Tu madre está sentada junto a la cama de tu padre y le sostiene la mano.
Qué bien que has venido, dice con la voz queda.

Asientes. ¿Cómo está?

Tu padre se piensa que le preguntas a él, y agita la cabeza despacio como si no estuviera de acuerdo con algo.

Tu madre le humedece los labios con una esponja.

En ese momento la ves. La anciana embarazada está sentada en un rincón de la habitación, tiene los ojos cerrados y se acaricia despacio su vientre abultado. Descansa y recuenta.

Y hay alguien más a quien sólo ves tú. Al otro lado de la cama de tu padre está Punta, el perro lobo que teníais cuando eras pequeño. Como si hubiera sentido tu mirada, despega la suya del hombre entre las sábanas, te contempla silencioso y a la vez interrogante. Después se levanta, rodea la cama y se restriega contra tus piernas. No por mucho tiempo, enseguida regresa a su sitio. En el camino de vuelta olisquea los pies de la anciana embarazada que se agita de pronto, como si se hubiera quedado dormida por un instante, y ésta luego acaricia el lomo de Punta. Te emociona que el perro esté ahí. Tan fiel a su amo que ha regresado para enseñarle el camino que él ya conoce, igual que cuando corría delante de vosotros en Na Flusárnu o hacia Dolejší Oboře, y sólo a ratos se volvía impaciente a ver si le seguíais. Pero hoy Punta no está impaciente. De nuevo se sienta junto a la cama y respira en silencio, tiene el morro negro como un trozo de carbón húmedo. Cuando la anciana embarazada chasca los dedos, agita el rabo, golpeándolo varias veces contra el suelo, sin mover cabeza.

No sé si llamar al médico de nuevo, dice tu madre.

¿Cuándo vino?

Ayer por la noche. Le dio unas medicinas para el dolor, pero, aun así, apenas ha pegado ojo en toda la noche.

¿Y usted?

Tampoco.

Ninguno de nosotros.

Te sientas en la silla en lugar de ella, la mano de tu padre está aún caliente, pero esperas que no sea del calor de la mano de tu madre. Aprieta tu

mano débilmente, le devuelves la presión un poco más fuerte y le acaricias la frente. Intenta seguir el movimiento de tu mano; pero a mitad de camino se agota y se queda mirando veladamente al vacío que tiene delante.

La anciana embarazada se remanga la falda para no pisársela y se acerca arrastrando los pies. Buen perro, le dice a Punta acariciándole entre sus orejas puntiagudas. Después busca la otra mano de tu padre bajo el edredón. Sientes que estáis conectados a través del cuerpo de tu padre y eso te asusta. La anciana embarazada te mira y se encoge de hombros. Luego se inclina hacia tu padre, que ya no parece darse cuenta de nada.

¿No ves cómo me duele la espalda de llevarte dentro, mi pequeño?, le susurra.

En ese momento, Punta se remueve nervioso; después, aúlla como si en el techo de la habitación hubiera salido la luna llena. Te quedas a solas con tu madre.

VI

ADENTRARSE en uno mismo, como cuando el calor se adentra en la oscuridad de un pozo. Tienes que atravesar tú solo esa explanada cubierta de nieve que se extiende hasta el infinito.

Y dijo: Vuestro es el reino de los cielos.

Y dijo: Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá.

En el estudio arde una única vela. Siéntate, cruza las piernas y coloca las manos sobre el regazo. Une los pulgares, mantén la espalda recta como una columna de monedas bien colocadas.

Cierra los ojos y vuelve la vista hacia tu interior.

Percibes claramente tus funciones vitales, como siempre que te concentras. El corazón palpita en tu pecho con la gracia de una gimnasta que hace girar una cinta a su alrededor. Sientes el bombeo de la sangre en el vientre, en el cuello y en las sienes, y los ecos de ese bombeo resuenan en tus oídos como el murmullo de unas olas lejanas. Inspiras, la corriente de aire silba quedamente al entrar por los agujeros de tu nariz. Dentro del pecho el pájaro de tu respiración se ahueca las plumas y abre sus alas multicolores. Después espiras despacio, por un momento todo se para, entre dos respiraciones no existe nada.

En la habitación algo cruje cada dos por tres, los armarios de madera suspiran. Susurran hasta las paredes, oyes cómo se cae el yeso dentro de la chimenea, el tintineo de una piedrita contra una tubería; al poco, desde otro sitio te llega el sonido de un golpe hueco. En el fregadero de la cocina alguien coloca los platos de la cena.

Imagina un estudio fotográfico antiguo, espacioso y luminoso en el que entra la luz natural por las ventanas del tejado... Mira: un estudio vacío, en medio una hermosa cámara de madera de la que alguien cuida con cariño. La madera huele a aceite, las piezas de cobre relucen, las juntas giran suavemente y con precisión... La cámara, con una enorme lente de cíclope que recoge los rayos de luz en un manojo y los envía tras de sí... Mira por el visor. ¿Qué hay? Como siempre, lo mismo que ves delante de ti. El fuelle de cuero no esconde ningún pensamiento, los ratones no corretean, habrían roído los pliegues. Y ahora gira la cámara hacia otro lado. Mira: el objetivo no recuerda, en el mundo de las leyes ópticas sólo existe un ahora eterno.

Algo te interrumpe a cada rato: primero un crujido del armario, luego el chirrido de las bisagras en tu memoria. Tienes la garganta seca y toses, pero en cuanto lo haces te da un tic en un músculo del cuello. Te entran ganas de darte un masaje, pero detienes la mano en medio del movimiento. Justo así, y ahora colócala de nuevo en el regazo. El músculo tiembla como si fuera una cuerda vibrante, qué pobre mecánica la del cuerpo humano. Respira con tranquilidad y siente esas vibraciones sin intentar promoverlas o amortiguarlas. La voluntad no significa nada en comparación con la atención alerta.

Tras un rato, el resto de pensamientos se rinde, la encrespada superficie de tu mente se calma.

Eres como un papel blanco y resplandeciente, una fina hoja aún no escrita en medio del cuerpo.

El músculo del cuello se tranquiliza, respiras calmado y regularmente. Tu atención se vuelve hacia el interior, como si esa cámara con la lente ciclópea absorbiera el fuelle hacia su propio interior y allí intentara explicarse a sí misma. Te cuesta un gran esfuerzo mental concentrarte en ti, sobre todo sin saber qué significa exactamente. ¿Quién eres? Como si delante de tu mirada interior tuvieras un visor, en el que se aglomeran unos oscuros grumos que no se pueden enfocar bien porque no dejan de moverse. Todo es muy impreciso y huidizo, como si jugaras al escondite contigo mismo.

Desde la penumbra que crean tus ojos cerrados se yergue enseguida alguna quimera. Primero aparece el Monte Santo, después el bullicio de Václavské náměstí, y después, de pronto, ves una cueva excavada en la roca con un enorme lago subterráneo. Te rindes a las visiones, echas un vistazo en

la penumbra y te percatas de que, en una parte del techo de roca, se abre un estrecho hueco, como una chimenea. Y en el pensamiento, milagrosamente, aparece la idea de que una vez al día y no por más de un minuto por ese hueco llega un rayo de sol a la superficie del lago. Una parte se refleja en el techo de la cueva, una parte penetra en el agua, y allí se va perdiendo sin llegar al fondo. Y de nuevo, como un milagro, sabes que tu misión es nadar hasta ese sitio donde el rayo toca la superficie. Pero hay una condición, no crear ninguna onda en la superficie del lago; si no, el rayo se dispersará en silencio, engañosos reflejos de luz cubrirán el techo de la cueva y todo empezará a balancearse.

La siguiente visión te conduce a otro lado. Desde la profundidad te lleva a la luz. Y la siguiente te hace sentir lo que es el remanso sagrado de la mente. Y siempre, unida a las visiones, hay alguna misión que parece irrealizable, algo tremendamente confuso: ¿cómo podrías nadar sin que la superficie se agite?, ¿cómo se podría esconder la luz más intensa en la oscuridad más profunda?, ¿cómo podrías quedarte tan callado como para escuchar el estruendoso choque de los copos contra la nieve ya caída?

Tu pecho se eleva y desciende con regularidad, tienes la consciencia vacía. Durante la meditación, una biela de funcionamiento suave ha cambiado de forma imperceptible su posición y ha soltado en tu mente un poco de luminosidad, tiene una fuerza sorprendente. Te sientes más ligero, elevado contigo mismo, como si flotaras. Y, según flotas, el espacio, el interior y el exterior, se llena poco a poco de una sustancia suave, un éter amarillento que, no sabes por qué, te huele a vainilla. Arrugas la nariz, sientes la frescura del color amarillo, lo respiras y te sumerges en él despacio. Tu mente se ensancha con alegría en ese fluido luminoso, durante un instante crees que estás a la altura de ese resplandor; pero en cuanto te percatas de ello y te sientes algo satisfecho, de alguna manera se apaga, como si fuera una felicidad demasiado débil para enturbiarla con sensaciones propias. De nuevo es como jugar al escondite, debes esforzarte sin esfuerzo, debes librarte de todo, incluido del deseo de librarte de todo.

Entrégate.

Suena el timbre, el joyero salta como si tuviera un muelle y corre por el patio hasta la tienda para abrir a ese destacado invitado. Vas a acicalarte al espejo, un poco puerilmente, para ti es importante dar una buena impresión a Karel Weinfurter.

Bueno, éste es el fotógrafo, te presenta así Leopold, el neófito František Drtíkol.

Destrozo ruedas porque me aprietan.

Weinfurter te tiende su gran mano en un apretón sorprendentemente suave. Tampoco su voz parece ir con él, es más aguda y suave de lo que uno esperaría en alguien de su talla. La calva le brilla, lleva unas gafas redondas.

Entonces ¿ha leído *El arbusto en llamas*?, le pregunta al final. Y... ¿ha conseguido ya algunos resultados en cuanto a la concentración mística?

Cuando Eva estaba embarazada te explicó que un niño en el vientre de su madre pasa por toda la evolución; primero es un simple protozoo, después un pez, una salamandra, un gato, un mono. Consigue su forma humana justo antes de nacer. Y ahora es como si un proceso evolutivo parecido tuviera lugar en ti, pero en un nivel cultural o espiritual. Empezó con una cueva con palmas humanas pintadas y esqueletos blanqueados bajo paredes ahumadas, pasando por los bosques oscuros de los protocontinentes. Allí se perseguían animales de fábula, la vegetación hablaba contigo y los helechos te señalaban el camino con sus largas hojas. Una vez, un águila te abrazó con sus alas y con su pico afilado comprobó la resistencia de tu cráneo; otra vez fueron a por ti unas enormes abejas con cuerpos como barriles, las venciste sólo concentrándote, se convirtieron en tus guías y te enseñaron dónde crecían olorosos lirios del valle con enormes cálices donde se podía meter la mano entera.

Otra noche el bosque examinaba con los ojos brillantes escondidos en los huecos de los árboles, pero llegaste al borde y viste una ciudad blanca con una puerta de entrada tan alta que podría atravesarla hasta una jirafa.

Entraste por esa puerta de mármol blanco, buscaste el templo principal y te caíste de rodillas junto a otros hombres. Unos sacerdotes con unas túnicas blancas comenzaron a pasear entre vuestras filas y uno de ellos te tocó la frente. Sólo quienes habían sido señalados así podían quedarse y recibir la iniciación, los demás tuvieron que regresar a los bosques...

Esto eran sueños, las visiones de la meditación eran diferentes. No

provenían de una época prehistórica, en lugar de criaturas de fábula se te empezaron a aparecer rosas y lirios, en medio de la nada se materializaban llaves y velas, copas y libros abiertos por páginas concretas aunque ilegibles. Viste las tablas de la ley aún sin grabar, te perdiste por la ciudad de piedra, bajo el canto de las ranas, un hombre con una capa te ofreció un cáliz con unas hostias, alguien te puso delante una escalera infinita y te ordenó: Sube. Anteayer, en el estudio apareció una paloma blanca volando, y ayer viste una cruz resplandeciente.

Eso es muy interesante, dice animado Leopold.

En conjunto son visiones normales, sopesa Weinfurter. Eso proviene de todo lo que le danza por la cabeza, de lo que ha leído antes. Y tiene que brotar de alguna forma. Las visiones se originan en la frontera entre la auténtica concentración y el pensamiento visual.

Leopold añade: Pero una vez vio incluso a Cristo.

¿Sí?

Apareció vestido con una túnica blanca, se metió la mano en el bolsillo del pecho y sacó un corazón.

¿Su corazón?, pregunta Weinfurter con interés. Aún no sabes qué pensar de sus ojos: si son amables o más bien benevolentes.

¿Y qué hizo?

La sangre aún goteaba y el corazón palpitaba...

¿Así que no lo cogió?

Le saltaba en la mano...

Lo tenía que haber cogido de cualquier manera, qué pena. Cuando aparece Cristo durante la concentración hay que tomar de él todo lo que nos ofrezca, aunque sean sus excrementos aún calientes. ¿No tiene nada más que contarme?, pregunta Weinfurter un poco decepcionado, como si acabara de concluir que su visita ha sido inútil.

Hace una semana durante los ejercicios sentí un escozor en los empeines y en las muñecas...

¿Sólo escozor? Y en el costado nada, ¿verdad? Sé lo que intenta insinuar. Pero el que experimenta verdaderos estigmas, dice Weinfurter con énfasis, ha de saber que el mayor dolor de Cristo provenía del madero de la cruz, le desolló el costado mientras lo cargaba hacia el Gólgota. Y, además, después

se lo atravesaron con una lanza. Pero la gente se miente a sí misma a cuenta de los estigmas, sobre todo desde que escribí en mi libro que son una señal de que están en el camino correcto.

Después añade, un poco más conciliador: Pero no se lo tome a mal, está empezando su viaje desde la orilla. Mejor dígame: ¿lee mi revista *Psyche*?

El joyero tampoco se había olvidado de esto. Ya antes te había prestado algunos números, y te había revelado unos cuantos pseudónimos bajo los que Weinfurter publicaba. Al principio parecía que *Psyche* tenía todo un círculo de contribuyentes; pero la mayoría de esos nombres le pertenecía a él, que, como un espíritu dividido, se había encarnado en más personalidades. Bajo éste o el otro pseudónimo había desarrollado diferentes temas de *El arbusto en llamas*, y en los primeros años salió también su traducción de la *Guía espiritual* de Miguel de Molinos, de la que cuidadosamente habías tomado notas. Además, durante varios números, cierta dama buscaba citarse con un ocultista educado noble y libre.

¿Y está usted entre los suscriptores?, pregunta interesado Weinfurter con su voz aguda. Entiéndame, me agrada que conozca *Psyche*, pero si sólo la toma prestada de alguien, no podrá publicarse durante mucho más. Usted es un fotógrafo conocido, seguro que puede permitirse esas pocas coronas, ¿no? Después se dirige a Leopold: ¿Y usted, amigo? ¿Algún progreso? ¿Ha conseguido componer con esas letras alguna palabra en su cuerpo?

Esa noche te enteras de que en Praga hay otros que se reúnen en viernes, no sólo el grupo de Karel Čapek. Y, por cierto, estas dos sociedades no son tan diferentes: unos se reúnen en la nueva mansión de Čapek en la calle Úzká; otros, en el café Royal en la calle Francouzská. Pero mientras que en casa de Čapek todos los viernes por la tarde se habla de los nuevos estrenos teatrales y de la situación política, y sus miembros han sido cuidadosamente seleccionados para no caer en ningún *faux pas*, en la calle Francouzská se habla de cosas mucho más amplias y a la vez sin contenido, cualquiera puede ir, y los *faux pas* son la salsa de la noche.

Salís del tranvía y enseguida abris la pesada puerta del café Royal, que está lleno. Todos se callan, como cuando aparece Masaryk en casa de Čapek. Mientras que Weinfurter saluda a decenas de personas, echas un vistazo a los ocupantes de esa sala, llena de humo y con pálidos cuadros colgados en las paredes. A primera vista no hay nada que una al grupo que se encuentra allí,

igual que en las conferencias de la sociedad teosófica, hay una pintoresca mezcolanza de asistentes: estudiantes y ancianos curiosos, personas elegantes y de la calle, extrovertidos gesticulantes y tímidos escondidos en sus cuadernos de notas. Algunos al momento te examinan, eres nuevo y has llegado con el maestro; pero la mayoría le mira a él. Una señora se le acerca en cuanto lo ve y levanta un trapo de un molde con bollitos, para que sepa quién los ha hecho cuando todos se los coman.

Y después la ves. Está sentada a una mesa pequeña en un rincón de la sala y aspira ausente su cigarrillo. Su mirada se pierde entre los cristales de la lámpara de araña, su espíritu en otra parte. No la habías visto desde la época en que desapareciste en la guerra; pero es de un tipo demasiado llamativo para confundirla con otra persona: transparente y a la vez misteriosa, misteriosa en su transparencia.

Te abres paso entre el gentío, las sillas traquetean contra el suelo cuando los que están sentados intentan hacerte sitio para que pases. Te ve en el último momento.

Sofie..., dices.

¿Es a mí?, suena confundida, durante un instante dudas.

Sofie, ¿se acuerda de mí?

¿Usted?, y se le ilumina la cara. Qué hace usted aquí... Por Dios, y da una palmada.

Los de al lado habían tomado prestadas las tres sillas libres de su mesa y no había ninguna otra a la vista. Estáis uno frente al otro y en los ojos os brilla esa feliz improvisación que acompaña a los encuentros imprevistos. Nadie tiene tiempo de preparar ninguna réplica ingeniosa, durante un momento os encontráis en una indefensión total.

Hace ya mucho tiempo..., murmura ella.

Desde la parte de atrás traen más sillas, te sientas junto a ella en la esquina de la mesa. Pero Weinfurter termina de fumar su cigarro con una boquilla muy larga, se ha puesto de pie y toda la sala enmudece como por arte de magia. Carraspea y comienza a leer bastante bajo un fragmento del libro de Molinos, con una voz suavemente modulada. En sus labios se devana uno de esos pasajes que habías subrayado y copiado:

«Hay dos tipos de oración. Una es tierna, agradable, gozosa y llena de emociones; la segunda es oscura, seca, desierta, áspera y opaca. La primera es

la oración de los principiantes y la segunda la de aquellos que han avanzado. Dios provee a los primeros para conseguir un alma, a los segundos para que la purifiquen».

En noviembre del año 1926 de nuevo te encuentras ante el juez.

¡Señor Drtikol! Lo tengo escrito aquí en rojo y con varios signos de admiración. Hace cinco años tomó por esposa a la bailarina Kupferová, ¿es correcto?

Sí.

¿Y ahora quiere divorciarse? ¿Ya no se acuerda de lo que prometió entonces?

Pero es ella la que...

¡Silencio! No me importa lo que quiera su esposa, eso ya se lo preguntaré a ella. Pero ¿y usted, Drtikol?, ¿qué quiere usted?

Yo...

¿Otra vez se quiere escaquear? Tengo aquí anotado que tuvieron una hija. ¿Correcto? No intente negarlo, el expediente incluye una foto que seguramente le hizo usted. Le preguntaré una cosa: ¿quiere a su hija?

¿Puedo decir algo?

¡Hable! ¿La quiere?

Por supuesto.

¿Sí, o por supuesto? Pequeña, ven aquí, tu papá quiere decirte algo. ¡Hable!

¿Qué tengo que decir?

Dígale que la quiere más que a usted mismo. ¡Hable!

Te despiertas en mitad de la noche con la frente empapada de sudor. Medio metro por encima de ti se balancea la cabeza del juez con una peluca rizada y los labios rojos, el polvo de arroz de su cara va cayendo sobre la almohada. Parpadeas varias veces; pero el sueño se desvanece muy despacio, tienes que levantarte, ir a la cocina, encender la luz, llenar un vaso con agua y beber para espantarlo. Cuando te metes a la cama de nuevo son las cuatro, la tercera parte del proceso de divorcio empieza en seis horas.

Esta vez te has puesto de acuerdo con Erva en todo y por adelantado. Salís juntos del juzgado, con vuestros abogados. Al principio no habla y tú tampoco tienes ganas de decir nada. Es algo curioso, ir por la calle con la mujer de la que uno acaba de divorciarse. Ella tampoco sabe si agarrarte del brazo como si fueras un viejo amigo. La verdad es que con el divorcio los dos os habéis sentido aliviados. Al final la invitas a un café, para no despediros en la calle sin más.

Le cuentas el sueño que has tenido por la noche, y después se hace el silencio. Desde la cocina se oye el ruido de algún aparato, instintivamente piensas si será de cortar o estará batiendo algo... Miras hacia la vitrina con pasteles decorados y Erva mira por la ventana en sentido contrario, así que si alguien pegara vuestras miradas de espaldas contendrían todo el campo visual. Y también el pasado y el futuro, porque mientras tú vagabundeas por la memoria, Erva planea otras cosas.

Era un soñador y un petimetre, ¿verdad?, preguntas un poco sin venir a cuento.

Un dandi, dice asintiendo.

¿Y ahora?

Te mira, quiere decir algo, pero después se lo piensa mejor.

Ya da lo mismo, Tíšek.

Tíšek, hacía mucho que no te llamaba así. ¿He cambiado?

Tal vez sólo dejé de entenderte. Me tomaría un rollito de crema.

De nuevo se hace el silencio. Tengo que ir al lavabo, dices, aunque casi no tienes ganas.

¿Y Ervička?, le preguntas cuando vuelves.

Mira, te manda una cosa. Rebusca en el bolso y saca una hoja de papel doblada. Por la parte de fuera hay un guión teatral, pero cuando abres el papel ves un dibujo infantil, un paisaje con dos casas entre las que corre un camino, o un riachuelo.

Deberías llevar a limpiar el abrigo, te hace notar Erva cuando metes el dibujo en el bolsillo de la pechera, antes tenía otro color.

Después se echa algo más de azúcar en el café a medio beber y dice: Me gustaría irme a alguna parte...

¿Empezar de nuevo?

Intentarlo en otra parte. Aún no soy tan vieja, ¿no? La danza se entiende en todas partes, Emanuel Siblík siempre dice que el movimiento es el único lenguaje común de la gente.

La fotografía es también igual de inteligible.

Vaya, no se me había ocurrido. Por un momento eso la emociona: ¿Quieres venir conmigo a Rusia? A ti te gusta Rusia... Empezaremos una nueva vida...

Después, Erva recuerda: Fran, ¿te he dicho que Isadora Duncan también se divorció? Se casó con Yesenin un año después que nosotros, y se divorciaron un año antes.

Así que hay casos peores que el nuestro, dices encogiéndote de hombros.

Él era un alcohólico y un animal... Y decían que era ¡un poeta! Imagínate, se casó con otra y todavía no se había divorciado de la Duncan. ¡Qué poco respeto a una bailarina! ¿Sabes con quién se casó? Con la nieta de Lev Nikoláievich Tolstói... Pero acabó mal, a los pocos meses lo encontraron con una soga alrededor del cuello, suspira. No, los matrimonios de los artistas no son felices, esta mañana lo he recordado.

¿De verdad quieres irte a Rusia? ¿Y Ervička?, preguntas de nuevo.

¿Qué?, se viene conmigo. Ya que hablamos de ello... He recibido una oferta de Rostislav Zakharov. Ya sabes que los rusos tienen un teatro estupendo, un ballet de fama mundial, pero no entienden la danza moderna. A la Duncan la miran como si estuviera loca, no fue feliz en Rusia, y mira que lo intentó. Pero este Zakharov es un joven genio, es solista en dos ballets, y a la vez estudia en San Petersburgo y me ha ofrecido...

Ahora se llama Leningrado.

¿Qué? ¿Por qué me interrumpes con semejante tontería? Resumiendo, Rostislav Zakharov me ha propuesto que sea la coreógrafa durante la próxima temporada en Járkov o en Kiev. Eso supondría un gran paso en mi carrera artística...

De nuevo te encoges de hombros, el nombre Zakharov lo pronuncia como si fuera su nuevo amante. La primera vez que te enteraste de que te engañaba, por un momento te hizo reír, como si le ocurriera a otra persona en una película. Sólo después aparecieron los sentimientos heridos y los rasgos clásicos de los celos: escenas dramáticas, reproches, llantos, juicios probatorios a las cuatro de la mañana, acusaciones y reconciliaciones, hasta

risas locas en los últimos goces. Pero con el tiempo esto también cansa, al final os quedasteis uno enfrente del otro como dos maderos clavados en el fondo de barro de un embalse desaguado; por abajo podridos, por arriba secos.

Alguien en la casa de enfrente abre la ventana y por el café pasa un disco de luz reflejado que divide en dos varias mesas.

De nuevo te viene a la mente el sueño y sientes la necesidad apremiante de decirle a tu hija que la quieres. Te acompaño a casa de tu madre.

Voy a casa de Gracia. Tengo clases.

Me gustaría ver a Ervička.

No, no conviene que vayas ahora. Mi madre lleva muy mal que nos abandones. Ella lo ve así, y no la puedo convencer, ya sabes cómo es. Pero pronto haremos una visita en el estudio. Nos hemos divorciado por las buenas, ¿no?, y te guiña un ojo casi disculpándose.

Lo único bueno es que nos hemos divorciado...

Sobre todo que ya ha pasado.

También se podría decir así.

Os regaláis sendas sonrisas amargas.

Debería irme. Me voy ya, ¿vale? Se levanta y se despide rápidamente de ti con dos besos en las mejillas. Ya nos veremos, dice.

Desde la puerta se vuelve y deja sobre la mesa algunas monedas.

Ahora ya no tienes que pagar por mí...

Observas cómo atraviesa la puerta, cruza la calle, ni siquiera mira; un automóvil le pita, Erva hace un gesto de disculpa.

Al otro lado se detiene en un puesto con flores y compra algunas, porque cuando da clases le gusta tener flores frescas. Dos hombres mayores con dos perros se paran delante de un escaparate, los perros se olisquean y las correas se enredan hasta que se monta un buen lío...

Pides un anís y sacas del bolsillo de la pechera el dibujo infantil. Ahora te das cuenta de que sobre las dos casas lucen dos soles: uno tiene los rayos largos hasta la tierra y el otro está calvo.

Los adeptos del café Royal hacen un viernes tras otro las mismas preguntas. Son cándidas y divertidas: ¿Puedo hacer que mi mujer sea una médium sin que ella se entere?, pregunta un señor gordo y seboso. ¿Qué pasaría si en el hígado visualizara las letras a be ese te i ene e ene te e? ¿A be ese e ene te a?

No, no he dicho absenta sino lo contrario..., se defiende un señor con la nariz roja.

Ves a Sofie, que la última vez desapareció antes de lo que hubieras deseado, y llevaba mucho tiempo sin venir.

Los seguidores más antiguos animan a Weinfurter a que funde una logia para los más cercanos. Se recuerdan los viejos tiempos de antes de la guerra, cuando los primeros ocultistas checos tenían verdadero entusiasmo y los Césares fundaban una sociedad secreta tras otra. Pero Weinfurter afirma que durante la república no es conveniente, es necesario dar prioridad a las asociaciones antes que a las sociedades secretas, tener unos estatutos públicos como debe ser y conviene en una democracia.

Estáis sentados en el café Continental, alguien alienta a Weinfurter: ¡Háblenos sobre los viejos tiempos!

Sí, todos en Psyche leemos encantados sus memorias.

Allí está todo, se defiende.

Pero contarle en persona le añade emoción, le anima Leopold. Ninguno de nosotros ha vivido tanto el ocultismo como tú.

Ninguno de nosotros ha vivido tanto como Leonhardi o Meyer, le corrige Weinfurter. Carga su larga boquilla con un cigarrillo y se rasca la calva.

Leopold suelta: Dicen que todo empezó cuando fotografiasteis un espíritu...

Los demás se ríen y la trampa salta.

No, no se ríen, dice Weinfurter, ya saben que rechazo el espiritismo, porque es la forma más baja de espiritualidad. Pero así era aquella época, y en algún sitio hay que empezar. Leímos entonces junto a otros entusiastas el libro *Animismo y espiritismo* del académico ruso Alexander Nikoláievich Aksakov. Allí se decía que en el mundo espiritual existe cierto tipo de rayos que afectan mucho a las placas fotográficas, a pesar de que el ojo no los ve. ¿Los ha visto alguna vez?, pregunta volviéndose hacia ti.

Los rayos invisibles ultravioletas pueden destruir las placas, dices.

Seguramente fue algo así. Oscurecimos toda la habitación, en una pared colgamos un cuadrado de tela negra y delante una cámara de fotos, normal, de las que se vendían entonces. Delante del tejido sostuve una vela, enfocamos la llama y después la apagamos. Nos quedamos sentados, sin decir ni pío, la tensión podía cortarse con cuchillo, hasta que el médium ordenó: ¡Abrid la caja! ¡Abrid el objetivo! ¡Cerrad!

Qué les puedo decir, al principio sólo fotografiamos la oscuridad más negra. Pero después repetimos el experimento y en la segunda placa ¡apareció un cuerpo astral claramente! Para la mayoría de nosotros fue la primera prueba irrefutable del otro mundo, el primer contacto con lo extrasensorial. Y nuestra fotografía se hizo famosa entre los espiritistas de Praga, fue una bomba de primera clase. Hoy lo recuerdo con una sonrisa, pero, entonces, ¡eso sí que fue algo importante!

¿Lo lograron más veces?

Ya no me acuerdo bien, creo que lo repetimos dos o tres veces; pero quién sabe dónde acabaron esos negativos. Lo principal fue que atrajo la atención de ciertas personalidades a nuestro círculo. El barón Adolf Leonhardi fue un apóstol del ocultismo no sólo en Bohemia. Se escribía con adeptos de todo el mundo, y trajo consigo a un hombre joven, el banquero Gustav Meyer. Y enseguida nos caímos bien, él y yo. Nos unía el interés por todo lo misterioso y oscuro, y no importaba que cada uno de nosotros proviniera de diferentes clases sociales: yo era el hijo de un funcionario preso por malversación de fondos y él... bueno, es verdad que era de origen bastardo, pero le gustaba insinuar que era descendiente del rey Luis II de Baviera. Meyer, en cualquier caso, de joven era un estafalario, un hombre con muchas caras: un conocido banquero, rico, propietario de una de las primeras fábricas de automóviles de Praga, deportista, un petimetre extravagante, un extraordinario ajedrecista y un ocultista talentoso. Pasamos juntos muchas noches inolvidables. ¿Puede haber algo más hermoso en el mundo que dos jóvenes amigos que comparten su ansia del más alto conocimiento?, pregunta Weinfurter mirando a su alrededor.

Pero nuestro maestro era entonces Leonhardi. Tenía una visión del ocultismo como nadie entonces, desde Viena hasta Cracovia. Él nos dio a entender que el espiritismo sólo era la espuma de la cerveza. Y Meyer tenía muchísimo dinero, así que pedía todos los libros posibles e imposibles en

alemán e inglés. Leíamos de todo, hasta esas bazofias ocultistas de América, y nos quedamos perplejos: el mundo conocido se deshacía ante nuestros ojos y el desconocido tomaba miles de formas estrambóticas. Así que nos colocamos delante de un buen laberinto de espejos. De nuevo intervino el barón Leonhardi. Como he dicho, tenía contactos en todo el mundo, y una vez, durante una de sus visitas a Praga, nos comunicó una noticia maravillosa, que íbamos a ser aceptados en la logia francesa de los Filósofos Desconocidos. Meyer y yo estábamos encantados de que por fin fuéramos a recibir una iniciación adecuada. Para empezar, Leonhardi nos dejó para estudiar el libro *La luz del camino* de la teósofa Mabel Collins, que espero que conozcan, porque después lo traduje al checo, y también *El cuento de la serpiente verde y el lirio hermoso de Goethe*; éste, por supuesto, no lo entendimos en absoluto. Además tuvimos que hacernos con unas cadenas de oro. Yo, como es evidente, no tenía dinero para algo así, y sólo la generosidad de un aristócrata me salvó de la deshonra. Durante la ceremonia de iniciación, Leonhardi nos comunicó la contraseña secreta, en la cadena nos colgó un medallón de oro que tenía en una cara una estrella con seis rayos y cuatro letras en un esmalte azul, todavía lo veo claramente. Durante un mes, Meyer y yo nos sentimos como unos verdaderos iniciados, sólo que ya nunca más volvimos a oír hablar de la logia de los Filósofos Desconocidos.

¿Era una organización invisible como en el caso de los rosacruces?, pregunta Leopold.

Éstos eran Martinistas, y creo que simplemente nos dejaron en mantillas. En cualquier caso, en nosotros creció el interés por la teosofía... En aquellos tiempos aún vivía su fundadora, Helena Petrovna Blavatsky, a la que como saben también traduje después. Entonces nos imponían esas tres máximas de la sociedad teosófica: la hermandad de todas las razas y naciones; la armonía de la religión, la ciencia y la filosofía; y la eliminación del mal en este mundo. Y también su lema: no hay religión más elevada que la verdad. Las máximas son algo fácil mientras uno no tenga que cumplirlas... Luego entramos en contacto con unos teósofos de Viena y, en el año 1891, fundamos junto a Meyer y Leonhardi la primera logia teosófica checa. Se llamaba *Zum blauen Stern*, La Estrella Azul. Tenía su sede en el piso de Meyer de la calle Ferdinandova número 10, justo frente al cuartelillo de la policía, porque, como es sabido, debajo de una vela es donde más oscuridad

hay.

Weinfurter enciende otro cigarro, da una larga calada y dice: Por supuesto, el piso del banquero Meyer merece un capítulo aparte, amigos. Nunca antes ni nunca después me he encontrado con algo semejante. Los medios de Meyer parecían ilimitados, encargaba los artefactos más variados de todo el mundo, se los llevaban en cajas selladas... Una vez fui testigo de cómo le traían un cofre con dos candados, cuya llave tuvo que conseguir por otros medios. En la cómoda tenía dos estatuas de bronce de Buda, de las paredes colgaban dibujos de médiums en marcos de metal y espejos mágicos con símbolos variados, también tenía un retrato de Blavatsky en esa época. Cuando uno entraba en su piso, los ojos se le clavaban en un reloj de porcelana con un disco en forma de tambor que a cada momento parecía que se iba a romper bajo el golpe de una baqueta. En fin, que Meyer estaba siempre preparado para cuando llegara el fin del mundo. Y junto a ese reloj había un cuadro con una figura delgada muy inquietante de color fosforescente. Cuando pregunté quién era, me contestó: Pues el guardián de Praga, amigo, el guardián de Praga... En ese piso tenía hasta ¡un confesionario de verdad! Nos reuníamos en aquel gabinete mágico en el centro de la ciudad. Leonhardi nos explicaba diferentes símbolos secretos y nos recomendaba literatura para estudiar. Meyer, insaciable, la pedía a Londres, y la encargaba por cajas, no había título del catálogo de la sociedad teosófica que no tuviera, que no leyéramos o no analizáramos. Se convirtió en el presidente de nuestra logia, y yo en su secretario. Eso ya fue en la época de Annie Besant, que finalmente llevó a la sociedad teosófica a su ubicación actual. No entiendo por qué algunos de ustedes siguen acudiendo allí, no crean que no lo sé. Pero entonces aún no estaba claro qué clase de persona era Besant, y Meyer le escribía para pedirle consejo y manuales concretos de prácticas. Ésta le enviaba unos complicados ejercicios que ni ella misma entendía... Meyer dejó de comer carne, ayunaba, y el pobre montaba a caballo cada tarde hasta el valle Prokopské, donde se colocaba haciendo el pino cada medianoche, hasta que el sudor le caía a chorros... Fue un milagro que todo eso no le destrozara la salud.

Desde que se fueron de tu vida tus personas más cercanas, ésta se ha simplificado increíblemente. Por fin puedes crear con tranquilidad, en realidad a solas. En el estudio sigues teniendo asistentes; pero ya no son tu segunda familia. De los antiguos sólo queda Jarka, que acabó por convertirse en una mujer silenciosa y sacrificada que podía hacer todo lo que hacía Gertruda, incluyendo llevar la creciente correspondencia en distintos idiomas. Últimamente, Jarka se escribe con el mundo entero, es el resultado de tus infatigables visitas a numerosos salones de fotografía, cosa que empezaste a hacer en los años veinte. Conocen tu trabajo en Barcelona y en Tokio, en Estados Unidos tus fotos están a punto de salir de gira: Michigan, Milwaukee, Baltimore, Filadelfia, Chicago, Cleveland, Houston, la galería de la empresa Kodak en Rochester y Nueva York.

Reina una atmósfera tranquila, Erva no encrespa el aire, Rössler no aparece con ideas sorprendentes. Los días gotean con regularidad como un grifo mal apretado, sólo a veces llega alguna emoción.

No puede ser posible, dice Jarka un día cuando abre el correo del estudio.

¿Qué pasa?

Los han confiscado, dice enfadada.

¿El qué han confiscado?

Sus desnudos. Los americanos.

¿Por qué?

El correo de América. Aquí lo pone. Está prohibido importar a los Estados Unidos material obsceno, te traduce Jarka. Según la ley vigente, el envío será destruido bajo vigilancia oficial. ¿Será posible?

¿Qué hay de obsceno en mis fotografías?

¿Están diciendo que les molesta un coño? ¡Pero si también es obra de Dios!

Al ver la expresión de Jarka, te ríes: No tiene por qué sonrojarse... A eso le llaman moral, pero en realidad es soberbia, retocar la obra de Dios. ¿Es que todas mis modelos tienen que tener una pierna sobre la otra como si se aguantaran las ganas de orinar? ¿Qué opinan de esto los organizadores de la exposición?

Jarka se alisa la falda y dice: La oficina únicamente tiene la obligación de hacérselo saber al remitente y al destinatario; pero si lo desea puedo escribirles yo misma y preguntar si van a hacer algo al respecto.

O vaya a preguntar a la dirección de correos. Destrucción bajo vigilancia oficial, me lo puedo imaginar... No distinguen el arte de la pornografía, así que seguro que no las destruyen, dices de camino al cuarto de baño.

En el espejo te ríes de ti mismo, no hace tanto que tuviste que combatir semejantes acusaciones hasta en tu país, defenderte delante de la policía ante la acusación de corromper a los jóvenes. Te daba pena poner en la vitrina publicitaria del edificio simples retratos y comenzaste a colocar tu obra creativa con propósitos pedagógicos. Al poco tiempo empezaron a reunirse delante de la vitrina chicos de los alrededores, nunca se había visto en toda Praga un cuerpo desnudo de mujer en las calles. Por la noche se alumbraban con cerillas, y por la mañana tenías que limpiar el cristal ahumado de la vitrina.

Los encargos de retratos te divierten aún menos que antes; el negocio ya no te importa. La mayoría de los clientes se comporta como malos actores que hacen muecas extrañas en vez de dejar salir su propia personalidad. Se olvidan de sí mismos, se pierden en sí mismos, y a veces parece que pierden el control sobre sus cuerpos, que de pronto les molestan. Y a ti cada vez te atrae más lo contrario: el autoconocimiento. Penetrar en tu interior. Cada vez te extrañas más de que la mayoría de la gente viva en la inconsciencia total, sin ningún interés en su existencia, como si no fueran ningún misterio para sí mismos. No han experimentado, ni creen, que uno tenga una mirilla en su interior, gracias a la que se puede ver otra habitación incluso a través de una puerta cerrada. Se apegan a su vida como si no existiera nada más, están orgullosos de su mediocridad. No les preocupa morir de una forma tan mediocre como vivieron, sentados en su minúsculo compartimento con tapicería desgastada. Sólo de vez en cuando llega al estudio alguien con un rostro naturalmente hermoso...

Todas las noches y todas las mañanas meditas, cada vez más entregado a ti mismo. Mientras que tus nuevos intereses se repelen con los encargos, empiezan a combinarse con tu creación libre. La luz externa de la fotografía, que has acumulado en tu vida, reluce en los paisajes interiores y la nueva luz interior que has descubierto, al contrario, impresiona mágicamente las placas y les da una curiosa suavidad difusa, como si además de las lámparas halógenas habituales iluminaras el estudio con un invisible reflector añadido. Esa nueva experiencia también se deja ver en otras cosas: antes te costaba

mucho representar escenas simbólicas y cuadros históricos, ahora coordinas las formas básicas, las luces y las sombras, y con ellas compones melodías sencillas y sugestivas. Disfrutas al poder trabajar como fotógrafo con los materiales más hermosos: con la luz y con el cuerpo humano. ¿Quién podría cansarse de ello? El cuerpo y la luz. Es como un país en la conjunción de dos ríos. La luz llena el espacio de la fotografía hasta el borde, con ello apantallas la profundidad del espacio y los planos individuales de la imagen, los arcos y las ondas de la decoración resuenan en armonía con los pechos elásticos, con las caderas y los brazos, el staccato de los cubos, los prismas y diversos peldaños recortan la superficie de la fotografía, su simple geometría te gusta ahora más que las filigranas de las líneas del modernismo.

Por la tarde Jarka vuelve de la dirección de correos: No se va a creer lo que me han dicho.

¿Se ha arreglado?

Ni por casualidad, pero me han dado un consejo para la próxima vez: Tenemos que doblar las fotografías por la mitad.

¡No!

Los envíos grandes llaman la atención de los oficiales de la aduana, pero los pequeños no los controla nadie... Ah, y además el director pregunta si puede mandarnos a su hija. Dice que es como una flor de primavera y va a graduarse, Jarka sonrío.

¿Dices que se la tenemos que plegar por la mitad al director? ¿Sobre el reposabrazos del sillón?

Se presenta una noche, llama a la puerta.

Me gustaría vivirlo otra vez, dice.

Te ha interrumpido mientras escribías más anotaciones sobre fotografía, justo en medio de una frase: La luz roza las cosas y consigue... Con el lápiz en la mano dices: ¿Usted?

Yo...

Te percatas de que Sofie aparece en tu vida más bien como una visión, no como una mujer de carne y hueso. Con ese atuendo, parece que perteneciera a

la misma clase de seres que Augustin Žlutický o la anciana embarazada. La frontera entre lo exterior y lo interior no significa mucho para ellos, pasan del uno a otro y nunca se sienten como en casa, o al revés, son como unos singulares anfibios.

¿Qué querría vivir otra vez? ¿La crucifixión?

No, lo de después.

¿La resurrección?, preguntas intentando hacer una broma.

Si usted quiere llamarlo así...

En realidad, se podría llamar justo al revés...

¿Yacer entre los vivos? Así lo llamó entonces... Baja los ojos, se busca la cremallera del costado y se quita la falda. No esperaba que volviéramos a encontrarnos. Sabía que usted había regresado de la guerra y que seguía teniendo el estudio; pero mientras tanto me casé y me dije que no vendría a buscarle. Se encoge de hombros y se desabrocha la blusa. Si no le resulta agradable, puede limitarse a fotografiarme...

Pienso en usted desde que nos encontramos en el café Royal, reconoces.

Te mira y dice: Pero hagámoslo sin hablar. Hagámoslo como si no estuviera pasando.

¿Se refiere a hacerlo como entonces?

Asiente.

Se decepcionará. Ya no será igual.

Claro, nunca será igual.

Pero dijo que querría vivirlo otra vez.

Sí, se arrima a ti.

Sientes cómo tiembla entre tus brazos, aprieta su cara contra tu cuello. Se le humedecen las pestañas y también la lengua, con la que te lame alrededor de la nuez, es cálida y húmeda. La coges de las axilas, la separas suavemente para mirar a la distancia de tus brazos extendidos qué está pasando. Lloro un poco. La aprietas con fuerza contra tu pecho, abres los dedos, para abarcar en su espalda huesuda el mayor espacio posible.

La agarras de los omóplatos, esas alas atrofiadas, y la agitas un poco como si la quisieras abrir por detrás, no sabes por qué lo haces, deslizas las manos hacia las caderas, es tan delgada que tus pulgares casi se tocan por delante. Si hay alguna mujer que tenga el cuerpo de tus sueños es ella: el

tronco de una amazona, pequeños pechos redondos, el vientre formado por dos tiras largas de músculos cuyas líneas se pierden en su discreto pubis. Se sube sobre tus empeines para colocarse a tu misma altura y con cuidado roza sus labios con los tuyos. Casi no los sientes, respondes con más fuerza, le tomas la cabeza con las manos para que no se separe. No os besáis, eso no, te da vergüenza penetrar en ella aunque sea con la lengua, y ella te mordisquea la cara como un pez, se adhiere a la piel de tu rostro y después saborea el lóbulo de tu oreja. Una presión en el pubis, un hormigueo en el vientre y a la vez cierta ligereza placentera en el tórax, como si hubieras respirado helio.

La tomas entre tus brazos y la llevas al sofá.

Y ahora: *Voilà!* La sueltas desde arriba, Sofie rebota en el sofá y se atraganta un poco. Después empieza a desnudarte, ni demasiado despacio ni con impaciencia, no hay en ello ninguna obligación, ninguna pose; tranquilamente te quita la bata, tranquilamente te suelta el cinturón, tranquilamente te baja los pantalones y después la ropa interior, y tranquilamente te acaricia el sexo que está apuntando hacia ella. Todo ocurre sin miedo y sin vergüenza, e incluso sin demasiada ansia, se parece en algo al acto mismo de fotografiar, como si ninguno de los dos pidiera nada más que captar dentro de sí la imagen del otro, esperas oír de nuevo esa voz que te ordena: succiona, pero esta vez no se oye nada, en la cocina gotea un grifo, a través del radiador se oye el zureo de las palomas en el tejado de la casa.

Penetras en ella casi sin querer, mientras te besa la punta de la nariz, como si sus labios inferiores no quisieran quedarse atrás. Durante un momento decidís en silencio si tener los ojos abiertos o cerrados, te gustaría penetrarla también con la mirada; pero ella baja los párpados, las persianas de las pestañas, ves cómo tras ellas los ojos le tiemblan como si fueran las articulaciones de unas extrañas extremidades, ella está en ese mundo tras sus ojos cerrados, espera allí como una idea creada hace mucho, con la mirada interior la percibes claramente del modo en que has aprendido a percibir tu propio interior durante la meditación. Te das cuenta, aturdido, de que llegas hasta su fondo, y de que sus suspiros se han transformado en gemidos. Y de pronto no sabes cómo seguir. El cuerpo se mueve mecánicamente, pero tú te

detienes y piensas en qué está pasando en realidad, porque nunca habías vivido algo semejante: como si hasta entonces hubieras tocado un instrumento con dos cuerdas y de repente ahora sonaran todas. Las vibraciones desconocidas crean acordes irreconocibles en los cuerpos resonantes, acordes que te llenan el vientre, el pecho y el cráneo. Esto es fundirse con alguien, esto es hacer el amor, por un momento te parece ridículo el que uno utilice toda su vida palabras cuyo significado no entiende nunca. Hacer el amor...

¿Qué?, exclama Sofie, y te anima a cambiar de posición, se sienta encima de ti y de nuevo se balancea. Deseas que se detenga un momento, porque ya no puedes aguantarte y no quieres que se termine tan rápido; pero Sofie sólo lo ralentiza y con los dedos te acaricia la nuca y aprieta tu cabeza contra su pecho, en esa oscuridad rosada aparece ante tus ojos una fotografía en la que Sofie extiende los brazos en la cruz, tienes que volver la cabeza a un lado y tomar aire para espantar esa imagen, y en ese momento ella acelera, como si alguien le hubiera pegado con un látigo, también ella está al límite, os encajáis el uno en el otro lo máximo posible, y después llega, después estalla, como si brotara hacia afuera y hacia adentro a la vez, hacia su cuerpo y hacia el tuyo a la vez. Sofie se agita entre calambres en tus brazos y tú intentas recuperar el aliento en ese resplandor húmedo, en ese placer cósmico que gotea a través del filtro celular de vuestros cuerpos.

No se repetirá nunca. Lo intentaréis tres veces más, y tres veces seréis dos cuerpos ajenos restregándose. Después, Sofie no acudirá a la cita acordada ni tampoco aparecerá al día siguiente en el mismo lugar.

Tienes la feliz idea de ir a ver a tu madre andando desde Praga a Přebor. Calculas que por Karlštejn puede haber unos setenta kilómetros. Es una peregrinación de dos días. Hace muchos años que no has vagabundado por la naturaleza, hace mucho que ha desaparecido hasta de tu obra. Te pones en marcha al amanecer, por las calles aún neblinosas de Praga llegas hasta la orilla del río. Una bruma fría cubre el valle del Moldava, como una gasa infinita. El sol emerge de la bruma, pasas bajo Vyšehrad y llegas a un pueblo, en Podolí los perros ladrones te acompañan de una verja a otra, un poco

más allá, en Braník, tomas el pontón hasta Chuchle y continúas a contracorriente. Cuando abandonas el Moldava y sigues el río Beroun, más estrecho, el día ya está claro, como si brillara. Desayunas sobre una piedra pulida por el río y, sin entretenerte más, continúas; por la mañana es cuando mejor se camina. El rocío te ha humedecido la punta de los zapatos, te los quitas y caminas descalzo, las briznas de hierba se te adhieren a los pies.

A tu padre también le gustaban los ríos. Antes de instalarse para siempre en Přebram, pensaba en comprar una casa en Kamýk nad Vltavou para tener el río justo bajo la ventana. Podías haber sido el hijo de un tabernero y pasar tu infancia en el agua. Papá... Tienes la impresión de que, desde que murió, ya no puedes encontrar disculpas. Esas cosas para las que había mucho tiempo, de pronto esperan impacientes tras la puerta, como si la muerte de tu padre las hubiera mandado hacia atrás. O como si esa goma rígida entre dos generaciones se tensara por última vez y se rompiera y con su último impulso te lanzara hacia delante para que realices tu misión.

Además no tienes un hijo, estás solo por los dos lados.

Pero ¿cuál es tu misión?

Los planes vitales se van descascarillando como el revoque viejo de una pared, la amistad, el amor, la creación, el servicio, a uno se le va desprendiendo una esperanza tras otra, hasta que se queda desnudo por completo.

Al final, o bien no habrá nada, o la nada estará allí.

¿Qué, pican?

Estamos en el Beroun..., rezonga un viejo pescador sin volver ni la cabeza. El corcho, más comunicativo, se agita asintiendo.

Piensas en tu abuela, en cómo os contaba una y otra vez la historia del mendigo Jan Procházka. Tal vez vas tras sus pasos, él también hizo el camino desde Praga hasta Přebram para pedir que le devolvieran la vista. Como decía la abuela: palpaba los troncos de los árboles, atravesaba la maleza con los brazos extendidos hacia delante... Tú caminas seguro y firme, pero dudas de si tienes tanta fe.

Llegas a Karlstejn un poco antes de la una de la tarde, tienes un hambre feroz. Pides pescado fresco con pan casero y te lo comes fuera, sentado ante una mesa de madera. En la mesa de al lado juegan a las cartas unos ancianos, los observas, uno de ellos tiene los lóbulos de las orejas muy largos, casi

como Buda. Un poco más tarde comprendes por qué. Se tira de ellos cuando pierde y las cartas no le sonríen.

En principio querías pasar la noche aquí; pero has recorrido ese trecho en una mañana y decides continuar. Esta vez no esperas al pontón. Te remangas los pantalones y cruzas el Beroun a pie. Después, caminas un rato entre campos de cultivo y luego te adentras en un bosque salpicado por la luz que se filtra entre los árboles. El sol calienta desde antes del mediodía. Hasta Dobříš podría haber unos quince kilómetros por ese bosque fresco. El abuelo de tu padre era veterinario allí; pero casi no te acuerdas de él, murió cuando tú eras pequeño y después ya no fuisteis nunca más. El bosque huele a seco, por el camino coges frambuesas y fresas. Según el cansancio se apodera de tus pies, te apetece cada vez más sentarte en el musgo, tumbarte sobre la hierba blanda y mirar hacia las copas de los árboles, mecidas por un suave viento que abajo no se nota en absoluto.

Recuerdas cómo cuando eras pequeño enviabas tu pensamiento arriba y después le mandabas mensajes como si fuera una cometa al viento. Volaba por donde quería; pero al final lo domesticaste, primero en la escuela y después en el estudio de Mattas, le pusieron un arnés y lo uncieron al yugo de las tareas prácticas.

Ahora tu pensamiento ya no sabría volar sobre las copas de los árboles; tal vez a veces, por la noche, cuando se libera del cautiverio del cuerpo mortal, y por la mañana lo sientes en la ligereza de los primeros pensamientos. O en la meditación, cuando te tranquilizas y expeles de ti mismo el espacio como un vidriero que soplara una ampolla transparente. Desde los matorrales saltan tres corzos, corren un rato por el camino y después de nuevo se pierden en el bosque con un salto.

Te entran ganas de correr, ¿es posible que haga tantos años que no corres?

Corres y sonríes.

Los pies te descansan durante la carrera, te percatas con sorpresa, de nuevo caminas mejor. Llegas a un manantial con un cartel en el que se lee un refrán. Bebes con avidez, el agua sabe a musgo y a hierro. Te refrescas la cara y te mojas el pelo, el agua helada te contrae la piel del cráneo.

En tu cabeza repasas cuánto has caminado desde la mañana, deben de ser unos cuarenta kilómetros, no está nada mal. Pero sería aún mejor, piensas un

poco puerilmente, si consiguieras hacer todo el camino de Praga a Příbram en un día. Levantas los ojos, los rayos de sol brillan aún altos en los troncos de los pinos, deben de ser las cuatro o las cinco. ¿Cómo están tus piernas? Las sientes pesadas, sobre todo las plantas de los pies y los muslos, pero todavía podrían servir.

Sin embargo, en cuanto decides hacerlo de una tacada, el camino empieza a hacerse pesado. Cuentas el tiempo, lo multiplicas por los kilómetros, y al percatarse de los números tu cuerpo comienza a rebelarse.

Cuando sales del bosque, no lejos de Dobříš, empieza a oscurecer.

La tarde se eleva tan ligera sobre los campos como si estuviera hecha de seda.

Los grillos cantan como locos, desde los bosques de alrededor los trinos de los pájaros llegan hasta tus oídos por una corneta gigantesca. Por el cielo corretean unas cuantas ovejas perdidas con las pezuñas carmesí. Los pies te duelen terriblemente, tienes ampollas en los pulgares. Te apetece encontrar un lugar donde dormir, en realidad ni siquiera quieres buscarlo, te tumbarías allí mismo, al borde del camino; pero también tienes hambre. Al menos tienes que llegar a Dobříš. De todas formas, te sientas un rato, el sol va a ponerse. ¿Cuándo fue la última vez que viste en el mismo día la salida y la puesta de sol? Te colocas la mochila bajo la cabeza para no tener que sostenerla. Te duelen los hombros y la nuca de llevarla todo el día.

Te despiertas y ves un mar de estrellas sobre ti.

Te quedas mirándolas un rato, después te frotas los ojos, te estiras, todavía hace calor.

La noche es dulce; pero el universo es salado como las piedras de mineral para los animales.

Te quedas pensando en si levantarte y bajar hasta esas ventanas aún no iluminadas o pasar la noche con las tripas rugiendo. El cansancio y la modorra vencen, te vuelves sobre tu espalda y estiras los brazos. Miras al océano de noche que inunda la tierra, la oscuridad enciende una estrella fugaz; aunque no hace arder nada, aparte de tus recuerdos.

Recuerdas que, cuando eras niño, te gustaba despertarte así, en medio de la noche. Te gustaba estar despierto mientras los demás dormían profundamente, y no tener nada que hacer, ninguna obligación, permanecer en vela en la oscuridad y escuchar la respiración acompasada de tus

hermanas, como dos barcos enganchados el uno al otro en el puerto. A veces te sentabas en la cama, te abrazabas las piernas encogidas y mirabas hacia la oscuridad. Por entonces comprendiste lo que era tener consciencia de ti mismo, de estar ahí, una consciencia que después volvía de forma irregular y llegaba hasta la superficie. Desde que has empezado a meditar, te basta con cerrar los ojos para sentirla.

El ser silencioso, el universo ilimitado.

Las estrellas fijas en su sitio, una ilusión fotográfica perfecta. Sacas de la mochila la última manzana; a tu lado, por la hierba, se desliza algún animal nocturno. De nuevo piensas en qué hacer. Por el número de luces en las casas calculas que deben de ser las once de la noche, tal vez medianoche. La taberna estará ya cerrada. Desde Dobříš sale una carretera hasta Příbram; pero son otros quince kilómetros. El hambre empieza a apretar, la manzana sólo te ha despertado el estómago. Un eructo se deja oír a la vez que un rugido de tus tripas y un pájaro nocturno responde a esa inesperada conjunción de sonidos.

Te pones de pie, entonces sientes las piernas. Un dolor sordo, pesado, como si por las venas te corriera mercurio. Mira que meterte en semejante aventura... El fotógrafo František Drtikol de excursión, es de risa. De nuevo te sientas, te quitas los zapatos y te revientas las ampollas con las uñas. Tal vez tengas suerte y por la carretera pase alguien.

La oscuridad huele a cerezas maduras. En esa noche sin luna no distingues nada ni delante de tus narices; pero mirando contra el cielo salpicado de estrellas alcanzas a ver unas bolitas, unidas de dos en dos y de tres en tres. Bajas del terraplén y te estiras para cogerlas, te atiborras con glotonería, casi no te da tiempo a escupir los huesos, quien sabe cuántos te has tragado. El sonido de unos cascos te llega demasiado tarde. Cuando llegas hasta la carretera, acaba de pasar un carro, los caballos tironean y dan un salto asustados. Gritas al carretero que se pare, pero está aún más asustado que los caballos y les arrea con el látigo. Corres unas decenas de metros tras el carro chirriante para subirte en él, pero después sientes un calambre en la pantorrilla y sueltas un feo juramento en medio de esa noche tan silenciosa y abovedada.

Temprano por la mañana tienes un sueño: una llanura infinita inundada de luz, unos árboles de cristal que lanzan destellos multicolores. Unas extrañas criaturas con alas que desde las alturas lamen la sal de la tierra, con unas larguísimas lenguas como pantógrafos. Con un paso tambaleante salvas unos cuantos kilómetros, y otro, y otro, y otro. El latido de la luz en el horizonte, sístole y diástole de un corazón espacial que te ama.

Te sientas, cansado, junto a uno de los árboles de cristal, el resplandor hace sonar unas vibrantes sonatas en sus ramas. Cierras los ojos y de pronto tienes una horrible visión: vives en una vieja ciudad, todo es oscuro y doliente. Eres fotógrafo, pero rascas la luz reseca de unas tuberías oxidadas, como un empleado de mantenimiento, la amontonas sobre el musgo, como un hombre de las cavernas, y después la calientas en una descascarillada marmita sobre el fuego miserable. Pruebas la luz muchas veces; pero no está lo suficientemente suave, sabes que debería tener sabor a vainilla fresca, como la *crème brûlée* que sirven en la pastelería de la calle Ječná. Pero el sabor a hierro y oscuridad rancia de las tuberías no se va con el calor, te sientes infeliz y desesperado, juntas las manos y regañas a un dios desconocido. Después se te acerca un gracioso enano con un calcetín en la cabeza, lame la marmita y dice: ¿No tiene un cucharón de oro?

¿Qué hora es?

Casi la misma que cuando ayer llegaste hasta aquí.

¿Así que es casi mediodía?

La madre se levanta con dificultad de la cama en la que estás tumbado, llega arrastrándose hasta la ventana y abre la cortina. En el edredón aparece una mancha de luz blanca que enmarca el dibujo. Te frotas las manos en ese triángulo, entrelazas los dedos y estiras los brazos.

Pensaba que eras un peregrino que llamaba a la puerta. Todas las viudas los acogen, podías haberte confundido de casa. Les compensa, por la cama.

Has entendido «libertino» y la miras sin entender.

Mañana es el tercer domingo después de Pentecostés, la fiesta de la coronación.

O sea que he hecho un peregrinaje desde Praga, y ni siquiera lo sabía.

Ya han venido varios trenes. Y muchas novias, muy guapas. Deberías fotografiarlas.

He venido andando, no en tren.

¿Desde Praga, Fran? Por la noche querías convencerme de que era verdad. Te pondré algo de comer...

Bajas las piernas de la cama, la sangre desciende por las venas y notas los músculos. Al pisar sientes un agudo dolor, tienes las ampollas reventadas y te escuece la carne viva de debajo. Por si acaso, te vendas todo el pie y después llegas cojeando hasta la cocina, donde, aliviado, te sientas en la silla que era de tu padre.

Desde que murió, tu madre se ha vuelto cada vez más religiosa, lo habrá heredado de su propia madre, la abuela fue a la iglesia toda su vida. Con manos temblorosas te trae un plato de sopa que se va meciendo y te dice: ¡Qué bien que estés aquí! Así me ayudas a ir hasta allí arriba.

¿Hoy es la procesión de los faroles?, preguntas.

Parece que no eres de aquí, musita. Todos los sábados por la tarde hay una procesión con faroles.

Deberíais tener ya unas escaleras mecánicas, como las que hay en Praga en Letná.

¿Escaleras mecánicas?, repite tu madre agitando la cabeza.

Uno se monta en el primer peldaño y ya no tiene que dar ni un paso, te llevan hasta arriba solas.

Lo leí una vez; pero no entendí qué pasa luego con las escaleras. Debe de haber un montón muy grande. ¡Pobres de los que las tengan que bajar después!

Tu madre ya no se siente con fuerzas para subir las antiguas escaleras del Monte Santo, dais un rodeo y vais por el camino que pasa por el roble de San Venceslao. Sus pasos lentos y arrastrados le bastan para moverse por la casa, pero no dan para más, se apoya en un bastón, y tú la agarras del otro brazo. Pensaste en llamar a un carruaje; pero no ha querido, dijo que le gustaría dar un paseo, y ahora parece satisfecha, a pesar de que le cueste trabajo caminar. Le hace bien ver a esa multitud subiendo al Monte Santo como si fueran hormigas en un hormiguero, algunos grupos cantan canciones marianas incluso mientras suben esa cuesta tan empinada, y como la melodía hay que cantarla con la respiración entrecortada se consigue una cadencia inusual.

Los puestos de la romería tienen los mismos artículos que treinta años atrás: velas caseras, rosarios de cuentas hechas con tornos de mano, imágenes de santos, cruces de todas clases, toscas y elaboradas, abalorios de todas

clases, anillos, figuritas populares de la Virgen María. Pero *štufnverks* hay cada vez menos, sólo los ves en un puesto tras el que fuma un viejo minero con los párpados caídos. No te resistes, te acercas a mirar esa especie de panales erguidos. Observas con detenimiento las figuritas de colores y las galerías, nada es perfecto ni de lejos, las líneas revelan una mano temblorosa, unos brazos cansados de trabajar con el martillo neumático. Te pones a hablar con el minero, pero sólo alcanzáis a cruzar un par de palabras cuando oyes a tus espaldas: ¿Eres tú?

Detrás de ti está Hynek con su hija pequeña, que ya no es tan pequeña.

Cuando era niño siempre me extrañaba que eso que parece una montaña en realidad es un pozo, dice.

A mí también, pero todo lo que está arriba también está abajo. Y, además, ¿cómo ibas a hacerlo excavando? La gente no vería nada. Después miras a su hija Magdalena, muy emperifollada, y continúas: Lo que sí me extraña es encontrarme a la hija de un bolchevique vestida de comunión en una celebración mariana...

Hynek agita la mano y dice: Esto es otra cosa. Además, es la última vez que lo hace.

¿Es que se lo vas a prohibir?

Se va a casar, amigo mío.

Ese vestido de comunión blanco le sienta muy bien, como si fuera un vestido de novia, lleva una corona de flores en el pelo.

¿Aún tenéis en casa aquel *štufnverk* que hizo el abuelo?, le preguntas.

Sí, cría polvo en una estantería, responde bajando los ojos.

¿Y ya sabes que algunas de esas figuras las hice yo?

Niega con la cabeza, y la trenza, insegura, le cae por la espalda.

Creo que iré a comer algo, dice Hynek.

Ya nos veremos...

Ves a tu madre, que mira unas largas velas en un puesto, te acercas y le compras una.

Me gustaría entrar un rato en la basílica, dice.

La coges suavemente del brazo, os coláis entre los asistentes, con los zapatos te duelen los pies vendados. El patio está aún más lleno que la explanada de delante. Los peregrinos rezan en las capillas adyacentes, caen

de rodillas, y algunos se arrastran por el deambulatorio murmurando padrenuestros.

No habías estado dentro de la basílica desde hacía muchos años. El altar de plata reluce en la penumbra, parece un pedazo de río. Sobre él hay una vitrina vacía, la Virgen María se prepara, entre bambalinas, para la celebración, se perfuma las axilas y se viste con un peto de oro y piedras preciosas.

Tu madre encuentra un sitio libre en un banco, se sienta y reza en silencio. Te vas hacia un lado y la contemplas desde lejos como si fuera una extraña, la cabeza inclinada cubierta de canas, una anciana flaca entre las demás abuelas. Y de pronto te das cuenta. Nunca antes habías visto rezar a tu madre. Nunca la has visto con las manos juntas y los pulgares clavados en los arcos superciliares, como si al momento siguiente fuera a sacarse sus ojos azules y dolientemente bondadosos. ¿Por qué reza? ¿Qué está pidiendo?

La mirada te tiembla. Tienes que aguantar.

Mientras tanto fuera ha anochecido. De nuevo acompañas a tu madre a la explanada y después, bajo esas mismas estrellas que te acompañaron a ti ayer, esperáis a que llegue la procesión. El canto lejano os alcanza antes de que aparezcan las primeras luces entre los árboles. Ese avemaría cantado a coro que se acerca y sube en oleadas, te estremece, el corazón te tiembla en el pecho como si fuera la última hoja de un árbol pelado desde hace mucho. Cierra los ojos y busca ese estado de la meditación: ser un tubo del frío órgano de Dios, sentir como por este cuerpo resuena ese tono. Ave María, ave María, dejas resonar en ti esas sacrificadas sílabas corales y las voces derramadas llenan tu cuerpo como si de una capilla se tratara. Cuando abres los ojos de nuevo ves las primeras luces en medio de la oscuridad. Cada participante en la procesión lleva una vela o un farolillo, el viento que se levanta zarandea algunas llamas sin resguardar, esas pobres apenas se agarran a la mecha. La procesión luminosa se desliza como un ciempiés reluciente o como si fuera empujada por los mismísimos movimientos peristálticos de la noche, el canto se intensifica y se extiende, las luces llegan meciéndose hasta vuestra altura e iluminan vuestras dos mejillas, una de cada uno.

Los que buscan casi siempre buscan entre otros que buscan, la verdad llega después, dices.

Sí, sólo la gente profana se interesa por los dioses y los ángeles, advierte Leopold Procházka.

¿Será ése el tema de su charla?

Podría decirse así.

Procházka ha publicado hace poco el libro *Buda y sus enseñanzas*.

No se sabe mucho aún sobre el budismo, ni entre los seguidores de Weinfurter, así que Procházka ha sido invitado a decir unas palabras sobre el tema. Es un hombre enérgico con mucho pelo peinado hacia atrás y, a veces, bigote; se le puede perdonar, es vicecónsul honorario del Reino de España.

Esta vez en tu estudio se ha reunido un pequeño círculo.

Las cortinas están echadas, la cámara aparcada junto a la pared, arden unas velas largas en varios lugares. Jarka prepara café y sirve un refrigerio, los que llegan se sientan en los sillones y en las sillas preparadas. Sacas del bolsillo una campanilla y la haces tintinear.

Leopold Procházka dice: Queridos amigos, permítanme empezar con un pasaje de un coloquio de Buda sobre la inquietud espiritual. ¿Qué es, monjes, la inquietud que se supera con el conocimiento?, pregunta Buda a los monjes. Y él mismo responde: Una vez había un hombre que nunca había experimentado nada, un hombre ordinario, sin sentido de la santidad, sin sentido de la generosidad, cerrado a las verdades elevadas e ignorante de lo que era digno de su atención y lo que no. Después, a la ligera, analiza: ¿He vivido en el pasado o no? ¿Qué fui en el pasado? ¿Y en qué me convertí en el pasado? ¿Estaré también en el futuro? ¿Qué voy a ser en la próxima vida? Y por eso llena de dudas el presente:

¿Existo realmente? ¿No existo? ¿Y qué soy? ¿Y cómo soy? ¿Este ser de aquí, de dónde ha venido? ¿Y adónde va? A esto, mis queridos monjes, se le llama callejón de ideas, cueva de ideas, abismo de ideas, espina de ideas, maleza de ideas, artimaña de ideas...

Procházka deja una hoja de papel y dice: Por favor, dense cuenta de que ese titubeo inútil, esa inquietud y agitación mental, lo consideran algunos un camino espiritual. Acuden a los astrólogos, a los videntes, a los echadores de cartas, a los hipnotizadores, quieren saber algo de su pasado y algo de su futuro, y también algo sobre sí mismos y sobre sus seres queridos, de cada

uno un poco. Era ya evidente hasta en la época de Buda entre el siglo VI y V antes de Cristo; en caso contrario, no se habría opuesto tanto a ello. ¿Por qué Buda estaba en contra? Porque nada de eso lleva a la liberación, nada lleva al despertar, nada de eso nos cura. Y, lo que es peor, nada de eso tiene casi ningún significado, y el que se interesa por esas cosas, a pesar de todo, podría igualmente dedicarse a hacer malabarismos o a las peleas de gallos, ya que desde el punto de vista de la liberación personal se obtiene el mismo resultado. Está inquieto y su inquietud no hace más que crecer, ya saben, el ego es como una tenia dentro del aparato digestivo de la mente, y a cada momento requiere alimento. Buda no nos anima con sus enseñanzas a alimentar el ego con más ilusiones y especulaciones, filosofías, arte y ciencia. Él propone otra cosa: entrar hasta la base fundamental del pensamiento con la ayuda de la experiencia interior y la meditación. En esto radica la belleza de su enseñanza. Sólo puede liberarnos lo que es nuestra esencia verdadera, sólo puede curarnos lo que es nuestra esencia real. Según Buda, todos escondemos en nuestro interior una joya reluciente, un tesoro enterrado bajo nuestra propia casa.

Permítanme hoy hablar ante ustedes sobre la vida de Buda; ya que es la excusa adecuada para penetrar en sus enseñanzas...

La charla de Procházka se alarga más de dos horas. Algunos escuchan con atención; otros, desde el principio se remueven en su sitio. Vigilas de reojo a Weinfurter, cuyo enorme corpachón busca la posición más cómoda en la silla. A veces no puede evitar levantar las cejas con escepticismo, está acostumbrado a estar en el lugar donde está Procházka y tiene problemas para representar un papel de mero oyente.

Tras la charla se abre la discusión. Sorprendentemente, Weinfurter permanece callado, toma la palabra el joyero: Permítame en nombre de todos agradecerle esta charla sobre un tema tan interesante. Pero me interesaría saber una cosa... Ha dicho que el budismo no es ninguna mística. Todos los aquí presentes, sin embargo, nos consideramos místicos. ¿Cómo deberíamos entender sus palabras?

Procházka se retuerce el bigote: Ya sé por dónde soplan los vientos. Si no me equivoco, mi colega Weinfurter en su libro *El arbusto en llamas* dice que la mística no es ocultismo. Y yo digo que el budismo no es mística. Mi colega se refiere a que el ocultismo son habladurías, y yo afirmo, de igual

modo, que la mística, al lado de las enseñanzas brillantes de Buda, da la impresión de estar un nivel por debajo.

Eso sólo se lo parece a alguien que no la entiende, se defiende Weinfurter.

Si tuviera que comparar a Buda y a Cristo, ¿quién, según usted, sería más grande?, pregunta alguien.

Para mí Buda, para usted seguramente Cristo, pero ¿qué importancia tiene eso? Comparar la grandeza de dos grandes hombres es nimio e insignificante. Es mejor percatarse de dónde radican sus diferencias. ¿Podría imaginarse el cristianismo sin Cristo?

Procházka mira alrededor, algunos de los presentes niegan con la cabeza.

Yo tampoco, seguro que estamos de acuerdo en que el relato de los evangelios es condición sine qua non para el desarrollo del cristianismo. Sin el nacimiento de Jesús, su crucifixión y resurrección no sería excepcional en nada. Pero el budismo, y para mí es una diferencia importante, puede existir sin el Buda histórico. Se cree que el monje Siddhartha simplemente anduvo su camino y grabó unas señales en la corteza de los árboles que encontraba; sin embargo, él mismo no es el camino, ni la verdad, y menos aún la vida. Al contrario, él advierte a los demás monjes de que no se aferren a su persona porque lo importante no es el maestro sino la enseñanza. En el caso de Buda no se trata de una excepcionalidad metafísica, acompañada y certificada por unos milagros, como en el caso de Jesús; sino de un análisis racional de la realidad y de un método de formulación que lleva a la liberación.

Weinfurter se opone enseguida: Eso que dice es muy bonito, pero es un cuento para los no iniciados. Cada místico sabe que el sacrificio de Cristo hay que repetirlo en uno mismo y consigo mismo, para revivirlo. Y, además, rechazo enérgicamente que el camino oriental sea adecuado para el hombre occidental.

Procházka da un puntapié con su zapato y dice: He meditado sobre ello, ni siquiera yo nací budista. Después se queda pensando: ¿Se acuerda de cuáles fueron las últimas palabras de Cristo?

Por supuesto: Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

¿Y sabe cuáles fueron las últimas palabras de Buda? Todo es perecedero, esfuércense para liberarse. Creo que esto recoge muy bien una diferencia clara entre estas dos grandes doctrinas. Los dioses budistas dejan paso a la

gente mundana, que necesita imágenes de sus padres, con la conciencia tranquila...

Esto acaba de enojar a Weinfurter. ¡Está comparando cosas incomparables!, exclama. ¿Qué habría dicho su Buda si le hubieran dado latigazos y lo hubieran crucificado?

¿Alguien quiere un pastelillo?, pregunta Jarka con cautela. Aún quedan de albaricoque y de ciruela.

Por un momento, las bocas llenas hacen imposible la discusión, todos mastican con fruición. Te quedas a un lado, las disputas eruditas te resultan agotadoras, aunque se refieran a la mística. Esos argumentos al final demuestran una única cosa: la existencia del ego, que a pesar de todas las proclamaciones renace de sus cenizas como el ave fénix. Weinfurter, inquieto, se zampa ahora un pastel. ¿Cuántas grandes verdades habrá defendido en su vida? Pero en este momento, su ego, desgarrado por las discusiones, se ha hinchado como los arcos ciliares de un boxeador.

Me gustaría volver a la cuestión de si el budismo es adecuado para un europeo, comenta Procházka en cuanto desaparecen los pastelillos.

No discuto las diferencias culturales; pero me temo que aún tenemos cosas que aprender en cuanto a asuntos más generales. Sería iluso pensar que el teorema de Pitágoras lo pueden entender sólo los mediterráneos. El cuadrado de la hipotenusa de un triángulo rectángulo es igual a la suma de los cuadrados de los catetos no sólo en Italia, sino también en Japón y en Sudamérica. E, igualmente, el modo en que Buda definió el camino al despertar, por así decirlo, es válido para todos los seres humanos.

Pues a eso precisamente me opongo, insiste Weinfurter, y de nuevo se pone de color púrpura. Su ejemplo es falaz. El budismo no es ninguna ley matemática. La simple posición del loto es una tortura para un europeo. Además, ¿podemos aceptar el ideal budista? ¿La idea del nirvana es atractiva para alguien?, pregunta Weinfurter mirando alrededor.

Te resulta incómodo que espere vuestra lealtad y asientos apenas perceptiblemente.

Te mira con benevolencia. De acuerdo, lo es para nuestro artista. ¿Para alguien más?

No asiente nadie más, y Weinfurter, un poco más afable, explica: Se olvida de que todo Oriente es enfermizamente pasivo y nihilista, por eso su

civilización está tan por detrás de la europea y la americana. La unión con Dios, real, es un fin mucho más comprensible para el místico europeo que ese perderse en la nada del nirvana. Después mira a los demás, victorioso, y afirma: No niego que Buda se encuentre entre los grandes sabios de la humanidad. Pero, díganme, caballeros, ¿qué es un sabio frente al Hijo único de Dios?

Debería ser su conclusión triunfante, si el vicedónsul honorario Procházka se hubiera dejado intimidar. Espera a que todos mediten sobre las palabras de Weinfurter y después dice: Lo ha entendido mal. El nirvana no es un estado, sino un acontecimiento. Y, sobre todo, ninguno de los presentes debería olvidar que el nirvana, el *samadhi*, la unión mística, el *devekut* son meras palabras. Palabras, palabras, palabras, amigos míos, repite con un malhumor inesperado. Tras unos segundos se recupera y termina su razonamiento: El místico hindú Ramakrishna experimentó los dos caminos, el oriental y el occidental, y llegó a la conclusión de que al final no se diferencian en nada. La mente silenciosa, libando de su propio manantial, hace tiempo que abandonó las palabras, los conceptos y las tradiciones.

En marzo de 1928 cumple cuarenta y cinco años. Brindas con Jarka y otros amigos en el estudio; pero la verdadera celebración te espera por la noche, a solas. Hace quince años te fotografiaste a ti mismo en la posición de Cristo crucificado, ahora te colocas delante del objetivo en la de Buda, cuando se sentó bajo el árbol del despertar en Bodhgaj y se comprometió a no levantarse hasta llegar a la meta de su camino. Juntas las manos en la posición del *dhyana mudra* y mantienes en tu rostro una expresión inmóvil.

Estás aquí y eres tú.

Tienes una vela dentro del cuerpo, te crece desde la pelvis como un árbol delgado. Cuando la enciendes con la llama transparente de la consciencia no arde, sino que se yergue hacia arriba, se agarra trepando más y más alto. Al principio es una brasa olvidada en la base de la columna, la genuina voluntad corporal de ser, beber y comer, un tizón con las raíces llenas de brotes, como cuando se escurre la cera hasta que no se endurece. Pero desde que ese cirio ha empezado a crecer, se apoya en su base y ejerce presión, como si una

maza machacara algo en el mortero de la pelvis, una esencia inusual de color rojo salpica alrededor como si fuera sangre, y ésta se filtra en la tierra. La primera inspiración profunda activa el proceso, el fuego del hogar se aviva, despertado por una ráfaga de viento cósmico.

Algo chasquea en la cruz del carro, el eje de madera de una rueda cruje sobre el camino de piedras y se rompe. Desde los campos llegan mujeres y la llama prende las cintillas de los lados del carro. Te pueden las ganas de ser segado por esas mujeres, en la enorme rueda del amor avistas el remolino de unas piernas alrededor de un centro inmóvil, una especie de cancán cósmico de extremidades al ritmo de una explosión lejana. Te tumbas en medio del carro entre unas espigas segadas, entre las crines de la cebada, y esperas que de alguna cinta salte una chispa y te encienda como a un espantapájaros y ardas brizna a brizna hasta el último montón de paja.

La cera resbalosa de la vela está templada y tibia como las manos de una amante tras un baño, desde dentro te roza los órganos, te peina los capilares y acaricia los huesos. La vela crea un cilindro desde el hueco del vientre, el resplandor carmesí te rodea el ombligo formando ahora un disco y, como en un altar ardiente, asa tus antiguos deseos y placeres, les da vueltas en el asador como a un lechón del que goteara la grasa silbante. Hasta que los espíritus hambrientos se lo comen; el sol, majestuoso como una abeja reina, se esconde en el plexo solar, y el vientre se te llena hasta el fondo de miel que gotea por todas partes y se acumula en este festín sagrado. Levantas el cáliz de oro y escuchas a alguien: Todo el que lo beba es mi hermano. Renuncio a todo y doy a todos. Bebed y comed, festejad con mis provisiones.

Con una nueva inspiración, el cirio quema la membrana que protege el pecho y éste se ilumina como una lámpara ósea, arrojando sombras en forma de costillas por todo el estudio. Al contacto la llama verde se prende del pecho como un símbolo y una condecoración. Piensas: darse a todo como esa luz suave, y entonces aparece una multitud de querubines que frotan sus alas uno contra otro haciendo saltar chispas, y alrededor se yerguen otras llamas y comienzan a danzar como fuegos de San Telmo sobre las arboladuras de los barcos perdidos en la oscuridad del océano. La noche arremolina las luces, de color rosa y dorado, se quedan juntas como globos de feria, resplandecen como farolillos, son como bolas de preso sin gravedad, atadas al cuello de criminales natos que se abrazan con alegría. Pero, de repente, la escena

cambia, en el pecho se te incendia una hoguera de leña seca y musgo, y en sus venas rojas se ven muecas de rostros humanos, jadean y rezongan, apresados entre los leños como sólo saben hacer los fantasmas voladores. El barco navega y arde, parece que el pecho te va a arder hasta las cenizas, pero el fuego se sacia y el corazón permanece intacto, alargado por ese resplandor dorado y rosa, como cuando sacas del desagüe del fregadero un montón de pelos viscoso. De nuevo, te escurres, el corazón te late, pequeño y vivaz como el de un pajarillo rodeado por la luz del amanecer de la jungla.

Pero la vela no tiene calma, tomas aire por ese apéndice entre los ojos, lo expulsas por la garganta y las arcadas te atraviesan, como si alguien tirara de la mecha de la vela. Tienes que comer cristal mezclado con mercurio para aprender todas las clases de poesía y lenguas divinas, pero los cristales te crujen en los dientes como si fuesen arena y no te atreves a pasarlos bebiendo mercurio. Babeas como un animal, pero no pronuncias ningún sonido, la llama silbante te agarra con los dientes como cuando un león muerde a su leona en la cópula, y desde lejos se oyen unos hermosos cánticos celestiales místicos. Di mamá, di papá, no sabes de quién es la voz, es sólo un susurro lejano, viene de allí atrás, una ayuda confusa del apuntador del teatro del mundo.

Finalmente, esa vela insaciable entra con su llama en la cámara pequeña y abarrotada del cráneo, en la consciencia del prisionero en el último piso de la torre. La luz ahuyenta a la oscuridad de todos los rincones e ilumina a la princesa muerta, penetra en los recodos y espirales y te coloca en la cabeza un casco brillante que te obliga a agacharte. Esta vez enciende un fuego pálido y raquítico y en él empieza a quemar un pensamiento tras otro como si quemara un pelo tras otro hasta dejarte calvo. Se retuercen y huelen mal, algunos silban y se resisten, se retuercen febrilmente con el trasero quemado, apegándose a su anonimato e intemporalidad. De todo ello al final queda un montón apesadumbrado de cenizas blancas, tan pequeño que si lo vaciaras por tus orificios nasales se marcarían sobre el suelo las huellas de tres dedos de las patas de un pájaro. Entre los ojos se ensancha ahora una especie de vacío plateado.

De nuevo tomas aire, y éste llena todo tu cuerpo en forma de espiral. Sabes ya que la voz inarticulada del solitario se dirige justo al centro de su soledad, como el contador solitario del juego del escondite...

Cada tarde te sintonizas para captarla, como cuando Rössler trataba de cazar en el éter las emisiones radiofónicas. Afirmaba que estaban ahí incluso cuando nadie las escuchaba, dependía de las condiciones del viento, de la orientación correcta de la antena y del ajuste del receptor. Así que das vueltas a esas siete ruedas de colores que el yoga llama chakras para sintonizarte correctamente, y te dejas inundar por imágenes estrambóticas; al final siempre cesan, la mente se agota. La respiración se desplaza de un chakra a otro y los hace girar como el viento a los molinillos de colores. La vela delgada te atraviesa ahora la columna, te ilumina el vientre, el pecho y el cráneo, la mecha enroscada en el fondo de la pelvis ha pasado por las ruedas de colores como una planta trepadora. La llamita pulida por un diamante te atraviesa con su punta la cabeza en ese lugar donde estuvo la fontanela.

Alguien llama al timbre insistentemente. Fuera del horario de trabajo los conocidos llaman tres veces; si no, no abres. Es sábado por la tarde, a esta hora no recibes nunca a las visitas. Huele a té, lees la edición en alemán de las enseñanzas de Buda. No están todavía disponibles en checo, vas a traducirlas tú. El timbre descansa un rato, tú también; pero antes de encontrar en el libro el lugar en el que habías dejado la lectura, se oye de nuevo; primero un timbrazo largo y después otro corto, como una fanfarria miserable. Meditas sobre si se pueden considerar tres timbrazos cuando suena por cuarta y por quinta vez, y después llega un aporreo. Sorbes un poco de té, dejas el libro y te acercas a la puerta.

Claro que está ahí, se oye. Y después más fuerte: ¡Venga, Fran!

Tras la puerta está Erva con una niña en la que reconoces a tu hija. Es larga como un fideo, tiene el pelo liso, justo por debajo de las orejas, y lleva un bonito vestido escocés con un gran cuello blanco. El perfume de Erva inunda el ambiente.

¿Te acuerdas de papá?, dice Erva, y casi añade: Ese del que te hablé una vez... Después coge a Ervička del hombro, se deslizan hacia el interior y comienzan a inspeccionarlo todo. La pequeña se arrastra con sus medias por el suelo barnizado, la mayor no se ha quitado los zapatos de tacón, debajo del vestido se va devanando un ovillo de serpientes.

Desde que Erva se fue a Rusia, te ha visitado un par de veces. Ahora está aquí de nuevo, de pie, tamborileando de forma mecánica en la mesa con sus cuidadas uñas mientras echa un vistazo al estudio, últimamente transformado más bien en lugar de reuniones.

Mientras tanto Ervička se ha sentado en el sofá curvo que está en el mirador, con las manos debajo de los muslos, y mira a su alrededor asustada.

¿Entonces?, le preguntas a Erva.

Ella está junto a la mesa.

No nos esperabas..., dice esbozando una sonrisa picara.

Os sentáis a la mesa. ¿Las enseñanzas de Buda?, pregunta acercándose al libro que está en la mesa. Después, mira alrededor y dice: ¿Aún eres fotógrafo?

Sigo trabajando con la luz.

¿Y te alegras de vernos?

Asientes indeciso.

Bien... Hace poco se me ocurrió que fue un error abandonarte, dice encendiendo un cigarrillo. Cuando comprueba que eso te deja indiferente, hace una mueca, da una calada y continúa: Pero qué sabrás tú de esas largas noches a las orillas del Dniéper, cuando empecé a echarme de menos... Los mozos de una granja cercana iban allí a bañar a los caballos y cantaban mientras la corriente los empujaba, y sus chicas se acercaban desde el pueblo de al lado y tocaban el acordeón. Me parecía que el corazón iba a estallarme... Ya sabes lo sensible que soy...

¿Eso es lo que has venido a decirme?

Y después todos esos aplausos, cuando estás de pie en el escenario y te corren lágrimas por las mejillas, ¡esas grandes ovaciones que sólo se reciben en un gran país!

Al grano.

Imagínate, hace unos meses querían deportarme a Siberia, por espionaje. No podía saber que ese oficial iba a volver a por su estúpido maletín con la policía del Estado ni que me iba a acusar a mí para no ser él el tonto... Fran, me libré sólo porque intervino nuestro Ministerio de Exteriores. Imagínate que ahora estuviera encorvada en un campo de trabajo con los verdaderos enemigos de la Unión Soviética. Yo, una comunista.

Así que... ¿ahora hasta tú te has vuelto comunista?

¿Tú también?

No, pero a cada momento lo escucho de alguien.

¿Te extraña? Si vieras con qué entusiasmo supera todas sus dificultades el pueblo ucraniano te harías comunista. No se puede seguir así, mira alguna vez a tu alrededor cuando salgas de este gallinero. La gente se merece mucho más. Y ya se empiezan a dar cuenta de que tienen derecho a la justicia social y a unas condiciones dignas de trabajo y de vida, y a la igualdad de derechos.

Ervička se acerca a vosotros, se pone entre las piernas de Erva, se inclina y le susurra algo.

Aún no, dice Erva. ¿Qué te parecería hacerte una foto? ¿Quieres tener una foto con papá?

Ervička asiente dubitativa.

Vaya, al final han venido unos clientes un sábado por la tarde, piensas. Retiras el paño negro de la cámara, quitas el seguro de las ruedas del trípode y la preparas para trabajar. Ervička se sube de puntillas para ver qué haces exactamente ahí arriba. No te resistes a presumir un poco, la alzas y después la mandas hacia la cortina. No estás de humor para componer un encuadre complicado, os colocaréis allí y ya está.

Te percatas de que Ervička está delante de la cortina con las piernas en forma de equis, con los dedos de una mano se agarra el dedo índice de la otra.

¿De verdad quieres hacerte una foto?

Asiente.

¿Y quieres parecer una equis?

Ervička se pone tiesa.

Mira, así estás muy bien.

Y en ese momento Erva, que estaba de pie un poco más allá, se acerca y te susurra en la oreja: Había pensado que podrías ocuparte de ella una temporada...

Levantas la vista con disconformidad.

Deberías cuidar de tu hija, Fran. Yo he de volver a la Unión Soviética y no puedo tenerla siempre a mi cargo.

El juez decidió que era tuya, le espetas, y antes de dar esos pocos pasos hacia Ervička, añades en voz alta: ¿Dejamos que mamá apriete el disparador?

Ervička te agarra demasiado fuerte del brazo, y Erva, con cara de enfado, se pone junto a la cámara. Sonreíd, dice con amargura, pero cuando mira por el visor sólo ve dos manchas lechosas, una más pequeña y otra más grande, una al lado de la otra.

Has olvidado enfocar a tu hija, dice Erva apretando el disparador.

Ahora vives mucho más intuitivamente. En el escaparate de una tienda con objetos orientales ves un gran gong de cobre, un hermoso instrumento colgado de un marco negro, un círculo dentro de un cuadrado. Sin pensarlo, entras en la tienda, allí te dicen que el gong es de Barma, un instrumento que estaba en un templo. Estudias su disco dorado, coges la maza, lo golpeas con suavidad y te sorprende el sonido tan potente que emite. Antes de que el gong se calme, has decidido que lo quieres, aunque cueste un dineral.

Lo colocas en el mirador y aprendes a usarlo de manera intuitiva.

La maza recubierta con una tela es una buena herramienta y, en combinación con la otra mano, que hace de amortiguador, se consiguen verdaderos milagros sonoros. Ese disco de cobre es como un mandala de sonido, coloreado con una gran cantidad de tonos básicos y armónicos. Enseguida compruebas que el sonido completo se consigue no golpeando el centro, sino justo al lado; también suena de modo diferente en los bordes. La segunda mano tiene muchas posibilidades de modelarlo, se puede tocar el gong con los dedos, con delicadeza, o presionar con toda la palma fuertemente, hasta que la vibración llega al cuerpo.

Durante largas tardes te sientas en el taburete acompañado por el gong, que colma de una delicada armonía los alrededores, como si tocaras el órgano. Las partes alícuotas se deslizan y se ordenan una tras otra, cambian en irisaciones hasta que el sonido, en un momento preciso, se combina en un único tono fijo por el que se puede caminar como por una cuerda tensada sobre un precipicio.

Tu siguiente impulso interior es colocar una Luz eterna en el estudio.

Te vuelves por completo hacia tu interior, interrumpes el contacto con el mundo exterior. Cuando te apetece fotografiar algo artístico recortas figuras de papel o de chapa, en vez de tener modelos. Te entretienes muchas tardes con ello, estás más que satisfecho: puedes crear cuerpos a tu gusto, delgados, alargados y anhelantes, con las manos levantadas hacia la luz.

El reino imaginario de las sombras y las luces se convierte en el hogar de

esos fantasmas, evocando una trascendencia primigenia de la época en que el cielo y la tierra fueron creados. Los colocas entre dos placas de vidrio, en un mundo plano y transparente que ahora te recuerda el mundo real mirado desde dentro; aunque utilices refinadas imágenes y proyecciones.

Las peticiones lastimeras de esas figuras etéreas de cuerpos combados como arcos se alterna con sus gritos de alegría cuando se lanzan hacia arriba; las profundidades se encumbran a las alturas, como si el abismo fuera una manga que uno se pone en el brazo a la que después diera la vuelta con un rápido movimiento. En muchas de las fotografías, las figuras están colocadas en posturas que se asemejan a unas comillas gigantes, o sentadas en unas comillas, como si con ellas quisieras decir que todos somos parte de un diálogo en estilo directo, que todo lo que ocurre nos habla, y, en verdad, si esa voz inarticulada se callara, entenderíamos lo que es la ausencia de Dios.

Haces las composiciones de esas fotografías todavía como artista; pero te interesa mucho más la experiencia interior que comunican. Volver la fotografía hacia el interior, ¿quién ha hecho algo semejante? En esas instantáneas parece como si las figuras estuvieran iluminadas por una luz interior, neblinosa y difusa. Una de ellas es tu segundo Adán, *Adam Kadmon, homo philosophicus*, como lo denomina la tradición. No está hecho de elementos transitorios como el Adán del horno del padre de Hynek; pero está moldeado de pura esencia. Con la meditación comprendes que la luz es consciencia y la consciencia es luz. Cuando se unen, es como si en el cielo sonaran unos platillos, dando la señal de que has encontrado la ecuación fundamental de la vida. Allí donde hay luz hay también una consciencia latente, y allí donde hay consciencia hay un hálito de luz.

El maestro se ha vuelto loco.

Quieren que hagas esto o lo otro; sin embargo, tú te empeñas en que el arte es algo mucho, muchísimo más profundo, algo que emana desde el interior del alma, donde todo está en contacto directo con Dios. Te parece que eres demasiado viejo para llegar a compromisos con tu época. Uno debe retirarse dentro de sí mismo para tener la perspectiva adecuada.

A pesar de que te vuelves hacia tu interior, el mundo exterior, sorprendentemente, sigue existiendo. El tiempo transcurre, aunque sea como tracción de la eternidad, para que la rueda de molino no se detenga. El crack de la bolsa de Nueva York presiona al mundo con una ola de depresión

económica que llega hasta Checoslovaquia a comienzos de los años treinta. Hay menos encargos y el precio del material aumenta; despides a tus asistentes, hasta que queda sólo Jarka. En Francia se ha publicado tu colección *Les nus de Drtikol*, en edición de lujo; pero no se vende tanto como esperabas y eso no alivia tu ajustada situación económica.

El archivo de los negativos por suerte tiene bastantes placas de las cuales aún podrías sacar copias durante algunos años para mandar a exposiciones y concursos. En el primer salón internacional de fotografía de desnudo en París tus fotografías están al lado de las de Man Ray, László Moholy-Nagy o Andreas Feininger. Un año más tarde, en la exposición de la Real Sociedad Fotográfica de Londres, comparten espacio con los trabajos de Edward Steichen, André Kertész o Henri Cartier-Bresson.

Sin embargo, por esa misma época, tienes que pedir un préstamo para pagar el alquiler.

Hasta que finalmente un hermoso día soleado te cabrea el hecho de que el fotógrafo František Drtikol no tenga ni para comer y decides vender el estudio y mandarlo todo a tomar viento.

La gente comienza a visitarte. No has hablado con casi nadie de tus experiencias, pero algo así no se puede mantener en secreto. Primero fueron visitas puramente informales, conversaciones espontáneas; luego su número empezó a crecer tan deprisa que tú mismo tuviste que ponerles un orden. Desde hace varios meses, el círculo se reúne todos los miércoles por la tarde, normalmente vienen entre diez y quince personas. En el estudio sólo hay dos lámparas encendidas y la luz eterna. Unas sillas de cocina, unos sillones de la sala de espera, todo en lo que uno se puede sentar se lleva a la habitación con el mirador, a la torre. La gente comienza a aparecer sobre las ocho. Por lo general vienen el joyero, un famoso pintor, dos discretos universitarios alemanes, uno de ellos es H. G. Adler, que después se convertiría en cronista del campo de concentración de Terezín, y dos o tres matrimonios. Jarka les abre con paciencia; desde la entrada y desde la cocina se oye el ajetreo de quitarse los abrigos y dejar los refrigerios que han traído, que Jarka coloca en platos y fuentes que luego lleva hasta el improvisado mostrador hecho con un

andamio.

Estás sentado en un sillón, con un batín de seda, fumas y esperas a que entre el primer invitado.

¡Maestro! No, perdón, de nuevo lo he olvidado, Fran...

Saludos. ¿Cómo te va?

Hombre (poniendo énfasis en la c mayúscula): Estar de Camino siempre es hermoso.

Tú: Me alegro de oírlo. ¿Hoy vienes solo?

Hombre: Es que... he discutido un poco con mi mujer.

Levantas las cejas interrogante.

Hombre: No quiere cocinar como a mí me gusta. ¿No te lo había contado? He encontrado un libro de cocina maravilloso donde los alimentos están divididos según el chakra que nutren. Por ejemplo, la remolacha, la roja. Fran, debes comer tres veces por semana remolacha roja, y así tendrás el primer loto siempre a punto. En realidad, obtendrás tanta energía roja que incluso la orinarás por la mañana. Pero mi mujer, ya la conoces, es muy conservadora con las comidas y cocina como le parece.

Tú: ¿Así que por eso no ha venido?

Hombre: Ya sabes, nos peleamos, no debería haber puesto impedimentos en mi camino espiritual, ¿no es cierto?

Tú: Cuidado con las palabras. Si tanto te importa, tendrías que cocinar tú.

Hombre: Eso se dice muy fácil, pero vuelvo del trabajo con un hambre que ni veo... Vaya, ¿quién ha hecho estos bollos? ¿Te importa que me coma uno? No he comido nada desde el mediodía.

Parece que le gustaría seguir hablando, hasta con la boca llena; pero entran más invitados. Das la bienvenida a los dos estudiantes.

He escrito un poema budista, dice uno de ellos, pero en alemán. ¿Puedo recitarlo?

Tú: Ya veremos.

Primer estudiante: Debería leerlo, es muy profundo, habla del nirvana.

Tú: ¿Del nirvana? ¿Qué se puede decir del nirvana?

Primer estudiante: Muchas cosas, se va a sorprender.

Tú: El silencio tiene preferencia.

Segundo estudiante (poniéndose un dedo delante de los labios): Así que

¿ya ni una palabra?

Joyero (desde la puerta): Fran, aún no has empezado, ¿verdad? Menos mal que he llegado a tiempo, no hacía más que encontrarme con gente por el camino, y además no tenía monedas para el ascensor. ¿Soy el último?

Tú: Qué bien que hayas venido... Siéntate y cálmate.

Hombre: ¿Tú qué comes?

Joyero: ¿Yo? Normalmente como en la taberna de los Podaril, ¿por qué lo preguntas?

Dama: Los Podaril suelen tener *knedlíky*^[10] caseros, mi tía siempre se lleva una ración a casa. En pocos sitios los hacen tan buenos.

Tú: Jarka, ¿están ya todos? ¿Podemos empezar?

Jarka: No sé si vendrá Hana.

Hombre: No.

Jarka: ¿Y eso? Tengo para ella la lana que me pidió.

Hombre (hacia los demás): Por desgracia he de disculpar a mi mujer, le duele la cabeza. Ya saben, las mujeres, en cuanto se empieza a hablar de cosas espirituales...

Jarka: Ah, entonces estamos todos.

Das un golpe al gong, se hace el silencio.

Amigos, estoy encantado de verlos a todos aquí reunidos, dices. Sobre todo si han venido por motivos legítimos. La lectura de hoy va a ser corta, como sabéis, no hacen falta muchas palabras. Ya les conté antes que la primera vez que conseguí detener mis pensamientos fue una noche después de haber leído *El peregrino querúbico*. He vuelto a ese libro, y me gustaría compartir con vosotros algunos versos.

Dama: ¡Me encanta Angelus Silesius! Ay, Angelus... Hay en él tanta eternidad...

Silesius: El círculo está en el punto, el fruto, en la simiente, Dios, en el mundo: ¡sabio es quien en él lo busca!

Primer estudiante: ¡Qué bonito! Yo he compuesto un poema un poco más largo sobre el nirvana, así que si después tienen interés...

Alguien: ¿Sólo esos versos? ¿Eso es todo?

Alguien más: En ellos está todo, amigo...

Dama: Venga, Fran, continúa. Me gusta escuchar tu voz, siempre me

tranquiliza.

Hombre: O si no quieres leer nada más, lee de nuevo lo mismo. Acabamos de llegar, no nos vamos a ir a casa ya... Además, reconozco que no lo he entendido del todo: ¿un punto que está en la simiente?

Silesius: El círculo está en el punto; el fruto, en la simiente; Dios, en el mundo: ¡sabio es quien en él lo busca!

Dama: Son de verdad unos versos hermosos y embriagadores.

Segundo estudiante: Perdón, pero ¿qué expresan en realidad?

Alguien más: ¿Puedo intentar explicar su mística a partir de la gnosis?

Tú: No hace falta, está dicho con simplicidad y no veo razón para complicarlo.

Dama: Sin embargo, me gustaría pedirle en nombre de todos nosotros, sedientos de conocimiento, que nos lo explicara.

Tú: Lo infinito se esconde en lo minúsculo, el fin está contenido en el principio, y no tenemos que buscar la divinidad porque está aquí, justo dentro de nosotros, como dice Silesius en muchos de sus versos. Escuchen esto: No sé quién soy. No soy lo que sé. Una cosa y una no cosa, un punto y un círculo.

Alguien: Tiene algo profundo, ¿verdad? Pero yo esperaba que leyéramos algo más bien oriental... ¿No nos has preparado algún mantra ingenioso?

Dama: Al menos algo de Plotino, como la otra vez.

Segundo estudiante: ¿Es que importa lo que leamos?

Alguien: Claro que sí.

Tú: ¿Estás seguro? También este gong se puede tocar con diferentes mazas.

Alguien: Ah...

Primer estudiante (con desaire): Fran quiere decir que la verdad se puede hacer resonar ya sea uno cristiano o budista, ¿no?

Asientes con una sonrisa y coges la maza para impedir otra discusión estéril. Jarka apaga todas las velas, excepto la luz eterna, el oído agudo recoge el rumor de las pestañas al cerrar los ojos. Deberías empezar a tocar, te dices a ti mismo, porque si no, los participantes no se van a tranquilizar lo suficiente. Sus mentes están desperdigadas como granos de arroz derramado, son como niños que en cualquier momento van a resbalarse sobre ellos y a

caerse de culo.

Dudas de que estas reuniones tengan sentido; pero tu única preocupación es transmitir lo que has comprendido. Cada uno recoge todo lo que puede, no se puede hacer más, bum, bum, bum. Ya en casa de Weinfurter te diste cuenta de que el maestro no equivale a sus enseñanzas. La gente no busca la luz, sino el calor, pero como la luz y el calor frecuentemente se dan a la vez, pueden confundirse por un momento.

Colocas la oreja pegada al cuerpo de cobre vibrante, ese disco solar es como la caja de resonancia de tu interior, a la que has aprendido a confesar tus secretos. Es tu confesor de metal, otro instrumento más complicado no se acoplaría tan bien como este mandala sonoro. Con lentos movimientos de los dedos comienzas a sacar sonidos largos y tranquilos que recuerdan al ruido sordo de la lluvia, es como si sobre el alféizar de una ventana cayeran limaduras de metal, las gotas metálicas golpetean los canalones y se deslizan por la consciencia como el oro fundido. El gong se calienta con el sonido y entonces cambias de técnica, ahora suena como una llamada melódica que se mece y transforma en voces de fondo tranquilizadoras, como dos hadas que se comunicaran cantando desde las orillas opuestas de un lago en medio de un bosque. El sonido está lleno de ternura nacida del silencio, resuena con suavidad y llena el aire de júbilo, vibra y su reverberación comunica una especie de alegre nueva. Ante los ojos cerrados del otro estudiante florecen racimos de intensas luces; en la habitación de la torre, las lágrimas le corren por las mejillas y se llevan todo lo que aún se agarra a esos acontecimientos insignificantes. El pensamiento navega por una avalancha de luminosidad, en la habitación silba un remolino de luz. Después de un rato tienes que parar para que los oyentes tomen aire antes del gran final. Con unos cuantos toques precisos, obtienes de tu sol candente un resplandor monolítico, el eterno profeta de la hermandad universal, que es justo lo opuesto de lo que le espera a H. G. Adler en Terezín; pero de momento él no sabe nada de ello, ahora llora de felicidad y escucha con avidez esa ley solar, resonante en las alturas, del amor, esa ley, intensa, fuerte y a la vez tan suave, del amor. *Leben - Licht - Liebe.*

El estudio está vacío, desalojado, excepto un par de cajas. Lo has vendido todo, o regalado, sólo te llevas contigo tus cosas personales: *omnia mea mecum porto*. Hoy dormirás por última vez en el suelo, mañana te mudarás en tranvía a Sporilov. Has escrito muchas placas fotográficas a base de luz, ya no tienes nada que decir, al final hay que callar.

Te sientas en el suelo y abres las ventanas del mirador. Desde abajo llegan los sonidos de Praga, el movimiento de la ciudad chirría, resuena y susurra agradablemente. Echas un vistazo a las paredes del estudio, en las que han quedado los contornos de los cuadros que hubo colgados y de los muebles que has retirado. Aún se ve el lugar en el que colgaba la cruz de Myslbek, la marca todavía está ahí, pero como alabastro sin cuerpo. Después te quedas mirando al vacío que tienes delante y enfocas. Eres como un papel, blanco y brillante, una hoja fina y sin escribir en el cuerpo. Respiras y te concentras. Las cortinas ondean al aire, se descorren una tras otra delante de ti. Cada vez hay más luz, como cuando se abre el diafragma de una cámara. Hasta te parece oír el chasquido silencioso de tu pupila al dilatarse. No pasa mucho tiempo y tu mente elástica se extiende hasta su máximo perímetro, ese estado de plenitud dichosa que ya conoces. Y después oyes otra vez el chasquido y tu consciencia rebasa espumeante sus propios bordes.

¿Quién eres?, susurras.

¿Quién lo pregunta a quién?

Yo a ti.

¿O al revés?

No entiendo.

¿Quieres ver algo?

¿Qué?

El libro del mundo, por supuesto.

¿El libro del mundo?

Ábrelo y hojéalo.

El que experimenta verdaderos estigmas, dice Weinfurter con énfasis, tiene que saber que el mayor dolor de Cristo provenía del madero de la cruz, le desolló el costado mientras lo cargaba hacia el Gólgota. Y, además, después se lo atravesaron con una lanza. Pero la gente se miente a sí misma a cuenta de los estigmas, sobre todo desde que escribí en mi libro que son una señal importante de que están en el camino correcto.

Pero esto es...

Claro, está todo lo que has vivido.

¿Todo? Steinheil se escarba en el pelo. Ja, ja, os voy a enseñar cómo el monje Roger Bacon fabricó un arco iris. Se aleja durante un momento, y cuando regresa, su rostro parece el de un hámster. Se coloca junto a la ventana y, para regocijo de todos, expulsa un chorro de agua.

¿Qué te parece?

Voy a mirar el principio. Un día antes de que suceda estás sentado a la mesa en una cabaña minera de las afueras de Příbram. Esperaba encontrar algo sobre mi nacimiento...

Se habrá perdido.

Entonces no está todo...

¿Vas a quejarte?

¿Puedo hojear lo que viene después?

Claro, el futuro está escrito hace mucho.

Desde las copas de los árboles de la ciudad jardín se elevan los trinos de los pájaros, bajo los árboles frutales la gente en traje de baño lleva pesadas regaderas con agua y riegan los parterres. Los niños de los vecinos salpican con las mangueras hacia arriba al aire, a través del chorro se eleva un pequeño arco iris.

Vale, pero aún no has desvelado quién eres.

Ya se ha dicho: ¿Quién pregunta a quién?

No entiendo.

Entonces responde.

Yo te pregunto a ti.

Así no vamos a ninguna parte.

Tú soy.

¿Yo eres?

Tú mismo lo has dicho.

¿Qué manera de conjugar es ésta? Yo eres, tú soy... y él y ella ¿somos?

¡Estupendo!

Todo el tiempo me llamas y a la vez te escondes...

Porque en este mundo no tengo otro yo que tú.

¿No tienes otro yo que tú?

No.

Tras un rato dices: Por favor, enséñame el libro de nuevo. ¿Para qué?

Quiero aprender.

Hace mucho que sabes todo lo que necesitas.

Me gustaría mirar si contiene esta imagen.

¿Cuál?

¿Tú no lo sabes?

Déjalo.

¿No sabes que el hombre es sólo un personaje del libro del mundo, atado a la cadena tintineante de las líneas? ¿Que vive encuadernado, asfixiado por las muchas páginas de su vida?

¿Y eso es todo?

Ya entiendo que no es todo... Sé que el autor forma parte de la vida de sus personajes como su yo interior. Y también es la profundidad de sus abismos y el corazón de sus corazones.

Eso no lo has pensado por ti mismo, Tíšek...

¿Ahora te vas a reír de mí?

Ahora te recuerdo que existe no sólo el libro de la vida, sino el libro de la luz, y la historia de la vida no es la historia de la luz. Sobre la primera tratan bibliotecas enteras, mientras que sobre la segunda se pueden decir apenas un par de palabras.

Se extiende el silencio y en un instante te encuentras en otro sitio, más bien en ningún otro sitio.

Cuando eras niño, observabas muchas veces en el patio cómo se deslizaban las gotas de agua por las paredes de un viejo barril, se quedaban colgando como si dudaran, hasta que la barriga transparente les engordaba y finalmente se descolgaban hacia abajo, o al deslizarse se las llevaba consigo otra gota que estaba un poco más arriba. De cualquier modo, en un segundo todo había terminado, no había gota, la superficie la absorbía sin el más mínimo movimiento.

De la misma manera, el vacío integral, o la plenitud vacía, no se estremeció siquiera cuando lo atravesó tu consciencia goteante y trasparente.

Al rato preguntas de nuevo: ¿Todavía estás aquí?

Claro, estás.

¿Y en este mundo no tienes otro yo que tú?

No, no tienes. De otro modo este mundo no tendría que existir.

Epílogo

¿CUÁL es la diferencia entre samsara y nirvana?, pregunta.

¿Diferencia? ¿Por qué tendría que haber diferencia alguna? No hay ninguna.

Se te queda mirando y dice: En algo tienen que diferenciarse; si no, hace tiempo que todo el mundo habría alcanzado el nirvana.

¿Y no lo han alcanzado? Tal vez no lo sepan, dices exhalando el humo de la pipa. Fuera del nirvana están sólo en su pensamiento y en su imaginación, en su mundo.

Eso no es posible.

¿No? Bueno, al principio a mí también me chocó. Me daba cabezazos contra la pared por no haberme dado cuenta antes. Todavía está aquí, no puede no ser.

¿Ahora?

Justo ahora. Ahora, ahora, ahora.

Te mira con desconfianza, agita la cabeza y después vuelve la vista a otro lado.

Estáis sentados en la terraza de la casa de Sporilov, tienes la camisa abierta, fumas tu pipa, el sol es dorado y te calienta el pecho y la cabeza afeitada. Desde las copas de los árboles

de la ciudad jardín se elevan los trinos de los pájaros, bajo los árboles frutales la gente en traje de baño lleva pesadas regaderas con agua y riega los parterres. Los niños de los vecinos salpican con las mangueras hacia arriba al

aire, a través del chorro se eleva un pequeño arco iris.

En realidad, tienes razón, hay una pequeña diferencia, dices después de un rato, y señalas la superficie inmóvil de la taza de café, a cuyo borde se adhieren unas burbujas de aire. Esto es el nirvana. Y esto, dices mezclando el café con la cucharilla, es el samsara. O la andanza, como la llamo yo. Ya sabes lo que quiero decir, este mundo, simplemente.

¿Y ésa es la única diferencia?

No hay ninguna otra, dices llevándote la taza a los labios.

¿Vas a venir mañana a la brigada de trabajo? Hay que ayudar un poco a los albaricoques de la ladera sur.

Asiente, y el resto del tiempo os quedáis en silencio.

Expeles el humo y saboreas la enormidad de la tarde, escondiéndose despacio en los jardines.

Cada día viene alguien, es como si tuvieras un cartel en la casa. Unos envían a otros, unos acuden sólo una vez, otros regresan con regularidad. Vienen a verte algunos que, antes de llegar a la parada del tranvía, han olvidado todo lo que les has dicho, y después presumen de aquello que no has dicho; pero muchos tienen verdadero interés. Se traen consigo sus sueños y sus vivencias, intentan meditar, al menos tienen la sensación de que la verdad está ahí dentro y el mundo exterior no consigue satisfacerlos. Recibes a todos, aunque sabes que hasta ahora ninguno ha alcanzado la meta. Con razón dice Buda que de mil personas sólo una tiene confianza en las enseñanzas, de las mil que confiaron sólo una se pone realmente en camino, de las mil que se ponen en camino sólo una continúa en él, y de las miles que continúan sólo una alcanza la meta.

Jarka está recogiendo fresas, algunas son del tamaño del puño de un niño. Punta, tu perro lobo, da vueltas alrededor y agita el rabo. Te pones en cuclillas junto a él y le tomas el morro entre las manos: ¿Vamos a dar un paseo?

Jarka se levanta de la fila y con las manos apoyadas en los riñones estira la espalda. He oído que en la biblioteca del comité nacional ya no quieren tener *La palabra de Buda*, anuncia. Nos han pedido que vayamos recogerlo.

¿Quién?

El secretario. Hace poco lo estuvo ojeando y cree que no es compatible.

Claro que lo es; simplemente no entienden la dialéctica, dices. Y tampoco

entienden que el primer filósofo materialista fue Buda, mucho antes que Marx y Lenin. Mañana, en la brigada de trabajo, lo hablaré con el secretario.

Jarka y tú os afiliasteis al Partido Comunista checoslovaco justo después de la liberación, el 1 de junio de 1945.

Punta empuja la verja con el morro, te metes la correa en el bolsillo y lo dejas suelto. Corretea entre unos tilos jóvenes, plantados en una isleta con césped en medio de la calle Jihozápadní V. Hace unos veinticinco años construyeron Sporilov a una velocidad de más de una casa al día, pero los árboles no han crecido ni después de un cuarto de siglo. Al final de la calle os dirigís hacia el sur, hacia el bosque de Krč. A mano izquierda crece un peral y debajo brota un manantial del que Punta siempre quiere beber. En invierno la gente esquía y se tira en trineo; un poco más allá hay un pequeño lago donde se refleja el cielo, desde allí llega en síncopas el croar de las ranas.

En la hierba de la orilla hay una joven pareja sentada. Conoces de vista al chico de pelo ondulado, en Sporilov es famoso, se llama Libor Fára. Tiene éxito en el club Sokol, hace deporte, pinta y toca la batería, a éstos no les falta nunca la compañía de las chicas. Ella acaricia a Punta detrás de las orejas; éste, encantado, le pone el morro en el regazo y tú agitas la cabeza pensando de qué la conoces. Será que se parece a alguna de tus antiguas modelos, ya no recuerdas a todas. Desde que donaste todo tu legado fotográfico al Museo de Artes Aplicadas, después de la guerra, ya no tienes ni con qué recordarlas, sólo te quedaron un par de fotografías, algunas de las cuales adornan la escalera de la casa.

Aquí en Sporilov casi nadie sabe que una vez fuiste fotógrafo, desde el principio te tienen por el loco ese que se sienta en el tejado con los brazos extendidos tanto rato que se le posan los pájaros en los dedos.

Vamos, le dices a Punta.

¿Por casualidad no sabrá qué hora es?, pregunta la chica.

La eternidad menos cuarto, dices disparatadamente.

¿También es surrealista?, dice el chulito escupiendo una brizna de hierba.

Más bien sobrerrealista.

¿Sobrerrealista?

¿Es algo diferente de idealista?, pregunta la chica mirándote.

De verdad no sé qué hora es, dices sonriendo. Pero hace una tarde preciosa, y seguro que vosotros tenéis más tiempo que yo.

Se va a sorprender, pero aún tengo que estudiar para un examen, dice la chica.

¿Qué estudias?

Historia del Arte.

La atraviesas con la mirada. Te recuerda a alguien. En ese caso, no te olvides de que el arte sólo tiene sentido cuando simboliza la verdad, le dices. Y el mayor símbolo de la verdad es la belleza, ése es su símbolo.

Son ideas algo anticuadas, replica Fára.

Cuando te vas todavía escuchas cómo intenta convencerla de que se quede un poco más y, después, te acompaña el croar de las ranas hasta que estás de vuelta entre las mansiones. Dejas a tu perro en el jardín, Jarka canta con la radio puesta en la cocina, atisbas su delantal por la puerta entreabierta. Titubeas, pero después subes por la ancha escalera. A mitad de camino te paras delante de uno de esos desnudos enmarcados; hace tiempo que no los contemplas despacio. Y ves que has hecho bien. Pero dónde está el fin de todas esas modelos y dónde el de esas frágiles placas de vidrio...

En la mansión alquilada de Sporilov has arreglado la antigua lavandería del tejado, no necesitas nada más. En verano la calienta el sol, en invierno la caldea enseguida una pequeña estufa. Además de la estufa hay una cama, una cómoda, una mesa con dos sillas y un caballete de pintor en el que descansa un cuadro. Unos círculos morados y blancos, un centro brillante. Jarka estuvo riéndose por la tarde porque te subes al tejado como si estuvieras pintando al aire libre una vista de la ciudad jardín, y sin embargo, del pincel te salen sólo abstracciones. Ahora pintas mucho, un cuadro cada día, arco iris variados combados en un ovillo, como una vez te dijo Augustin Žlutický en esa visión, que en realidad describía tu propia percepción infantil.

Empujas la puerta y sales al tejado. El horizonte del oeste está pintado con manchas grises y anaranjadas, el sol se está poniendo y la luna pálida ya sube por el firmamento. ¡Ay, la bóveda celeste! Extiendes los brazos como si tuvieras que unir el sol y la luna con tu cuerpo y después esperas con calma a que lleguen los primeros pájaros. Hablar con las aves es —en el paraíso, en este paraíso en la Tierra— lo menos importante.

Nota del autor

EN la vida de una persona hay más de desconocido que de conocido, y lo conocido cae en el olvido. Escribir sobre alguien requiere hacer hincapié en los detalles y en la totalidad, que son, simplemente, inalcanzables. Este libro tiene la dudosa ventaja de ser una novela. Los hechos reales, la interpretación y la ficción se entremezclan a voluntad del autor y bajo su responsabilidad. El que quiera tomar el camino opuesto y separar lo verídico de lo no verídico, o lo verdadero de lo probable, debería ir a buscar entre la literatura especializada.

Durante los dos años en los que estuve trabajando en este libro me ayudó mucha gente, con sus conocimientos y su predisposición a compartirlos. Me gustaría darles las gracias aquí sinceramente. En particular, a Josef Velfl, director del Museo Minero de Příbram y autor de varios libros sobre la historia de Příbram que han sido de excepcional ayuda para mí; al historiador Josef Moucha, a Jan Mlčoch y a Vladimír Birgus, que me recibieron con gran amabilidad y de cuyos libros he sacado mucha información; a Hana Ročňňáková de la Galería František Drtikol en Příbram, a Stanislav Doležal, que en su editorial Svět ha publicado los trabajos fundamentales de Drtikol y cuida de que su legado espiritual siga vivo. No por casualidad, he dejado leer el epílogo de este libro a Anna Fárová, que a comienzos de los años setenta del siglo XX recuperó la obra de Drtikol, y gracias a ella he podido consultar los trabajos ya publicados. Mariana Koutská, Miroslav Balaštík, Ondřej Nezbeda y, de nuevo, Josef Moucha leyeron el manuscrito y me hicieron perspicaces comentarios antes de la última versión. Sin embargo, la mayor

parte del trabajo en el manuscrito fue realizado por la redactora Kristina Nesvedová, a quien deseo expresar mi gratitud.



UNA historia de la luz es el sexagésimo tercer libro de la colección *El Pasaje de los Panoramas*. Compuesto en tipos Dante, se terminó de imprimir en los talleres de kadmos por cuenta de ERRATA NATURAE editores en enero de 2019, sesenta años después de que Chógyam Trungpa Rinpoché y Chóje Akong Rinpoché huyeran del Tíbet tras la ocupación china y, después de no pocas andanzas, llegaran al pueblo escocés de Eskdalemuir, donde consiguieron asentarse en una vieja cabaña de caza deshabitada, conocida como Johnstone House, que al poco tiempo se convirtió en el primer monasterio budista de Occidente y que desde entonces ha albergado a miles de budistas, entre ellos nuestro añorado David Bowie.

Contraportada

ESTA novela extraordinaria, considerada un clásico contemporáneo en su país, narra la fascinante historia de un fotógrafo de la primera mitad del siglo XX llamado František Drtikol. A medio camino entre la ficción y la realidad —pues Drtikol existió: fue uno de los grandes nombres de la fotografía de su época—, estas páginas nos cuentan, y en ocasiones de manera trepidante, los detalles clave de una figura tan contradictoria como seductora: niño incomprendido en un pueblo minero, soldado que nunca llegó al frente en la Primera Guerra Mundial, fotógrafo mundialmente conocido, gran maestro del desnudo que nunca tuvo suerte con las mujeres, precursor del budismo en Europa...

Junto a la historia de su vida como artista, se nos muestra también aquí el desgarró íntimo de su búsqueda de lo absoluto. La relación de Drtikol con la luz fue la que lo acercaría, sin duda, a la mística: dentro de él convivieron siempre el deseo de belleza y la insatisfacción con la realidad.

Pocas veces, una novela de este tiempo —en un brillante recorrido por guerras, vanguardias artísticas y experimentos políticos— nos ha ofrecido una visión a la vez tan singular y tan atractiva del siglo XX. Pocas veces, una novela contemporánea ha sabido narrar con el mismo pulso la vida bohemia y la vida en el mundo rural, la pobreza y la riqueza, el amor y la muerte.

«*Una historia de la luz* no tiene rival en la literatura checa actual. Diría, incluso, que es un faro del que las letras checas han carecido durante mucho tiempo». Jiří Kratochvíl

Solapa interior

JAN NĚMEC
(Brno, 1981)

Estudió Teología y Sociología en la Universidad de Masaryky Dramaturgia en la Academia de Música y Artes Escénicas de Janáček. Tras publicar poemas y relatos, en 2013 se convirtió en una de las figuras literarias más destacadas de su país gracias a su primera novela, Una historia de la luz, con la que obtuvo el Premio al Mejor Libro Checo y el European Union Prize for Literature en 2014. En la actualidad, colabora con sus textos en importantes revistas checas, como *Respekt* y *Host*, y dirige un programa cultural de televisión.

Elena Buixaderas
(Murcia, 1969)

Tras licenciarse en Física, se mudó a Praga, donde reside desde 1996, para terminar el doctorado. En la actualidad, trabaja como investigadora en la Academia de Ciencias Checa, además de dirigir, desde 2004, los encuentros

literarios *Luces de Bohemia*, destinados a difundir la literatura española e hispanoamericana en la República Checa y a contribuir al intercambio cultural.

Ha traducido al castellano a Viola Fischerová, Václav Hrabé, Alexandra Berková, Radka Denemarková, Tereza Boucková y Jirí Kratochvíl, entre otros. Su último poemario, *Las estrellas de Copérnico*, fue publicado en edición bilingüe castellano-checa en Praga en 2017.

Créditos

P PRIMERA edición: enero de 2019

Título original: Dějiny svěétla

© Jan Němec, 2014

© Host - vydavatelství, s.r.o., 2014

© de la traducción, Elena Buixaderas, 2019

© Errata naturae editores, 2019

ISBN: 978-84-17800-00-0

Depósito legal: M-41639-2018

Código bic: FA

Imagen de portada: František Drtikol,

The Royal Photographic Society Collection National Science and Media
Museum/SSPL/Getty Images

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial, siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

NOTAS

[1] Los fragmentos de *Veinte mil leguas de viaje submarino* pertenecen a la traducción de Vicente Guimerá, Madrid, Mestas, 2016.

[2] Alberto Durero.

[3] Wie dacht ich dich mir schön - verhüllte frau! / Von weichem zauber dass du durch jedweden / Betrübten tag hindurch noch an ein eden / Den glauben wecktest hinter berg und bau! Traducción del alemán de Ibón Zubiaur.

[4] En alemán, «comodidad, placidez».

[5] Organización deportiva fundada en 1862 en Praga que se extendió después por todo el país.

[6] Vinohrady era y es uno de los barrios más caros de Praga.

[7] Juego de palabras intraducible con el apellido del fotógrafo.

[8] En alemán: «¡Una fantasía sensorial exacta!».

[9] En alemán: «¿Qué ocurre?».

[10] Comida típica checa que consiste en unas rodajas o bolas de harina cocida para acompañar la carne.